

VERONICA LOWRY

LA
DAMA
se DECIDE



VESTALES

VERONICA LOWRY

LA
DAMA
se DECIDE


VESTALES

Lowry, Veronica

La dama se decide / Veronica Lowry. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-94-3

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2017

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-94-3

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para C.H., a quien dedico esta novela con respeto,
admiración y el más profundo e imperecedero de los cariños.
En el fluir constante e irreversible del tiempo,
lo permanente eres tú.*

CAPÍTULO I

Primavera de 1856.

—Minnie, ¿dónde estás?

La mujer rubia y rolliza que se había estado desplazando con inusitada agilidad de cuarto en cuarto y que, en ese momento, subía la escalera a la planta superior recibió como respuesta el silencio más absoluto.

—¡Minnie! Respóndeme ya, muchacha haragana, ¿dónde te encuentras?

Con el impulso del enojo, ingresó de golpe en la oficina que daba casi sobre la escalera y se detuvo solo cuando llegó a la ventana; desde allí observó en derredor en busca de su sobrina a quien llevaba más de veinte minutos tratando de hallar para que limpiara la oficina de la señorita Emily y el despacho del señor Baker, que no tardarían en llegar para iniciar una nueva jornada en la agencia.

Resopló y luego sacó de su delantal cargado de bolsillos un trapo para empezar a reparar los muebles. Con gesto cada vez más distendido a medida que dejaba salir la presión de su enfado en la tarea mecánica de todos los días, se puso a pensar en las rarezas de la vida que, para los que trabajaban en la Agencia de Investigaciones Essex, propiedad de Adam Baker, implicaban tratar de saber algo, lo que fuera, sobre el misterioso pasado de la exquisita dama que, cuatro meses atrás, se había presentado a una oferta de trabajo que el señor Baker había hecho por medio de un periódico para cubrir el puesto

de asistente. Por extraño que en su momento le hubiera parecido, el jefe le había dado el empleo a la joven dama de admirables ojos dorados y educación impecable que tenía el raro don, descubierto al poco tiempo de trabajar allí, de leer escenas donde se habían cometido delitos y sacar las más extrañas –aunque correctas– deducciones que habían permitido solucionar casos que terminaron en las páginas de El Investigador Independiente, un pasquín popular en el que se contaban todas las resonantes investigaciones que los agentes de Essex realizaban y resolvían con admirable eficiencia.

La señora Walloski, tal el nombre de la mujer de edad mediana que en ese momento repasaba el tintero de la señorita Randolph, recordó los primeros tiempos de la dama en su trabajo, así como la completa dedicación y fidelidad que daba a las labores y confianzas –respectivamente– del señor Baker a quien, no cabía duda, admiraba profundamente y respetaba como a ninguno. La joven dama sola se había encargado de tomar en sus manos la casona sucia y descuidada que había adquirido el señor Baker para establecer su agencia y la había transformado en poco más de un mes –siguiendo el sueño del hombre– en un lugar ordenado, limpio y de calidad que estaba más acorde con las aspiraciones del jefe de crear una organización de primer nivel que atrajera a clientes de niveles sociales más altos, mejor conectados y con mayores influencias y medios, de modo que los agentes pudieran resolver casos importantes.

Pero no todo había sido fácil para la joven dama, rememoró la señora Walloski con una mueca. Su capacidad e inteligencia, y la reconocida debilidad del señor Baker con ella, había sido la piedra de la discordia con los agentes que la veían intervenir en sus casos a pedido del jefe y llevarse los laureles gracias a la peculiar habilidad que, aunque trataba, no podía ocultar.

La señora Walloski dejó el tintero sobre el escritorio y se detuvo por un momento con el ceño fruncido: sí, al principio había sido duro para la pobre acomodarse a su nueva situación; no dudaba el ama de llaves de que una mujer capaz como la señorita Randolph, acostumbrada a ser obedecida y asistida en todo, así como a estar rodeada por gente de su mismo nivel y calidad, habría hallado en su nueva vida serios obstáculos para adaptarse a los

agentes, procedentes de las clases más humildes y portadores de pasados difíciles. Sin embargo, la señora Walloski había sido testigo de cómo, tras algunos golpes y encontronazos, se había adaptado, y los agentes habían terminado por quererla sin reservas por su dulzura y su generosidad. Vamos, si hasta había al menos tres de ellos que estaban muy enamorados de la joven...

La entrada del objeto de sus pensamientos la trajo de golpe al momento presente. La saludó como todas las mañanas; como todos los días, la refinada señorita Randolph le dirigió una sonrisa relumbrante y le dio un beso en la mejilla. La vio quitarse los pesados anteojos de metal con vidrios oscuros que velaban su mirada áurea, el delicado sombrerito con velo, sin duda de diseño francés, los guantes y la chaqueta –todos a tono– que dejaba ver un vestido azul de terciopelo sobrio y elegante con delicado encaje de Bruselas en puños y cuello. Colgó todo en el perchero, y el último movimiento antes de acercarse al escritorio fue acomodarse el cabello castaño claro con matices dorados que llevaba sujeto en la nuca con un moño del mismo terciopelo del vestido, adornado con hilos plateados.

Antes de dejar la oficina con la promesa de un té, la señora Walloski la miró por última vez: “Es claro que todos estén algo enamorados de ella: son hombres sanos que no pueden dejar de admirar esos ojos almendrados del color de la miel dorada, los labios rosados y atractivos o la expresiva mirada que, de un tiempo a esta parte, se ha cargado de una afectividad que, sin duda, se debe al vínculo que se está formando entre la dama y los agentes...”

—Señora Walloski, Emily, buenos días —saludó con voz fuerte y grave el hombre de gran estatura, vestido con esmero, que dirigió a la joven dama una sonrisa abierta y feliz.

—Buen día, señor Baker —saludaron las mujeres al unísono. La mayor aprovechó para salir en dirección al despacho adjunto, conectado por una puerta, para repasarlo rápidamente.

Sin otra cosa que hacer, Adam se sentó de costado en una esquina del enorme escritorio de su asistente mientras esperaba que el ama de llaves concluyera su tarea. Durante unos minutos, se dedicó a observar a la joven, que había elegido como algo más que una empleada, con una mirada de declarado amor en los ojos. Desde que la había conocido aquella vez de la entrevista para el puesto de asistente, luego de los escasos meses en los que había demostrado una energía y capacidad extraordinarias en el trabajo, amén de las cualidades de observación comprobadas una y otra vez en los casos que resolvió con los agentes, el señor Baker se había rendido incondicionalmente a los sentimientos que ella le provocaba. No hacía ni dos semanas que había tenido su primera oportunidad de conquista cuando la había llevado a ver *Il Trovatore* y a cenar, por lo que ya se sentía confiado de que, a pesar de las diferencias fácilmente señalables entre ambos, podía ganarse su corazón. ¡Qué perfecta conclusión de sus sueños sería casarse con ella! Lo comprendía como nadie, estaba siempre a su lado asistiéndolo cuando lo necesitaba y era maravillosamente dulce y generosa... Aunque no debía olvidar el pequeño asunto de su pasado que ella misma le había confesado con lágrimas en los ojos en el restaurant después de la ópera: pertenecía a una familia aristocrática y había tenido que dejar su casa por una diferencia con su padre, alguien que, en vista de la cuidada educación de la hija, no dudaba que detentaba una posición social y económica de alto nivel. Ese podía ser un obstáculo, considerando que era evidente que Emily aún tenía la esperanza de volver al hogar, pero Adam decidió con su habitual optimismo y determinación que le ofrecería todo lo que ella necesitase para retenerla junto a él.

El sonido de la puerta que se cerraba de golpe y las voces masculinas que se hacían más claras y fuertes a medida que se acercaban le avisaron que los agentes ya habían llegado a la reunión que tenían programada para revisar los casos en los que se hallaban trabajando y las nuevas asignaciones.

Con su habitual eficiencia, mientras él se hallaba perdido en sus pensamientos, la joven asistente ya había preparado las carpetas para cada uno de los investigadores y se había dirigido al despacho del jefe para

organizar la mesa de reuniones. Uno a uno fueron entrando los hombres a la oficina plena de toques femeninos; todos menos el que él esperaba. Suspiró con tristeza; ¿dónde diablos se había metido Roy? Desde aquella discusión que habían tenido por Emily y su influencia sobre todos ellos, no lo había vuelto a ver, lo que lo preocupaba sobremanera si se consideraba que Roy ya no era el de antes. Su mejor amigo, el que lo había acompañado desde sus inicios en la policía, el que se había comprometido con él para ayudarlo con su sueño, había caído seis años atrás en la bebida como consecuencia de un desengaño amoroso por culpa de una dama que lo había usado volviéndolo un misógino acérrimo. El alcohol había destruido a uno de los mejores investigadores que conocía el submundo criminal de los barrios bajos de la capital. Adam trataba de cuidarlo y protegerlo, las más de las veces del mismo Roy Balling. Lamentablemente, las pocas averiguaciones que había podido hacer en los momentos escasos que le dejaba el trabajo de la agencia no habían dado ninguna respuesta.

Meneó la cabeza antes de pasear la vista por cada uno de los hombres que esperaban para entrar en la oficina principal: en la silla para los clientes, estaba Abe Puños Jones, con la expresión ceñuda que le era habitual, su cuerpo sólido y musculoso de boxeador callejero encajado a presión en el asiento. Un hombre confiable al que le encomendaba, siempre que lo necesitaba, la protección y vigilancia de su nuevo tesoro: Emily.

Junto a él, sentado en el borde del escritorio, se hallaba el más joven, Louis Montrose, llamado por todos “Sonrisas” por su afabilidad, el experto con las armas que le había enseñado a su asistente cómo disparar y que se jactaba ante todos de ser su “amigo”. “Vaya desfachatez”, pensó algo molesto Adam, aunque no tardó en aceptar que era indudable que los dos jóvenes se llevaban muy bien: compartían edad, salidas, secretos y encuentros con una complicidad alarmante. De todos modos, Adam no olvidaba que Montrose era un joven respetuoso y correcto, de una inocencia y bondad similares a las de Emily, de la que estaba evidentemente enamorado. En resumen, Adam no creía que fuera un rival por más que se hallase siempre a su lado.

Cerró los ojos un instante para borrar ese pensamiento y cuando volvió a ver, su mirada cayó sobre Jack Primm. Ese sí hubiera podido ser un antagonista con artimañas difíciles de empatar para conquistar a una mujer... que no fuera su Emily. Su apostura y su pasado de gigoló de gran éxito con las mujeres así lo sugerirían, pero, gracias a Dios, estaba en una relación seria y profunda con una dama de extraordinaria belleza –que equiparaba la del Dandi Primm–, la que había superado un pasado como cortesana tras la muerte de su marido, ocupación a la que se había dedicado para sustentar a su hija y pagar las deudas de juego que el hombre le había dejado.

Suspiró otra vez y volteó para ver al último de “Los Cinco”, como había bautizado al grupo de agentes con los que había comenzado a construir su agencia seis años atrás.

Bertrand el Monje Calvert. Imposible decir qué pasaba por la cabeza del hombre solo con verle la expresión. O más bien la falta de ella. Estaba seguro de que ni siquiera Emily podía leer ese rostro a pesar de su habilidad. Todo lo visible en él era una expresión melancólica y oscura, grabada a fuego en sus facciones, que la terrible experiencia de haber matado por accidente a un compañero de armas le había dejado.

—Ya está todo listo, señor Baker. —Escuchó la voz cultivada de modulación perfecta y tono exquisito y comprobó que, al igual que él, todos los hombres habían volteado hacia la joven como girasoles hacia el astro rey. Le bastó una mirada lateral para ver los rostros iluminados y las sonrisas que asomaron a los labios masculinos cuando Emily saludó a uno por uno. Hasta Calvert reaccionó con una media sonrisa a la presencia femenina.

Mientras entraban a su despacho, Adam trajo a su memoria la última vez que había hablado con Roy sobre ella:

—No, Roy, no vas a convencerme: tú mismo lo viste. Su sola intervención “renueva los bríos” de los otros agentes. Todos, incluido tú, reaccionaron a su teoría.

—El Monje es inteligente y no necesita de ella para trabajar bien.

—Por supuesto, pero tú fuiste testigo directo de las chispas que saltan cuando ella interviene.

—Sí, pero esas chispas tienen otro origen, Adam, no te equivoques.

—¿Qué insinúas?

—Yo no insinúo, digo de frente. ¿Escuchaste al cachorro de Montrose tutearla? Ella no dijo nada.

—No se dio cuenta.

—Cuando no quieres ver algo frente a tus narices...

—Te equivocas. Además, he estado pensando en entrenarla para aprovechar mejor su capacidad.

—¿Te has vuelto loco?! ¡¿Entrenar a una mujer como ella?! Una dama de sociedad. —Había escupido las palabras entre dientes.

—Roy, no mezcles tu historia personal con Emily.

—¡Ja! La llamas “Emily” con voz de borrego enamorado; ya veo, has caído como los otros estúpidos. ¿No te das cuenta? Es por eso que no hay mujeres en trabajos como el nuestro, distraen, enturbian. Lo que ella descubrió lo habríamos encontrado eventualmente.

—No lo pongo en duda, pero les ahorró tiempo y esfuerzo. Basta ya, Roy, esto no lleva a ninguna parte. Lo único que te pido es que te comportes decentemente con ella, deja de molestarla.

—¿Yo la molesto?! Vaya, vaya, creí que era tu amigo, pero veo que no. Déjame decirte algo, Adam, y tú sabes que lo aprendí por dura experiencia propia —había señalado con amargura—: Cuando una falda se cruza entre

amigos, el resultado es terrible para ellos.

—Vamos, Roy, Emily no es...

Enfurecido, Roy se había ido dando un portazo. A Adam le había quedado una sensación incómoda que ahora volvía a sentir tras días de no ver a su amigo de nuevo.

* * *

No podía, sabía que le era imposible y que todos se darían cuenta, pero no podía evitarlo. Si dejaba de mirarla por un momento, estaba seguro de que despertaría del sueño maravilloso que había tenido y que todo sería como antes: las largas noches solitarias, la búsqueda constante de un sentido a su vida, la necesidad del afecto.

Bertrand seguía cada movimiento, cada gesto de la joven de azul y se deleitaba admirando su porte, el cabello claro, el talle firme y esbelto, las manos de movimientos gráciles, los pozos de oro de sus ojos; de pronto, ella giró apenas el rostro hacia él y delineó una tenue sonrisa cómplice en los suaves labios. Sintió que el corazón se le detenía en el pecho por un breve instante. Gracias a Dios, siguió latiendo porque no quería perderse ni un instante del recuerdo. Guardaría la expresión femenina en su memoria para evocarla cuando los recuerdos de tragedias pasadas intentaran sobrepasarlo. Y guardaría también el inocente beso de despedida del día anterior tras haberle declarado sus más profundos sentimientos hacia ella.

Parpadeó lentamente una vez mientras se sumergía en el recuerdo de cada segundo después del último intercambio de palabras que habían tenido en esa oportunidad: había mirado hacia atrás para verificar que la señora Zachary y Jones no estuvieran a la vista y al no tener noticias de ellos, había aprovechado para tomar la mano de Emily y apretarla. La cálida mirada lo

había envuelto mostrándole un generoso corazón. Sin poder contenerse, había tirado de ella para acercarla, y la joven había levantado una mano para interponer una pobre protección ya que la palma había terminado laxamente apoyada en el pecho masculino. Había bajado la cabeza hacia la boca dulce, pero, en un pensamiento de último segundo, se había desviado y había besado la piel suave junto a la comisura. Para su sorpresa, ella lo había dejado hacer. Evocó con placer el momento en que él había intentado separarse y la pequeña mano en su pecho lo había detenido atrapándole la solapa de la chaqueta para sostenerse cuando se puso en puntas de pie. Había visto cómo los labios tibios, apenas húmedos, subían hasta su mejilla y le habían dado un beso que, aunque breve, se había prolongado una fracción de segundo más de lo apropiado. Sintió de nuevo el estremecimiento que ambos habían experimentado cuando se habían separado. Por respeto hacia ella, se había apresurado a cabecear un saludo y se había dirigido hacia su compañero pensando que tendría que dar una buena caminata hasta su cuarto para calmarse. Sí, recordaba también haber gruñido para sus adentros mientras aceleraba el paso por Dame hacia Rheidol, dispuesto a estropear la despedida de Jones como represalia por haberlo dejado solo en un momento difícil.

Sonrió con el recuerdo, pero se puso serio enseguida; en los pocos pasos que lo habían separado de la otra pareja, Bertrand había meditado en la promesa de los ojos femeninos y había pensado: “¿podría ella cumplir con lo que ofrecían sus ojos?”. Se había jurado a sí mismo que haría todo lo posible para conseguirlo, aunque, a solas en su cuarto, la vieja inseguridad había vuelto. No la merecía; Emily no era uno de ellos, y había hombres más dignos que él para aspirar a su amor. ¿Qué podría ofrecerle que superara lo que ella era y le correspondía por nacimiento y merecimientos?

El carraspeo de Baker para dar inicio a la reunión lo devolvió a la realidad. Fue el primero en presentar el estado de su caso con un corto resumen para sus compañeros: un señor Josiah Trenton había solicitado los servicios de la agencia a fin de que se ubicara a su sobrina, Abigail Trenton, de la que no tenía noticias. El señor Trenton, quien vivía en Surrey, había llegado a la capital por negocios y, en una corta visita a su hermano, con el que poco se

hablaba, había notado la ausencia de la sobrina. Cuando había inquirido sobre ella, su hermano y su cuñada se habían negado a responderle. Solo le habían dicho que ese nombre no se mencionaría más en la casa, lo que había alarmado mucho al hombre y lo había llevado a buscar una agencia de investigaciones.

El mismo día de la salida juntos, Emily y Bertrand habían entrevistado en la agencia a la anciana mujer que había sido niñera de la joven desaparecida, la que había respondido las preguntas de ambos en medio de un mar de lágrimas. Su nombre era Jane Thomas y había criado a los cuatro niños Trenton, de los cuales Abigail, la menor, había sido siempre su favorita. La pequeña había crecido alegre y despreocupada, poco atendida por sus padres, algo coqueta y vanidosa, aunque inocente y de noble corazón. A los quince años había conocido a alguien del que decía haberse enamorado y, a pesar de las advertencias que la mujer le había hecho, la pobre joven se había dejado seducir por el hombre que resultó ser casado. Pronto se enteraron las dos de que estaba encinta y, cuando ya no pudieron ocultarlo, la niña se lo confesó a su madre sin denunciar al seductor. El señor Trenton se había puesto furioso y la había echado diciéndole que ya no era su hija y que su deshonra no mancharía a la familia. Todo había sido muy triste y doloroso; por un tiempo, nadie había tenido noticias de la pobre muchacha hasta que unos meses antes del nacimiento del bebé, Abby le había escrito a su niñera.

Según habían podido establecer de la charla, la señora Thomas solo había guardado la última misiva que le había enviado tras destruir las anteriores por miedo a que el señor Trenton las descubriera y la echara a la calle. Con expresión dolida, la mujer le había contado que, en la última nota, la muchacha le había hablado del nacimiento del pequeño Cole y que ella le había enviado dinero y algunas ropitas –como en otras oportunidades anteriores– a una oficina de correo de la calle Packington.

En vista del sincero afecto que la anciana demostraba por la chica, Bertrand se había permitido comentarle que la investigación había sido solicitada por su tío, lo que había provocado lágrimas emocionadas y bendiciones varias de la niñera para el hombre. El agente esperó a que la

mujer se calmase antes de preguntarle si conocía a una señorita Mary Levitt. La señora Thomas creía haber oído el nombre, pero no podía aseverarlo por lo que Bertrand le pidió que buscara información entre las pertenencias de la joven. La niñera de Abigail había señalado que el señor Trenton había ordenado que las cosas de la señorita fueron regaladas o tiradas a lo que, con perspicacia, Bertrand había inquirido si la anciana no se había guardado algún recuerdo; con la vista hacia el suelo, la ruborizada mujer había musitado: “Tal vez una o dos cosas, un cuaderno en el que ella dibujaba y sus bordados de prueba de cuando era pequeña”.

Aliviado por lo que podía ser fuente de algún indicio más preciso que lo que tenía en ese momento, Bertrand le había pedido ver el cuaderno con la promesa de devolvérselo y le había ofrecido pasar a buscarlo esa tarde a las tres. Para que nadie de la casa la viera en esa circunstancia y pudieran despedirla, la anciana había convenido en encontrarlo en la esquina de Essex y Halliford. Luego, se habían despedido tras el sentido ruego de la mujer para que hallaran a la joven y a su hijo.

—Fue un golpe de suerte. Cuando los Trenton se negaron a hablar de su hija, creí que poco iba a poder progresar con este asunto; agradezco al cielo por la señora Thomas.

—¿Quién es Mary Levitt? —preguntó Baker.

—Después del fracaso de la tarde anterior con los Trenton, el sábado por la mañana decidí ver qué podía averiguar con los criados y, aunque nadie quiso decir ni una palabra por miedo a perder su empleo, un muchachito de unos quince años me dio una nota que había encontrado entre algunos papeles de la “señorita Abby”. Me pareció algo enamorado de la muchacha y llegué a pensar que quizá la joven se había comunicado con él, pero no tuve suerte. Sí descubrí que él había encontrado una carta fechada una semana antes de que echaran a Abigail y la escribía una tal Mary Levitt. En ella la invitaba a volver a visitarla y le comentaba que había visto a la señorita Lamb, una profesora que tuvieron en común, en un negocio para mujeres en Upper y Duncan. Pude ubicar a Dorothy Lamb que, aunque no sabía nada de

Abigail y apenas había saludado de pasada a Mary, me contó que las muchachas habían sido amigas en la infancia. Esa es la única pista que tengo y quizás este cuaderno —Bertrand extrajo un cuaderno de bocetos encuadernado en rojo que pasó a Baker— nos dé alguna referencia más de dónde encontrar a Mary Levitt para preguntarle si Abigail está o estuvo en algún momento con ella o si al menos sabe dónde vive.

—Por lo que parece, la joven desaparecida puede estar en alguna parte de Islington o muy cerca. Todos los lugares y las personas de su entorno inmediato están vinculados con direcciones de aquí, incluso la del correo del que retiraba las cartas de la señora Thomas. Además, a su edad y estando sola, es probable que no se haya ido muy lejos —comentó Emily.

—Mary Levitt es un buen comienzo —señaló Baker sin dejar de asentir.

—Quizás hasta sepa quién era el hombre que Abigail no quiso denunciar.

—¿Qué hay del sobre que les dejó la anciana? —quiso saber Louis.

Pasándose una mano por el cabello, Bertrand tomó el sobre que Emily había extraído de la carpeta del caso; apuntó al frente y al sello postal que se había empezado a usar poco tiempo atrás para el envío de correspondencia antes de decir:

—Es de la estación Holloway.

—La estación de trenes en Lower Holloway —ponderó Jack Primm—; mm, es factible que ella viva en los alrededores.

—La nota es de papel ordinario que se puede comprar en cualquier lado. Señorita Randolph, léala, por favor.

Ella desdobló el papel y leyó la breve nota de caligrafía infantil en voz alta y clara:

Querida Jane:

Te escribo para darte la feliz noticia del nacimiento de mi hijo Cole hace dos semanas. Ambos estamos bien. No debes preocuparte por nosotros, unas excelentes personas nos cuidan, nos han dado un lugar donde vivir y me han prometido trabajo para después de que me recupere. El bebé se ha despertado con los ruidos de las descargas de carbón y tengo que calmarlo. Volveré a escribirte en cuanto pueda. Gracias por tus obsequios. Te quieren con el corazón, Abby y Cole.

—La envió el 4 de marzo —apuntó Bertrand.

—O sea que actualmente el niño debe de tener unos dos meses y medio de edad —calculó Louis con rapidez.

Bertrand asintió y comentó:

—La nota habla de descargas de carbón, tendré que darme una vuelta por Holloway para ver el lugar.

El cuaderno rojo había dado la vuelta a la mesa. Ahora estaba en manos de Emily que lo miró con cuidado; en él, Abby había dibujado con toda la pasión y toda la incoherencia de una joven infantil y romántica que hacía flores y querubines mientras fantaseaba con su caballero ideal capaz de rescatarla de la existencia gris sin mayores atractivos que llevaba, inmersa como se hallaba en una familia solo interesada en las formas y el qué dirán. También había un par de bocetos de ella misma aceptablemente buenos, sin duda hechos frente a un espejo para practicar, otros de un perro y varios más de pájaros bastante bien logrados.

Bertrand miró a la joven que observaba las páginas del cuaderno como si no las viera. Sin duda había descubierto que dos de ellas habían sido arrancadas. La enfocó experimentando la extraña sensación de siempre cuando ella parecía retirarse a algún lugar interior a ordenar sus ideas y todo a

su alrededor desaparecía. Había sido testigo de su “trance” aquella vez en que tratando de liberar a Primm, acusado del asesinato del amante de su amante: ellos habían estado en el cuarto del fallecido relevando pruebas y ella se había trepado a una silla para usar su habilidad de observación con lugares y personas. El resultado había sido que él y ella, combinados, habían sacado al Dandi de la cárcel y toda la agencia le había dado una lección al cretino del inspector Cotter de la Policía Metropolitana que se había tenido que ir con el rabo entre las patas después de la filípica que había recibido del comisionado de policía, encantado con la audaz intervención de Emily en defensa del reo.

—Bien, Calvert, espero su próximo informe —oyó la voz de Baker—. Continuemos. ¿Jones?

La reunión prosiguió una media hora más; al concluir, Louis y Bertrand fueron a la oficina de Emily, quien no tardó en entrar con el cuaderno y los papeles de las notas que había tomado. Dejó todo sobre su escritorio y tomó con rapidez un carboncillo de su cajón con el que se dedicó a oscurecer la hoja detrás de la arrancada frotando la yema con suavidad para esparcir el carbón. Cuando lo elevó a la luz de la ventana, se vieron unos trazos claros que se completaron en el contorno de un rostro masculino de perfil. La exclamación triunfal de ella los hizo sonreír.

—Ese puede ser el hombre que buscamos —comentó Bertrand—. Y es un buen dibujo. Quizás lo arrancó la propia Abigail como recuerdo.

—¿Donde aprendiste eso, Emily? —apreció Louis el procedimiento.

—Bertrand me lo enseñó la vez del caso de Jack —señaló y recibió una mirada complacida del maestro.

Las tres cabezas volvieron al dibujo para mirarlo con detenimiento. Un instante después, Bertrand comentó:

—Si este es el hombre que sedujo a Abigail, lo que es muy probable considerando esas florcitas y querubines que lo rodean, podría llevarle el dibujo a la señora Thomas para ver si lo identifica.

—A ella o a Josiah Trenton —sugirió Louis.

Sin mediar pausa o cambio de conversación, Emily preguntó:

—¿A qué hora iremos a Holloway?

—¿Iremos? —preguntó Bertrand con sorpresa que trocó en prevención cuando vio la determinación en los ojos femeninos—. No, iré solo.

—Yo te acompaño —se ofreció Louis.

—De acuerdo —aceptó Bertrand de inmediato con el claro mensaje de que la joven no era parte del grupo de exploración.

—Si Louis va, ¿por qué no puedo ir yo?

—Porque usted no debe complicarse en las investigaciones—respondió Bertrand con una clara advertencia en la mirada—. Ya ve lo que hace ese periódico cada vez que se involucra en un caso, la saca en un artículo, la exhibe ante todos, ¿eso es lo que desea?

Emily negó, pero no quiso dar el brazo a torcer.

—Pero dudo mucho que el señor Dolman esté interesado en el caso Trenton, es una búsqueda de paradero nada más. Además, ¿tanto le molesta mi compañía? —Lo provocó con una mirada traviesa.

“Demonios”, se derrumbó Bertrand junto con sus buenas intenciones.

—Por favor, solo los acompañaré y no intervendré a menos que me lo pidan —insistió con una expresión inocente a la que ninguno de los dos hombres pudo resistirse.

—Vamos, Calvert, no le pasará nada, estará con nosotros.

La esperanzada mirada femenina lo hizo sonreír interiormente, pero exhibió una expresión severa como manifestación exterior de su rechazo a la proposición.

—Vendremos en una hora, veremos si Baker la deja salir —la desafió con el ceño fruncido como último intento de detenerla porque sabía que el jefe consideraba a la joven con una celosa posesividad. De todas formas, tuvo que admitir que deseaba que Emily consiguiera ir con ellos como prueba de que el incipiente afecto de ella por él era real y que haría lo necesario para estar a su lado... Y el de Montrose aceptó a regañadientes.

CAPÍTULO II

El coche los dejó a una calle de la estación Holloway. Bertrand y Louis querían ver un poco la zona y, para eso, había que caminarla según explicaron a la joven. El viaje había sido directo, rápido y fácil. Lo difícil había sido convencer a Baker de que la dejara ir con los agentes. Entre sus anteriores aventuras llenas de peligro y el hecho de que saliera con dos hombres sola, el jefe se había puesto bastante intransigente. Emily resaltó algo dramáticamente la necesidad de encontrar a la joven madre y al pequeño recién nacido, que fuera uno a saber qué horribles circunstancias estaban enfrentando, con tanta pasión que Adam cedió al final, advirtiéndoles a los agentes que los hacía responsables del buen nombre y la salud de Emily en ese orden. Ellos habían aceptado, y se encontraban ahora yendo por la calle Hornsey que se curvaba hasta cortarse en las vías donde estaba el puente de paso. Luego anduvieron a la par de las vías hasta ver la Escuela Benéfica de Instrucción Básica de Holloway y a corta distancia lo que Bertrand buscaba: los depósitos de carbón de la estación de tren. De espaldas al depósito, Bertrand echó un vistazo en derredor mientras Louis caminaba unos pasos más hasta un edificio abandonado propiedad del Ferrocarril del Norte, de tres pisos, con ventanas rotas, algunos agujeros tapados con papeles y la estructura de ladrillos, vieja y mal mantenida, que parecía a punto de desmoronarse en cualquier momento.

Unida a esta edificación había otra que formaba un cuadrado y una más que parecía un pequeño apéndice a un costado, en el límite con la escuela. La precariedad de todas las construcciones era evidente. Bertrand estimó que el ferrocarril podría tener planes para ellas.

Volvieron sobre sus pasos y recorrieron Ashburton Grove y Rutland Terrace para luego retornar a la calle Holloway por la que anduvieron hasta llegar a Seven Sisters. La zona tenía edificios sencillos y sus habitantes eran trabajadores del ferrocarril. Louis se ofreció a conversar un poco con la gente para ver qué podía averiguar por lo que Bertrand le entregó el cuaderno que le había dado la señora Thomas y en el que Abby se había retratado para que pudiera mostrarles cómo era la muchacha. Convinieron en verse en la estación a las cinco.

—He contado tres escuelas en una pequeña área —comentó Emily para atraer la atención del callado hombre que caminaba a su lado.

—Son para los hijos de los trabajadores, les enseñan lo básico: lectura, escritura, aritmética y religión; a los más capaces les permite conseguir algo en el servicio doméstico o en pequeñas tiendas y a otros los destina al ejército, aunque la mayoría termina en trabajos mal pagados como los de sus padres.

—¿Quiénes les enseñan?

—Voluntarios del barrio, algunos de los donantes, damas de la beneficencia.

—¿En qué piensa?

—La nota de Abigail Trenton decía —rebuscó en el bolsillo y extrajo la copia que Emily le había dado—: “Unas excelentes personas nos cuidan y nos han dado un lugar donde vivir y me han prometido trabajo para después de que me recupere. El bebé se ha despertado con los ruidos de las descargas de carbón y tengo que calmarlo”. Deduzco que tiene un cuarto y está cerca de donde se descarga carbón; el único lugar donde vimos un depósito fue frente a los edificios abandonados.

—Bueno, no tan abandonados —comentó Emily—. En dos de los pisos, los agujeros de las ventanas estaban tapados con papel. Y, en el pequeño edificio adjunto, había jirones de tela cubriéndolas.

—Alguien vive o ha vivido allí. Iremos a preguntar a la estación y veremos si hay depósitos de carbón en otro sitio.

Se pusieron en marcha y, en el camino, se cruzaron con niños que correteaban por las calles, muchachos con sus novias que escuchaban las canciones de un organillero y hasta con un reducido grupo de gente más grande que salía de una pequeña iglesia. Llegaron a la estación y fueron directamente a la oficina del jefe: un hombre de cabello alborotado, rostro rosado, gran delgadez e impecable uniforme se presentó como el señor Horatio Palmer. Los invitó a pasar y, en deferencia a la presencia de la dama, le ofreció asiento en la única silla que había en la reducida oficina. Bertrand se presentó, luego hizo lo propio con Emily y le comentó brevemente que se hallaban tratando de averiguar el paradero de una joven desaparecida cuyos últimos datos procedían de los alrededores de la estación. El jefe se ofreció gentilmente a responder las preguntas que tuvieran; Bertrand logró averiguar que no había otros depósitos de carbón por la zona y que las construcciones serían demolidas en breve para construir almacenes ferroviarios.

La charla se interrumpió con la llegada de Louis; el otro agente le pidió el cuaderno, abrió por el autorretrato de Abigail y le preguntó al jefe si había visto a esa joven; por desgracia, el hombre señaló que a diario veía muchísima gente y no recordaba en particular a la muchacha.

—¿Quién está a cargo de la oficina postal de la estación? —preguntó Emily.

—La señora Holland.

—¿Y dónde podemos ubicarla? —intervino Louis.

—Ha de estar en su puesto; el empleado está enfermo y lo cubre. Vengan, los llevaré con ella.

La señora Holland era una mujer robusta y baja, de gentil apariencia. Cuando Bertrand le mostró el retrato de Abigail, la reconoció enseguida; les contó que, aunque no la veía seguido, la recordaba muy bien porque era una jovencita muy educada y gentil. Una lástima lo que le había sucedido, pobrecilla, pero ella no juzgaba a nadie por sus debilidades, acotó con sincera aflicción, esa era tarea del Señor, que ya se ocuparía del seductor.

—¿Conoció usted a su hijo? —quiso saber Emily.

—¿Al pequeño Cole? Claro que sí, una diminuta belleza rubia como ella, de ojos grises y dulce temperamento. Lo trajo al mes de nacer para que lo conociera. Una jovencita bien educada y amable —repitió la mujer enternecida por el gesto.

—¿Le dijo dónde vivía?

—No, pero ha de ser muy cerca de aquí. Recuerdo que una vez quiso mandar una carta y no tenía el dinero. Me dijo que iría a buscarlo y volvió tan rápido que le pregunté si había ido en tren. —La mujer rio de su broma y continuó—. Me respondió que su casa estaba muy cerca de la estación.

—Cuando salió, ¿vio en qué dirección fue? —preguntó Bertrand.

La mujer pensó un momento y luego respondió con seguridad que había doblado a la izquierda. Bertrand y Louis observaron satisfechos que era hacia los edificios.

—¿Están en uso?

—No —le respondió el jefe como si fuera obvio dada la condición en que se encontraban.

—¿Nadie vive en ellos? Algunos parecen habitados.

—No, son solo vagabundos que pasan la noche. La policía los echa cada tanto.

—¿Hay forma de visitarlos? —inquirió Louis.

—Su agencia deberá enviar un pedido oficial por carta y la empresa les responderá.

La excitación de los agentes decayó; un segundo después, una expresión decidida cruzó el rostro de Bertrand.

—Señor Palmer, ¿a quién debo dirigir la petición? —preguntó Emily haciéndose cargo de las diligencias administrativas. Tras tomar nota, se despidieron del jefe de estación y de la mujer.

—¿Y ahora? —preguntó Louis.

—Tenemos que cumplir con el requisito de la nota —dijo Bertrand.

—La haré a primera hora mañana y le pediré al señor Baker que la firme urgente —le aseguró Emily—. La entregaremos al instante, descuide.

—De todas formas, hay algunas cosas que puedo ir haciendo mientras tanto —comentó Calvert con falsa indiferencia—. Bien, creo que eso es todo por ahora —miró su reloj de bolsillo—; es hora de volver.

Detuvieron un coche; durante el recorrido repasaron lo que tenían hasta ese momento.

—Abigail Trenton es seducida por un hombre que estimo cercano o dentro de su círculo de conocidos en vista de que no se le permitían muchas salidas. Queda encinta, sus padres se enteran y la echan de casa. Ella se va y consigue un lugar en el que quedarse.

—¿Con Mary Levitt?

—Es una posibilidad. De alguna forma, conoce a unas personas que le ofrecen ayuda y un lugar donde vivir con la promesa de darle trabajo para que mantenga a su hijo. Dos semanas después del nacimiento, le envía una nota a su niñera con el indicio de que, muy probablemente, se encuentre en las cercanías de la estación de trenes de Holloway.

—Eso apuntaría a los edificios. El anexo es lo más cercano al depósito de carbón; alrededor hay terreno abierto.

—Sí —fue la respuesta que ofreció Bertrand y que le mereció una mirada suspicaz de Louis.

—Bien, entonces debo apurarme a hacer la nota y ver que se entregue de inmediato.

La concentración de la joven permitió un cruce de miradas entre los hombres. Louis sospechaba que Calvert no esperaría a tener el permiso oficial; se le ocurrió que sería más que probable que su compañero intentara entrar esa noche a los edificios.

—¿Averiguaste algo, Montrose?

—No, hubo un par de tenderos que reconocieron a Abigail por sus compras, pero no sabían quién era ni donde vivía.

El coche se detuvo en la esquina de Dame. La acompañaron hasta la puerta y mientras esperaban a que entrara, Louis se inclinó hacia Bertrand y le habló con gravedad al oído.

—Necesitarás a alguien que vaya armado esta noche.

Su compañero le dirigió una mirada rápida como un latigazo, pero terminó asintiendo.

—Dejamos a Emily y nos vamos a mi cuarto para prepararnos.

Desde la puerta, ella los observaba discretamente con una expresión concentrada que los alarmó, pero no les dijo nada. Los agentes esperaban que no se diera cuenta de lo que tramaban: no querían exponerla a más situaciones complicadas, entre ellas, tener que verse en el dilema de mentir otra vez a Baker. O descubrir que ellos iban a ingresar ilegalmente en una propiedad privada.

Se despidieron de lejos. Ella se quedó cortada, viéndolos irse con paso decidido. Solo lamentó no haberlos saludado como deseaba.

* * *

Bertrand palpó la chaqueta una vez más para sentir su estuche y miró la hora en el reloj. Eran las doce y ya habían comprobado durante las dos últimas horas la frecuencia con la que los custodios revisaban los edificios. Cada media hora uno de ellos pasaba por el frente y levantando su farol de mano, observaba las puertas y ventanas para luego reemprender la marcha. Sin duda temían que vagabundos y familias pobres ocuparan lo que quedaban de las construcciones.

De acuerdo con el plan que habían elaborado, primero dedicarían un poco de tiempo a observar y luego ingresarían. Inicialmente habían pensado separarse para hacer más rápido, pero decidieron que era mejor ir despacio y juntos teniendo en cuenta que no sabían qué encontrarían dentro. En esa parte de la conversación, Louis había sacado su Sharp para verificarla y había revisado la caja de municiones comentando livianamente que Emily estaba cada vez más precisa con sus disparos y que había estado pensando en regalarle una pistola, lo que había producido un ramalazo de angustia en su compañero.

Desde el costado del depósito de carbón, miró hacia el anexo adonde se había allegado su compañero. Lo vio asomarse y hacerle una seña. Con el mayor sigilo posible, cruzó el espacio hasta el pequeño edificio y se sumó a él. Esperaron hasta ver al custodio alejarse hacia los otros edificios y se aventuraron a la puerta de entrada que estaba cerrada con cadenas y candado.

—¿Puedes abrirlo?

Bertrand sacó una pequeña lámpara cilíndrica cargada con aceite que tenía una mecha diminuta en la parte superior cubierta por una capucha de vidrio removible. La encendió y observó el candado. Asintió en respuesta a la pregunta: la cerradura no era complicada, aunque era un modelo de los más nuevos y le llevaría un poco más de tiempo. Le entregó a Louis la lámpara para que la sostuviera cerca de la cerradura y sacó el estuche de ganzúas. Eligió una y se puso a trabajar mientras Louis vigilaba. El candado no se resistió.

—No tenemos mucho tiempo, debemos dejar la cadena cerrada antes de la próxima ronda.

Un poco a los trompicones, fueron por las estancias derruidas de la planta baja sin hallar nada interesante y terminaron en la escalera. Subieron tanteando el suelo de madera con el pie hasta el primer piso. Se pusieron de acuerdo en llegar hasta el último nivel e ir bajando. En el recorrido, encontraron que las paredes y techos se hallaban en aceptable buen estado; no había duda de que algunas personas habían pernoctado allí en vista de los montones de ceniza que se apilaban en distintos rincones. También encontraron trapos, un banco y unas sillas rotos. En el primer piso pudieron ver un par de cuartos todavía en pie, pero sin ningún rastro de que alguien hubiera estado allí, y dos puertas selladas con un muro de ladrillos intacto.

La escasa luz no les permitía ver los detalles así que dieron por concluida la exploración. En ese edificio no estaba Abigail y no parecía que hubiera vivido allí. Bajaron las escaleras un poco más rápido ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y salieron al exterior. Con cuidado, Bertrand

repuso las cadenas antes de volver a cerrar el candado. Tomó algo de tierra del suelo, la frotó en las manos y soltó el polvillo sobre el aparato. Sopló suavemente, apagó la lámpara y los dos fueron a esconderse en un hueco entre el anexo —que ya habían revisado— y el siguiente edificio.

Repitieron todo el trabajo escabulléndose de los custodios e ingresando furtivamente, pero el resultado fue el mismo. Lo que era aún más claro: el estado de los otros edificios era tan malo que nadie habría podido vivir en ellos y ni pensar en criar a un bebé recién nacido.

—¿En dónde estuvo el error? —planteó Louis una vez que se hallaron en una taberna de Upper.

—No sé, no se me ocurre otra conexión con lo del depósito y la oficina postal de Holloway —le respondió Bertrand ceñudo mientras bebía su cerveza.

Louis dio un trago a la suya y negó perplejo.

—¿Dónde te deja esto?

—Tendré que hablar con la señora Thomas y el señor Trenton y mostrarles el dibujo del hombre a ver si lo reconocen; también me queda seguir el rastro de Mary Levitt.

—Bah, no es tan malo —apuntó Louis optimista—. ¿Qué harás con lo de la nota que Emily presentará en la compañía ferroviaria?

—Nada. Si la detengo, Baker y ella sospecharán lo que hicimos esta noche.

—Tienes razón. Bien, ya es demasiado tarde y mañana tengo que estar temprano en la agencia.

—Gracias por la ayuda.

—Deberías mostrarle tu lamparita a Emily —le dijo sonriente—; querrá una para ese bolso que lleva con ella a todos lados.

—Ese estuche es un verdadero saco de las maravillas: zanahorias, pañuelos, lupa, peine... —enumeró Bertrand con media sonrisa mientras apuraba la cerveza—. Vamos; debo descansar un poco antes de seguir.

Los hombres pagaron y no tardaron en salir rumbo a sus cuartos.

CAPÍTULO III

Aunque aún era primavera, y una muy bella, por cierto, Adam podía sentir en el aire la proximidad del verano. Había arribado antes de las nueve a la agencia, pero no le extrañó ver que Emily y la señora Walloski ya estaban trabajando.

Mientras él desayunaba con gran apetito, Emily aprovechó a contarle sobre el pedido que era necesario hacer a la Empresa de Ferrocarriles del Norte para que el agente Calvert —“Bertrand”, pensó sonrojándose— pudiera revisar los edificios. Le comentó brevemente lo sucedido el día anterior en Holloway.

Adam la contempló serio, pero no hizo ninguna observación a la joven. Firmó la nota que ella ya había redactado, mientras Emily le preguntaba por su viaje a Croydon el fin de semana anterior.

—De lo más satisfactorio —afirmó mientras se recostaba con expresión satisfecha contra el respaldo. Se quedó en silencio: sopesaba una idea. Con expresión evaluativa, basado en la muestra de confianza que le había dado la joven al contarle lo del día anterior, tomó una decisión.

—Cierre las puertas y venga: voy a confiarle algo sobre lo que le requiero la más absoluta discreción. —Se puso de pie para tomar una de las sillas y colocarla al lado de su sillón—. El viaje a Croydon este fin de semana fue a requerimiento del vicealmirante Balthasar Crawford, quien se desempeña como consejero de la Corona en asuntos de guerra. Fue una aproximación, por así decirlo, en la que el vicealmirante tanteó el terreno para una eventual intervención de la agencia en un tema que involucra a otros gobiernos.

Sin poder evitarlo, Emily se inclinó hacia adelante.

—El 30 de marzo pasado se firmó en París la declaración que dio fin al conflicto bélico en Crimea. Uno de los temas, que debido a la difusión de los periódicos y de las exhibiciones fotográficas, se ha vuelto de conocimiento público, es la gran cantidad de muertos, civiles y militares, que resultaron como consecuencia de esta guerra. Se calcula que murieron más de doscientos cincuenta mil combatientes y setecientos cincuenta mil civiles durante el conflicto. A raíz del sentimiento popular de dolor y malestar que vivieron en todos los países involucrados, los gobiernos intervinientes están movilizándose para que un consejo internacional estudie un conjunto de medidas que permitan regir el tratamiento y la atención a los heridos y prisioneros de guerra.

—Tendrán que comprometerse a dar tratamiento más humano a los prisioneros además de garantizar el bienestar de los civiles. Tan solo con recordar a los médicos y enfermeras que han muerto durante el conflicto cuando todo lo que deseaban era ayudar... —comentó Emily afligida.

—Así es. Una tarea que requiere la intervención y el compromiso de grandes naciones como la nuestra. De todas formas, lo que podría involucrarnos no es un asunto de diplomacia internacional, sino un problema de índole privada que podría tener repercusiones externas.

Los almendrados ojos agrandados por el interés atrajeron a Adam que perdió por un instante el hilo de sus ideas. Tosió no solo para aclararse la garganta.

—Lo nuestro tiene que ver con una próxima reunión, por el momento secreta, de miembros de los distintos gobiernos que participaron en el Congreso de París, especializados en salud, derecho y organización militar, enviados para estudiar la conformación de un consejo que analice las medidas necesarias para resolver este asunto. Están convocados en Croydon para dentro de dos semanas: allí se reunirán representantes de Francia, Bélgica, Italia, Portugal, España...

—¡Oh! ¿Y por qué es posible que se requieran los servicios de la agencia?

—Como le dije, existe un asunto de índole privada que involucra a algunos de los asistentes. Es probable que lo que voy a decirle choque contra su sensibilidad, pero después de lo que ha visto y oído trabajando aquí...

Emily lo miró alertada.

—El representante de nuestro reino será lord James Griffith, vizconde de Abbendott, reconocido experto en organización militar y casado con Elizabeth Fansworth. A esa reunión también asistirán el duque de Nozzeria y el señor de Plaissis L'Aubignon.

Desvió la vista por un momento antes de enfocarla en ella.

—Bien. El caso es que estos dos caballeros tuvieron un vínculo íntimo con la vizcondesa.

—¡Oh! —susurró Emily echándose un poco hacia atrás.

—Estando casada.

—Ay —se le escapó a la sorprendida joven.

—Y el vizconde se ha enterado recientemente.

—¡Oh, por favor! —exclamó con ojos agrandados por el azoro.

—Y aún hay más.

—¿Más? —inquirió con expresión desmayada.

—Sí, Griffith supo de la infidelidad por una indiscreción de una amiga de la vizcondesa que también confesó que su primogénito, el futuro heredero del condado, es hijo de uno de los mencionados caballeros.

Atónita y enmudecida, se irguió en la silla con el cuello extendido, los ojos y la boca abiertos.

—Ese es el problema. El vicealmirante parece convencido de que algo grave pasará cuando los tres hombres se reúnan por lo que espera que estemos allí para prevenir el desastre.

—Pero, ¿cómo prevenirlo si no sabemos qué pasará?

—Eso es lo que debo pensar antes de aceptar el trabajo. Es un riesgo para la agencia.

Emily asintió vigorosamente, preocupada por lo que su jefe le había comentado.

—¿No es posible que alguno de ellos no asista? ¿Específicamente lord Griffith?

—Los tres han confirmado su presencia.

—¿No hay duda de que el hijo de la vizcondesa no es...?

—Al parecer hubo una discusión conyugal en la que lady Elizabeth confirmó la circunstancia, aunque se negó a decir cuál es el padre. Lo peor es que el vizconde no puede desheredarlo porque sería admitir el engaño de su esposa y porque no han tenido otra descendencia: el pequeño es el único en línea sucesoria. El vicealmirante cree que lord Griffith es capaz de tomar venganza durante el próximo encuentro, lo que no favorecería la concordia internacional justamente, aun cuando sea una cuestión de honor.

—Esto sí que complica la situación. Desean contratar a la agencia para que actúe en algo que no se sabe si sucederá, y si acontece, cómo y cuándo se llevará a cabo.

—Entiendo que lo lógico sería no aceptar, pero, por otra parte, si lo pudiéramos resolver, sería de importancia para nuestra reputación.

—La pregunta aquí es cuánto de esa reputación se arriesga y si lo vale.

Adam asintió de acuerdo.

—Lo pensaré. Bien, volvamos a nuestros asuntos.

Una vez en su escritorio, Emily no pudo dejar de pensar en lo difícil que era para algunas mujeres saber cuál era el hombre indicado.

* * *

Las seis campanadas sonaron con claridad en la planta alta de la Agencia Essex. Emily comprobó con la vista la presencia de los agentes; solo faltaba Jones. Los hombres estaban en su oficina, incluso cuando ella los había invitado a estar más cómodos en la sala de la planta baja destinada a ellos. Por algún motivo, a pesar de sus primeros choques, se dijo complacida, se sentían bien allí. Como habían llegado más temprano, les había hecho servir té y ahora se encontraban instalados en los huecos del despacho que no tenían muebles. A su lado, Louis apoyaba la cadera contra el escritorio y la veía trabajar. Cerca de la ventana, con la vista concentrada en ella, estaba Bertrand. Oliver Bruce, joven agente recién incorporado —junto con Tadeo Fargg— por su eficiente actuación en el caso Pressing, y Primm repasaban algunos aspectos del caso Abramowitz en el que trabajaban. El mencionado Fargg estaba leyendo la pizarra, sin duda atraído por el orden y la prolijidad que exhibía.

Dos minutos después de las seis, Adam abrió la puerta de comunicación y encontró a su asistente rodeada; en una rápida decisión estratégica, hizo pasar a todos juntos para sacárselos de encima.

—¿Falta Jones? Emily, siga con su tarea hasta que él llegue y vengan los dos.

Cinco minutos más tarde, apareció el agente.

—¿Ya entró alguno?

—Todos, hace cinco minutos.

—Uf. Escuche, si quiere, esta tarde después del trabajo, le daré su primera lección de defensa.

Los ojos de la joven destellaron con chispas de absoluto deleite. En aquella oportunidad en el Baile de los Tenderos en que le había pedido al señor Jones que le enseñara algo de boxeo para defenderse, la azorada indignación del hombretón le había parecido infranqueable, aunque, al parecer, su tesón había logrado penetrar el muro de resistencia y tenía su premio al alcance de la mano.

—Hay un lugar cerca de donde vive que se puede usar para lo que vamos a hacer.

Pasaron al interior del despacho de Adam, se sentaron y Baker retomó lo que estaba diciendo.

—Por desgracia, Oliver, no tuvo usted en cuenta que la comunidad judía es especial y tienen costumbres muy arraigadas distintas de las nuestras. Deberá tener más cuidado la próxima vez. Primm, vea de estar presente cuando se interrogue a otra mujer judía. Bien, fuera de ese pequeño percance, veo que el caso avanza.

Bertrand hizo un resumen de su charla con el señor Trenton y con la señora Thomas que concluyó con la identificación del hombre del dibujo como Victor Cummings, socio del señor Trenton padre. En cuanto a Mary Levitt, había logrado determinar su última dirección como Grosvenor 16 en Highbury y al día siguiente iría a visitarla.

Adam intercambió un par de comentarios más con los hombres y dio por concluida la reunión indicándoles que, de no haber novedades, el próximo encuentro sería el siguiente jueves al mediodía. Todos asintieron y se fueron con excepción de Louis y Bertrand que siguieron a Emily a su oficina para recoger el sombrero y la gorra que habían dejado allí.

—Si mañana tengo la autorización, ¿cómo se la hago llegar?

El hombre la miró con una ceja alzada.

—Vendré después de visitar a Levitt.

—¿Irás temprano?

—Supongo que estaré alrededor de las nueve o nueve y media, antes pasaré por la oficina de correo de Packington. Bien, la veré mañana. — Bertrand se apresuró a despedirse y la joven se dio cuenta de que la estaba evitando. Miró extrañada a Louis, pero su amigo apenas le devolvió la mirada y se fue detrás del compañero.

¿Qué estaba sucediendo allí? Con la escapada de Bertrand, experimentó un peculiar vacío que la dejó con una sensación incómoda. Se comportaba como una real tonta, la presencia de él —su contacto— la perturbaba al mismo tiempo que la llenaba de felicidad, no podía evitar querer su cercanía... ¿Acaso su atracción inicial se volvía algo más profundo?

* * *

A las siete de una tarde tranquila y luminosa, Jones y Emily caminaban rumbo a una herrería abandonada de la calle Popham prestada por un conocido del agente hasta que lograra alquilarla.

Una vez llegados, comenzaron los problemas. El primero tenía que ver con el embarazo que le producía al hombre darle órdenes a la joven. El segundo, con la forma de hablar del agente para nada apropiada a una dama. El tercero, con la ropa.

—No sé cómo demonios hacer esto —terminó por confesar exasperado tras varios titubeos mientras se pasaba una mano por los cortos cabellos rojos sin poder cuidar por más tiempo su lenguaje.

—¿Por qué no nos sentamos un momento? Me gustaría hacerle una consulta.

Emily llevó al consternado Jones a un rincón, el menos sucio del abandonado taller, y le señaló el reborde de ladrillo de la fragua. Él se apresuró a sacar un pañuelo para limpiar la suciedad.

—Una vez le sucedió algo peculiar a una de nuestras criadas. Un hombre de baja catadura la arrinconó en la calle, la arrastró a un callejón e intentó atacarla... bueno, digamos que de forma indecente. Estaba tan asustada que comenzó a patearlo y lo alcanzó en la pierna; el hombre la soltó con un grito y cayó al suelo, lo que le permitió escapar. ¿Qué fue lo que pasó?

Jones dudó acerca de cómo se lo explicaría.

—Bueno. —Estiró la barbilla hacia adelante—: Digamos que la criada lo dejó fuera de combate.

—Sí, comprendo, pero lo que no entiendo es cómo.

—Verá —dijo con el dedo índice en el cuello de la camisa—, hay varios puntos débiles en un hombre para atacarlo, pero básicamente puedo enseñarle tres.

Jones se puso de pie; Emily lo imitó. El agente la puso de frente a él a poco más de medio metro.

—Preste atención: a esta distancia, lo mejor es golpear con toda la fuerza aquí. —Jones apuntó con los índices hacia su zona genital. No era fácil decir cuál de los dos estaba más avergonzado—. ¿Entiende?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Si quien ataca está de frente a una distancia menor al largo de su brazo, lo mejor es golpear su nuez con el puño cerrado o el canto de la mano; esto duele mucho, lo ahogará y usted podrá huir.

Jones hizo el movimiento hacia la garganta de Emily. Luego le hizo un gesto con la mano para que repitiera el movimiento.

—¿Así? —preguntó dudosa llevando su puño cerrado y deteniéndolo casi sobre la garganta del hombre. Este asintió.

—Si el tipo ya la atrapó, trate de liberar los brazos. Con los puños cerrados, golpéelo en los oídos con fuerza: eso hará que pierda el equilibrio y le dará tiempo de escapar o de aplicar la primera forma.

Le mostró y le pidió que lo volviera a hacer con él. Le hizo un comentario sobre evaluar la altura y la fuerza del otro, además de la situación, antes de decidirse por el punto y la forma de ataque.

—Hay otros lugares dolorosos en el estómago, el hígado y la nariz, pero necesitaría más fuerza de la que tiene, así que concéntrese en la nuez, los oídos y... ya sabe. Si está por detrás y no tiene nada con qué defenderse, puede intentar golpear con el puño cerrado aquí —Jones se dio vuelta y le marcó sus riñones—. Cualquier golpe fuerte y potente en esos puntos dejará a su atacante con mucho dolor y le dará tiempo para correr a pedir ayuda.

Ella asintió con gesto obediente. Él se rascó la oreja. Después de pensar un poco, le dijo:

—Hay algo que debe comprender bien, señorita.

—Llámeme Emily. —“Todo el mundo terminará por hacerlo”, se dijo.

—Cuando alguien la ataca, es para hacerle daño por lo que no debe tener piedad de su oponente. Y, si este tiene un arma, no lo enfrente, intente huir mientras pueda y pida ayuda. Debe saber valorar muy bien el riesgo al que se expone.

Emily asintió con expresión grave.

—Bueno, la única forma de aprender es practicando. Vamos a probar con la forma de pararse. A ver, lo primero es la posición; observe cómo me paro y haga lo mismo.

El hombre se puso ligeramente de perfil con la pierna izquierda y el brazo adelantados; Emily repitió el movimiento.

—Ponga el peso del cuerpo repartido entre ambas piernas. —Jones dirigió la vista hacia abajo, pero la amplia falda acampanada cubría por completo las piernas femeninas. Se enderezó y la miró turbado.

—No veo sus piernas —expresó serio y de pronto se ruborizó—. No puedo corregir la posición si no veo las piernas. Esto no va a funcionar.

Emily ponderó la situación y concluyó lo mismo.

—¿No hay algo que pueda usar? ¿Panta...?

El rostro horrorizado del hombre interrumpió la pregunta de la joven que retrocedió ante la expresión de terror masculino.

—¡Ni se le ocurra! —exclamó ronco. Una serie de movimientos espasmódicos le sacudieron el cuello y la cabeza—. Si alguien se entera de esto, señorita Randolph, van...

—Emily, por favor.

—Van a matarme. Baker y la señora Zachary me matarán. No puedo, no lo haré, no me convencerá.

—Pero, señor Jones, sería una lástima, usted explica tan bien y yo le entiendo todo fácilmente. Si solo lo dejamos en la teoría, de nada van a servirme sus clases. ¿Qué le parece si mañana volvemos a reunirnos aquí a las siete y vemos si encontré una forma apropiada para solucionar el problema?

Nunca en su vida pudo recordar Abe Jones cómo había aceptado volver al día siguiente, pero podía afirmar, sin duda alguna, que ese momento no recordado había sido el principio de todos sus problemas digestivos y nerviosos. De eso estaba completamente seguro.

CAPÍTULO IV

A primera hora de la mañana, una orgullosa Emily había conseguido la autorización y solo tenía que hacérsela llegar a Bertrand.

Lo bueno de tener a su primo Jonathan en el directorio de la empresa de ferrocarriles era que había bastado con una misiva breve para que le obtuviera el permiso sin demoras, razonó complacida. Ahora que estaba concedido, Emily consideró prioritario que el agente contara con él, aunque entregárselo se complicaba ya que los recaderos aún no habían llegado. Quizás si ella se apuraba, podría llegar al domicilio de Mary Levitt para entregárselo en persona.

No tardó demasiado en llegar: se apeó y caminó hasta la casa que habría identificado de inmediato con solo ver la figura masculina de pie junto a un farol. Fue a paso vivo hacia el sorprendido hombre que la saludó con notoria parquedad. La tristeza en la expresión de Emily por la actitud no pasó inadvertida a Bertrand que se sintió mal por su comportamiento, sobre todo considerando que ella vivía noche y día en su mente y en su corazón.

—Buen día, Bertrand. Disculpe que lo moleste —lo saludó con seriedad mientras se quitaba los lentes—, pero tengo la autorización para revisar los edificios y pensé que la querría. Está tan cerca de Holloway... Sírvase.

—Emily, espere.

La joven permaneció quieta con la vista en el suelo. Él le alzó la barbilla para que lo viera a los ojos. “Mal movimiento, Bertrand, debes dejar de hacer esto”, se dijo al recibir el baño de oro de los afligidos ojos.

—Le agradezco las molestias que se ha tomado y aprecio lo que hace. Mary Levitt está en una excursión con un grupo de una de las escuelas en las que trabaja su esposo.

—¿Está casada? —se asombró Emily—. No ha de tener más de dieciséis años.

—Ya tiene diecisiete, es normal que esté casada —la contradijo él, sonriéndole de costado, lo que atrajo la vista ámbar a la boca—. Volverán mañana. Quizás quiera acompañarme hasta Holloway.

Ella respondió con un cabeceo afirmativo; complacido, Bertrand pensó que, como no habría ningún resultado con la inspección, bien podían disfrutar de un paseo juntos. Durante todo el trayecto, el agente supo lo que era un castigo femenino bien administrado: a todos sus intentos de entablar una conversación, no recibió más que monosílabos o silencios. Buscaba resarcirla, pero sabía que no solo la había esquivado sin darle explicaciones, sino que también le había mentado. A poco de llegar a la calle Holloway, se decidió a decirle lo de la visita nocturna a los edificios para evitar que el sentimiento de culpa lo superase; cuando terminó, recibió una mirada de reprensión que lo hizo sentir como un chico travieso que había hecho algo muy malo.

—¿No tiene nada que decir? —le preguntó después de un rato de helado silencio.

—Nada de lo que yo diga modificaré lo hecho. Solo lamento que no haya considerado compartir esto conmigo, Bertrand. Todos ustedes demandan siempre honestidad de mí.

—¿Me habría dejado seguir adelante?

—¿Habría podido impedirselo?

—No —aceptó—. Tal vez temí que me pidiera acompañarnos.

—Como si pudiera creerle.

—Usted es muy convincente cuando mira con esos ojos suyos; tendemos a concederle lo que nos pide sin pensar demasiado.

—Eso no es cierto —protestó molesta por la imagen de manipuladora que daba de ella.

—Vamos, Emily: Montrose le enseña a disparar; yo, a abrir cerraduras; Jones trata de cuidar su lenguaje cuando usted está presente; Baker pasa de la furia a la calma después de hablar con usted; Primm la defiende y respeta como a ninguna otra mujer, ¿quiere más ejemplos?

Mm, mejor sería que nunca supiera que el señor Jones le estaba enseñando a defenderse, se le ocurrió.

—De acuerdo —aceptó con culpable rapidez—. Entonces, ¿podría decirme qué sentido tiene que vayamos a Holloway?

Bertrand le respondió con seguridad.

—No es mala idea hacer una inspección a la luz del día, veré lo que se nos haya podido pasar y usted me dirá si hay algo a lo que no hayamos prestado atención.

—Podemos intentarlo —valoró mejor dispuesta en vista del halago implícito.

Siguieron por Holloway hasta la estación donde se encontraron con el jefe Palmer. Emily le entregó la nota y después de leerla, el hombre observó con deferencia a la joven mujer antes de salir corriendo a buscar las llaves de los candados que cerraban los edificios.

—¿Cómo fue que consiguió tan rápido el permiso?

—Alguien que conozco me hizo un favor —señaló sin explicar demasiado. Bertrand levantó una ceja y ella lo miró de costado.

—¿Lo hizo por mí? —le preguntó bajando la voz al inclinarse sobre ella.

—Lo hice... por la agencia.

La aparición del señor Palmer interrumpió a la pareja que, de inmediato, tuvo que correr detrás del hombre decidido a dejar una buena impresión en la dama tan bien recomendada.

Otra vez frente al candado del edificio anexo, Emily vio al agente hacerse el distraído con bastante naturalidad y hablar con el señor Palmer acerca de los seguros que eran esos nuevos modelos de candados que usaba el ferrocarril. El jefe aceptó el comentario con una sonrisa satisfecha; luego de quitar las cadenas, les franqueó el paso y los siguió.

A la luz diurna, todo el tenebroso aspecto que había tenido el edificio la otra noche, se desvaneció dejando paso a una vieja edificación semiderruida y nada más.

—Esta construcción está en mejores condiciones que las otras, por eso era la favorita de los vagabundos y miserables. Debimos ponerle custodia para asegurarnos de que nadie se asentara aquí.

—¿Hace cuánto tiene vigilancia?

—Menos de un mes.

Después de recorrer la planta baja, Emily comenzó a subir las escaleras.

—Tenga cuidado, señorita. La madera está podrida —le advirtió el señor Palmer y Bertrand se apresuró a ir tras ella.

Una vez en el primer piso, recorrieron el pasillo y fueron entrando a los cuartos vacíos. Al pasar junto a los muros que sellaban dos de las puertas, Emily se detuvo. Los hombres caminaron un par de pasos más antes de darse cuenta de que se había parado y escrutaba con la cabeza ladeada la pared de ladrillos.

—Señor Palmer, ¿cuándo se hizo esta pared?

El hombre dejó ver su confusión.

—No estoy seguro.

Bertrand volvió sobre sus pasos para examinar la construcción.

—Es un trabajo poco hábil, relativamente reciente, a las apuradas — describió él mientras tocaba parte de la mezcla que unía los ladrillos y la frotaba entre el índice y el pulgar.

El señor Palmer corroboró lo dicho observando la deficiente pared con el entrecejo fruncido. De improviso, Bertrand acercó la nariz al muro. Frunció el ceño y entrecerró los ojos, concentrado. Emily se acercó; un olor fuerte asaltó su nariz y la hizo retroceder.

—¿Qué es eso?

El jefe de la estación asistió extrañado a las acciones de la pareja, pero decidió imitarlos.

—¡Qué diablos! —exclamó asqueado—. Ha quedado un animal muerto dentro.

Las miradas de horrorizado entendimiento que cruzó la pareja alertaron de inmediato al pobre hombre que mostró una expresión de agobio.

—¿No es un animal? —inquirió bajando la voz hasta transformarla en un susurro atemorizado.

—Esperemos que lo sea —le respondió con gravedad Bertrand—. Emily, por favor, vaya por la policía, que avisen a la agencia dónde estamos; luego busque a alguien que nos ayude a derribar esta pared.

Con la colaboración del jefe de estación, Bertrand pudo tirar de los ladrillos superiores hasta desmoronar la parte del muro que estaba más fresca. El olor que provino del cuarto cerrado al liberar el paso del aire les provocó náuseas y tuvieron que usar los pañuelos como improvisadas máscaras para poder continuar con la tarea. Emily no tardó en volver con dos hombres provistos de picos que en cuestión de minutos echaron el muro abajo. Bertrand hizo una seña a la joven para que se quedara atrás y empujó la puerta. El hedor los envolvió por completo y las arcadas dieron paso a vómitos reales: el señor Palmer y uno de los ayudantes estaban doblados cerca de la pared devolviendo el contenido de los estómagos sin poder contenerse. El segundo hombre estaba tan aterrorizado que Bertrand tuvo que mandarlo a esperar a la policía mientras él se quedaba junto a la joven que, con los ojos desorbitados, resistía valientemente el embate de la pestilencia apretando con desesperación su pañuelo de cuello contra la boca y la nariz.

Entró en la habitación con ella detrás y los ojos entrecerrados. Se detuvieron en seco al ver que el cuarto estaba vacío, excepto por el esqueleto herrumbrado de una vieja cama. No había nadie, era un ambiente casi totalmente despojado de objetos, estático, como detenido en un punto del tiempo; solo el aire cargado de pestilencia que colmaba la habitación contradecía la aparente vacuidad del lugar como si fuera una presencia corpórea. Los dos se miraron estupefactos. Bertrand fue hacia la ventana y al no poder abrirla, la rompió para que entrara el aire. Dieron unos pasos por la estancia tratando de develar el misterio mientras la recorrían lentamente con la vista. Asomados a la puerta, Palmer y el otro hombre los observaban con ojos llorosos.

Fue el grito sofocado de Emily lo que los sacó del extraño trance en el que habían caído. Bertrand giró ansioso y se apresuró hacia ella que volvió a gritar con más fuerza y le señaló el piso bajo sus pies. No necesito más para hacerse a un lado, agacharse y tantear el suelo con una mano mientras con la

otra sostenía el pañuelo contra la nariz, hasta encontrar el listón de madera mal encajado e hinchado, que le permitió tirar de él. Lo arrancó de una y con esa madera saltaron juntas otras tres que dejaron a la vista de todos, una imagen terrorífica: el cuerpo en descomposición de lo que había sido una joven mujer, que exhibía en ese momento partes aún reconocibles –aunque deformadas por la tumefacción– junto a otras que eran una masa rezumante y putrefacta de cabellos, piel, músculo y hueso. Había porciones de carne faltante en varios puntos; gusanos y moscas anidaban en lo que había sido piel y carne. Bertrand controló apenas una arcada y, con un esfuerzo superior, terminó de quitar las maderas que cubrían el cadáver. Como hipnotizada, ella seguía sus movimientos, incapaz de dejarlo solo con el macabro descubrimiento.

Bertrand se puso de pie y fue donde se hallaba la joven para tapanle la espantosa visión; ni él era capaz de seguir mirando. La tomó por los hombros, la sacó del cuarto y, junto con los otros hombres, buscó la escalera para bajar. Para su horror, no importaba cuánto se alejaran, el olor seguía impregnado en sus ropas, en sus cabellos, pero sobre todo en su mente.

En la planta baja, la atrapó en el preciso momento en que comenzaba a caer. A pesar de que tenía los ojos abiertos y era consciente de lo que pasaba, los pavorosos acontecimientos superaban su capacidad de aceptación y el cerebro parecía haber perdido el control de los miembros y el sostén.

—¿Quién pudo...? ¿Quién pudo cometer esta crueldad? —preguntó con la angustia cerrándole la garganta.

—No lo sé, lo averiguaremos, cálmese.

Ella se acurrucó entre los brazos fuertes y se aferró al hombre que la apretó contra él. La oyó sollozar ahogadamente por un rato hasta que asomó la cabeza elevando los ojos de miel hacia los suyos.

—¿Tendré que volver a verla? —quiso saber con un hilo de voz.

—No. Nadie va a pedirle eso, tranquila.

Emily asintió y comenzó a soltarse del abrazo sin percatarse de que Bertrand necesitaba su contacto tanto como ella el suyo. Se separaron un poco, pero siguió apoyada en él, que no quitó su brazo del hombro femenino. Así los encontraron Montrose, Jones y Primm, convocados por Adam, alarmado por el mensaje críptico y nervioso que su asistente había enviado a la agencia.

—¿Qué fue lo que pasó? —demandó saber, impresionado por el estado en que se encontraba la pareja.

—Creo que encontramos a Abigail Trenton —respondió Bertrand que hallaba difícil pronunciar las palabras más sencillas.

—Ella está... muerta. La ocultaron bajo el piso de madera, está... está... —intervino Emily horrorizada; los ojos vidriosos de mirada ciega.

—Está muy descompuesta, es terrible —completó Bertrand la frase, demudado.

—Emily, ¿se encuentra bien? Es mejor que vuelva a la agencia —le sugirió Adam al tiempo que intentaba tomar la mano de la joven para sacarla del edificio. La reacción de ella los sorprendió: con pavor manifiesto, quitó la mano bruscamente y giró para abrazarse a Bertrand que la encerró en los brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

Los agentes observaron en silencio a la pareja que, abrazada, compartía la conmoción del hallazgo, y vieron que la joven comenzaba a sacudirse por violentos sollozos. Desde la posición sobre la coronilla femenina, Bertrand miró a un desolado Adam y meneó la cabeza.

—Está impactada. Todavía no hemos podido reaccionar ninguno de los dos. Es espeluznante; el estado del cuerpo, el olor...

El hedor mitigado que flotaba en el aire junto con el aspecto descompuesto de los policías que bajaban la escalera terminaron de clarificar lo que les pasaba. Mientras los dos continuaban quietos cerca de una de las ventanas abiertas junto a la puerta, los agentes subieron las escaleras. El espectáculo que los recibió fue aterrador y, aun acostumbrados como estaban a presenciar situaciones duras, no les fue fácil enfrentar la imagen del delgado cuerpecito de la joven de cabellos claros carcomido por gusanos y roedores. Apenas si pudieron echar un vistazo a distancia; bajaron enseguida, aturcidos. Adam les hizo un gesto a los agentes para que sacaran a la pareja y fue a hablar con la policía. El sargento, que lo conocía de su tiempo en la fuerza, no tuvo inconvenientes en pasar luego por Essex.

Volvieron en el más absoluto silencio; Emily acurrucada como un ave herida en los brazos de Bertrand que intercambiaba miradas con sus compañeros. De vez en cuando, un estremecimiento de conmoción recorría el cuerpo de la joven y él apretaba el abrazo y le susurraba algo al oído que parecía calmarla temporalmente. Al llegar a la agencia, solo aceptó la ayuda de Louis al que le permitió ocupar el lugar de Bertrand en el camino a la sala de descanso de los agentes. Allí la sentaron en el sillón sin que reaccionara; retenía la mano de su amigo con inusitada fuerza.

Pronto apareció la señora Walloski que hizo todo lo posible por que la joven se sintiera mejor, pero que apenas consiguió que la mirara con ojos vacíos de expresión. Louis aprovechó la presencia de la mujer para dejarla con ella un momento y fue al pie de la escalera donde estaban los agentes reunidos. Durante un largo rato, uno por uno se turnaron para vigilarla mientras el resto continuaba comentando lo sucedido. Cuando le tocó a Jones, fue a la sala.

El hombre se sintió completamente desarmado ante el aspecto frágil y distante de la joven. Enojado con las circunstancias y el destino que le ponían pruebas tan duras a alguien dulce y amable como ella, fue decidido hasta donde estaba y la llamó. Siguió repitiendo su nombre hasta que logró que lo mirara.

—¿Qué hace, Emily? —la increpó fingiendo enojo—. ¿Así es como va a actuar? ¿Va a dejar que el miedo y el dolor puedan más que su voluntad de enfrentarlos? Me dijo que quería aprender a defenderse y, a la primera oportunidad, se deja abatir sin luchar. Pero ¿sabe qué?, caer es parte de las lecciones; caer, sí, y si no se ha muerto, volver a levantarse y aprender de la experiencia para la próxima. Y luchar otra vez.

En agobiado silencio, Emily parpadeó. Jones se animó: tomó una silla y se sentó frente a ella.

—Sí, lo que pasó fue horrible, lo sé, pero ya pasó y no tiene remedio; lo que queda ahora es averiguar en memoria de esa muchachita desafortunada quién cometió ese crimen. ¿Y quiénes mejor que usted y Calvert? Los dos forman un equipo muy bueno, ¿se dio cuenta?

Ella se demoró en responder, pero terminó por asentir con debilidad; Jones sonrió confiado por haber logrado la primera reacción.

—Sabemos que lo que vio hoy va a rondar su cabeza por un tiempo, pero no debe dejar que eso la venza. ¿Recuerda lo que hablamos ayer? Acá hay un atacante que no tuvo piedad de su víctima, una víctima que no se pudo defender. ¿Se va a encargar de detener y encerrar al culpable en nombre de la jovencita muerta?

Con ojos llenos de aflicción, levantó una mano para acariciar la mejilla algo áspera del hombre. Conmovido por el gesto, él le tomó la mano y se la palmeó.

—Así me gusta. Además, Calvert necesita ayuda. Le diré un secreto que debe quedar entre usted y yo: el Monje quiere parecer fuerte, pero esto lo golpeó duro.

—Es que él estuvo antes y no se dio cuenta; temo que se responsabiliza por eso.

—Bah, muy inteligente, muy leído, pero bastante débil. No le gustan las armas, no pelea, solo usa la cabeza y no para sacar de combate a un oponente. Sí, va a necesitar ayuda de una mujer fuerte como usted que dispara y pelea como el que más.

Emily intentó sonreír y solo produjo una mueca de dolor. Sin poder evitarlo, unas lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Señor Jones.

—¿Diga?

—Tendrá que darme muchas clases para que aprenda a defenderme.

El hombre la miró.

—Usted me pide más de lo que yo puedo enseñarle. Pero sé quién le dará las lecciones que está buscando.

—¿Sí? ¿Quién?

—La vida, Emily, la vida.

* * *

—¿Cómo fue posible que se me pasara? —preguntó por enésima vez Bertrand a Louis que a esa altura de las circunstancias solo podía encogerse de hombros cada vez que lo oía.

—A nadie se le hubiera ocurrido que la joven estaba muerta. A todos los efectos, buscábamos a una mujer perdida, no asesinada y enterrada bajo el suelo de un edificio abandonado.

—Sí, pero por más que me lo repita no puedo entender cómo no confié en lo que pensaba. El depósito de carbón, los edificios, la oficina postal de Holloway. Todo apuntaba allí y pude haberla descubierto antes.

—Basta ya —intervino Primm con voz dura—, por más que la hubieras descubierto un día antes habría estado tan muerta como ahora. ¿Qué esperabas? ¿Sacarla con vida de debajo del piso?

Bertrand lo observó un momento y terminó por negar despacio.

—Lo que tienen que hacer Emily y tú es calmarse para poder entender qué sucedió —aportó Louis.

—Y creo que lo primero es tratar de averiguar dónde está el bebé —dijo Emily que venía del brazo de Jones, pequeña y débil, pero con una determinación que brillaba en la mirada enfebrecida. Bertrand reaccionó de inmediato y se enderezó.

—No estaba con ella.

—Y no había rastros de ninguno de los dos en la habitación, como si no hubieran vivido nunca ahí —comentó Louis—. La cama ni colchón tenía, las paredes y los pisos se veían limpios.

—Sí, demasiado para no haber vivido nadie por mucho tiempo —señaló Bertrand mirando con intención a Emily.

Adam vio los engranajes comenzar a moverse en las cabezas de ambos y decidió que el grupo se reuniera en su despacho. Pidió al ama de llaves que llevara alguna bebida fuerte y vasos. En menos de quince minutos, estaban todos en la oficina principal con un vaso de brandy en la mano, silenciosos.

Emily miraba el suyo con el ceño fruncido; fue Jones quien se le acercó para instarla a beberlo. Ella lo probó con un sorbo tentativo y arrugó la nariz mientras miraba al agente negando; con su cara más severa el hombre le

ordenó: “Bébalo ya”. La joven obedeció y después de un trago, un fuego subió por su garganta hasta los ojos. La tos que resultó de la quemazón fue cortada con un par de golpes bruscos en la espalda.

—Es... muy... fuer... te.

—Bah, usted no resiste ni la leche —le espetó Jones con brusquedad, con el recuerdo en mente del día siguiente a la noche que había pasado ella sola en una calle de Londres vigilando a unos secuestradores, cuando la llevó a desayunar en un sucucho de la zona y se había ahogado con el líquido tibio. Para profundo asombro de los otros, la joven tosió una risa seca y apretó la mano del hombrón con afecto.

—Lo que sabemos hasta ahora es que Abigail Trenton tuvo a su bebé y cuidó de él durante dos meses ayudada por personas que, según la última nota que le envió a la niñera, le habían conseguido dónde albergarse y las que más adelante la ayudarían a obtener un empleo —resumió Bertrand.

—Dos meses y poco más estuvo con su bebé. Deben de haber vivido en el edificio anexo buena parte de ese tiempo.

—Por lo poco que pude observar —dijo Adam con una mueca de desagrado—, la mataron de varias puñaladas en el pecho. Veré si puedo conseguir el informe de la autopsia para tener más precisiones.

Los golpes en la puerta preanunciaron la entrada del ama de llaves que venía acompañada de tres hombres uniformados. Adam se puso de pie y saludó al que identificó como Moore. El hombre cabeceó en dirección de los agentes, luego se quitó el sombrero ante la joven que le hizo un saludo breve con la cabeza.

—Espero que se encuentre un poco mejor, señorita.

—Sí; gracias, sargento Moore, ha sido usted muy gentil.

—Necesito que responda unas preguntas. Y usted también —agregó apuntando a Bertrand que se puso de pie y fue al lado de Emily.

El sargento comenzó por los datos de identificación y luego siguió con las preguntas sobre las razones de que se hallaran en Holloway. Bertrand tomó la palabra: le explicó sobre el caso que estaba investigando hasta el momento en que Emily le había alcanzado la autorización requerida para revisar las construcciones y cómo habían encontrado el cuerpo.

—Por lo que han dicho, creen que el cuerpo hallado es de Abigail Trenton y que falta su bebé. De acuerdo, levantaremos el piso en ambos cuartos para ver si lo hallamos.

—No lo encontrarán —aseveró Emily. El sargento se giró hacia ella con expresión inquisitiva.

—Creemos que al bebé se lo llevaron.

—Es muy probable que esa haya sido la razón para matarla —agregó Bertrand.

—Bien, veremos qué podemos averiguar. Debo pedirles que se pongan a nuestra disposición.

—Escuche, Moore, mi agente tiene que concluir la investigación para el cliente que le comenté, ¿será posible contar con los resultados de la autopsia?

—Podemos arreglarlo si a cambio contamos con la colaboración de la agencia.

—Les daremos lo que averiguamos sobre la desaparición. Nuestro caso era establecer el paradero de la joven Trenton y creo que ya lo sabemos —acordó Adam mirando a Calvert y a Emily.

Moore aceptó el trato y se retiró tras saludar a todos.

—Baker, antes de cerrar el caso quisiera hablar con Mary Levitt —pidió Bertrand.

—Hace un momento envié una nota a Trenton para que pase por la Metropolitana a reconocer el cuerpo y le pedí que viniera luego a la agencia. Conversaremos con él y veremos qué hacer a partir de lo que nos confirme.

Bertrand asintió y dirigió un vistazo a la joven a su lado. Luego miró a Adam que no necesitó palabras para captar el mensaje.

—Emily, ¿por qué no va a su casa?

La expresión grave de ojos agrandados le provocó la urgente necesidad de abrazarla, de protegerla como había hecho Calvert y poner un muro de defensa a su alrededor, pero lamentablemente ya era tarde.

—Por favor, no —rogó en voz baja—. Preferiría quedarme y trabajar. Si voy a casa, no haré otra cosa que pensar.

Ella se puso en pie tambaleándose un poco. Bertrand le ofreció la mano; tras mirarla por unos segundos, la tomó y musitó “gracias” con una sinceridad tal que él esbozó una sonrisa triste en respuesta. Cuando traspasaron la puerta de su despacho, se giró hacia él.

—Siento una suerte de desasosiego aquí —apuntó al centro del pecho con mano temblorosa.

—Yo también. Tengo que volver a Holloway para ver todo de nuevo.

—Iremos juntos —le propuso recordando lo que Jones había dicho sobre la necesidad de Bertrand y la fuerza de ambos juntos.

—Le prometí que no tendría que volver.

—Ella ya no estará.

—Pero la seguirá viendo allí.

—No importa, puedo soportarlo. Además, tenemos que buscar a Cole.

—Hay que hacerlo cuanto antes para no perder su rastro. Si quien mató a Abigail descubre que la encontramos, puede escaparse con el niño.

Bertrand volvió al despacho de Baker, y ella se quedó en su oficina. Observando a su alrededor los objetos que la rodeaban a diario, se sintió un poco más confortada. Tomó asiento al escritorio y buscó una hoja de papel en la que anotar todo lo que había visto para no olvidar nada.

Como si pudiera.

CAPÍTULO V

Bertrand releía por enésima vez la copia de la nota de Abigail mientras esperaba a Emily en Highbury, pero no podía ver más que lo que saltaba a la vista. Habían quedado en encontrarse en la casa de Mary Levitt para hablar con ella y luego intentarían volver al edificio anexo; sabían que, si dejaban pasar más tiempo, los pocos rastros que hubiera se perderían y quien se hubiera llevado al niño podría no ser encontrado.

Apoyado contra un farol, recordó el día anterior cuando después de haber hablado con Emily, había pedido permiso a Baker para que ella lo acompañara a revisar la habitación una vez más. Montrose y Primm se habían enojado con la idea y le habían recriminado que no respetara la necesidad de ella de alejarse de la horrible experiencia que había tenido. La discusión había durado un buen rato tratando de hacer que entendieran que ella estaba de acuerdo, pero los dos hombres habían disentido señalando que Emily no se hallaba en un estado mental racional para tomar esas decisiones. Como último recurso, Bertrand la había llamado para que ella misma les dijera que había sido su decisión, pero la idea no había funcionado según lo esperado: Montrose había terminado por reprender severamente a su amiga. Por otro lado, no obstante haber intentado todos los trucos de su repertorio para convencerla de que no era una buena idea, Primm había fallado y había terminado por rogarle que no se expusiera así, lo que había afligido más a la joven. Baker, que había asistido al intercambio pensativo, había consentido solo si la joven se sentía capaz de enfrentar la situación. Para tranquilidad de todos, había agregado a Montrose para acompañarlos.

Louis había cabeceado secamente su aceptación tras haber mirado con dureza a Bertrand que había desviado la vista, sintiéndose, por un momento, inseguro de lo oportuno de lo que iban a hacer.

* * *

Los cascos de los caballos atrajeron su atención. Descendieron del coche que se había detenido a un par de metros y caminaron hacia él. Ella se veía pálida, adusta, con ojeras bajo los bellos ojos que lucían algo apagados, pero en pie, determinada. Montrose la acompañaba tenso y solícito.

—Emily, Montrose. ¿Todo bien? —preguntó en dirección al agente que apenas asintió.

—La luz del día fue toda una bendición —comentó ella en un intento por poner buena cara. Bertrand iba a extender la mano para apretar la de ella, pero un vistazo hacia Montrose lo contuvo.

—Mary Levitt salió un momento; la empleada dijo que vuelve enseguida.

Inquieta, Emily se colocó los lentes y aprovechó la espera para caminar por la calle. Se distrajo con la observación de los espacios abiertos, poco habitados de ese lado de la ciudad.

—¿Qué pasa, Montrose?

—Maldita sea, Calvert. Entre tú y Baker terminarán por hacerla pedazos. Primero la lavandera del caso Fenton y ahora Abigail Trenton. La señora Zachary me contó que tuvo que pasar la noche en su habitación porque no podía dormir. Cuando por fin lograba cerrar los ojos, se despertaba gritando o llorando. Durante el viaje no habló y se la pasó aferrada a mi mano. ¿Ves en qué estado se encuentra? ¿Había que hacerla pasar por esto?

—Le dije que no tenía que hacerlo —se excusó débilmente.

—Ah, no, ni lo intentes, no conmigo, Calvert. Tú y Baker son dos egoístas que la usan sin importarles su salud. ¡No! Esto no se los disculpo ni a ti ni a él. Aquí viene, silencio.

—Por lo que vi en el plano ayer, esta zona está poco habitada, muy cerca del nuevo cementerio. ¿Qué hace Mary Levitt viviendo aquí?

—Hasta donde pude averiguar —comenzó a explicar Bertrand a media voz sin mirar al otro agente—, se casó con el reverendo John Jackson que se dedicaba al trabajo misionero y ahora forma parte de un comité respaldado por Su Majestad para mejorar las condiciones infantiles en Londres. Actualmente, se encuentra supervisando las instituciones educativas de esta parte de la capital.

Una muchacha muy joven apareció en la esquina; caminaba en dirección de ellos. En esa zona bastante pobre de la ciudad, desentonaba por su cuidado aspecto general. Al llegar, les dirigió una mirada gentil a la par que curiosa y los saludó con voz infantil.

Se presentaron y en breve se hallaban en la sala de los Jackson. La joven reconoció de inmediato ser amiga de “Abby” y les contó sobre el mal trato que le habían dispensado los padres por abandonarla a su suerte cuando se habían enterado del desliz de la muchacha. Era cierto que no había sabido preservar su decoro, aceptó, pero así era el amor.

A la pregunta de Louis sobre el nombre del “enamorado”, la señora Jackson no dudó en confirmar que Victor Cummings, socio del padre de Abby, era el destinatario de los afectos de su amiga. Cuando las preguntas por el paradero de la joven se repitieron, Mary se manifestó preocupada y quiso saber qué le había ocurrido. Emily la calmó aseverándole que el interés de la agencia era encontrarla para conectarla con su tío que la buscaba. La joven terminó por contarles que le había dado refugio por un tiempo hasta que la situación se había tornado comprometida para la labor de su esposo. Al

parecer, había sido en una de sus obras donde había conocido a alguien que le había ofrecido ayuda. Muy agradecida y contenta, su amiga había tomado sus pocas pertenencias y se había ido sin que supiera de ella hasta que le había enviado una nota en la que le contaba del nacimiento de Cole.

Ninguno de los tres pensó que pudieran sacar algo más y, con el pedido de la joven de que le avisaran cualquier noticia, se despidieron. Como el día anterior, emprendieron el camino a Holloway, pero esa vez, Emily se ocupó de no dejar que el silencio, precursor de recuerdos desagradables, se interpusiera.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Montrose podría ir a conversar con Cummings. Yo me encargaré de visitar el Hogar de Niños de Jackson y hablar con el personal; tal vez puedan decirme quién fue la persona que ayudó a Abigail.

—¿Y yo?

—Tú deberías descansar —la reprendió Louis.

—Sí. Sería bueno que pudiera tomarse un tiempo para recomponerse —sugirió Bertrand sin mirarla.

La actitud del hombre la alertó. Si se sumaba a eso el gesto ceñudo de su amigo, podía deducir que Louis había amonestado a Bertrand por su causa. Un vistazo rápido a ambos le confirmó la certeza de su pensamiento. Tendría que hablar con Louis en algún momento para explicarle que había, tanto en ella como en Bertrand, una inquietud, la sensación de que algo que estaba a la vista era la clave para poder desenredar la madeja y que nadie le habría impedido hacer lo necesario para calmar esa desazón.

De pronto, una oleada de resquemor la inundó y su mano buscó la de Bertrand. Estaban entrando en Hornsey; no tardarían en dar la vuelta a la Escuela Benéfica de Instrucción Básica de Holloway. La sensación de angustia echaba gruesas raíces en el pecho de ambos.

En el lugar había un policía de guardia junto con uno de los custodios del ferrocarril. Bertrand se presentó con el primero, que le permitió el paso según las instrucciones del sargento Moore. Ante la consulta de Louis, les confirmó que el cuerpo ya había sido retirado, pero que no debía tocarse nada.

Sacudida por temblores intermitentes, Emily subió las escaleras. Las corrientes habían limpiado el aire del pestilente aroma, pero, aun así, cuando logró llegar al primer piso, el rostro femenino exhibía una renovada expresión de pánico.

—Si no puedes, baja y espéranos —le ofreció Louis.

—Puedo si me ayudas.

Él le tomó la mano y se puso delante de ella; fueron juntos hasta la puerta por la que acababa de entrar Bertrand. Aún persistía en el cuarto, aunque muy levemente, el olor de la carne putrefacta que había impregnado las viejas maderas del piso. Se podía ver que todo el suelo había sido removido y vuelto a colocar, excepto el lugar donde encontraron el cuerpo que la policía había tapado con una gruesa tela. Emily se quedó junto a la puerta y, desde allí, observó la habitación con el vientre acalambrado.

—No hay mucho que revisar —comentó Louis.

—Derribaron la pared que cerraba la habitación de al lado, echemos un vistazo —sugirió Bertrand deseoso de dejar la habitación. Se encaminó hacia el otro cuarto no sin antes echar un vistazo a la joven.

Cuando Louis se giró para seguir a Bertrand, Emily se mantuvo apoyada en el marco de la puerta mirando la ventana con la cabeza ladeada.

—¿Vienes? ¿O prefieres que nos quedemos aquí?

—Tú ve; yo me quedo un momento más.

—¿Estarás bien?

Ella apenas murmuró “no tarden”, y él le acarició la mano.

Inmovilizada en el umbral, intentó vaciar la mente y aplicar la grilla al espacio, pero, sin que pudiera evitarlo, el recuerdo de la joven volvía una y otra vez. Cerró los ojos para no verla con lo que solo logró clarificar la imagen en su cabeza. Con gran esfuerzo, trató de guardar la distancia. Al igual que había hecho con Annie del caso Fenton en el callejón del muelle, la visualizó sobre la superficie cuadriculada como la había visto bajo el suelo. Se aproximó mentalmente y la observó aun cuando el estómago se le revolvía y la cabeza le giraba al recordar cada espantoso detalle. La muchacha dejaba ver las oquedades de los ojos y los restos de la boca abierta, sorprendida. Cuatro manchas de sangre en la pechera, la cabeza apenas caída a un lado; sobre el pecho, los brazos cruzados sin marcas de que se hubiera defendido; las manos desaparecidas, sus huesos desperdigados. La ropa relativamente intacta daba la idea de que no había luchado contra su asesino, que conocía a su atacante y confiaba en él.

Sintió en ese momento la presencia confortante de los hombres; su calor alejó el miedo. Abrió los ojos y con la vista fija en la ventana rota, repitió en voz alta lo que había visto; luego miró en derredor: pudo reconocer la grilla descendiendo, ubicándose en el suelo y luego en las paredes.

—Había cortinas en la ventana.

—Tiraron de ellas para sacarlas cuando limpiaron el cuarto —señaló Bertrand—. Unos restos quedaron prendidos en el barral.

—Y movieron la cama de lugar. Las marcas de las patas están de aquel lado —Emily apuntó a tres círculos redondos marcados en la madera gastada.

Louis fue hasta el punto señalado y asintió sorprendido.

—Si la corrieron, es muy probable que fuera para ocultar algo.

Los dos hombres movieron la cama. Una gran mancha oscura apareció en el suelo y el zócalo.

—Intentaron limpiar la sangre, pero la madera vieja y seca la absorbió — comentó Bertrand.

—Como se dijo, está demasiado limpio —apuntó Louis mirando en derredor—. El asesino se tomó el tiempo de tratar de borrar las huellas más visibles, aunque, al parecer, no pudo con esa y la tapó, seguro de que derribarían el edificio antes de que se descubriera algo.

Desde su lugar junto a la puerta, Emily observó la mancha, pero era obvio que no distinguía lo que había porque un gesto de contrariedad cruzó su rostro.

—Deme su mano —le dijo Bertrand. Tras dudar unos segundos, ella se aferró a la mano extendida—. Quizá fueron más que cuatro puñaladas. La cantidad de sangre en la mancha y en los listones es mucha.

—Vean la pared —pidió Emily. Bertrand se giró y notó en el muro gris de suciedad, una marca redondeada con pequeñas salpicaduras marrones.

—La golpearon primero contra la pared con fuerza; es posible que eso la atontara y no le permitiera defenderse; luego la apuñalaron. Necesitamos ver los resultados de la autopsia.

—¿Había algo en el cuarto de al lado?

—Unas maderas levantadas y vueltas a poner en su lugar. Nada más.

—¡Ey!, ¡los de arriba! Los buscan.

Los tres convinieron en que no había más que mirar; volvieron la cama a su lugar y luego bajaron las escaleras. Abajo los esperaba el pequeño Jim que traía un mensaje de Baker: debían ir al “edificio de los muertos” de la policía.

—La morgue —aclaró Bertrand en beneficio de la joven y salió seguido por los demás. Se subieron al primer vehículo que consiguieron. Media hora más tarde, entraban al edificio que la Metropolitana destinaba a las autopsias.

Jim se quedó afuera; se notaba que no le hacía gracia entrar donde se guardaban los cadáveres. Jones los recibió y los llevó con Baker que hablaba con Moore.

—¿Hay noticias? —preguntó Bertrand desde la puerta.

—Tengo los resultados del examen forense. El sargento acaba de comentarme que han encontrado el cuerpo del niño.

Los rostros de sorpresa de la pareja causaron gracia al policía.

—¿No era eso lo que buscaban?

—No buscamos el cuerpo, sino al bebé. Está vivo.

—Pues lamento decirle que está muerto y tendrá que creerme cuando le digo que el doctor lo identificó como varón y de corta edad. ¿No es así como me lo describió, Baker?

—¿Podemos ver el informe, por favor, sargento? —pidió Emily antes de volverse y mirar desconcertada a Bertrand.

—Lo haré traer.

—¿Nos equivocamos? —le preguntó con expresión afligida.

—No sé; aunque si es cierto, cambia nuestra teoría.

—Sí, apuntaría más a haberlos matado para ocultar su existencia a otra persona.

—Ya sabemos que Cummings es casado.

El sargento volvió con tres hojas unidas entre sí por un cordoncillo común. Dedos ansiosos se apresuraron a ponerlas delante de los ojos ávidos de la pareja.

—El bebé no presentaba ningún signo de muerte violenta —leyó Emily.

—Según este análisis, falleció de alguna enfermedad pulmonar —agregó Bertrand.

—Ey, ¿cómo encaja esto en cualquiera de las dos hipótesis? —quiso saber Louis.

—Un momento —saltó Bertrand—, ¡Emily, mire!

—¿Qué sucede? —preguntó Adam incapaz de conservar por más tiempo la tranquilidad en vista de cómo las medias frases de ambos estaban probando su paciencia.

—El niño encontrado no es el hijo de Abigail; su descripción no condice con la de un bebé de dos meses. ¡Aquí! Dice que se estima la edad entre los “ocho y los diez meses” —leyó Bertrand con un dejo triunfal en la voz.

—¿Cómo? —preguntó el sargento.

—Cole, el hijo de Abigail, tendría al día de hoy dos meses y pocos días, no ocho meses —le explicó Emily—. ¿Podemos ver los resultados de la autopsia de ella?

Adam le alcanzó otro grupo de hojas más voluminoso que le había dado Moore antes de que llegaran. Con Louis y Bertrand a cada lado, Emily revisó el reporte.

—El médico establece la muerte entre veintidós y veintitrés días atrás.

—Alrededor del 30 o 31 de marzo pasados —apuntó Louis con un rápido cálculo mental.

—Pero, según la autopsia del bebé, el hallado no solo es mayor que Cole, sino que llevaba más tiempo muerto —dijo Bertrand—. Es probable que fuera antes del asesinato de la joven Trenton.

—El médico pudo comprobar que el deceso de Abigail ocurrió a causa de cinco puñaladas en el pecho y cuello, sobre todo por la que interesó el corazón causando una hemorragia masiva. Menciona también una marca lívida en el brazo y la existencia de un golpe en el hueso occipital — completó Emily.

—En la cabeza, atrás —aclaró Bertrand. Marcó el lugar en la parte posterior de la cabeza de Emily, delante de él, y la giró luego para mostrar lo que el atacante había hecho—. El asesino la sujetó por el brazo mientras la apuñalaba.

—Y no se defendió —agregó Emily triste.

—Lo que indica que el atacante le era conocido —aportó el policía—. Bien. ¿Han averiguado algo que deban compartir?

Después de corroborar con Baker, Bertrand contó la entrevista con Mary Levitt y sus observaciones en la habitación.

—Nos comunicaremos con la familia para avisarles que el cuerpo estará disponible para retirarlo pasado mañana. Espero noticias de usted, Baker.

El sargento recogió los informes y salió por una puerta interior. Con determinación renovada, el grupo dejó el edificio dispuesto a desentrañar la trama detrás de la muerte de Abigail Trenton.

* * *

Lo que quedaba de la tarde, después de la reunión, Emily lo pasó poniendo en orden los informes, armando las carpetas de los casos y reuniendo unos datos que le había pedido el señor Baker. Se dedicó concienzudamente a sus

labores habituales con la expresa finalidad de olvidar cuanto antes la terrible experiencia. Cuando concluyó, se permitió recostarse en la silla para beber su té de tilo.

La historia de Abigail le había recordado el tiempo transcurrido desde que había dejado su casa a principios de año; una sensación reminiscente la embargó y plena de melancolía, sintió la necesidad de tomar una hoja en la que comenzó a escribir con prevención al principio, pero más confiada a medida que el texto fluía sin fijarse en la corrección o la elegancia del contenido.

Querida madre:

No sé qué pensaré al recibir esta nota después de tanto tiempo sin comunicarme, pero debo confesarle que hace un instante sentí la necesidad de hacerle saber que me encuentro bien y que estoy llevando una vida provechosa y honesta. En el lapso pasado desde que me marché de casa, he conocido gente maravillosa con la que he podido sentirme a gusto y he aprendido tanto de ellos que mi vida se enriquece con el solo hecho de estar a su lado, lo que me hace agradecer cada día la buena fortuna que he tenido.

Aun cuando mi vida es plena, durante estos meses no he podido dejar de extrañarlos. Además, algunos sucesos de mi presente existencia me han hecho sentir la distancia entre nosotras con fuerza suficiente como para vencer mis prevenciones y escribir. Entre las variadas experiencias que he tenido, una reciente me ha hecho replantearme las razones de mi discrepancia con mi padre. No quiere decir esto que reniegue de los motivos que sustentaron mi partida, sino que creo poder llegar a comprender los de los demás sin abandonar los propios. Ya ve, querida madre, su obcecada hija no cede, pero intenta entender, ¿no es ese un avance?

Deseo garantizarle que no la volveré a molestar si ese es su sentimiento respecto de estas líneas, pero, si a ellas les dio bienvenida lectura, me siento en la obligación filial de señalarle que dado lo ocupada que me encuentro, es probable que no vuelva a escribirle por un tiempo. De todas formas, sea cual fuere la situación futura de nuestra relación, no deseaba dejar de hacerle llegar noticias más y la ratificación de todo el amor y la devoción que les profeso a usted y a mi padre sin importar las distancias.

Es mi más ferviente anhelo que ambos se encuentren bien y que gocen de excelente salud. Sepa que no dejo de rezar por ustedes siempre.

La saluda su devota hija que no los olvida,

Hope.

Emily concluyó la breve carta y la releyó experimentando una sensación de alivio. Con el sentimiento de haber hecho lo correcto, la dejó a un costado y se dispuso a escribir el sobre. La voz de la señora Walloski la interrumpió con el pedido de que bajara y decidió que la tarea de completar el destinatario debía esperar.

Solo un minuto después de la salida, Adam abrió la puerta de comunicación, asomó la cabeza y buscó a Emily con la mirada. Necesitaba el último reporte sobre Judith Bernsky para hablar con Abramowitz esa noche. Al no verla, fue hasta el escritorio de donde tomó la carpeta del caso. La hoja junto al sobre en blanco llamó su atención. Era la caligrafía cuidadosa y delicada de su asistente. Cuando vio el encabezamiento, sintió la acción refleja de alejarse, pero algo en su interior pudo más y leyó el texto.

¿Hope? ¿Ese era su nombre? Sin embargo, ella no había dudado nunca cuando la habían llamado “Emily”. Dejó la nota de vuelta en su lugar y volvió al despacho pensando en lo solitaria que debía de sentirse la joven lejos de su familia, sometida a tantas experiencias en extremo difíciles.

* * *

¿Qué era ese paquete que acababan de entregarle?, se preguntó Emily al tiempo que observaba el objeto sobre el escritorio con la frente arrugada.

Abrió la caja con cuidado y del interior pudo retirar lo que parecía una estatuilla blanca. La levantó y la apoyó sobre la palma para verla mejor. El sobresalto fue grande: era la exquisita porcelana de Sèvres que representaba al ángel de expresión pícaro de Nora Arden, pareja de Jack Primm. Rebuscó dentro de la caja y encontró un pequeño sobre en cuyo interior había una tarjeta en la que la mujer le expresaba lo mucho que le debía por la liberación de Jack y en la que le manifestaba que, aunque no saldaba la deuda, se lo enviaba como muestra de profundo agradecimiento y prenda de su silencio.

Emily se agitó. ¿Había descubierto su pasado? ¿Se lo diría a Jack? Si así hacía, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que todos supieran quién era ella y lo que había hecho?

CAPÍTULO VI

Emily caminaba a paso tranquilo por Rheidol Terrace, abrazada a la caja con el ángel que Nora le había obsequiado. Llevaba el pequeño bolso con la ropa que usaba para ejercitar; tenía el cuerpo cansado y dolorido por el duro ejercicio al que su severo profesor la había sometido. Acababa de dejar la herrería –donde había provocado el espanto del señor Jones con un peculiar atuendo de blusa de mangas cómodas, una faja desde debajo del busto hasta la cadera y una falda que apenas pasaba las rodillas, abierta al frente por el medio, y por debajo de la cual se veían unos pantalones amplios y flojos de algodón claro sujetos en los tobillos que dejaban ver, al moverse, la forma general de sus piernas– y su mayor anhelo consistía en darse un buen baño. Estaba tranquila y concentrada en el presente como Jones le había sugerido. ¡Había tanta sabiduría aun en las mentes menos cultivadas!, se dijo admirada por el aprendizaje.

Más tarde esa noche, tras haber tomado un baño que calmó el dolor de sus músculos poco acostumbrados al ejercicio, Emily se acostó, arrebujándose entre las sábanas. Probablemente, soñaría con Abigail, aceptó, pero su mente se hallaba en una sedante fatiga que disminuiría el efecto del recuerdo. Quizás eso era lo que debía hacer para no revivir la horrible experiencia, cansarse todos los días al punto de quedar rendida sin noción de lo que la rodeaba, pensó mientras caía adormilada en la almohada.

Como casi todas las noches desde aquella primera vez en que Bertrand la había acompañado a su casa, se durmió pensando en él. A algunos les funcionaba contar ovejas o rezar; a ella le bastaba sumergirse en los profundos ojos oscuros del hombre hasta perderse en ellos buscando satisfacción a alguna inasible necesidad que pulsaba en su interior.

* * *

Un día sin noticias de ninguno de los agentes y con su jefe encerrado en la oficina adjunta transcurría a paso de caracol, lo que dejaba a Emily con una sensación de monótona tranquilidad.

Alrededor de las doce del mediodía, después de verificar que el almuerzo del señor Baker estuviera en tiempo y forma, se encontraba tan aburrida que se puso a recortar las hojas secas de las frondosas plantas de la sala de recepción. Perdida entre el abundante follaje de un ficus pandurata que crecía junto a la ventana en todo su esplendor primaveral, no oyó entrar a Abe Jones ni lo vio ir a su oficina o salir de ella con el ceño fruncido, mirando a todos lados.

—¿Señorita Emily? —la llamó en voz baja—. ¡Diablos! Me dijo que estaría aquí. ¡Señorita Emily!

El segundo llamado, hecho en un tono de voz perentorio aunque controlado, atrajo por fin la atención de la joven que apareció por detrás de la planta. El hombre la vio asomarse y fue hacia ella con el mismo ímpetu de siempre.

—Lo encontré.

En un estallido de excitación, ella se puso de pie tijeras en mano.

—¿Dónde está?

—En prisión.

La expresión estupefacta de la joven llevó al hombretón a asentir varias veces con gesto afligido.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Balling pasó la primera semana bebiendo en los lugares habituales, pero se quedó sin dinero así que empezó a ponerse nervioso; hace unos nueve días entró a un put... burdel, caraj... —exclamó enojado por no poder decir algo que no ofendiera a la dama—, bueno, a uno de esos lugares y lo destrozó. Lo sacaron entre varios, pero se les escapó mientras esperaban a la policía. Estaba tan mal que fue a un par de tabernas donde no le quisieron servir por falta de dinero así que volvió a causar daños serios en ambos locales y lastimó a un par de tipos.

El rostro apenado dejó en claro lo mucho que la situación del agente la entristecía.

—¿Adónde lo llevaron?

—A la prisión de Su Majestad en la calle Borough.

—¿Qué delitos le imputan?

—En vista de su estado, solo lo ficharon por deudas; no tiene ni un centavo y hace una semana que está muy enfermo. Dicen que tiene convulsiones y delira. No ha probado gota de alcohol por varios días.

—¿A cuánto ascienden sus deudas?

Jones intentó aflojar el cuello de su camisa con el índice antes de hablar, pero sin éxito evidente.

—Doce libras más o menos.

Emily exhaló aliviada y sonrió al hombre.

—Iremos a buscarlo. Pero antes debo hacer una parada.

La siguiente hora y media le deparó a Jones seguir a la determinada señorita Randolph como si fuera una sombra: estuvo a su lado cuando avisó a la señora Walloski que salía a hacer unas diligencias en caso de que el señor Baker preguntara; la ayudó a subir al coche de alquiler y descender de él frente al Banco Unión; la esperó fuera de la oficina donde ella habló con alguien importante que la escoltó deferentemente hasta la salida cuando concluyó la reunión; la volvió a ayudar a bajar de otro coche en Borough frente a la entrada de la prisión y concluyó por ir tras ella hasta el momento en que se presentó ante las autoridades del lugar. Allí se cuadró de hombros y con un “ahora déjeme a mí”, se hizo cargo de que los llevaran a ver al prisionero.

Los guiaron al dispensario en el que había varias camas ocupadas por reos enfermos, heridos, locos o moribundos. En la mitad de la sala de sucias ventanas estrechas y cerradas, Jones identificó a Balling que yacía inconsciente, con aspecto congestionado y tan delgado que se le marcaban los huesos de todo el cuerpo, herido por numerosos cortes y golpes y en un estado de suciedad que no era apropiado para la vista o el olfato de su joven compañía. Intentó impedir que Emily lo viera, pero ella lo esquivó y se acercó a la cama: examinó al hombre y le tomó la mano antes de que Puños pudiera reaccionar para detenerla.

—¿Dónde hay un doctor? —preguntó ella en voz alta.

Jones volvió a los pocos minutos con un hombre enjuto, de aspecto cansado. Emily habló largo rato con él sobre el estado del agente y tomó nota detallada de lo que el médico le decía respecto de los síntomas y la situación en que se hallaba el paciente. Según las palabras del doctor, Balling no tardaría en morir pues llevaba inconsciente y sin alimentación adecuada los últimos cinco días.

Horrorizada por el pronóstico médico, consultó si era posible pagar las deudas para retirarlo de allí ese mismo día. El hombre se encogió de hombros: dado lo poco que había que hacer antes del final, sería una obra cristiana que muriera al menos en una cama decente... si es que llegaba vivo

a una. Emily no tardó en instruir a Jones sobre lo que debía hacer y le entregó el dinero para que pagara las deudas. Mientras tanto, ella procuraría un medio de transporte para los tres.

Ya era media tarde cuando por fin lograron salir de la prisión llevando en una camilla de mano a Roy Balling cubierto con el saco de Jones. Los hombres que los ayudaban lo ubicaron dentro del coche, Emily les pagó lo convenido antes de subir y luego ocupó el lugar frente al hombrón que sostenía al agente inconsciente contra él.

—¿Adónde, señora? —preguntó el cochero por la trampilla.

Emily dudó apenas un segundo.

—Al 45 de Dame en Islington.

Jones la miró cariacontecido: era el domicilio del departamento que la señorita Emily le rentaba a Lydia; no tardarían en enfrentarse a la mujer y, por alguna razón, él habría preferido no estar presente durante el encuentro.

* * *

—Lydia, por favor, necesita ayuda. Por caridad, está muy enfermo. El médico de la prisión dijo...

—¿Prisión?!

—El médico dijo que no le quedaba mucho tiempo de vida, pero yo creo que podemos ayudarlo. Estamos seguros de que con tu colaboración lo salvaremos. Por favor, ¡tenemos que ayudarlo!

Emily luchaba denodadamente contra el muro sólido en que se había convertido la mujer desde el momento en que se había asomado al coche y había visto el apestoso despojo humano. La joven peleaba centímetro a centímetro contra las objeciones que le planteaba su amiga ante un fascinado Jones que asistía al duelo de voluntades con profundo interés mientras sostenía el cuerpo de su compañero casi muerto.

—Lo rescatamos este mediodía de ese terrible lugar. A nadie le importaba el pobre hombre, Lydia, si hubieras visto donde estaba; ayúdanos —le rogó con los ojos humedecidos.

La mujer se ablandó un poco ante la profunda aflicción de su protegida, la que, sin duda, sumaba a esta nueva situación la carga de angustia provocada por lo de la muchachita encontrada en ese edificio; y dado que Abe Jones la miraba también a la expectativa, aceptó renuientemente.

—De acuerdo, pero no lo tendremos aquí.

Emily y Jones exhalaban aliviados. Lo que el rescate de Roy Balling había implicado no les había demandado tanta energía como convencer a la mujer. Pero al menos parte del problema estaba en las hábiles manos de Lydia, quien no tardó en subir al coche con la ayuda de Jones, que le ofreció la mano como pudo, y ordenar al cochero con tono imperioso:

—A la Liga de Mujeres Cristianas por la Templanza de la calle Packington, cerca de Essex.

Una vez en destino, no le tomó mucho tiempo a la decidida mujer convencer a la presidenta de la misión de rescate que emprenderían en nombre de la templanza y la fe e instalar al agente en el pequeño depósito detrás de la escalera mientras Jones era designado para ir en busca del doctor Parker a fin de que este organizara el tratamiento que deberían seguir y supervisara la convalecencia y la recuperación.

Emily suspiró, segura de haber hecho lo correcto.

* * *

Más allá de un leve retraso en sus tareas, nada fuera de lo común sucedió durante el resto de la tarde por lo que Emily pudo irse a las seis y media, orgullosa de sí misma por la forma en que había contenido la urgente excitación de decirle al señor Baker que habían encontrado a su amigo. Ya lo haría cuando el señor Balling estuviera en pie en condición de igualdad como sin duda querría.

Salió apresurada en vista de la necesidad que tenía de compartir sus pensamientos con el señor Jones. Se le estaba haciendo costumbre la charla con el hombre que siempre le aportaba una mirada más sencilla de la vida. Quizá si ella misma dejara de complicarse con constantes análisis y disfrutara un poco más de los simples placeres cotidianos, todo le resultaría más fácil, meditó interesada.

Entró en la herrería y se encontró con que el agente ya la esperaba. Sin necesidad de palabras, decidieron tener primero la clase y conversar luego mientras se cambiaban. Una exigente hora más tarde, charlaban antes de salir.

—¿Cansada? —le preguntó Jones cerrándose la chaqueta.

—Cada clase un poco menos. ¿Le parece que estoy aprendiendo?

—Sí, claro, pero tiene que ser paciente. Entiende rápido, pero su cuerpo — el agente tosió incómodo con la mención— no está acostumbrado. Ya aprenderá.

—Confío en que sí. ¿Vio al señor Balling?

—Fui a buscar al médico, pero no estaba; le dejé recado.

—Se ve muy mal, ¿cree que se recuperará?

—Seguro haremos todo lo posible. Está en manos de Dios.

—Y de Lydia Zachary, una dedicada asistente del Señor —apuntó confiada Emily sobre su casera y los dos sonrieron.

—¿Todo bien con el jefe?

—Sí. Le dije que había tenido que ir al banco, lo que no fue totalmente una mentira.

—¿Por qué no le dice que lo encontramos? ¿Qué pasará si Whisky...?

Emily lo miró alarmada.

—No creo que el señor Balling quisiera que lo viera así. Confiaremos en Dios y si no sale adelante... Ah, señor Jones, ¡deseo tanto que se recupere y vuelva al lado de su amigo! Él se lo merece.

Jones no tuvo que preguntar a quién se refería la joven, ambos estaban tácitamente de acuerdo en que Adam Baker era un gran hombre.

—Vamos, es hora de irnos —apuntó el hombretón y, después de apagar las lámparas y verificar que todo estuviera en orden, abrió cortésmente la puerta para que Emily pasara.

* * *

El hombre en el camastro bajo, que ocupaba buena parte del cuarto con el ventanuco enrejado tapado con una tela gruesa de color oscuro, se sacudió levemente. Con un gesto a la mujer para que le acercara la lámpara, el

anciano doctor se inclinó y observó el demacrado rostro de facciones afiladas.

—¿Y dice usted que antes del último desmayo del paciente, el médico le comentó que sufría de ansiedad, dolor de cabeza, insomnio, náuseas, palpitaciones y dolor en el abdomen?

—Sí, doctor —afirmó Emily releendo rápidamente las notas—. Al parecer estaba también confundido y deliraba, la luz lo irritaba y creía ver cosas.

El hombre movió la cabeza un par de veces.

—Es lógico, síntomas evidentes de abstinencia. ¿Cuánto hace que bebe el paciente, señor Jones?

—Unos cinco años, pero empeoró desde el año pasado.

—¿Qué vamos a hacer? —intervino Lydia con su habitual practicidad.

—Está muy mal, demasiado débil. Necesita recuperar fuerzas —señaló el médico.

—Pero en su estado no puede beber o comer —observó Emily afligida.

—Entonces nosotros nos encargaremos de que lo haga —afirmó contundente la mujer.

—Podríamos intentarlo —aceptó pensativo el doctor Parker—. Habría que hacerlo beber líquidos cada hora. Primero agua, más adelante té con azúcar, luego leche y caldo y así hasta que pueda valerse por sí mismo e ingerir comida.

—¿Cómo haremos? Está inconsciente —objetó Jones.

—Eso es lo que nos ayudará. El problema será si despierta.

Las miradas confusas de los presentes ante las palabras crípticas forzaron al médico a explicarse.

—Cuando despierte, querrá volver a beber.

—Resolveremos cada problema a medida que se presente. Por lo pronto, le daremos líquidos al interior de ese cuerpo. Y no estaría mal darle también al exterior —murmuró Lydia entre dientes con un fruncimiento de nariz, al observar la mugre que lo cubría.

—Para eso habrá tiempo —comentó el médico con un bufido. Tras girar, miró a Jones amoscado antes de decirle—; qué obsesión tienen las mujeres con la limpieza, ¿no cree?

El hombre mantuvo pétreo silencio.

—Necesitamos una cuchara para darle el agua y a algunas de las huérfanas que nos ayudan para que hagan turnos de vigilia. No te preocupes más, Emily, vete a casa, yo iré más tarde.

—Señor Jones, ¿sería tan amable de acompañar a Lydia cuando ella termine? —preguntó Emily con mirada inocente—. Me quedaría más tranquila si sé que usted la cuida.

—Por supuesto.

—Gracias. Pasaré mañana temprano. Buenas noches a todos.

CAPÍTULO VII

Con su ropa de práctica guardada en una discreta bolsa de tela oscura, apretó el paso por Rheidol para doblar en Dame; deseaba llegar para asearse y comer algo antes de poder descansar. Tenía que anotar las erogaciones de ese día, que incluían el pago de las doce libras con seis peniques y los gastos médicos que había acordado cubrir sin que los demás lo supieran. Cruzó de vereda calculando mentalmente lo que había pagado en coches y propinas y, después de atravesar William sumida en ideas concretas para evitar futuros dispendios que la obligaran a tocar el fondo de reserva de nuevo, se encontró con una sorpresa frente a las escaleras de entrada de su edificio. Con la gorra echada hacia atrás, Bertrand la esperaba sentado en el segundo escalón, los brazos cruzados sobre las rodillas. Cuando ella se detuvo frente a él, el hombre la miró desde abajo con el entrecejo fruncido.

—¿No es un poco tarde para que vuelva a su casa sola?

Ella carraspeó y le devolvió una mirada neutra.

—Asuntos que atender.

Se puso en pie, quitó el polvo de los fundillos de los pantalones y con expresión especulativa, la contempló detenidamente. Llevaba dos días castigándose por la dura experiencia que había hecho pasar a la joven y esa tarde había tomado la decisión de ir a ver cómo se encontraba. Si un hombre como él que había atestiguado escenas de muerte se sentía conmocionado, qué no estaría sintiendo ella, pensó, con el sentimiento de haber fallado en protegerla del horror.

Con Bertrand a la distancia de un suspiro sometiéndola a tan intenso escrutinio, Emily se puso algo nerviosa y reaccionó con un poco de dureza.

—¿Puede saberse qué hace usted en la puerta de mi casa a estas horas?

—La espero —fue la respuesta del hombre acompañada por un encogimiento de hombros.

—¿Deseaba decirme algo?

Hubo una leve vacilación en él.

—¿Ya ha cenado?

—No, justamente iba a prepararme algo ahora.

—Podemos ir a comer a Essex.

—No, ya es tarde. Tal vez...

—¿Tal vez? —aprovechó al vuelo la hesitación femenina dispuesto a vencer cualquier obstáculo.

La joven tragó con fuerza, una sensación extraña e indescriptible le quitó el control a su raciocinio y la llevó a hacer el descarado ofrecimiento.

—Tal vez desee compartir la cena conmigo.

Él sonrió de costado con una expresión de triunfo en los ojos que la ruborizó de pies a cabeza.

—Aunque quizás lo mejor sería dejarlo para otro momento.

—Ah, no, ya hizo el ofrecimiento y lo acepto. Acabo de darme cuenta de que estoy hambriento —la interrumpió mientras le ofrecía el brazo llevándola con él al tiempo que continuaba la conversación—. Mientras esperamos a la

señora Zachary, tendré tiempo para comentarle lo que Montrose y yo averiguamos hoy.

—Lydia no vendrá —susurró ella sin atreverse a mirarlo—. Insisto en que tal vez sería mejor olvidar...

Se había dejado llevar sin reaccionar hasta el pie de las escaleras de la entrada al tiempo que emitía su titubeante frase. Temerosa de lo que Bertrand hacía, dejó de hablar, se detuvo en seco y, luego de girar hacia él, levantó la palma para marcarle un alto.

—Me portaré bien —prometió él en voz baja. Su mirada anhelante — apenas controlada— desmentía sus palabras. Ella asintió no muy convencida.

Tras abrir la puerta del departamento, entró seguida del hombre al que le indicó donde estaba la lámpara y mientras él se ocupaba de encenderla, fue a la habitación a dejar sus cosas. Volvió aún con las mariposas revoloteando en su interior, se soltó el estuche de la cintura y lo dejó sobre el vajillero. Él se quitó la gorra que apoyó en un extremo de la mesa.

—Siéntese, prepararé algo rápido. No espere nada especial.

—Déjeme hacer algo para colaborar mientras le cuento mi día de trabajo.

Emily aceptó y lo dejó ir con ella a la cocina. La situación le parecía demasiado íntima y poco decorosa, pero ya no podía echarlo, ¿o sí? No, claro que no, no sería educado.

—Podría hacer una tortilla, hay unos hongos, queso, mm, huevos, sí, cebolla y...

Emily recogió los ingredientes y los colocó sobre la mesa de la cocina. Se cubrió la ropa con un enorme delantal y, tras tomar otro de una caja de madera, se acercó a su invitado. Él se dejó hacer sin quitarle la vista cuando ella se puso en puntas de pie para pasarle el lazo por la cabeza.

—Espero que nadie de la agencia sepa de esto —comentó con el entrecejo fruncido al abrir el delantal ante él como una falda.

—No lo sabrán por mí —murmuró ella entre dientes, consciente de lo que podrían pensar todos si llegaban a enterarse de que habían estado solos de noche en su departamento.

Se dividieron las tareas y, mientras las llevaban a cabo, Bertrand le contó los resultados de sus investigaciones de ese día.

—Hoy por la mañana, Montrose visitó a Cummings mientras yo iba al Hogar de Niños del Reverendo Jackson. Hablé con él y le expliqué la situación. Entendió que no le hubiéramos dicho a su esposa sobre el descubrimiento del cuerpo de su amiga y se avino a darnos una lista de la gente que trabaja en el hogar desde que se abrió hace un año. Deslizó un par de comentarios no muy cristianos sobre la conducta de la joven Trenton a la que calificó de “demasiado vivaz”. Traje la lista conmigo, si quiere la vemos después.

—Sí, claro. ¿Y qué hay de Victor Cummings?

—Montrose me comentó que le costó bastante que lo recibiera. Cuando lo hizo, se mostró “furtivo y cerrado”. Negó de manera tajante una relación con la hija de su socio y se manifestó “demasiado” indignado por la acusación. Afirmó que estaba felizmente casado y que tenía hijas de la edad de Abigail por lo que no consideraba correcto verla de otra forma que no fuera como “una hija más”.

—¿Qué pensó Louis de él?

—No le creyó en lo más mínimo. Al parecer, Cummings es un hombre de buena apariencia, de unos cuarenta años, que se halla muy seguro de su atractivo con las mujeres. Montrose estuvo averiguando sobre él: descubrió que tiene una particular predilección por las jovencitas pequeñas y que su esposa le ha perdonado más de un desliz. En todos los casos, el encanto de

Cummings —o su dinero— fue tan bien aplicado que ninguna de las muchachas que sedujo quiso denunciarlo. Y eso considerando que tiene varios pequeños recuerdos que testimonian sus acciones.

Emily hizo una mueca de desagrado y le pasó las cebollas blanqueadas para que las picase.

—Después de almorzar, fui con Montrose a Holloway y nos dedicamos a hacer algunas preguntas en las escuelas cerca del anexo. Varios reconocieron a Abigail del tiempo en que estuvo ayudando en las clases. De las entrevistas al personal de la Escuela Benéfica de Instrucción Básica de Holloway, de la Escuela de Día y Dominical de Albany y de la Escuela Libre de Holloway, obtuvimos los nombres de dos damas: Sarah Conlon y Harriet Powell, que colaboran juntas impartiendo algunas clases y consiguiendo donaciones y con las que Abigail trabajó.

Aferrada al bol donde había batido los huevos, con el tenedor que había usado en alto y una expresión evaluativa, Emily se perdió en alguna idea sin prestar atención al líquido amarillo que escurría del cubierto a su mano y de allí se deslizaba hacia la manga. Bertrand tomó la punta del delantal y le retiró el tenedor al tiempo que la limpiaba y le preguntaba en qué estaba pensando.

—¿Podemos ver la lista del Hogar de Niños del Reverendo?

—¿Ahora? Se olvida de nuestra cena —apuntó él mientras le tomaba el cuenco de la mano sin quitarle los ojos del bonito rostro ausente. Al ver que no obtenía respuesta, apoyó el recipiente; con una exhalación de resignación, dejó el tenedor en la piletta y le entregó la hoja de papel de su bolsillo. Usó el delantal para quitarse el batido de huevo que lo había ensuciado y se puso al lado para leer por sobre su hombro. Siguió el detalle de los nombres hasta que su atención se detuvo en uno en particular.

—Señorita Harriet Powell, calle Trafalgar 12, Camden Town. Este nombre se repite en ambos distritos: Holloway y Highbury.

—Creo que habrá que hacerle una visita mañana temprano. Parece que, mientras Abigail vivía con su amiga Mary Levitt, ella y la señora Powell se conocieron. Quizá fue ella la que la llevó a las escuelas de Holloway en el tiempo en que el reverendo dejó de darle refugio.

Se miraron y asintieron.

—Hay algo peculiar sobre el bebé hallado cerca de Abigail.

—A mí también me ha dado que pensar. Si no era el hijo de la muchacha, ¿quién es? ¿Alguna pobre familia que vivió allí lo dejó enterrado cuando se fue, imposibilitada de darle mejor sepultura? Quizá debamos averiguar un poco más sobre él. Es cuando menos peculiar que un bebé desaparezca y otro de diferente edad aparezca en su supuesto lugar.

—Mmsí. Demasiada coincidencia. Bien, ¿en qué estábamos? —quiso saber ella de pronto buscando la respuesta a su alrededor. Con el desconcierto pintado en el rostro, inquirió—. ¿No tenía un tenedor?

El gesto de confusión y los labios sensuales fruncidos hicieron sonreír a Bertrand que le alcanzó el cubierto que había dejado en la piletta. Ella lo aceptó y buscó el bol. El chisporroteo crepitante de la mezcla cocinándose y el delicioso aroma que comenzó a ascender de la sartén excitaron los sentidos de ambos que con las cabezas juntas acomodaban el contenido para que se repartieran bien los ingredientes.

Emily dejó a Bertrand a cargo de la tortilla y del agua para el té, corrió a poner un mantel, sacar las tazas y los platos, seleccionar un par de servilletas y los cubiertos y fue hasta la ventana para cortar furtivamente algunos jazmines de la enredadera exterior para la mesa.

Bertrand se quitó el delantal y se asomó al comedor. La encontró en puntas de pie, con parte del cuerpo fuera de la ventana, mientras intentaba alcanzar unas flores que crecían en la pared exterior a corta distancia de su mano. Se apuró hacia ella y la sujetó por la cintura; apoyado en su espalda y

presionándola un poco, extendió el brazo para cortar tres jazmines que le dio. Emily bajó los talones y se quedó congelada en su sitio ya que él no se separó. Entró con lentitud el brazo que traía las flores, pero sin moverse de la deleitable, muy atrevida, por cierto, posición que le permitía sentirlo tenso y sólido contra la espalda. El calor creció en el lugar de contacto –y en otros puntos dispersos– cuando lo sintió inclinarse sobre el hombro y su voz se introdujo grave en su oído.

—¿Cree que ya podemos cenar?

Se sacudió molesta y giró para mirarlo con el ceño fruncido, pero el destello provocador en los ojos masculinos la hizo sonreír contra su voluntad.

El hambre no era fingido: la tortilla no tardó en desaparecer. Le ofreció queso como postre y, luego, tomaron una segunda taza de té en un silencio cómodo.

—Bueno, supongo que ya es tarde.

Él se fijó en su reloj de bolsillo y levantó la vista sorprendido.

—Ya pasaron de las once.

Emily fue hasta la punta de la mesa por la gorra, pero en lugar de dársela, la sostuvo con ambas manos contra el pecho y la acarició siguiendo la trama con la yema del índice. Bertrand le hizo un gesto invitándola a acompañarlo hasta el recibidor y allí giró con la mano extendida para que se la diera. Ella dudó solo un segundo, pero fue suficiente para que él avanzara, se la quitara algo bruscamente y pasara el brazo libre alrededor de su cintura atrayéndola. Su boca bajó rápido sobre la de ella y se apoyó con posesiva seguridad. El ruido de la gorra que golpeó contra la pared fue todo lo que llegó a los obnubilados sentidos de Emily antes de sucumbir. Los labios del agente presionaban contra los de ella, apenas húmedos, ansiosos, demandantes,

exigiéndole algo aún indefinido para su comprensión. Los brazos la habían encerrado contra su cuerpo apretándola con tal intensidad que creyó que dejaría de respirar en cualquier momento.

Detuvo el beso y se separó un poco. Tenía los oscuros ojos nublados y la observaba algo desenfocado. Emily se preguntó cómo era posible que ella estuviera ajena a lo que sentía en su primer beso, que su mente estuviera analizando todo como si fuera una mera observadora. Entonces sucedió. Él la enfocó y le mostró una expresión anhelante y desesperada antes de volver a descender sobre su boca; esa vez, los labios apenas la rozaron, la recorrieron con toques ligeros, como si estuviera disfrutando de algo que le daba infinito placer, tan valioso como para no querer agotarlo en un instante. El beso se ahondó solo un poco y volvió a acariciar con sus labios los de ella. Emily sintió que una corriente eléctrica la recorría para activar en su interior una reacción de placentero calor que le nublaba la razón; una excitación deleitable que relajaba las piernas, el cuerpo todo y que hacía inevitable la entrega a la fuerza mayor, dominante, que la envolvía y le sustraía la energía, dándole a cambio la suya.

Bertrand experimentó una honda sensación de completud; la llevó contra la pared y se encargó de besarla hasta que no le quedó duda de la definitiva entrega de ella por la encendida respuesta de su cuerpo. Se separó apenas un segundo para ver los hermosos ojos y escuchó el gemido suave de protesta mientras las manos se elevaban para tomarlo por la solapa de la chaqueta. Al instante, ella levantaba la boca y buscaba la suya con una torpe ansiedad que lo excitó. Le rozó los labios y le sostuvo la cara entre las manos para poder distanciarse y verla. Los ojos ambarinos derramaban su miel dorada y las pupilas dilatadas bajo los párpados entrecerrados le hablaban de la pasión de la mujer en sus brazos. Su piel estaba ligeramente ruborizada; la expresión de placer que exhibía lo hizo emitir un sonido ronco que atrajo la vista de ella hacia su boca.

—Por favor, Emily, no haga eso; no podré cumplir con mi promesa si sigue invitándome a portarme mal con usted.

El ruego y la pasión en la voz masculina eran reales, pero algo de lo que él había dicho hizo que Emily volviera de algún lugar distante: los ojos se concentraron en el rostro del hombre que la tenía aprisionada contra la pared con las caderas y que sostenía en las manos su cara. “Invitándome...”, recordó que él había dicho. Se sintió desfallecer de vergüenza al darse cuenta de que era ella la que lo había provocado. La turbación que la embargaba creció cuando notó que sus propios brazos habían dejado en algún momento las solapas para rodearle la cintura y que sus manos estaban aferradas a la espalda de la chaqueta, cerradas en un puño mientras se apretaba contra él.

Lo soltó horrorizada. Se sacudió para que le liberara la cara que exhibía ramalazos de rubor y lágrimas nacientes en los ojos cerrados y se retorció para salir de debajo del peso del cuerpo masculino que la retenía contra la pared.

—No, no, Emily, así no, tranquila: no es su culpa; yo soy el responsable, no, quieta.

Bertrand maldijo su torpeza. Se decidió por soltar el rostro y usar los brazos para apretarla contra él y contener cualquier intento de separarse. Al cabo de unos segundos de lucha, ella se rindió y apoyó la frente en su hombro.

—Emily, por favor, trate de entenderme. No puedo resistirme a usted, no desde aquella primera vez en su oficina, ¿se acuerda?

La separó solo lo indispensable para mirarla. Estaba seria, desconcertada; buscaba en él una respuesta a lo que le sucedía. Incapaz de hallar las palabras precisas, se frotó la nuca con una mano que terminó por llevar hasta el hombro de ella.

—Usted es tan bonita, tan capaz y valiente —comenzó titubeante. Luego decidió decir simplemente lo que sentía—. La quiero, Emily, lo sabe. Estoy total y profundamente enamorado de usted.

Si Bertrand hubiera querido causarle una impresión fuerte a propósito, habría elegido exactamente esas mismas palabras. La expresión de gacela asustada lo hizo soltarla de pronto y retroceder un paso. Su reacción lo hirió como la puntada de un puñal que le entraba en el pecho.

Emily no sabía qué decir o hacer. La declaración apasionada la había dejado sin reacción y, si no hubiera sido por el dolor que atravesó la mirada masculina, todavía estaría allí, inmóvil, sumergida en su propia incapacidad de manejar los nuevos sentimientos que la embargaban.

—Oh, yo... —susurró por fin mientras se dejaba invadir por una sensación líquida que iba de la cabeza a los pies que, a medida que avanzaba, le daba una sensación de paz—. Sí, tiene razón, es mi culpa, yo... Oh, sí, yo lo incité.

Bertrand se puso rígido: ella no sentía lo mismo que él, estaba avergonzada de haberse dejado llevar y ahora tendría que alejarse. ¿Cómo iba a lograr vivir teniéndola tan cerca todos los días?

—Pero es que no lo pude evitar —comenzó a justificarse Emily—; no sé lo que pensará de mí, pero no fue intencional, yo no pude... ¡Oh, no, no es cierto!

La miró sin comprender.

—No es verdad —continuó diciendo ella mientras se retorció las manos—; no quise evitarlo. Deseé que me besara, quise que me abrazara. ¡Oh, soy una mujer terrible, perdóneme!

La exhalación de alivio atrajo la desconsolada mirada femenina que se transformó en azoro cuando él avanzó hacia ella y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Es verdad? —le preguntó ansioso por una confirmación, al menos, de que no lo rechazaba— ¿Usted quiso...?

—Shh —lo silenció ruborizándose nuevamente.

—Emily.

—Bertrand, perdóneme, ¡qué pensaré de mí! Pero es tan raro, necesitaba...

—¿Qué?

—No “qué”.

—No le entiendo.

—No es “qué”, sino “de quién” —terminó por decir con timidez.

El entrecejo fruncido le indicó que debía ser más clara.

—Mi inapropiado comportamiento con usted fue resultado de la necesidad, la necesidad de... Oh, por favor, no me torture más, Bertrand, ¿debo decirlo?

Insensible a la turbación, anhelante por oír lo que quería, asintió.

—Está bien, usted fue honesto conmigo y yo debo serlo también, ¿no?

—Deje de dar vueltas, Emily —la urgió amonestándola por perder tiempo cuando debía decir palabras importantes.

—Mi necesidad es de usted. Quise que me besara porque me siento atraída hacia usted —confesó de un tirón mientras cerraba los ojos y hundía la cabeza entre los hombros; luego agregó en un susurro—: Muy atraída.

—Mi amor.

Esas dos palabras fueron las últimas que escuchó antes de ser estrechada. Una lluvia de besos en la frente, en los pómulos, sobre los párpados, en las mejillas y finalmente en la boca exaltó a la joven que solo se dejaba arrollar por el ímpetu del hombre.

—Me conformo con eso por ahora.

Doce campanadas sonaron en algún lugar cercano y la pareja se separó.

—Bertrand.

—Ya es tarde. Hablaremos mañana.

Ella aceptó. Después de suspirar sonoramente, aún ruborizada, buscó con la mirada por el pequeño recibidor. Fue hasta el objeto que quería y lo levantó. Giró hacia el hombre que la contemplaba enamorado y, con gesto avergonzado, se lo entregó. Por primera vez en años, Bertrand sonrió ampliamente: la satisfacción le colmaba los melancólicos ojos. Emily se quedó con el brazo extendido ofreciéndole la gorra mientras se derretía ante la deslumbrante sonrisa masculina que se hizo aun mayor cuando tuvo que tirar de la gorra.

—Si seguimos así... —la provocó él, emocionado por los sucesos de esa noche.

—Sí, sí, claro —la soltó de golpe—. Tendrá que conseguir otra, esta fue bastante maltratada.

Bertrand rio contento.

—La pondré en un lugar de honor como corresponde a todo casco de guerra que participó en una campaña victoriosa.

Ella reprimió una sonrisa y levantó con dulce timidez la vista hacia él.

—¿No piensa mal de mí?

—¿De ti? —paladeó la posibilidad que tenía ahora—. No has demostrado más que la mayor candidez, Emily. Estoy seguro de que es la primera vez que te besan. Lo que sí pienso es que eres demasiado para mí.

—Es mejor que te vayas —lo cortó; se negaba a escuchar nada que arruinara el momento de exaltación amorosa que experimentaba.

Bertrand se puso la gorra. Cuando abría la puerta para salir, sintió el leve tirón en la manga; giró y la vio acercarse a él con expresión tímida.

—Ten cuidado al salir. —Él asintió y ella se puso en puntas de pie para depositar un beso ligero como una pluma en su boca—. Que descanses.

—Hasta mañana, amor. Que sueñes conmigo como yo lo haré contigo.

CAPÍTULO VIII

El hombre respiraba con tranquilidad y había logrado tomar varias cucharadas de agua con azúcar en las últimas seis horas. Cuando lo habían llevado el día anterior, se lo veía tan pálido y demacrado que no pensó que pudiera sobrevivir la noche, pero allí estaba, aún vivo a la mañana siguiente. Se sentó a su lado y, como había hecho antes, le tomó la mano para acariciársela mientras le hablaba. Sin mayor idea de qué decirle, le contó de ella, de la vida que había llevado hasta pocos meses atrás. De su familia, de su esfuerzo por superar el pasado y comenzar una nueva existencia. Luego le hizo preguntas sobre él que no esperaban respuesta, solo expresaban curiosidad por el hombre que se había destruido al punto de convertirse en poco más que en un despojo cerca de la muerte. Decidió entonces hablarle de la suerte que tenía, aunque él no estuviera de acuerdo: había personas que lo apreciaban lo suficiente para ayudarlo y eso era invaluable. No estaba solo; ojalá ella tuviera quien la quisiera así.

Sintió una presencia a su espalda y se volteó asustada. Una persona parada en la puerta del cuarto la observaba con amable curiosidad. Era una de ellas, no cabía duda, aunque lucía mucho más distinguida y joven que el resto de las señoras de la liga. Apoyó sobre el camastro la mano inerte que sostenía entre las suyas y se puso de pie. Había aprendido en poco tiempo que, si quería permanecer allí, protegida, debía guardar siempre respetuoso silencio y obedecer. Bajó la cabeza mientras entrecruzaba las manos sobre la falda.

—Buen día. ¿Cómo está el señor Balling? —preguntó la joven visitante.

La muchacha murmuró: “Igual”.

—Sé que es poco tiempo aún, pero recé tanto anoche porque hubiera alguna mejoría —suspiró—. Hasta la más leve sería bienvenida. Soy Emily Randolph, ¿quién es usted?

—May Peters, señorita Randolph —respondió con una respetuosa reverencia de ojos y cabeza bajos.

—¿Se ha quedado con el señor Balling toda la noche?

Ella negó sin cambiar de posición.

—Pero siéntese, por favor. —Como la muchacha no lo hacía, Emily la tomó amable pero firmemente del brazo y la acercó a la silla—. Cuénteme cómo pasó el tiempo que estuvo con usted.

El silencio tímido de la muchacha le llamó la atención. La había oído hablarle a Roy Balling; incluso la había oído expresar su soledad y el deseo de afecto con tanto anhelo que le sorprendió el peculiar silencio que guardaba. No le quitó la vista de encima ni siquiera cuando levantó los ojos, extrañada por la inmovilidad sin palabras de la joven. Se quedaron así unos minutos largos. May se sintió desnuda ante la mujer que parecía escudriñar cada recoveco de su alma. Al cabo de un rato, Emily se aclaró la garganta y, luego de buscar un lugar a los pies del camastro, se sentó. Sonreía afable.

—Señorita Peters, cuénteme, ¿qué es lo que hacía cuando entré?

—Le hablaba para que no se sintiera solo. Mi padre estuvo enfermo y pasó muchos días como él; poco antes de morir, despertó y me dijo que sabía que había estado allí todo el tiempo porque me oía cuando le cantaba por las noches.

Emily logró sacarle algunas frases más a la tímida muchacha y pronto las dos estaban hablando con Roy Balling como si estuvieran tomando el té. Apenas si se escuchaba a esa hora temprana algún otro ruido que las palabras a media voz de las mujeres.

—¡Oh! —exclamó Emily de golpe—. ¿Qué hora es? ¡Debo irme al trabajo! No quiero llegar tarde; no es que el señor Baker se moleste, es un jefe excelente, pero debo abrir la agencia. Discúlpeme, señorita Peters, espero verla de nuevo pronto.

May escuchó sorprendida lo que decía. ¿Esa señorita elegante y fina, tan cuidada y exquisita, “trabajaba”? Para asombro de la muchacha, la joven mujer le tomó la mano y se la apretó despidiéndose con un “hasta pronto” mientras se colocaba los anteojos y salía presurosa del cuarto.

Cuando el azoro dejó paso a la intriga, May se dio vuelta hacia el hombre y en voz baja le preguntó: “¿Quién es esta mujer?”.

* * *

—Pues a mí me pareció más tranquilo —comentó Emily en voz baja.

—Eso espero; está muy mal, no se despierta. Quizá debemos decirle a Baker —señaló dudoso Jones acomodando su corpachón contra el escritorio de Emily—. En caso de que...

—No sé qué pensar; si pudiéramos lograr que despierte, al menos podría hablar con el señor Baker.

Louis y Bertrand entraron en la oficina conversando entre ellos. Al verla, Louis se quitó el sombrero, avanzó y le tomó una mano con una sonrisa mientras la observaba con cariñoso detenimiento.

—Buenos días, Emily. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, Louis, ¿y tú?

—Muy bien. ¿Te ha contado Calvert lo que averiguamos?

Emily asomó apenas la cabeza por un costado y miró a Bertrand con ojos de miel derretida que provocaron en el destinatario una poderosa tibieza interior. Cabeceó un saludo tratando de que no se le viera el brillo delator.

—Buenos días, Emily, ¿cómo está?

—Muy bien, Bertrand, gracias —musitó tímidamente con una corta reverencia y volvió a escudarse tras el cuerpo de su amigo.

—Necesitamos algo de dinero —le dijo Louis—. Veremos a Harriet Powell esta mañana.

—Traeré la caja chica.

Nerviosa por la presencia de Bertrand en la oficina, sin saber cómo manejarse con él después de lo sucedido la noche anterior, Emily intentó infructuosamente abrir la pequeña caja de metal. Dejó caer las llaves al suelo varias veces y saltó como resorte cuando se las alcanzaron.

—Oh, no abre.

Al segundo tuvo detrás de ella a Bertrand que le quitó la llave de la mano temblorosa para colocarla en la cerradura; como giraba en falso, la sacó y la observó.

—Está mellada, además tiene la punta rota. Usaremos otros medios —señaló con una sonrisa distendida que llamó la atención de sus compañeros no habituados a expresiones de relajado contento en el rostro del Monje—. Venga, Emily, veamos si puede abrirla.

La aludida miró con duda al hombre que le ofrecía su pequeño estuche de ganzúas.

—¿Cuál usará? —le preguntó con una comisura levantada.

Los agentes seguían la escena azorados. Había algo entre esos dos, pensó Jones con el ceño fruncido y la mirada alerta; el Monje no dejaría a nadie tocar, mucho menos usar, sus preciadas ganzúas. ¿Y de dónde sabría ella usarlas?

La alumna miró con cuidado las pequeñas herramientas, tomó una y elevó la vista hacia su maestro. Este negó apenas e hizo un gesto hacia otra. Devolvió con extrema delicadeza la ganzúa que había retirado y apuntó a la de la derecha. Él asintió. Rodeada por los hombres, se acomodó frente a la caja y, con ayuda de su lupa, analizó la pequeña boca de la cerradura. Dio un vistazo a la herramienta y otro más a la cerradura antes de cuadrarse de hombros e introducir el afinado extremo terminado en un gancho cerrado. Con el pulgar, el índice y el mayor, giró la ganzúa hacia la derecha y luego a la izquierda. La mano de Bertrand que sujetaba la de ella interrumpió el movimiento. Emily se quedó quieta tras experimentar un estremecimiento que le recorrió la columna. “Escuche los sonidos”. Continuó un par de segundos más hasta que la mano de Louis deslizándose sobre el escritorio la distrajo.

—¡Shh! Necesito silencio —lo amonestó con el entrecejo fruncido, lo que provocó una sonrisa en Bertrand. El joven agente se disculpó con la mirada brillante de diversión y pronto las cuatro cabezas volvieron a reunirse alrededor de la caja.

Continuó girando lentamente la ganzúa sin poder escuchar nada. La frustración la invadía. La mano masculina que alteraba sus sentidos la volvió a detener.

—No la gire tan lentamente.

—Temo romperla si la uso con fuerza.

—No la romperá y no dije que tenía que usar fuerza. Un poco más...

—¿Ágil? —sugirió con expresión de fingida inocencia Louis.

—¿Como si fuera una llave de verdad? —aportó Jones.

—No tan tensa —indicó Louis—. Relaja la muñeca.

—Alerta, pero calmada —la dirigió Jones.

Emily se enderezó de golpe con expresión molesta.

—Señores, cada uno es un excelente maestro en lo suyo, pero quien debe darme instrucciones ahora es Bertrand. ¿Podrían por favor...? —dejó la frase en el aire mientras les pedía distancia con las manos.

—Ey, Jones, ¿qué le enseñas tú a Emily? —oyó que Louis preguntaba al hombretón que le dio un empujón con el hombro para hacerlo callar.

Consciente de su gaffe, Emily volvió a la tarea. Giró con algo más de firmeza, atenta a las indicaciones que Bertrand le daba cerca del sensible oído. De pronto se oyó un “clic” levísimo y la cerradura se abrió. Retiró la pequeña herramienta con extremo cuidado y se levantó, exultante.

—¡Bravo, Emily! —la felicitó Louis.

—¡Bien hecho! —agregó Jones sonriente.

—Bien, sí, falta práctica. —Bertrand estaba asombrado de que lo hubiera logrado, pero capituló ante la arrebatadora mirada femenina—. Aunque muy bien por ser la primera vez.

—Sí, señores, ¡muy bien, claro que sí! —intervino Adam, sarcástico, parado en el umbral de la puerta desde donde había estado observando, acompañado por Primm y Oliver—. ¡Felicitaciones! Ya han completado la educación criminal de la señorita Randolph.

Los agentes giraron hacia la puerta; con excepción de Jones que lucía atribulado, los otros miraron a Baker con falsa seriedad.

—Dígame, Calvert, ¿le parece correcto enseñarle ciertas habilidades “non sanctas” a mi asistente?

—Oh, señor Baker, mire, lo abrí. No se enoje, por favor, yo le pedí al señor Calvert que me enseñase.

Ante el ceño asombrado de su jefe, se apresuró a explicarle el problema que había tenido tiempo atrás cuando había hecho instalar las cerraduras en los archivos a causa de la fuga de información, problema que había dado lugar al extraño pedido que le había hecho al señor Calvert.

—Y él no pudo decirle que no —completó molesto Adam—. Está bien, ya está hecho, aunque no creo correcto que una dama aprenda habilidades propias de delincuentes.

—Ya aprendió a disparar —apuntó Louis con un encogimiento de hombros para salir en ayuda de su amiga. Gracias a Dios nadie vio la expresión afligida de Jones que ni se atrevía a pensar en lo que pasaría si se enteraban de las clases de defensa que él le daba y en qué condiciones.

El comentario hizo más pronunciado el entrecejo fruncido de Adam que gruñó algo por lo bajo.

—En fin —concluyó vencido por el entusiasmo femenino—. Bien, Montrose y Calvert, pasen. Primm y Oliver, esperen. Jones, un momento más.

El agente asintió y, como ya era costumbre, fue en busca de la silla del otro lado del escritorio. Oliver fue a la recepción por otras dos; Primm aprovechó para quitarse el sombrero y los guantes. Mientras lo hacía, fue testigo privilegiado del intenso cruce de miradas entre Calvert y Emily cuando su compañero le entregó la gorra a la joven que la sostuvo quitándole imaginarias pelusas con movimientos lentos que parecían una caricia. Ni cinco segundos después, ambos exhibían la misma expresión controlada de

siempre. “¡Oh, por San Jorge y el dragón! ¡Esos dos se entienden!”, pensó divertido Jack para luego ponerse serio cuando una idea surgió en su mente: “Y a Baker no le va a gustar en lo más mínimo”.

* * *

La calle Montpelier en el barrio de Knightsbridge, frente a la plaza de igual nombre, era un lugar pacífico y elegante en el que se erigían unas pocas mansiones de refinado estilo, habitadas en su mayoría por miembros de la nobleza y la alta burguesía que ofrecían sus servicios a los ministerios de interior y exterior ingleses. El selecto grupo que vivía en este tranquilo enclave en el sudoeste de Londres se caracterizaba por un comportamiento discreto y su reconocida importancia para el desarrollo de los planes del Parlamento y la Corona. Como ejemplo de tan digno círculo bastaba con mencionar al cuarto hijo del barón Charles Bartholomew Winston-Davies. Sir Joshua Winston-Davies, reconocido por los destacados servicios prestados en su larga carrera de abogado al servicio de los intereses reales, era célebre en los medios internacionales como el factótum de la gran mayoría de los tratados y acuerdos internacionales que se habían llevado a cabo desde hacía veinte años. Sus comienzos databan de cuando era un abogado joven y ambicioso, recientemente casado con una de las hijas del conde de Stratham y padre de una pequeña niña de cinco años, que había conseguido un puesto, influencias paternas mediante, como encargado de la supervisión de los acuerdos oficiales –y los secretos– de comercio del reino con otros países e imperios. Su última intervención había sido la gran responsabilidad de la confección del Acuerdo de París en marzo de ese año que dio por finalizada la cruenta Guerra de Crimea. Incluso se encontraba abocado a la redacción de un informe sobre las condiciones de neutralidad y asistencia médico-sanitaria en los casos de conflictos de guerra pedido por los mismos soberanos.

Ese último tema lo había llevado a encerrarse en su mansión de Montpellier hasta que se hubiera formado una idea acabada de la situación, munido con cuanto reporte e investigación sobre el asunto halló. Esa era su característica más reconocida: la manía de abarcar su objeto de estudio tan profundamente como pudiera y su obsesión por comprender, analizar y desmenuzar hasta lo más ínfimo las circunstancias y el proceso en que ese objeto se insertaba.

En ese momento, en que le llegaba a la memoria el comentario de su esposa sobre lo negativo de su temperamento obsesivo, un recuerdo lo paralizó como tantas otras veces desde principios de ese año. El rostro con los dulces ojos de oro apareció ante él y un destello de culpa lo recorrió; de inmediato se defendió del incómodo sentimiento: él era, sin duda, un analista técnico y burocrático obsesionado con la comprensión total de todos los aspectos de una situación, pero eso era más normal que ser alguien con una percepción de lo emocional tan profunda y acertada que desequilibraba a todos y provocaba problemas de graves e imprevisibles consecuencias.

Los discretos golpes en la puerta del estudio cortaron cualquier otro pensamiento. El mayordomo entró con una bandeja en la que se hallaba doblado el ejemplar de un periódico matutino. El atildado hombre rodeado de papeles y documentos reservados lo recibió y lo abrió. Buscó ansiosamente, pero sin trasuntarlo, la noticia que esa mañana un conocido del club había comentado en rueda de fumadores. Por fin la halló: en ese diario para el vulgo, ocupando una página completa, se encontraba un artículo con ilustraciones titulado: “El cadáver bajo las tablas”. Sin ocuparse de los dibujos, comenzó a leer. La historia trataba del cuerpo de una muchacha joven que había sido encontrado bajo el suelo de un edificio de la Empresa del Ferrocarril del Norte que sería demolido en breve. Tal hallazgo, descripto con macabro lujo de detalles, había sido hecho por los agentes de la Agencia de Investigaciones Essex que, al parecer, era una fuente abundante de inspiración para el periodista ya que usaba tres párrafos completos para recordar a los lectores las intervenciones anteriores del equipo.

Sir Joshua continuó la lectura que lanzaba hipótesis sobre las acciones futuras de los reconocidos agentes C y M. Y luego, el comienzo de la debacle. El periodista se preguntaba sobre cuál sería la intervención de la “misteriosa señorita R” después de haber hallado el cuerpo junto al agente C. Comentaba que ya no se la veía tanto y terminaba por plantear si el señor Baker, dueño de la Agencia Essex, no estaría protegiendo a su arma más contundente en su lucha privada contra el delito y la criminalidad.

Dejó de leer y cerró los ojos por un momento. Cuando los volvió a abrir, los enfocó en la ilustración que mostraba a un hombre y a una mujer con expresiones ceñudas que observaban un lugar en el suelo donde se veía la forma de un cuerpo femenino por debajo de la madera. Bastante desagradable para su gusto, dijo mientras se preguntaba cómo su hija había acabado en eso.

Para su parcial tranquilidad, aunque el dibujo la representaba con sus anteojos oscuros, no estaba usando su apellido. Podría ser un gran disgusto para su esposa –y para la familia– el que la “misteriosa señorita R” fuera reconocida como una Winston-Davies y no estaba Marion para sufrir momentos de angustia en su actual estado de salud.

Se puso de pie y se acercó a la ventana que daba a la plaza. Se quedó con la vista fija en los árboles añosos y la fuente de aguas danzarinas frente a las rejas de hierro de la residencia mientras consideraba qué iba a hacer. Mal que le pesara, y con todo el potencial escándalo que las presentes actividades de su hija representasen para ellos, algo dentro de él necesitaba saber de ella. Buscaría a alguien que le informara cómo se hallaba; necesitaba sosegar su espíritu culpable.

* * *

Después de la reunión con Baker, Jones avisó a Emily que deberían posponer la clase porque tenía trabajo. Tranquila porque dispondría de más tiempo, se dispuso a realizar sus actividades con calma. A las cuatro apenas pasadas, hizo llevar el té a su jefe. Cuando entró en el despacho minutos después, el hombre enfrascado en la lectura le disparó la orden sin levantar la vista de lo que leía.

—Traiga otra taza, no me gusta tomar el té solo.

Una vez hubo cumplido, Adam le habló con tono calmado pero serio.

—Hay un nuevo artículo en El Investigador Independiente. Lo peor es que viene acompañado de dos buenos retratos de Calvert y de usted.

Emily ahogó una exclamación y fue junto a Adam para ver el diario. Bajo la mirada contemplativa del hombre, dedicó unos segundos a analizar la ilustración.

—Es macabra —comentó estremecida—, pero el dibujo es, por cierto, bastante preciso.

—El que informó los estaba viendo. Solo quisiera saber cómo se enteran tan rápido. Quizás Dolman encontró un informante en la policía ahora que el escocés no está en la agencia. En fin, el caso es que está usted demasiado expuesta y creo que podemos hacer algo al respecto.

—He visto que hasta hay tabloides en las calles y columnas con el detalle, bastante imaginativamente redactado, de nuestros casos.

—Mmm. Esto que me comenta hace más urgente tomar medidas. Emily, debo ir a Croydon la semana próxima, y he decidido que venga conmigo. Estará lejos de Londres por unos días, la sacaremos del centro de atención y quizá logremos que el interés por su persona decaiga.

—¡Pero señor, yo no puedo ir con usted! ¡Los dos solos! —exclamó con los ojos agrandados, un sentador rubor cruzando sus mejillas.

—Es verdad, pero he considerado el asunto y pediré a la señora Zachary que nos acompañe.

—Ella no puede, está muy ocupada con la liga y sus acciones en la iglesia —inventó a toda prisa.

—Si no es ella, será otra persona. Está decidido, Emily: trabajaremos juntos en el caso del vicealmirante Crawford. Prepare lo necesario.

—Yo...

La voz del ama de llaves se hizo oír al otro lado de la puerta; Baker la hizo pasar.

—Hay un cliente, señor Baker.

—De acuerdo, lo atenderé enseguida. Ah, señora Walloski, necesito que la semana próxima nos acompañe a la señorita Emily y a mí a Croydon. Serán cuatro o cinco días.

—¿Ir a Croydon? ¿Yo?

—¿Quién se encargará de todo aquí si nosotros nos vamos? —intentó Emily con desmayo. Bertrand y ella acababan de declararse sus sentimientos y no quería alejarse tanto tiempo de él.

—Calvert puede supervisar el trabajo, ya lo ha hecho antes.

—Pediré a mi hermana que me reemplace por unos días —dijo el ama de llaves—. Seré su dama de compañía, señorita Emily, no se preocupe.

—Yo no...

—Todo arreglado —sentenció Adam—. Mañana les daré datos precisos.

* * *

Diez minutos pasadas las seis, estaba en la esquina de Saint Peter y Essex con rumbo a la farmacia de Charlton Crescent. Después de hacer unas compras, anduvo su camino de vuelta, tomando por Saint John en vez de ir por la concurrida arteria principal. Dos calles antes de Packington, Emily sintió un leve cosquilleo en la nuca. Se detuvo y llevó su mano enguantada al cuello para frotarlo. Reinició la marcha, pero, al alcanzar Queens Head, volvió a tener la misma impresión. Se paró en seco y giró, aunque no distinguió nada. Decidió tomar por Rheidol y doblar en Windsor, lo que le permitiría desembocar en la otra entrada de la liga y le daría tiempo para ver si realmente era seguida. De pronto, con un escalofrío, sintió los pasos rápidos que se aproximaban y sin pensarlo, se plantó sobre los pies repartiendo el peso como le había enseñado el señor Jones. Su seguidor, más bien seguidores, se corrigió helada al ver dos sombras, doblaban la esquina en ese instante. Su último pensamiento coherente fue una recriminación: “debí haber huido; mala alumna, Emily, mala alumna”.

Apenas alcanzó a dar un paso hacia atrás para intentar emprender una huida tardía cuando dos figuras sólidas casi se dieron contra ella.

—¡Emily! Ey —le espetó la conocida voz de Louis que retrocedió en un acto reflejo imitado por Bertrand.

—¡Ustedes! ¿Por qué me están siguiendo?

—Tu actitud era muy furtiva. Montrose te llamó y ni siquiera te diste vuelta. Fuiste a una farmacia y allí ordenaste láudano, amoníaco y sulfato de cobre.

El asombro de Emily era evidente.

—¿Cómo lo supieron?

—Te oí cuando los pediste —explicó Louis entre intrigado y molesto por el trato familiar entre su amiga y su compañero.

—¿Estabas ahí? Vaya, eres bueno, no me di cuenta —cambió del admirado asombro al enojo al ver la expresión complacida del joven—. Bueno, caramba, no puedo creer que me estén vigilando, eso es muy desagradable.

—Dinos para qué necesitas esos productos —pidió Bertrand con amabilidad no exenta de firmeza.

—¿Te sientes mal? —inquirió Louis preocupado.

—Les diré, pero deben prometerme que no se lo contarán a nadie.

Los hombres la miraron cautos.

—Yo lo hice por Jack Primm cuando hubo que esconderlo —les recordó y los vio asentir fastidiados por la certera manipulación.

—Te dije que aprendería —comentó Louis a Bertrand que meneó la cabeza.

—El señor Jones encontró al señor Balling. Lo trajimos a la liga para que se recuperara.

—¿Está mal? —quiso saber Louis.

—Se encuentra muy enfermo y el doctor Parker no puede garantizar que se recupere.

—¿Dónde estaba? —preguntó Bertrand.

—En la prisión de Su Majestad en Borough. —Ante los gestos ceñudos, procedió a relatarles lo sucedido cuando Jones y ella habían rescatado al agente.

—¿Por qué no nos dijiste? Podríamos haberte evitado ese mal momento.

—El señor Jones estaba conmigo y había que actuar con urgencia.

—¿Podemos verlo? —inquirió Bertrand serio.

—Vengan conmigo. —Los hombres se pusieron en marcha a cada lado de la joven—. Las medicinas son para el tratamiento del señor Balling. Está inconsciente hace varios días; Lydia supervisa su tratamiento.

Entraron en el edificio y, después de saludar al portero, Emily fue hasta el cuarto detrás de la escalera seguida por los agentes. Entreabrió la puerta para ver si podía pasar; se encontró con el doctor Parker, Lydia y Jones reunidos alrededor del enfermo con una expresión grave en los rostros. Empujó nerviosa la puerta y demandó saber qué sucedía. Se acercó a la cama y se inclinó para ver de cerca al enfermo al que le corrió el cabello de la frente y le acarició la mejilla arrugada y macilenta con el dorso de los dedos.

—Está dormido, no ha reaccionado todavía —le comentó Lydia exhalando cansadamente. Jones le acercó una silla que la mujer aceptó con una sonrisa fatigada. Emily le entregó las medicinas sin quitar la vista del rostro de Balling.

—Bien, intentaremos seguir el procedimiento habitual: amoníaco para que sude y pueda expeler el alcohol del cuerpo, sulfato de cobre para que vomite y limpie su interior y láudano para el caso de que despierte y se encuentre agresivo o dolorido.

—No necesitaré láudano por un tiempo —observó Bertrand—. ¿En qué podemos ayudar, doctor?

—Sería bueno darle un baño frío y luego hacerle fricciones o ventosas secas.

Sin mediar palabra, se quitó la chaqueta, se soltó el lazo de la corbata y se arremangó. Se hizo cargo de la situación e impartió instrucciones a los otros agentes que, con ayuda de Lydia, consiguieron una tina donde sumergir a Balling mientras Emily iba en busca de May Peters para cambiar la cama y procurarle ropa limpia. Siguiendo las directivas del doctor, las dos jóvenes procedieron a preparar la dosis de amoníaco que debía ingerir el paciente – puro en dosis de 8 a 10 gotas en un vaso de agua, con precaución de no excederse para no causar una fuerte congestión cerebral o pulmonar–; luego la muchacha trajo las ventosas.

Louis entró en la habitación en ese momento buscando ropa para Balling. Estaba en mangas de camisa, tenía la pechera mojada y los pantalones salpicados.

—Louis, deja que te presente a la señorita May Peters; este es mi amigo, el señor Montrose.

Se pasó la mano húmeda por el cabello para peinarlo un poco e hizo una reverencia rápida a la joven. Ella respondió con otra más profunda y se quedó de pie, mirándolo de costado. Emily le alcanzó el camisón y el joven salió del cuarto.

—¿Dijo su amigo?

—Sí, trabajamos en la misma agencia, como los demás.

—¿Todos son sus... amigos? —inquirió dubitativa.

—Solo Louis. El señor Jones es más un maestro.

—¿Y el otro hombre?

—¿El señor Calvert? Bueno, él... —Emily se ruborizó; se acercó a la muchacha y bajando la voz al tiempo que miraba a la puerta intentó explicarle—: El señor Calvert es... yo... no sé; ayer me manifestó su, bueno, su afecto por mí y no sé aún muy bien cómo llamarlo.

La señorita Peters pareció tomar la confianza como un gesto de gran distinción y le aseguró su silencio antes de que fueran interrumpidas por la llegada de los agentes que traían a Balling.

—Bien, veré quién se queda con el paciente esta noche para decirle cómo debe darle las medicinas —comentó el doctor al tiempo que se bajaba las mangas.

—Yo puedo —se oyó la voz suave de May.

Bertrand giró para ver quién había hablado y se encontró con una muchacha de unos diecisiete años, vestida con un horrible atuendo gris, sin mayor forma, gastado y remendado, pero limpio. Tenía el largo cabello negro prolijamente trenzado hasta la altura de la cadera y los rasgos eran agradables, aunque habrían lucido mucho mejor si no tuviera ese aire generalizado de severidad y aflicción. Emily los presentó antes de acercarse a Lydia a quien le contó del viaje de trabajo con su jefe, lo que intranquilizó bastante a su amiga que le aseguró que dejaría todo para acompañarla. Trató de convencerla de que era más necesaria salvando la vida del señor Balling que yendo con ella a Croydon y terminó por decirle que, de todos modos, el señor Baker ya había designado a la señora Walloski como acompañante. Su casera terminó por aceptar a regañadientes, pero acotó que hablaría sin falta al día siguiente con el ama de llaves para darle algunas instrucciones. Lo que no le dijo era que luego tendría una charla con Abe Jones para saber las verdaderas intenciones de ese jefe suyo.

Bien, esa parte ya estaba; ahora venía lo peor: decirle a Bertrand y a Louis que pasaría una semana fuera de Londres con Adam Baker.

CAPÍTULO IX

Como la noche anterior, Lydia se quedó hasta tarde con el señor Jones cuidando a Roy Balling por lo que Emily volvió a casa acompañada por Louis y Bertrand. Decidió que nunca habría un momento más oportuno para hablar.

—Ey, Emily, ¿tienes algo que hacer el sábado después del trabajo?

Antes de responder a Louis, miró de soslayo a Bertrand.

—No hasta donde yo recuerdo. —Esperó la intervención del hombre callado que no llegó.

—Si quieres, podemos ir a remar al río Lea.

—¿Tan tarde? Estará oscuro para cuando lleguemos.

—¿Y si visitamos el Parque Victoria?

—Eso me agradaría; lo abrieron hace poco, aún no lo conozco.

Caminaron en silencio unos pasos; no pudo demorar más la noticia.

—La semana próxima debo ir a Croydon.

Los dos la miraron sin mayor reacción.

—A un trabajo —agregó mordisqueándose el labio inferior—. Con el señor Baker —acotó enseguida hundiendo la cabeza entre los hombros.

No tardó en darse cuenta de que caminaba sola; se detuvo y miró con el rostro más calmo que pudo improvisar.

—¿A dónde y con quién? —Oyó la voz tensa de Bertrand.

—¿A Croydon con Baker? —pareció responder Louis con expresión incrédula.

—Mmsí, me lo comunicó esta tarde.

—¿Solos? —Louis elevó el tono de voz.

—Oh, no, cómo se te ocurre —replicó ella intentando sonreír—. La señora Walloski irá con nosotros.

Louis chasqueó la lengua; con los brazos cruzados, la observó severo. Bertrand, por su parte, le enviaba miradas difíciles de sostener.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber.

—Unos cuatro días.

—¿De qué se trata?

—Un caso del que no puedo hablar, lo siento.

—¿En serio? ¿Ni a mí? —intervino Louis, todavía ofuscado por la noticia.

Seria de repente, negó. Los hombres se miraron brevemente; parecieron llegar a una idea común.

—De acuerdo —concedió Louis con una mueca de irritación.

—Confiamos en ti.

Reemprendieron la marcha. Emily no estaba segura de que lo hubieran aceptado tan fácilmente, sobre todo si se tenía en cuenta la tensión, pero, por cobardía, prefirió desentenderse. Llegaron a Dame y Louis se despidió sin sonreír.

—¿Te veo mañana? ¿A qué hora pasarás? Quizás podamos ir a ver al señor Balling —le preguntó afligida por el comportamiento distante.

—Te avisaré. —Fue toda la respuesta del joven que le dio un beso rápido en la mejilla y esperó a su compañero para irse juntos.

Emily se volteó hacia Bertrand que no había perdido la mirada severa, la expresión torva agravada por el beso. Él se le acercó y tomó su mano, ella sintió un suave tirón antes de que depositara un beso en el dorso. Desilusionada cuando él se separó, subió los escalones y entró en el edificio. Louis se puso en marcha, pero la voz de Bertrand lo detuvo.

—Aguarda, se le cayó la pulsera. Dame un momento.

Subió a paso rápido los escalones y aprovechó a pasar por la puerta que ya casi se cerraba; alcanzó a encontrar a la joven cuando llegaba frente a su puerta. Ella giró, él la tomó en sus brazos y le dio un beso. Emily sintió el impacto del cuerpo masculino y se aferró a él decidida a mantenerse en pie o a caerse juntos. El primer beso dio paso al segundo y el segundo al tercero. Se separaron agitados.

—Se te cayó la pulsera —comentó al mostrarle el objeto que brillaba a la luz del pasillo.

—Ah —apenas expresó antes de volver a ofrecerle los labios para que la besara. Luego le preguntó—. ¿Estás enojado conmigo por lo del viaje?

—No contigo, aunque pudiste decirle que no.

—Lo intenté, créeme, pero dijo que tenía que ir. Le opuse el tema de que no sería correcto, y él propuso llevar a Lydia y cuando le planteé como objeción que ella estaba muy ocupada, le pidió en su lugar a la señora Walloski que aceptó, ¿qué le iba a decir?

—¿Que no?

—Lo siento, no supe qué más hacer. Además, me mostró lo que sacó El Investigador Independiente sobre Abigail Trenton y nuestros dibujos y eso sumado a los periódicos que vimos con Louis... Dijo que sería mejor que estuviera lejos de la ciudad unos días. Trata de ayudarme.

—Lo que trata es de... —Bertrand se contuvo a duras penas y cortó en seco el comentario; exhaló pesadamente cuando cruzó por su mente que Baker quería, a fin de cuentas, lo mismo que Montrose y él—. Tengo que irme o Montrose querrá ver qué sucede. Toma.

Emily se separó y preparó la palma para recibir la pulsera.

—Vendré por ti el domingo al mediodía. Estate lista.

La expresión de alegría de la joven borró cualquier malestar. Tiró de ella hacia él y la besó apasionadamente. Ya tendría tiempo esa noche y toda la semana próxima para torturarse con la idea de que su Emily estuviera con Baker durante cuatro días fuera de su protección.

* * *

Las instrucciones habían sido claras: observar a James Griffith, vizconde de Abbendot, las veinticuatro horas durante los tres días que duraran las reuniones a fin de evitar cualquier acción contra el duque de Nozzera y el señor de Plessis L'Aubignon, representantes enviados por el Reino de Italia y

del Imperio francés. Adam exhaló; en vista de lo difícil de la misión, consideró la posibilidad de agregar a uno de los agentes al grupo y era bien claro quién sería: si se necesitaba quien vigilara a un hombre como un sabueso a su presa ese era Jones. No se conformó y evaluó si no sería más seguro incorporar a alguien más para cubrir a todos los personajes de la tragicomedia de Croydon, y la imagen del callado y eficiente Fargg acudió a su mente. Tendría que arreglarse con ellos dos; más gente llamaría demasiado la atención.

Hizo sonar la campanilla y al instante apareció su asistente, radiante en una falda escocesa roja y negra y una blusa blanca con una pequeñísima abertura en “V” en el cuello que apenas dejaba entrever la blancura de la piel. Llevaba un chaleco sin mangas de la misma tela escocesa y el cabello recogido como siempre con una cinta roja y negra de terciopelo. Se la veía fresca y joven, llena de energía y especial e irremediamente atractiva.

—No tuve tiempo esta mañana para decirle que se la ve muy bonita.

—Gracias, señor Baker, es la primavera —respondió la joven con ánimo ligero.

—Avíseles a Jones y a Fargg que vendrán con nosotros a Croydon.

El evidente alivio en el rostro femenino no le causó satisfacción.

—Dígale que los veremos en la estación del Puente de Londres a las 8.25 del lunes. Espere, por favor, tome la carpeta del caso Trenton y agregue este informe de Calvert.

Emily recibió la carpeta y, con un movimiento gracioso, salió de la oficina seguida por la mirada de Adam. Una vez en su despacho, decidió echar un vistazo al último reporte antes de agregarlo a la carpeta mientras pensaba en lo molesta que estaría Lydia al enterarse de que el señor Jones se iría con ellos.

Según lo que Emily pudo leer en el informe, Harriet Powell no había sido encontrada en su domicilio y, de acuerdo con los criados de sus vecinos de la calle Trafalgar en Camden Town, estaba fuera hacía por lo menos una semana. Por lo que ellos sabían, no había niños en la casa de la mujer, una señora de unos cincuenta años, soltera y de posición desahogada. Las únicas visitas que recibía eran de su hermana y su esposo o sus sobrinos ya grandes.

Un punto muerto, pensó Emily incorporando la hoja del reporte a la carpeta. Suspiró. “Bertrand”. Su mente se fijó en el sonido del nombre y en la imagen que su corazón evocó al instante. No necesitaba ninguna grilla mental como las que usaba en las escenas criminales para ver con claridad cada detalle de su rostro. El cabello negro, los ojos azabaches, la nariz recta y los labios firmes y delgados; todo volvía a su memoria al instante mismo de nombrarlo. Perdida en el recuerdo de los besos y los abrazos bruscos y apasionados que le daba, como queriendo absorberla y fusionarla con él, se negaba a pensar en el futuro. Todo lo que su corazón sabía era que lo necesitaba y nada más le importaba.

La entrada de Jim con una nota la distrajo de pensamientos románticos. Leyó el papel con alivio: Louis le escribía que pasaría por ella a las siete y de vuelta visitarían a Roy Balling en la liga. Contenta de no haber perdido a su amigo, se agachó y abrazó al niño que se quedó quieto mientras aceptaba la muestra de afecto. Con su pañuelo le limpió las migas de la galleta que comía mientras lo imitaba cuando fruncía la nariz por el roce del encaje.

Bruce Oliver se detuvo en la entrada del despacho y observó silencioso la escena. Traía una bolsa de papel de la que sacaba cada tanto algo naranja y blanco que se llevaba a la boca. “Cáscaras de naranja confitadas”, farfulló el agente entre masticadas, tomando una y ofreciéndosela al niño. Luego miró a Emily dubitativo y con expresión cohibida, le tendió la bolsa para que se sirviera. Oliver y Jim sonrieron después de que ella se llevó la confitura a la boca y actuó para ellos un gesto de profundo deleite. Desde detrás de Oliver, se escuchó la risa de Jack.

—La vida tiene muchos placeres sencillos.

Emily lo recibió con una sonrisa.

—Gracias, señor Oliver; señor Primm, buenos días —saludó con las manos en los hombros del niño.

Ambos agentes cabecearon su saludo y entraron en la oficina con los sombreros en la mano.

—Gracias, Jim, puedes volver a tus galletas —lo despidió con un suave empujoncito—. Ven en un ratito para que lleves un mensaje, ¿de acuerdo?

El niño asintió y salió mordiendo el dulce.

—¿Cómo anda todo por aquí? —preguntó Jack.

—En orden. ¿Cómo está usted? ¿Recuperándose?

—Todavía debo tomar las cosas con calma, pero bien en general.

—¿Y Nora?

—Esta mañana la dejé en perfecto estado de salud —comentó con intención y una mirada cargada de autosatisfacción que hizo sonrojar a la joven—. Oye, Oliver, hazme un favor, pídele a la señora Walloski un poco de té, me siento algo débil.

El aludido aceptó el encargo sin inmutarse porque lo sacaran tan evidentemente del medio. Primm esperó a que estuviera lejos para seguir la charla.

—Tan bien la dejé que llegó a decir algo de aceptar algunos cambios en sus estados.

La complacencia y el orgullo en el hermoso rostro masculino le dieron el mensaje sobre la inminente boda. Pero observó que había dicho “estados” y, después de fruncir el ceño unos segundos mientras pensaba, seguida por la

mirada interesada de Jack, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh! Es una gran noticia —logró articular al salir del asombro —, pero ¿cómo lo sabe ya?

—Nora alega que es intuición —señaló con un encogimiento de hombros.

—Bien, pues, lo felicito.

El hombre que estaba de pie junto al escritorio dio un paso hacia adelante con el pecho hinchado, los ojos brillantes y una sonrisa amplia que hacía su atractivo imposible de resistir. Ya no parecía el desagradable dandi, lascivo y superior que había conocido, sino un hombre jubiloso y real. De pronto, Emily se encontró abrazada por Jack que parecía vibrar de contento. Se separaron sonriendo, y él le sostuvo la mano unos segundos más.

—¿Cuándo será la boda?

—Mucho antes de lo que esperaba. Nos casaremos en la segunda semana de mayo. No puedo dejar a mi abogada defensora como una mentirosa, ¿no cree? —apuntó sonriente—. Pero veo que no soy el único feliz; usted luce radiante, Emily.

Jack levantó una ceja y le dirigió una mirada cargada de intención que puso dos trazos de rojo carmesí en las mejillas. Le obsequió una expresión entre avergonzada y culpable que deleitó al hombre. Sin duda era esa expresividad tan femenina la que resultaba atrayente en ella, sin dejar de lado esos ojos, los labios, claro, la linda y elegante figura de movimientos gráciles y su inusual habilidad de observación, de más estaba decirlo.

—Veo que no soy la única capaz de “leer” a los otros —susurró volviendo a morderse el labio.

—Es su turno para contar buenas noticias.

—No hay mucho que decir. Bertrand... ¡Oh, no puedo contarle esto a usted!

—¿Por qué no? Soy el único que la comprende más de lo que cree. ¿Qué dijo Montrose? —preguntó poniéndose grave de pronto.

—¿Louis? —inquirió confundida— No se lo he dicho. Hoy saldré con él.

—¿Con Montrose? —preguntó su interlocutor, descolocado.

—Pues no deja de ser mi amigo, a pesar de lo que usted insinúe.

—¿Le dirá a Calvert de la salida?

—Ya lo sabe. Con él saldré mañana.

—Vaya, no hacía al Monje tan liberal —comentó Jack con una ceja en alto. Tras una pausa, se decidió—. Disculpe que me entrometa, Emily, pero creo que no debe dejar pasar el día de hoy para decirle a Montrose lo de Calvert y usted. No sería ni correcto ni honesto de su parte ocultarle algo así.

—Tiene razón —aceptó—. De todas formas, no sé qué piensa Bertrand.

—¿Qué dice? Calvert es un buen hombre, estimo sus intenciones para con usted muy serias.

Se produjo una pausa en la conversación que los redujo a silencio; Emily pensaba en algo en particular que obviamente la afligía, y Jack esperaba tranquilo.

—Jack —levantó los ojos de miel hacia él con preocupación—, ¿qué sucederá si debo irme?

Se enderezó sin dejar de observarla.

—¿Volvería con su familia?

Ella lo miró aprensiva: ¿Nora sí sabía algo y se lo había dicho?

—Quizá deba plantearle esto a Calvert antes de seguir adelante. Dígame, ¿lo quiere?

La cálida voz femenina sonó segura al decir que sí.

—Entonces hay menos problemas de los que imagina.

—No estoy tan convencida de eso.

—Aquí está el té —farfulló Oliver al entrar con una galleta sostenida entre los dientes y una bandeja.

—¿Ya están las notas, señorita? —preguntó una voz infantil.

—No, Jim. Espera un momento, por favor.

Los varones se acomodaron en distintos puntos de la oficina, y Emily se sentó a escribir. Cuando concluyó las cartas, las ensobró mientras miraba a Jack y pensaba en sus palabras. Debía ser honesta con todos sin importar lo terribles que fueran las consecuencias; su honor —el que defendía con la firmeza de cualquier caballero— se lo exigía.

* * *

Habían caminado tomados del brazo por más de tres cuartos de hora desde la entrada de Bishop hasta el lago de botes y habían decidido descansar un rato junto al hermoso espejo de agua del Parque Victoria antes de continuar. El trayecto había sido entretenido ya que se habían encontrado a esa hora de la tarde con gente que disfrutaba como ellos de uno de los parques recientemente diseñados para esa zona de Londres. Se habían cruzado con

familias y parejas, con grupos de amigos, con niños correteando, todos trabajadores disfrutando de un rato de esparcimiento en un lugar bello y tranquilo. También se habían detenido brevemente para escuchar los discursos de un calvinista, un agnóstico y hasta de un darwinista y habían oído la encendida diatriba de un opositor al actual gobierno que demandaba acción efectiva para los soldados heridos en Crimea.

Junto al estanque divisaron, oculto por las ramas de un árbol, un asiento de piedra vacío y caminaron hacia él. Se quedaron unos minutos deleitándose con el espectáculo primaveral verde y florido que la exuberante naturaleza les regalaba.

—Louis, tengo algo que contarte.

La tensión en el rostro femenino puso en alerta al joven que se enderezó en el asiento.

—¿Qué sucede?

—Tú eres mi amigo, ¿verdad?

Louis frunció el ceño.

—Sabes que sí.

—Si algo bueno me sucede, te alegras por mí como yo lo haría por ti.

La expresión se relajó un poco. Emily suspiró y Louis volvió a su estado de alerta inicial.

—Pues... Bertrand... yo... Él y yo nos manifestamos nuestro afecto mutuo.

La joven se cortó en el instante en que vio el cambio en la expresión de su amigo. El rostro se había demudado: la miraba con un aire de sorpresa y dolor que la afligió.

—¿Calvert?

Louis se pasó la mano por la frente con la vista perdida. Permaneció en silencio un largo minuto.

—Louis, ¿te has molestado por lo que dije?

Él se forzó a contestar.

—No, es solo que se me ocurrió que nosotros...

—Oh —murmuró abatida, los ojos plenos de consternación—. Jack lo dijo y no quise creerle. Si Bertrand no hubiera llegado a mi corazón de esta forma...

—¿Eso crees? —le dirigió una mirada evaluativa—. ¿Habrías podido enamorarte de mí?

Emily se sobresaltó por la pregunta, pero estaba decidida a ser honesta.

—No sé. Tú eres bueno y dulce conmigo —la expresión masculina la asustó un poco—. Pensarás que soy una mala persona, Louis. Si esperabas algo más de mí, todo lo que te alenté a que pasáramos tiempo juntos debe hacerte sentir mal. Lo siento, no me di cuenta.

—¿Cómo sabes que lo quieres a él y no a mí? —persistió ajeno a cualquier otra cosa que ella dijera—. No has podido comparar con nadie, ¿verdad?

—Si lo que preguntas es si Bertrand fue el primero, debes saber que sí —le respondió algo incómoda—. No tengo por costumbre ir enamorándome de todos los hombres que conozco.

—No quise decir nada de eso —le dijo seco y se le acercó hasta pegarse indecorosamente a ella—. Déjame besarte, Emily, déjame hacerlo y dime que no soy yo el elegido.

—¿Qué?! Louis, por favor, acabo de...

—No, déjame demostrarte lo que te quiero y luego decidirás.

El estado de conmoción en que se encontraba la joven fue aprovechado por Louis para atraerla y besarla. El primer contacto fue algo torpe, pero pronto los labios masculinos acariciaban la boca con suficiente pericia como para que ella se sintiera extrañamente atraída por las sensaciones que le provocaban aun cuando procuraba no devolverle el beso. Las caricias de los labios le generaban una sensación de dulzura indescriptible y una calmada tibieza se derramaba de la cabeza al pecho para instalarse en el vientre. Cuando él se separó un instante, le susurró:

—Louis, no sigas.

Él la miró con los ojos encendidos. Desesperado por experimentar la misma sensación de un momento atrás, colocó los brazos alrededor de ella y la estrechó para volver a reclamar la boca. Ella apoyó las manos en su pecho tratando de distanciarlo, pero él la ciñó más aún. Esa vez no hubo dulzura ni tibieza, y Emily comenzó a sentir que el pánico reemplazaba a la calma anterior. Intentó separarse de Louis que le acariciaba la espalda y la presionaba para profundizar el contacto. Luchando contra las sensaciones contradictorias de miedo y placer, se revolvió hasta que el joven sintió la desesperación; la soltó y se echó para atrás con los ojos aún velados por el deseo.

—Emily, no sé qué me pasó, discúlpame —se excusó, jadeante, atestiguando con creciente horror la consternación de la joven que se llevó la mano a la boca y apoyó la punta de los dedos sobre los labios hinchados y rojos. Cuando vio caer una lágrima por la mejilla pálida, intentó ponerse de pie para alejarse, pero ella no se lo permitió. Se dejó caer en el asiento de nuevo ante la mirada de impotencia femenina que parecía no hallar palabras para explicar lo que pasaba en su interior.

—Eres tú quien debe disculparme, Louis; no tenía idea.

Se contemplaron abatidos hasta que él abrió los brazos, ofreciéndole resignadamente filial resguardo; ella —tras un mínimo titubeo— se echó en ellos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Nada tengo que perdonar —exhaló apenado—. Nunca me ofreciste más que tu amistad y debo admitir que Calvert tuvo mejores reflejos que yo. No creas que no lo entiendo, eres muy bonita y buena, Emily: todos estamos un poco locos por ti.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Entenderé si ya no quieres continuar nuestra amistad —apuntó abatido.

—No sé qué haría sin ella, pero no puedo pedirte que seas mi amigo si sientes algo más.

—Al menos déjame juzgar eso a mí, ¿sí? Podríamos probar.

—Louis, eres mi amigo, el único de verdad que tengo, no te arriesgaría por nada del mundo.

—Ya, ya, yo me encargo —la arrulló acariciándole con suavidad el cabello—. Lo único que te pido es que seas paciente conmigo, besarte no fue la mejor decisión que tomé.

Ella se separó con expresión acongojada.

—Si te hago daño de alguna manera, jamás podría perdonármelo.

Él le tomó las manos y las retuvo en las suyas; ella lo miró con dolido cariño.

—Louis, prométeme que me dirás lo que sientes y necesitas.

—Los hombres no hacemos eso —la reconvino.

—Los amigos, sí.

La contempló por un buen rato, los dulces ojos pardos embargados de tristeza.

—Entonces lo haré.

—Nada debe interferir en nuestra amistad, ni nosotros mismos; por favor, Louis, prométeme esto.

—Así será —aseveró él.

Sin soltarle la mano, se pusieron de pie y la llevó más allá del asiento semiculto para reemprender, en apesadumbrado silencio, la marcha de vuelta a la liga.

* * *

May estaba terminando de coser una camisa que le habían dado las señoras de la liga para el señor Balling mientras pensaba en cómo el destino era en verdad imprevisible. En los pocos días que llevaba allí, ese hombre en el camastro se había transformado en el centro de su vida presente. Había hecho propio el objetivo de todos de recuperarlo y lo cuidaba con dedicación y afecto. ¡Cuántas veces antes de ellos había pensado en irse definitivamente del mundo!

Un movimiento del paciente atrajo la atención de las dos personas en el cuarto. Alguien subió la escalera sobre ellos, y su compañero de cuarto miró hacia la puerta como si esperara ver entrar a alguien; notó que se había equivocado y volvió a fingir que leía. La señorita Randolph tenía razón de no saber cómo actuar con ese hombre; había algo en él que resultaba melancólicamente atractivo y a la vez oscuro. May podía ver con claridad lo que él había sufrido y cómo ese dolor lo había marcado, pero no podía

entender cómo una mujer sin preocupaciones como Emily Randolph, afectuosa y optimista, segura y confiada, podría acercarse a alguien tan herido, solo y agobiado espiritualmente como el señor Calvert.

La puerta se abrió con cuidado como si quien quisiera entrar no deseara molestar con ningún ruido extemporáneo. La sorprendió ser testigo de la mirada de adoración en los ojos masculinos dirigida a la joven distinguida que entraba acompañada del señor Montrose. De inmediato notó, al igual que su compañero de vigilia, las expresiones abatidas de la pareja.

Emily se animó un poco al ver a May; se aproximó para saludarla con afabilidad; le preguntó de inmediato sobre el estado de Roy Balling a quien se acercó mientras escuchaba los breves comentarios de la muchacha. Louis saludó también y fue hacia la cama sin siquiera mirar a su compañero, que comenzaba a observar a la pareja con el ceño fruncido y una incipiente sensación de inquietud.

—Vinieron temprano, ¿sucedió algo? —se animó a preguntar con la intención de terminar con la intranquilidad que crecía dentro de él.

Los dos jóvenes balbucearon una respuesta poco comprensible, y el silencio se instaló en la habitación.

—¿Han cenado ya? Podríamos ir los cuatro a comer a Essex y Cross —sugirió.

Con triste seriedad, Emily miró a Louis quien le devolvió la mirada en algún tipo de diálogo secreto que terminó por aniquilar lo que quedaba de paz en Bertrand.

—¿Por qué no? —concedió Louis con la voz algo quebrada.

Emily se dirigió a May.

—Será mejor que busque un abrigo, todavía hace un poco de fresco por la noche.

La joven permaneció inmóvil unos segundos antes de reaccionar y salir: nunca nadie la había invitado a comer; además, se sentía fuera de lugar junto a ellos, pero quería experimentar una salida con gente joven al menos una vez en la vida.

—¿Me dirán qué sucede?

Emily se separó de la cama y se volvió hacia Bertrand que lucía una expresión de desesperación reprimida. Colocado de frente a su compañero, Louis le extendió la mano para estrechársela. En un acto reflejo, Bertrand levantó la suya y se la apretó, sin dejar de sostenerle la mirada en demanda de una explicación.

—Felicitaciones, Calvert: Emily me ha contado.

La exhalación de alivio fue audible y el rostro se despejó en un segundo, aunque no perdió seriedad, consciente de lo que las palabras implicaban para su compañero. Le ofreció la mano a Emily y, cuando ella la tomó, la atrajo. Estaba rígida y evitaba cualquier otra cercanía.

—¿Se lo dirán a todos?

—No —se anticipó ella a cualquier respuesta de Bertrand, lo que lo sorprendió. Se apresuró a agregar—. Aún no hemos conversado al respecto. ¿Podrías no comentarlo todavía?

Louis asintió. Con la entrada de Lydia y el señor Jones, Emily se separó un poco de Bertrand quien le soltó el brazo con la negativa aún sonando en su cabeza. Ella confirmó con Jones la recepción de su nota y, al poco rato, ante una suspicaz Lydia y un intrigado Jones, May se presentó con un chal puesto, sin guantes ni sombrero. Sin mediar palabra, Emily se quitó los suyos y se los dejó a su casera para que se los llevara más tarde. La mujer le advirtió que se los entregaría el domingo cuando se vieran para charlar en el desayuno, claro mensaje de que habría una conversación seria entre ambas. La joven aceptó en abatido silencio, y los cuatro salieron hacia Essex.

CAPÍTULO X

Ya había pasado de la una y media y Bertrand aún no había llegado. Louis la había dejado a las once, se había cambiado y estaba lista para salir antes de las doce. Había pasado una noche inusual en la que apenas había dormido de corrido, sobresaltada a cada instante por sueños que involucraban a Bertrand. Se había despertado varias veces de su duermevela con el cuerpo agitado, húmeda hasta en zonas de las que una dama no debía ni conocer su existencia y con la garganta seca por los jadeos que debía haber producido durante sus sueños. Aun así, no se sentía fatigada y había tenido una excelente clase de tiro con Louis quien le había contado sobre sus intentos de hacer hablar a la señorita Peters en su vuelta a la liga después de la cena. Ella le había comentado, a su vez, lo poco que había averiguado sobre la joven. De regreso, habían pasado por un pequeño bar de café en Liverpool y Barford. Él le había hecho algunas recomendaciones sobre el viaje en tren y le había advertido que no le permitiera a Baker ninguna tontería. “Pobre señor Baker”, se conmovió, “no creo que lo conozcan en realidad”.

Finalmente, con un beso suave en la mejilla, se habían despedido y ahora se hallaba sentada en el borde de la silla mientras esperaba a Bertrand entre impaciente e inquieta por la demora. Cuando dieron las dos de la tarde, se puso de pie y fue hasta la habitación para terminar de acomodar la ropa que llevaría en los baúles. Tuvo tiempo de revisar el contenido dos veces antes de oír los golpes en la puerta. Cuando lo vio, su angustia se desvaneció como por arte de magia.

—Creí que ya no vendrías. Son casi las tres.

—Lo siento. Baker me llamó y, cuando fui a verlo, me invitó a almorzar para hablar sobre su viaje a Croydon y la agencia. No tuve forma de avisarte.

Mientras hablaba, se quitó la gorra nueva que llevaba y se la entregó. Abrazándola contra el cuerpo, Emily abrió paso hacia el comedor.

—Creo que la comida me cayó mal.

—¿Sucedió algo malo? —preguntó inquieta.

Él la siguió con el entrecejo fruncido y se quedó en el umbral recostado contra el marco de la puerta.

—Quiere que lo reemplace a cargo de la agencia. Le dije que retrasaría mi investigación, pero insistió en que me necesitaba allí y que Montrose podía ocuparse.

—Sé que confía mucho en ti, me lo ha comentado.

—Será así, pero prefiero el trabajo de calle; eso de estar en una oficina... Si al menos tú estuvieras para ayudarme —concluyó la frase avanzando hacia ella—. ¿Te dije que estás muy linda con ese vestido?

—No. No sé si vale la pena salir ahora.

—Sí, necesito sacar el mal humor; remar me hará bien. Espero que lleves calzado cómodo.

—¿Remar?

—Sí, Montrose me dio la idea el viernes. Y ya que rechazaste su invitación nocturna...

—¿Adónde iremos?

—Al río Lea. No seré como el famoso remero Harry Clasper, pero me defiendo —comentó con un encogimiento de hombros. La volvió a mirar ponderativo mientras ella le entregaba una taza de té de menta: la trenza que reposaba en su espalda, el rostro despejado y sin afeites como siempre, la expresión clara y franca.

—Pareces una niñita de escuela.

—¿Me veo bien?

—Mejor que nunca —la halagó y ella le apoyó las manos en los hombros para auparse y darle un beso ligero.

Antes de que él pudiera reaccionar, le extendió la capa para que la ayudara a ponérsela. Se la veía inocente, frágil. ¿Aceptaría ella que él la cuidara? Si así fuera, ¿consentiría en pasar una vida lejos de su familia, de los lujos y la seguridad con los que había sido criada?

* * *

El sol, que había jugado a las escondidas durante toda la tarde, apenas comenzaba a descender detrás de la línea del horizonte, semioculto por las nubes, filtrándose débilmente por entre las hojas de la vegetación en la margen del río. Como había sucedido varias veces en las últimas horas, volvió a desaparecer para dejar el cielo gris y el aire fresco cargado de humedad que preanunciaba lluvias. Esa era la razón por la que, después del paseo en bote, Bertrand había insistido en que volvieran a Clapton y ahora estaban cruzando el puente peatonal colgante hacia el transporte que los dejaría en Upper y Cross.

Las gotas de la inevitable lluvia empezaron a caer, y la pareja debió correr los últimos metros para alcanzar el refugio del coche. Aunque había bastante gente para subir y él hubiera preferido gastar en un coche Hansom para ellos solos, Emily había insistido en usar el ómnibus, un medio económico nuevo y muy interesante en el que habían ido más temprano. La joven se había mostrado intrigada por cómo se viajaba en un transporte en el que se compartía el espacio con hasta seis personas o más y del que se descendía en paradas fijas. Bertrand le había explicado con paciencia el sistema; ella no había cesado de hacerle preguntas que él había respondido como si fuera el maestro de una escolar inquieta e inquisitiva.

Le buscó un asiento cerca de la puerta para que quedara entre él y el marco. Cuando se acomodó, ella se apoyó discretamente contra él con el rostro cerca para poder hablarle en voz baja; luego giró un poco la cabeza para ver caer la lluvia por las pequeñas ventanas empañadas y oír el viento que se levantaba poco a poco y que movía las ramas de algunos árboles que golpeaban los vidrios al pasar el coche, lo que provocó exclamaciones y risas nerviosas de los pasajeros cuando sentían los repentinos chicotazos.

Se miraron compartiendo el sentimiento de tranquila felicidad que la tarde les había deparado. Sumergida en sus pensamientos, recordó lo atractivo que le había parecido él cuando se había acomodado en el bote y se había quitado la chaqueta y el chaleco para que ella los sostuviera mientras sacaba la embarcación con habilidad. Pronto, todo lo que Emily había podido seguir con mirada hipnotizada había sido el ondular de los músculos, adivinado bajo la tela de la camisa, y la tensa compenetración del viril rostro. Había pasado un largo rato distraída hasta que había percibido más que visto la sonrisa autocomplacida de su acompañante, momento en el que, ruborizada hasta la raíz de sus cabellos, se había puesto a observar la vegetación que los rodeaba. Su risa baja no había hecho más que aumentar la certeza de que se había comportado con la más absoluta falta de decoro. Pero el castigo llegó al hombre que se había reído disfrutando de la confusión de la joven: no había

obtenido ni una sola palabra durante la mayor parte del recorrido de ida y había tenido que empeñarse de verdad para que ella aceptara dirigirle algunos monosílabos durante la vuelta.

Gracias a Dios, pensó Bertrand al recordar el esfuerzo, el paseo desde el muellecito por la margen del río hasta el puente colgante la había distraído y habían disfrutado la caminata charlando sobre la gente que pasaba en los botes o las lanchas que transportaban mercancías.

El coche se sacudió.

—¿En qué piensas? —preguntó él junto a su oído.

—En lo mucho que disfruté el paseo en bote.

—Sí, al menos cuando pudiste apreciar el paisaje —la provocó.

—¿Podrías no recordármelo, por favor? —le pidió ruborizada.

—Vamos, Emily, ¿qué tiene de malo? Yo también estuve admirando la vista.

Ella sacudió un poco la cabeza y lo miró con una advertencia en los ojos de miel.

—Bien, ya sé, eres muy sensible con ciertos temas.

Ella esbozó una mueca antes de responderle.

—Si al menos no lo disfrutaras tanto.

—No puedo evitarlo; nunca recibí miradas de admiración como las de hoy —apuntó con la risa vibrándole en la voz.

—Solo de apreciación, nada más —lo corrigió remilgada—. Estaba “apreciando” como se contraían y relajaban los músculos durante el ejercicio, eso era todo.

—¿Y las señoritas buenas y correctas “aprecian” la ondulación y la tensión de los músculos de sus acompañantes fijamente y con miradas ardientes? —la azuzó.

Ella se aclaró la garganta y se quedó un momento en pensativo silencio al cabo del cual se llevó la mano a la boca para tratar de acallar la risa que comenzaba a subirle por la garganta. Él la miró con una ceja en alto dispuesto a reírse con ella, pero, al tomarle la mano enguantada, la mirada se tornó intensa; ella la absorbió y la acompañó con una inhalación profunda antes de volverse hacia la calle que entreveía por la puerta del coche. Los sentimientos entre ellos los estaban superando: Bertrand sabía que debía ser paciente si no quería asustarla.

La lluvia había comenzado a caer con fuerza sobre el techo del coche y la gente pareció sentir la necesidad compartida de guardar silencio. Las conversaciones se aquietaron mientras se oía el golpeteo de las gotas que caían con un ritmo parejo y monocorde. Emily reposó la cabeza en el hombro de Bertrand sin preocuparse por el lugar o los pasajeros; él apoyó su cabeza contra la de ella, absorbiendo el dulce aroma a rosas. Un par de personas se voltearon a mirar la escena de la pareja perdida en su mundo: se escucharon suspiros y se vieron algunas sonrisas comprensivas.

Cerca de Cannonbury Lane, descendieron y corrieron hacia un pequeño local de ropa de segunda mano con un toldo bajo el que se guarecieron. No se veía gente circulando y esperaron a que la tormenta amainase, protegidos parcialmente por el techo de lona.

—Trata de volver pronto —murmuró Bertrand, extrañado en el momento mismo de decir las palabras por haber manifestado su profunda necesidad de ella en forma tan evidente.

—No depende de mí y lo sabes. Si por mí fuera, me quedaría contigo.

Él asintió. No le gustaba la sensación de inquietud que le provocaba el saber que Emily no estaría cerca ni la urgente necesidad de ella que lo invadía en todo momento. Jamás había sido así con otras mujeres: ella estaba dentro de él, en su sangre, en su mente y en su corazón —¡en tan corto tiempo!—; era la única que podía alejar la culpa y la aflicción de su vida. Solo ella crearía los buenos recuerdos que podría evocar cuando necesitase disipar las nubes oscuras de su pasado. Únicamente podía pensar en ella y en tenerla a su lado porque esa era la forma de estar seguro. El solo imaginar que podrían separarse le dolía de una forma inesperada; ya casi era una obsesión saberla suya y alimentarse de su fuerza, pero pensar que Baker podría quitársela ofreciéndole más de lo que él podía...

—Recuerda que eres mía —demandó de pronto con voz espesa, llevando la mano hacia la mejilla tersa para acariciarla.

—Eso no es correcto: la gente no posee gente, Bertrand —señaló con el entrecejo fruncido porque había tomado literalmente lo que era un desesperado pedido.

—De acuerdo —concedió—. Recuerda entonces que tu afecto me pertenece, tú me lo diste.

—Eso es diferente.

—¿Prometes que lo recordarás cuando estés en Croydon rodeada de gente más afín a ti que yo?

Ella frunció el ceño ante el comentario. Era la primera vez que él hacía mención a la diferencia de sus orígenes y no se sintió cómoda con ello ni con la evidente desesperación en la mirada masculina. ¿Qué la molestaba? Bajó la vista hacia el suelo y se quedó pensativa un momento. Sin pensarlo, levantó los ojos hacia la calle y se concentró en la lluvia que caía con menos fuerza de modo que permitía distinguir borrosamente los edificios de la vereda de enfrente, los postes de luz, las cortinas descorridas de una de las casas y los rostros infantiles de expresión aburrida pegados a la ventana. Podía sentir la

necesidad, la desesperación y también los fuertes sentimientos hacia ella como si absorbiera por sus poros el flujo de emociones masculinas. Sobrepasada por la captación que experimentaba tan físicamente, se volvió hacia el hombre que la observaba con la misma gravedad de un momento atrás, en silencio, a la espera de una respuesta. ¿Cuál había sido la pregunta?, intentó rememorar. Algo de poseer afectos, de recordar...

—Emily...

¿Estaba ella allí para hacer sufrir a la gente que quería?, se preguntó mientras contemplaba al hombre que minutos antes consideró su compañero como si estuviera viéndolo desde fuera de sí misma. Ya lo había hecho antes con su familia, luego con Louis y ahora con él. “Recuerda que eres mía”. ¿Era de él su corazón? ¿Ella poseía el suyo? Una brusca sacudida la trajo de vuelta; miró sorprendida a Bertrand que tenía una expresión herida y preocupada.

—¿Qué sucede? Habla, Emily, tu silencio me confunde y... me hiera. — Hubo en la confesión renuente, dicha con un hilo de voz, una vulnerabilidad que logró transmitirle la congoja de él y hacerla suya.

—Hay algo que quisiera decirte.

Él escuchó con inquietud, pero asintió mostrando su disposición a oír.

—No tengo duda de que te quiero.

“Pero...”, pensó él reteniendo el aire.

—Pero no sé si sea justo para ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —Las palabras apenas pasaron por los labios apretados y tensos.

—No puedo dejar de pensar, de desear inclusive, volver con mi familia.

Bertrand se sorprendió: si volvía con los suyos, él no podría nunca estar con ella.

—Aun si te lo pidiera, ¿no te quedarías conmigo? —murmuró la pregunta sin mirarla. Emily apretó los labios.

—No puedo mentirte. Si mi familia me pidiera volver, es probable que lo considerara seriamente.

—¿Y mientras tanto? —demandó saber Bertrand golpeado por las palabras—. ¿Qué harás mientras tanto? ¿Te consumirás en la espera? ¿Vivirás sin sentir nada?

Ella lo miró azorada por la idea que no había considerado.

—Te propongo algo. —Bertrand hizo una pausa para tomar aire antes de continuar—: Seguiremos igual que ahora por un tiempo razonable por si lo que esperas sucede... si es que sucede.

Ella le dirigió una mirada afligida, pero él no se sentía especialmente generoso o siquiera atento con los sentimientos de la joven; tenía que apaciguar primero el dolor que lo zahería y le impedía sentir algo más. El saber que podía perderla lo había perturbado.

—Si aceptas, me darás una respuesta en un plazo de tiempo lógico; antes de fin de año.

Vio que no reaccionaba y le asestó el último golpe temblando por dentro.

—Ya que, si hasta ahora no te han pedido que vuelvas, ¿por qué crees que lo harán?

Reprimió el sentimiento de repulsión hacia sí mismo que su actitud cruel le despertaba y tuvo que despojarse de cualquier otra emoción para poder ver sin reaccionar el hermoso rostro horrorizado por sus palabras. ¿Qué clase de hombre era? Cobarde y egoísta en su desesperada necesidad de ella, se

castigó. “Alguna vez dijiste que no tolerabas hacer llorar a una mujer y heriste a la que amas. Tienes que volver atrás, vuelve atrás antes de que sea tarde, dile que no era cierto lo que decías, está a punto de llorar, por Dios, Bertrand, haz algo, habla”.

El caos en su mente no le permitió reaccionar a tiempo.

—Tienes razón. —Oyó la débil voz distante—. Es lo justo.

El alma de Bertrand cayó al vacío, ingrávida y paradójicamente pesada de culpa.

—Emily, no debí...

—No, es verdad; no puedo jugar con tus sentimientos. —La voz quebrada de ella lo traspasó—. Si no vuelvo a verlos antes de fin de año y si tú todavía me quieres, estaremos juntos.

Con un nudo en la garganta, él asintió.

—Mientras tanto, si estás de acuerdo, seremos... ¿qué es lo que somos ahora, Bertrand?

La pregunta inocente de la joven que buscaba un pañuelo en el bolsillo de la capa para secarse un par de lágrimas no obtuvo respuesta inmediata; su destinatario sacó el suyo y se dedicó a enjugarlas. Luego suspiró y tras darle el lienzo, le respondió con fatigada calma.

—Querría decir que prometidos, pero, dadas las circunstancias, tal vez seamos amigos.

—Pues no suelo saludar a mis amigos como a ti, así que tendrás que pensar algo mejor —intentó aligerar la tensión, desesperada por volver a la felicidad inconsciente de antes. Le sonrió con tristeza—. Te he lastimado, Bertrand, perdóname. Quizá prefieras que me aleje, que te deje en...

No pudo terminar la frase detenida por la mirada dura; sintió el frío recorrerle la columna cuando él la atrajo hacia su cuerpo con fiereza y la obligó a mirarlo a los ojos, mientras le sostenía la barbilla.

—Nunca, nunca... —Se contuvo antes de decir algo tan íntimo y profundo que luego lo dejara desnudo ante ella; con los dientes apretados continuó—. Entiende, Emily, que, si no fuera porque tú no estás segura, jamás te daría la oportunidad de dejarte ir, ¿lo comprendes? Jamás. No soy yo quien duda; lo único que quiero es tenerte junto a mí y amarte, pero no puedo imponerte mis sentimientos y deseos, solo puedo esperar —aunque sé que esto que voy a decir te dolerá y te hará apartarte de mí con horror— con el mayor y más consciente de los egoísmos, que tu familia nunca vuelva por ti. Ya lo ves, ese es el hombre que quieres, la clase de monstruo que soy.

Bertrand parpadeó y enfocó el rostro de Emily que lo miraba con distante curiosidad. Lo estaba leyendo, pensó y cerró los ojos en un acto defensivo. Pero al parecer era tarde: ella se soltó de la sujeción en que tenía su mentón, se abrazó a su cintura, ocultó la cabeza en su pecho y suspiró.

—Vaya pareja. —Dejó oír desde algún lugar de la solapa de la chaqueta. Levantó la cabeza hacia él que la contempló unos segundos antes de tomar la boca que se le ofrecía.

—¡Pero caramba! ¡¿Qué clase de comportamiento es este?! El frente de mi negocio no es lugar para conductas indecentes. ¡Retírense ya mismo!

Se separaron sobresaltados mirando alrededor. Tomaron nota de que la lluvia había cesado y se encontraban en el medio de Cross por donde comenzaban a pasar algunos peatones. Él la tomó de la mano y la sacó casi a rastras para evitar que la ruborizada joven se excusara ante el adusto y severo comerciante que los seguía con la vista mientras criticaba a voz en cuello la inapropiada conducta de los jóvenes de ese tiempo.

CAPÍTULO XI

—Buenos días, jefe.

Buen día, jefe, ¿qué tal le sienta el cargo?

Louis y Jack entraron en la oficina de Baker donde encontraron a un contrariado Bertrand que buscaba algo en el escritorio con el ceño fruncido, la mano perdida entre pilas de papeles y carpetas revueltos.

—No encuentro la factura de los servicios de Oliver ni el informe del caso de Fargg —masculló el “jefe” de no muy buen talante.

—Vaya, Sonrisas, parece que las nuevas responsabilidades trastornaron a nuestro inalterable y tranquilo Monje.

—¿Qué necesitan? —les espetó Bertrand al tiempo que arrojaba la pluma sobre la mesa.

—Estoy a punto de cerrar el caso Abramowitz, necesito saber cómo quieres que procedamos.

—¿La encontraron?

—Sí, pero la situación es difícil. Judith Bernsky fue raptada por la banda de Miller cuando bajó del barco a su llegada a Londres. Desde ese momento hasta ahora, estuvo de un burdel en otro y sobrevivió malamente. Cuando no le sirvió más, Miller se deshizo de ella y la mujer tuvo que malvivir

prostituyéndose en el East. Oliver y yo la encontramos en un hospital de Poplar, muy enferma; hablamos con ella, se negó a que el tío la viera en su estado actual; nos pidió que le dijéramos que estaba muerta.

—Que al fin y al cabo es como está ahora, esperando el final —comentó Oliver al entrar; se quitó el sombrero y saludó con un cabeceo a Bertrand que levantó la mano en respuesta.

—Entiendo que la señorita Bernsky no desee ser encontrada, pero nuestro cliente es quien paga para saber la verdad. No, lo siento por ella, pero vamos a citar a su tío para hoy a la tarde y los tres hablaremos con él —instruyó Bertrand. Jack y Oliver asintieron.

—Caramba, el lugar luce terrible —apuntó el más joven mirando en derredor y deteniendo la vista en la puerta de comunicación abierta.

Bertrand mostró una expresión grave cuando vio hacia la oficina de Emily. Louis lo observaba y, aunque dudó un momento porque le daba vuelta a una idea, pareció decidirse.

—Recibí carta de Emily.

Las palabras atraieron la atención del hombre.

—¿Te escribió a ti?

—Déjame al menos eso, Calvert. Tú tienes todo lo demás —le señaló en voz baja.

—Quien sabe por cuánto tiempo —murmuró, lo que llamó la atención de sus compañeros. Con una sacudida de cabeza en un intento de despejar los malos pensamientos, le hizo un gesto a Louis para que les contara.

—Por lo que escribe, están trabajando noche y día. No me cuenta exactamente en qué, pero no duermen demasiado. Dice que tiene que practicar mucho más con la pistola porque su puntería no está tan bien.

—¿Estuvo disparando a alguien? —preguntó Jack, que echó un vistazo a Bertrand, erguido en la silla con expresión preocupada.

—¿Está bien? —inquirió este con un dejo de angustia.

—Sí, estaba a resguardo con Baker. No se preocupen, Emily es muy buena —los tranquilizó, confiando en las habilidades de su alumna—. Aunque me extraña que no haya acertado, tiene bastante precisión para ser una mujer.

Bertrand se relajó contra el respaldo. Después de frotarse los ojos con el índice y el pulgar, deslizó la mano por la cara hasta la boca y la barbilla donde la dejó apoyada unos momentos.

—El que no la pasó bien fue Fargg. Lo golpearon en la cabeza mientras hacía guardia —agregó Louis como al desgaire.

—¿Pero adónde demonios la llevó Baker? —exclamó Jack que vio a Bertrand ponerse tenso otra vez.

—No estoy muy seguro de lo que está pasando en Croydon, pero sí que están en plena acción —comentó Louis con una mueca.

—¿Por qué no tratas de ir en orden, Montrose? O mejor aún, lee la carta para todos —propuso Jack.

El joven se repantigó en la silla y extrajo un sobre del bolsillo de su chaqueta.

Querido Louis:

Te escribo estas líneas en los primeros minutos de tiempo libre desde que llegamos a Croydon. Espero que aprecies que prefiero escribirte a dormir, lo que, por cierto, me está haciendo gran falta.

El lunes llegamos antes del mediodía y tuvimos que recorrer el lugar en el que estamos trabajando sin poder terminar de relevarlo todo. Imagínate la extensión de la propiedad que ni siquiera el señor Baker con toda su energía ha podido cubrirla en su totalidad. De todas formas, según hemos comprobado, eso no es importante porque toda la acción se está desarrollando en la casa en la que nos hallamos. Sabes que no puedo darte precisiones, lo siento, pero sé que tú deducirás lo suficiente de estas líneas.

Todo comenzó el martes por la mañana cuando, por un problema del personal del ministerio, tuve que colaborar con nuestro empleador en la reunión de los caballeros a la que asistimos, lo cual fue muy bueno para que “me infiltrase como topo” en el grupo que al señor Baker le interesaba vigilar. (¿Has visto cómo ahora uso las mismas palabras que ustedes? El señor Baker se mostró muy molesto cuando descubrió al señor Fargg y al señor Jones enseñándome y dijo que eso era lo único que me faltaba: ¡aprender a hablar como los hombres de la agencia! Al menos tuvo que aceptar que no maldigo como ustedes lo hacen...) Volviendo al tema, estuve en una interesante reunión hasta las seis y media de la tarde en la que hice lo que el señor Baker dice que hago mejor: observar a los participantes.

Por la noche, la señora Walloski y yo nos retiramos a dormir, aunque para ese momento yo no podía conciliar el sueño y me levanté. Unos ruidos llamaron mi atención y me asomé al pasillo donde encontré al señor Baker que iba a “hacer una ronda” para ver al señor Jones y al señor Fargg que estaban de guardia. Me sentía algo aprensiva sin saber por qué y lo acompañé. A los pocos pasos encontramos al señor Fargg tendido en el piso con un horrible golpe en la cabeza que todavía sangraba. Fue terrible, pero por suerte estábamos frente a la puerta de un médico que había conocido en la reunión y él lo atendió de inmediato.

—¿En dónde están? —preguntó con el ceño fruncido Jack, atónito ante la descripción que Emily hacía.

—¿Conocía al médico? —dudó Bertrand que evitaba responder la pregunta de su compañero con los datos que Baker le había dado en el almuerzo el domingo anterior según sus instrucciones.

—Cállense y déjenme leer:

Fue en el momento en que estábamos todos en el cuarto del doctor que oímos una pelea: ¡el agresor del señor Fargg ahora atacaba a uno de los caballeros de la casa! El señor Baker y yo corrimos hacia el lugar de la lucha, pero el hombre había huido por la ventana (no sé cómo, estamos en un primer piso) y su víctima —a quien llamaré señor N como hace Dolman en sus artículos de El Investigador Independiente— estaba desmayado en el piso con una pistola en la mano. Como el señor Baker expresó su deseo de detener al hombre que huía, tomé el arma y fui hasta la ventana. Le disparé, pero —perdón, maestro— sé que fallé y apenas le debo haber producido un rasguño sin consecuencias porque el asaltante siguió corriendo y se perdió en la oscuridad. No es que quiera justificarme (bueno, en realidad parece que sí), pero debo argumentar en mi defensa que no había iluminación ni en la casa ni en el exterior y con solo la luz de la luna y sin anteojos, hice lo posible. ¿Me disculpas? Tu discípula no hará carrera como experta en tiro, ciertamente, y jamás emulará a su insigne profesor.

Louis interrumpió la lectura para mirar a los otros con ojos brillantes. Las expresiones eran en general más distendidas y hasta la tensión del cuerpo de Bertrand había cedido un poco con la última broma.

A pesar de las averiguaciones del señor Baker con el personal de servicio, no obtuvo demasiada información: nadie vio a ninguna persona desconocida y quizás herida entre ellos, aunque hay que considerar que el lugar está lleno

de criados y asistentes de los caballeros y es difícil darse cuenta de si alguien de afuera se mezcla con la servidumbre.

Llegó el día de hoy y estuve presente por segunda vez en la reunión del grupo de caballeros que ya te mencioné. Ponte atento porque ahora viene lo interesante: he podido observar que la persona que tenemos que vigilar (el señor G) —que se teme que pueda actuar contra otros dos de los caballeros (perdona si suena confuso, pero no puedo ser más explícita, ya sabes; digamos el señor N y el señor P), con fundados motivos según los códigos que ustedes, los hombres, manejan— ha estado actuando de forma hartamente extraña. El martes por la noche desapareció cuando atacaban al señor N y, esta mañana, el señor Jones lo siguió cuando salió a “pasear un poco” por el bosque como dijo a nuestro misógino anfitrión después de que este le preguntara poco cortésmente —como le es habitual— en qué andaba. Todos los presentes miran con resquemor a nuestro objetivo (una palabra que me enseñó el señor Baker, no sabes cuánto estoy aprendiendo de él...)

Un bufido se dejó oír procedente del escritorio.

—Calma, Monje —lo aplacó Jack.

—Si tan solo dejara de nombrarlo una y otra vez —se sumó Louis con una mueca de disgusto.

—Vamos, lo admira, eso es todo. Sigue —ordenó Jack.

Todos los presentes miran con resquemor a nuestro objetivo, el señor G, y murmuran entre ellos cuando pasa a su lado. Lo malo de todo esto es que el señor G luce exteriormente indiferente, pero es más que evidente que por dentro está muy inquieto. El otro hombre al que nuestro objetivo podría atacar, el señor P, es un manojo de nervios: las expresiones de su rostro son un libro abierto para cualquiera, ni que hablar de las intenciones que se ven

en la cara del señor G a quien vigilamos sin descanso. Aun así, no estoy convencida de que nuestro hombre haya atacado al señor N. Es más, hay algo en el ambiente que me hace pensar que esto no es lo que parece. En fin, que me está haciendo enorme falta Bertrand para poder dilucidar qué es lo que se está planeando y quién quiere hacer daño a quién y por qué.

Louis, Jack y Oliver fueron testigos de una sonrisa complacida en la boca del hombre.

—Disfrútalo —fue todo lo que el joven agente le dijo antes de retomar la lectura.

Tuve que interrumpir un momento, pero ya estoy aquí de vuelta. Vuelvo a lo que quería contarte, este mediodía hubo un incidente curioso que estimuló en mí la idea de que nuestro señor G no es el hombre. Vaya a saber por qué razón —estimamos que todos los presentes se sienten intrigados por lo que hacemos, aunque sin duda sospechan cuál es nuestra misión—, el señor Baker y yo fuimos invitados a almorzar con los caballeros. No creo que la invitación de la que fuimos objeto haya agradado a nuestro anfitrión, un caballero nada apreciativo de lo femenino, pero allí estábamos los dos, compartiendo la comida y departiendo tranquilamente cuando trajeron un plato de verduras de la región aderezadas y condimentadas con hierbas de los alrededores. Le sirvieron al nervioso caballero P —que espera ser el próximo en ser atacado— y, cuando iba a ingerir un bocado, nuestro señor G tomó una copa que ostentosamente dejó caer atrayendo la atención de todos (esto contado por el señor Baker que fue testigo de la acción). Cuando lo miré, pude notar que se veía agitado y que no quitaba la vista del plato del señor P por lo que, siguiendo un presentimiento, me apresuré a ponerme de pie, lo que provocó que todos los caballeros presentes, excepto el dueño de casa, por supuesto, se pararan y dejaran los cubiertos. Con la mayor educación posible me acerqué al señor P y le pedí su plato. Alegué que había visto un insecto

caer en él. Si hubieras visto el gesto de alivio en el señor G, habrías comprendido por qué creo que él no ha tenido que ver con el ataque al señor N. No era arrepentimiento, Louis, insisto, sino alivio.

Por supuesto que, de inmediato, el anfitrión se dedicó a preguntar descortésmente a voz en cuello a cada criado si no me habían dado suficiente para que comiera en mi plato, razón por la cual me retiré tan dignamente como pude a la cocina seguida por el señor Baker y entre los dos revisamos las verduras. Fue su idea llamar a la cocinera y preguntarle qué contenía el plato: la mujer enumeró todos los componentes con excepción de unas hojas de color verde intenso que no conocía. Le dije al señor Baker que nuestro señor G sí las conocía y, allí mismo, se decidió a hablar con él sin más rodeos.

La charla que tuvimos después del almuerzo fue tensa y difícil. El señor Baker llevó adelante la conversación sobre un asunto delicado y personal que involucra al señor G con gran tacto a tal punto que logró que nuestro caballero confesara que había reconocido las hojas del plato como nerium olander, es decir...

—Adelfa —apuntó Bertrand—. Una planta altamente venenosa.

—¿Qué has estado leyendo en el monasterio, Calvert? —preguntó Jack con una ceja levantada.

... laurel de jardín o adelfa. Sus hojas, flores, tallos, ramas y hasta las semillas son venenosas y, según nos explicó, producen alteraciones estomacales e intestinales muy desagradables que terminan afectando al corazón y llevando a la muerte en pocas horas. Después de decirnos eso, aclaró que él no deseaba la muerte del señor P o del señor N, aunque tuviera

sobrados motivos para hacerlo. Y le creí, Louis. Pero, de inmediato, una pregunta surgió en mi mente: si esto es así, ¿quién está queriendo matar a los señores P y N e inculpar al señor G?

Bueno, eso es lo que ha sucedido hasta este momento. Si no surgen otros problemas, la reunión concluirá el jueves y todo se habrá acabado para el viernes por la mañana –si es que nadie es asesinado, lo que está resultando bastante poco probable en vista de los acontecimientos– por lo que espero estar pronto con ustedes y dejar de extrañarlos. Te envió todo mi afecto y ya deseo que sea sábado para que nos encontremos en el campo de tiro. ¡Vaya que me está haciendo mucha falta!

Afectuosamente,

Emily.

Louis dobló las hojas y las volvió a colocar en el sobre.

—¿Necesitarán nuestra ayuda?

—Baker nos avisará si hacemos falta. —Bertrand exhaló preocupado por lo que pudiera sucederle a Emily en un lugar donde ya se había tratado de asesinar a dos personas y se había herido a Fargg.

—Si tú lo dices —aceptó Louis—. Escucha, Calvert, una buena noticia: Harriet Powell vuelve a Londres este fin de semana. Podemos ir a verla.

—Perfecto —concordó—. Quédate un momento y podemos ir juntos a ver a Josiah Trenton; hace un tiempo que se le debe un reporte.

—¿Dejarás tu trono? —lo provocó Jack.

—Abdico encantado. —Cambió de idea el soberano temporal y se puso de pie.

Las risas de los agentes lo acompañaron hasta que llegó a la planta baja donde se calzó la gorra y salió para aspirar a pulmón abierto el maravilloso aire, no siempre puro o bien oliente, de las calles de Londres.

* * *

La atmósfera de civilizado entendimiento que había caracterizado hasta el mediodía del miércoles la convivencia internacional de los miembros del Consejo de Estudio se había cargado de una sensación de inminente desastre y eso se había trasladado a la última reunión donde las primeras instancias de intercambio amable se habían transformado en tensas idas y vueltas alrededor de problemas nimios. Viejos rencores y cuentas no saldadas podrían aparecer en cualquier momento, estimó Baker. Hasta ese momento nadie había muerto, pero no parecía que la frágil paz en que vivían fuera a durar mucho más.

Habría resultado inocente creer que lo sucedido en la cocina no se iba a desparramar rápidamente entre la servidumbre y los participantes de la reunión, por lo que Adam tuvo una nueva charla con el vicealmirante para ponerlo al tanto de lo que él y Emily creían: que lord Griffith no era más que un chivo expiatorio para alguien más. Crawford había palidecido con la idea y le había rogado que, si ese era el caso, evitara por todos los medios un problema entre naciones. Adam no había dudado en aprovechar hábilmente la oportunidad para señalarle que, de no haber estado ellos allí, a esa altura el vicealmirante y el anfitrión tendrían un par de nobles extranjeros asesinados y un reconocido miembro de la aristocracia inglesa sospechado de las muertes. El apabullado hombre aceptó las palabras sin decir más y le pidió que hiciera lo posible para que, por lo menos, todos salieran vivos de Ashcroft Field el viernes por la mañana.

En la cena, a la que lord Ashcroft se había opuesto a que volvieran a invitar a la mujer sin importar lo que sus invitados dijeran, todo había transcurrido con normalidad, si podía llamarse así al silencio grave y pesado que había caído sobre los comensales y al hecho de que las existencias alcohólicas del dueño de casa habían bajado por la demanda que de ellas se hicieron.

Mientras los caballeros daban un paseo por los jardines para relajarse, en el que fumaban e intentaban restaurar un poco el orden después del caos, Adam y Emily conversaban sin dejar de observar desde las puertas ventana del comedor al duque de Nozzera y al señor de Plessis hablar entre ellos.

—Si aceptamos la teoría de que alguien intenta inculpar a Griffith de la muerte de Plessis y Nozzera, necesitamos plantearnos un motivo.

—Se me ocurren varias razones: alguien odia a lord Griffith por algún hecho del pasado.

—Mm, difícil comprobarlo encerrados aquí, pero no imposible. ¿Segunda razón?

—Alguien quiere que esta reunión fracase y, enterado del odio de Griffith hacia Nozzera y Plessis, lo usa para provocar una situación irreversible.

—El tema no amerita tal encono, ¿no cree? Es solo una reunión preparatoria.

—Sí. Mm... Tercera opción: alguien quiere deshacerse de los caballeros para tener acceso a lady Elizabeth.

—No creo que haga falta matarlos para eso —comentó Adam sin pensar y, luego, se volvió avergonzado hacia su asistente que lo miraba con los ojos abiertos—. Disculpe, continúe.

—Y, por último, mi idea original: el verdadero destinatario de las acciones no es lord Griffith, sino el señor de Plessis o el duque de Nozzera o ambos y el vizconde resulta óptimo para echarle las culpas.

—Interesante enfoque.

—Sabemos, por lo que la señora Walloski nos dijo que oyó de los criados en la cocina, que ambos caballeros tienen un pasado conjunto de seductores de damas —apuntó ella con tono remilgado que le valió una mirada paternal de su jefe.

—Es posible: supieron ser amigos en sus días de juventud en París, y la fama de libertinos, más bien su accionar concreto, al parecer afectó a muchos maridos.

—Ah, maridos ofendidos —asintió ella gravemente con la boca fruncida como si evaluara con suma seriedad lo dicho por Adam; él deseó al instante dejarse llevar, abrazarla y darle un beso en los labios rosados y húmedos que se proyectaban hacia adelante, como dispuestos a recibirlo.

—El problema es que aquí hay varios doctores e imagino que todos ellos deben de conocer los efectos del laurel de jardín. Demasiados sospechosos.

—¿No podría ser el general o alguno de los aristócratas? —propuso ella.

—Sí, claro, el primer ataque fue directo, lo que uno asocia a un militar, pero el segundo... No sé, imagino al general prusiano atravesándolos con la espada y ¡listo!, nada de planes complicados y furtivos. En cuanto a los aristócratas... —Adam hizo una pausa y acotó con una mueca irónica—. Bueno, ellos enviarían a sus empleados a hacer el trabajo sucio.

Emily le hizo un mohín gracioso.

—Bien, creo que la noche ha acabado y lo mejor sería irme a dormir. Necesito estar descansada si me necesitan mañana. Al menos es el último día.

—Sí, solo nos queda pasar esta noche sin ataques.

—¿Puedo ayudarlo en algo antes de retirarme?

Adam negó, y ella se despidió con una reverencia corta. Ya tendría tiempo después para proponerle en qué cosa específica podría ayudarlo.

* * *

Tal lo previsto, Emily fue requerida de nuevo para asistir al secretario de Crawford en la última reunión.

Para contento de todos, y sobre todo del vicealmirante, después de una noche sin incidentes extraños, los miembros del Consejo de Estudio se levantaron de mejor talante y el ambiente entre ellos fue algo más distendido. Sin duda pensaban que al inglés ya se le había pasado el ataque, y, si Plessis y Nozzera no decían nada, ¿quiénes eran ellos para objetar algo?

Esa tarde, para cuando Adam llegó al salón principal, los miembros ya se habían retirado a sus habitaciones por lo que Jones tuvo que correr a tomar su posición vigilante en la puerta de la habitación de lord Griffith. Baker buscó y se encontró con la joven que iba a paso rápido hacia él. Su expresión era de urgencia; cruzaron miradas y, sin palabras, se dirigieron hacia los sillones bajo la escalera del ala este.

—Llegó un telegrama del señor Calvert. No sé cómo supo exactamente dónde estábamos —le contó sorprendida, mostrando el papel entre sus dedos.

—Le dejé la dirección en caso de que hubiera alguna urgencia: la información básica debe ser conocida por los integrantes del equipo que sean necesarios —explicó—. Además, le envié un telegrama ayer noche pidiéndole información sobre algunas personas teniendo en cuenta su teoría.

—Al parecer estuvo averiguando —no sé cómo lo hizo en tan corto tiempo—; habló con gente de las embajadas del Reino de Italia y del Imperio francés que ubicaron a un amigo del duque que identificó el nombre de uno de los miembros del consejo. El hombre le dijo que algunos años atrás, la esposa del doctor Rutger y lady Elizabeth participaron de una... —Emily bajó la vista un momento mientras se mordía el labio.

—Entiendo.

—Luego fueron a corroborar la historia con la misma lady Elizabeth que agregó que había una tercera mujer en ese encuentro.

—¿Cómo la habrán convencido de hablar? —Adam y Emily respondieron al unísono: “Primm” y sonrieron compartiendo el mutuo entendimiento sobre las habilidades de persuasión del agente.

—Lady Elizabeth señaló que, junto con la señora Rutger y los señores Plessis y Nozzera, estaba también la prometida del general Lowenthal.

—Vaya, Griffith no es la única víctima de esos dos y los otros sospechosos se encuentran justamente en Ashcroft —comentó Adam con una mueca—. Su teoría toma forma, Emily. En lo que a mí respecta, creo que he podido identificar a un par personas que han venido como lacayo y asistente y no son tales.

—¿Con quién están?

—Mi fuente dijo vagamente “con el alemán”, pero eso se presta a confusión. El empleado no distingue entre alemanes, suizos y prusianos; puede tratarse de cualquiera de ellos.

—Bueno, con la información que tenemos, nuestra selección se circunscribe a dos.

Adam asintió con vigor.

—Rutger y Lowenthal. Es una lástima que los “empleados” hayan desaparecido.

—¿Qué haremos? Las reuniones ya han terminado y no parece lógico que vuelvan a intentar algo.

—A esta altura del caso todo se vuelve muy sencillo, Emily; las opciones del atacante se han reducido, también, a dos: lo dejan para otro momento o usan esta noche para llevar a cabo su plan. El punto a nuestro favor es que, si optan por lo segundo, estaremos alertas...

CAPÍTULO XII

Con la profunda convicción del deber cumplido, los miembros del Consejo de Estudio de las Condiciones Sanitarias y Humanitarias en Período de Guerra para Prisioneros y Personal Médico y de Asistencia se reunieron en el salón recibidor antes de retirarse a sus cuartos para emprender al día siguiente la vuelta a sus respectivos países. Brindaron con champagne por la labor realizada, y hasta hubo un par de discursos sentidos antes de que se retiraran a dormir que versaron sobre el efecto que las conclusiones obtenidas tendrían.

Esa noche, a la hora convenida, Emily tomó el pasillo hacia su posición de vigilancia según lo planificado por el señor Baker. De camino, saludó al señor Jones con la mano y avanzó tranquila ya que Baker había hecho encender lámparas en cada pasillo no solo para iluminar y evitar sorpresas, sino también para ver si podían desalentar a quien quisiera hacer algo equívoco.

Arrebujada en un grueso chal de la señora Walloski, Emily se sentó en el banco que su jefe le había dejado y, acomodando la espalda contra la pared, se dispuso a vigilar la puerta de la habitación del señor de Plessis. Lo había logrado aquella vez en la vigía de la calle Victoria, podía hacerlo ahora. A diferencia de la otra vez, no tenía hambre, estaba abrigada y allí se hallaban su jefe y el señor Jones.

No tardó ni cinco minutos en comprobar que lo que uno desea y lo que realmente sucede no siempre conciben. De la puerta al final del pasillo, vio asomar una forma voluminosa que cerró con cuidado la hoja de pesada madera. Antes de poder hacer la señal convenida, oyó que dos silbidos

asordinados provenían del ángulo donde estaba Baker; ella se apresuró a hacer la suya. La forma humana que avanzaba rengueando no se detuvo hasta que llegó al picaporte de la puerta de Plessis. Lo giró un par de veces ante el horrorizado silencio de Emily y, al darse cuenta de que estaba cerrado, se quedó inmóvil.

En esos segundos de duda, se desató la batahola. Jones apareció cerca de ella y, luego de ponerse delante, encaró al hombrón del pasillo. Más allá, del lado de la puerta de Nozzera, se escuchaban los ruidos de una pelea de puños. De inmediato comenzaron a abrirse algunas puertas, excepto la del señor de Plessis que, avisado por Jones, se mantuvo encerrado en su cuarto. El hombre que estaba frente al agente debió de haberse sentido molesto por la interferencia porque lo atacó como un toro embravecido. Por desgracia para él, Jones sabía lo que hacía y con un par de golpes limpios, lo tiró en el piso, inconsciente.

Lo siguiente que Emily vio fue la forma en que el señor Baker, el señor Jones y el vicealmirante Crawford, ayudados por un par de empleados, reducían al otro atacante y luego ataban a ambos. Por el escándalo, algunos miembros del consejo se iban asomando y asistían a la escena con diversos grados de estupefacción, entre ellos lord Ashcroft que demandaba a gritos saber qué estaba pasando.

—Se ha detenido a los que estuvieron causando problemas, Ashcroft —le explicó Crawford.

—¿Y de dónde salieron estos hombres? —preguntó con acritud el dueño de casa.

Emily buscó la mirada de Baker y moduló “Rutger”.

—Uno de ellos vino de la habitación del doctor Rutger —dijo Adam en voz alta.

—¡Imposible! ¿Qué está usted insinuando? Yo no tengo nada que ver con este hombre —exclamó irritado el acusado que miraba la escena con lo que lucía como justa indignación.

Cuando el hombre demandó en voz alta que le dijera cómo podía asegurarlo, Baker le hizo un gesto a Emily que avanzó hacia la luz.

—La señorita Randolph estaba vigilando aquí, doctor Rutger.

Emily corroboró la afirmación con un nuevo asentimiento y, cuando los hombros del médico cayeron y el rostro expresó derrota, Crawford y Lowenthal lo escoltaron junto con los hombres que había contratado al estudio de lord Ashcroft para conducir un rápido interrogatorio a fin de evaluar cómo se procedería con el representante del Gran Ducado de Hesse y el Rin para evitar un incidente internacional que pudiera afectar la labor del Consejo de Estudio.

Con distintos grados de alarma y de curiosidad, los demás bajaron al gran recibidor y allí se dispersaron por los espacios entre el ala oeste y la norte. Crawford, Baker, Jones, lord Ashcroft, lord Griffith, el duque de Nozzera y el señor de Plessis constituyeron el grupo que se encerró en la biblioteca con los tres apresados. Los restantes caballeros aprovecharon para servirse coñac y sentarse a debatir sobre la situación del doctor Rutger, temporalmente olvidados de la presencia de Emily que se amparaba cerca de la escalera del ala sur, a prudencial distancia de la puerta del estudio.

Pasaron cerca de veinte minutos en los que los reunidos fuera de la biblioteca no escucharon el más mínimo ruido; por eso mismo, la apertura violenta de la puerta y la salida rauda del hombre que Baker había detenido tras la pelea los tomó por sorpresa y no pudieron reaccionar debidamente.

Tras soltarse la soga que le apretaba la muñeca, el hombre que se escapaba de la biblioteca miró hacia todos lados y decidió que una huida clásica por la puerta de entrada sería lo mejor en esas circunstancias. Antes de avanzar, tiró

sillones delante de la puerta del estudio para obstaculizar a sus perseguidores, que, sorprendidos también por la descarada fuga, recién comenzaban a actuar.

El fugitivo aprovechó la tardía persecución para empujar con fuerza una mesa maciza que volteó con jarrones y adornos junto a los sillones. Luego decidió que había perdido suficiente tiempo y se puso en marcha hacia la puerta de entrada. De improviso, una figura se apareció frente a él con un brazo extendido de mano abierta que lo hizo detener.

Emily se plantó a un metro del hombre y decidió que podría distraerlo un instante para que Jones y Baker pudieran atraparlo, aunque no contó con que su acción congelaría a alguien más que al hombre que escapaba: Adam se detuvo en el marco de la puerta con un gesto de horror lo que impidió el paso a Jones que se tropezó con él y perdió preciosos segundos.

—¡Córrase! —gritó el individuo e intentó esquivar a Emily que siguió el movimiento y volvió a interceptarlo como un tenaz bulldog.

El factor sorpresa era todo lo que tenía en la manga y, al ver que Jones estaba afanándose por ir en su ayuda, decidió que tenía que ganar más tiempo.

—Deténgase o... —comenzó seria, pero sin saber cómo continuar.

El hombre largó una risotada incrédula y trató de ir por el lado contrario. Ella se lo impidió. El rufián bramó al tiempo que la sujetaba del brazo con una mano como garra y la echaba a un lado con violencia. En medio del atónito silencio, se oyó la voz de Jones que tapó el grito enfurecido de Adam.

—¡Emily!: ¡posición!

Tal como lo había practicado tantas veces, reaccionó a la orden para soltarse y plantarse de nuevo frente al hombre que volvió a detenerse azorado por la persistencia de la mujer; casi de costado, separó apenas las piernas,

adelantó uno de los pies y distribuyó el peso en ambos con un suave balanceo mientras lo miraba fijamente a los ojos con expresión concentrada, cerraba los pequeños puños y los levantaba con firmeza a la altura del pecho.

—¡Dos! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Tres! —le ladró a voz en cuello Jones mientras Adam se desesperaba tirando de los muebles que tapaban la entrada sin quitar la vista de la escena.

Para profunda sorpresa de los presentes —ni qué decir del estupor del frustrado fugitivo—, la joven dama se plantó segura, repitió el número que correspondía a cada acción tras ejecutarla, y con un movimiento veloz del puño derecho golpeó duramente la nuez del hombre que acusó el impacto del ataque ahogándose. “Dos”, murmuró.

Sin dar tiempo a la recuperación, como Jones le había enseñado, se desplazó hacia un costado, pivoteó sobre la punta del pie y giró para colocarse a espaldas del sujeto que resollaba doblado sobre sí mismo. Una vez ubicada, musitó “cuatro” y volvió a golpear un par de veces a la altura de los riñones alternadamente, lo que obligó al hombre a dividir su atención entre los dos puntos atacados; enseguida se enderezó, se levantó un poco la falda y, con una firme presión del pie en la parte de atrás de la rodilla, lo hizo caer de bruces al suelo diciendo: “cinco”.

—¡Seis y tres! —repitió Jones mientras saltaba sobre el último obstáculo que Adam había corrido, ayudado por los hombres del estudio que veían cómo la dama se agachaba ágil y colocaba su rodilla en la parte baja de la columna del hombre caído apoyando todo su peso —“seis”— para luego proceder a cerrar los puños de nuevo y golpear de costado, ya sin demasiada fuerza, —“tres”— los oídos del tipo que exhalaba un grito agudo.

—¡Sí! ¡Así! —Sintió ella que le gritaba, exultante, el señor Jones cuando la levantaba en el aire por la cintura con firme delicadeza para girarla y depositarla en brazos de Adam que la recibía con la expresión más conmovida que jamás había visto en un hombre.

A esa altura de las circunstancias, el individuo que Jones levantaba y sujetaba con fuerza mientras mostraba una sonrisa de feroz complacencia estaba rodeado por todos los miembros del consejo que lucían tan azorados por lo sucedido que hasta el propio anfitrión se reprimió de decir nada.

El sujeto golpeado gemía, y Jones lo sacudió un poco antes de reprenderlo con burla.

—No lo esperabas, ¿eh? Vamos, cretino, no te pudo golpear tan fuerte con esos puñitos. No gimas, si te hubiera agarrado yo...

Emily se sentía drenada de fuerza. Lo estimulante del terrible momento había pasado, y solo podía sentirse como una muñeca de tela, sin fuerza, dolorida y extenuada. Fue en ese momento que el señor Baker la apoyó en el piso, preocupado al verla llorar en silencio.

—Emily, ¿está bien? Dios, ¿qué le sucede?

Ella levantó la mano izquierda con expresión compungida de cachorrito herido y uno de los caballeros médico se acercó de inmediato a examinarla. Pronto se sumaron sus colegas.

—Ayuda en una reunión oficial, salva una vida, tiene modales encantadores, dispara y hasta detiene a un criminal sin quejarse por haberse lastimado una mano —enumeró Griffith sin poder ocultar una pizca de asombrada admiración en su flemática expresión habitual.

—Debo decirle, Baker, que su asistente es una joven extraordinaria. Parecía que danzaba graciosamente alrededor del tipo mientras lo derribaba —manifestó Crawford con expresión igual de asombrada y luego se giró hacia Puños para reconocer al artífice de los efectivos movimientos—. Excelente trabajo, señor....

—Jones —completó el agente con el pecho henchido de orgullo por la impecable intervención de su discípula—. Gracias, señor.

Adam le dirigió una mirada terrible y se volvió hacia el vicealmirante.

—Bien, creo que hemos cerrado el trabajo; usted tiene al responsable de los ataques, conoce las razones y las víctimas se han mostrado abiertas a su decisión por lo que creo que la Agencia Essex ha concluido la misión según lo requerido. Si no tiene objeción, debo velar por el descanso de la señorita Randolph y de mi agente herido. Señores, permítannos retirarnos —pidió con gesto hosco a los doctores arracimados alrededor de la joven.

Como señal para irse, Adam tomó el codo de Emily a quien los solícitos médicos se habían afanado en ponerle paños de lavanda y secarle luego la mano para vendársela mientras la habían confortado con elogios por su valiente reacción y piropos por sus hermosos ojos y su elegante agilidad. Cuando acabaron, la levantó en brazos y la llevó escaleras arriba, seguido por Jones que llevaba consigo el frasco de láudano, las indicaciones del doctor Lausanne y una sonrisa de oreja a oreja por el indudable éxito de su método de enseñanza de defensa personal para damas.

* * *

El siguiente amanecer deparó más de una sorpresa a Emily.

Aun después de tomar una mínima dosis de láudano para dormir sin dolor, se había despertado temprano como ya le era costumbre y, con la ayuda de la señora Walloski, se había vestido. Ambas habían ido a la pequeña salita donde las esperaban Adam y Jones para tomar el desayuno. Al verlas entrar, los hombres se pusieron de pie. Ellas se acomodaron, y Emily tuvo que esperar a que le sirvieran té y le prepararan las tostadas. Al cabo de un rato, Adam dejó la taza en el plato y se echó hacia atrás en la silla. Emily y Jones intercambiaron una mirada inquieta.

—Quizás alguno de ustedes quiera tener a bien explicarme qué pasó ayer —comenzó Adam con tono mesurado.

Los culpables bajaron la vista a la mesa.

—Estoy esperando —los apremió con un tono que pasó a ser seco. Emily decidió ser la primera.

—Tiene razón, señor Baker.

Obviamente eso no era lo que él esperaba oír porque levantó las cejas unos segundos antes de volver a su expresión de fría reconvención.

—Sea específica.

—No debí desobedecer su orden de no interferir, acepto la responsabilidad.

Adam la observó sin trasuntar nada.

—Esa es solo una parte y lo sabe. La otra tiene que ver con la inquietante pregunta de cómo sabía usted esos movimientos de ataque que asocio más regularmente con, mm, ¿el boxeo, Jones? No, déjenme ver, ¿la pelea callejera?

El aludido tragó con fuerza.

—Yo...

—El señor Jones no es responsable por mi comportamiento.

—Silencio.

Con esa sola palabra, sin siquiera levantar la voz, Adam se aseguró de que la joven y el agente estuvieran conscientes de su predicamento.

—Sucede que lo que hizo anoche fue una tontería peligrosa. Otra más. El hombre pudo estar armado y lastimarla o incluso matarla. Ni aun la tonta idea de que sepa cómo defenderse, cosa que no sé si creer o no todavía, la habría salvado de un golpe, un navajazo ¡o una bala! ¡¿Qué demonios creía que estaba haciendo?!

Emily recordó al instante la vez en que Baker había retado a Jack reduciéndolo a la mudez y pudo sentir la fuerza que tenía ese enojo en el ardor de su piel. Las lágrimas estaban a punto de aflorar, pero Adam levantó un dedo ante ella.

—Se lo prohíbo.

Congelada, aspiró por la nariz y esperó. Resistió la filípica que le destinó su jefe por cuatro minutos durante los cuales se le recordaron todas y cada una de las cosas que había hecho en contra de su propio bienestar y decoro. En contrito silencio, la joven asistió a la reprimenda junto a una señora Walloski que ni se atrevía a tomarle la mano para no atraer la ira del jefe. Fue Jones quien, contra sus más básicos instintos de preservación laboral, la defendió recordando con inusitada fluidez expresiva todas las cosas que había hecho en beneficio de la agencia. Adam lo dejó hablar y, tras un largo silencio, aceptó que nunca salía bien parado de situaciones en las que la joven y los agentes estaban involucrados, ya que todos parecían erizarse como gatos cuando se atacaba a uno del grupo.

—¿Algún otro secreto que deba conocer? —inquirió severo.

Jones y Emily evitaron mirarse.

—Tengo un par de secretos, pero son personales y no involucran directamente las actividades de la agencia —respondió con cuidada sinceridad pensando en Balling y en Bertrand. Se abstuvo de considerar el asunto de su familia.

—Bien. Usted tiene un Dios aparte, Emily, pero no abuse de él. —Exhaló con fuerza dejando ir toda la presión interior—. De acuerdo. Hoy vamos a salir hacia Croydon donde reservé habitaciones para nosotros en el Hotel Central. Han hecho un gran trabajo del que cosecharemos muy buenos frutos y deseo premiarlos con dos días de descanso que les vendrán muy bien a Fargg y a Emily. Volveremos a Londres el domingo al mediodía. Bien, si están listos, pediré que bajen nuestros baúles.

Se pusieron de pie asombrados por el gesto; recogieron chaquetas, sombreros y guantes antes de salir del ala noroeste hacia el salón principal. Allí esperaba a Emily una corte de admiradores: después del caluroso besamanos de todos y en especial del vicealmirante Crawford, proclamado deudor de Emily por todo lo que había hecho por la reunión y por el vizconde de Abbendot, el último en saludarlos fue el mismo lord Griffith. Los esperó cerca del coche, les agradeció la intervención y se puso a disposición de Emily a quien parecía distinguir especialmente y a la que le dirigía miradas que podrían definirse como “cómplices”. La joven supuso que, de alguna forma, sabría quién era ella, pero nada dijeron ninguno de los dos –guardando así mutuos secretos personales– y ella se despidió de él con una reverencia educada.

El camino a Croydon fue tranquilo; lejos de los suyos, Emily sintió que cada vez se identificaba más con la peculiar familia que ahora tenía. El vaivén del vehículo, los pensamientos positivos y los residuos del láudano de la noche anterior le indujeron un estado de letargo. Relajada, olvidada del reto que había recibido un rato antes, apoyó la cabeza en el hombro de Adam Baker y se quedó beatíficamente dormida.

* * *

La gran máquina de hierro entró al andén echando densas nubes de vapor a los lados. Su chimenea lanzaba un humo agrisado que se iba afinando a medida que la locomotora se estacionaba en su destino final. A esa hora, había poca gente en los vagones. Adam no tuvo mayor problema en conseguir un changador que le llevara los baúles hasta un coche de alquiler. Con extremo cuidado, ayudó a Emily a bajar y luego asistió a la señora Walloski que se hallaba en estado de éxtasis desde que el viernes anterior su jefe les había anunciado dos días de paseos y descanso en Croydon.

Las mujeres siguieron al changarín apoyadas en el brazo de Adam. El coche tardó solo veinte minutos en llegar a Dame en donde Emily encontró a Louis que la esperaba; llena de alegría, la joven casi se arroja del vehículo antes de que se detuviera.

Aunque feliz de verla, Louis se asustó con la rígida mano vendada que su amiga traía. Ella le contó que los médicos habían determinado que se trataba de un músculo lastimado y una fisura en el meñique por lo que no debía preocuparse. Adam descendió del coche y le indicó al cochero qué baúles debía bajar.

—Montrose, ¿cómo anda todo?

—Bien. ¿Y ustedes? —le respondió sin soltar el brazo sano de Emily.

—Excelente. Les comentaré en la próxima reunión. ¿El caso Trenton?

—Hubo un pequeño avance.

—Bien, bien, me alegro, mañana lo hablaremos en la agencia. ¿A las cuatro? Así tengo tiempo para ver todo. Emily, usted hará reposo como se le indicó y la veré la semana próxima.

—Oh, no hace falta. Me lastimé la mano izquierda, yo soy diestra; el lunes estaré en la oficina.

—De ninguna manera, debe obedecer las instrucciones de sus médicos... De los cuatro —se rio entre dientes con la imagen de los caballeros que la atendieron como si se tratase de la reina.

—Después de descansar un poco estaré lista.

—¿Alguna vez lograré que me haga caso? —preguntó meneando la cabeza y fingiendo severidad.

Ella se mordió el labio inferior en recuerdo del último reto.

—Está bien, pero nada de esfuerzos. Estaré allí para vigilarla. Hasta mañana, Montrose. Mis saludos a la señora Zachary —se despidió tras besar la mano a Emily.

Los dos jóvenes vieron el coche alejarse y se dieron vuelta uno hacia el otro. Se miraron un instante, y Louis la abrazó. Emily pasó el brazo sano alrededor de él y le dio un apretón suave.

—¿Sabes si está Lydia?

—No, está en la liga. Balling se ha transformado en su misión de rescate por excelencia.

—¿Cómo está él?

—Mejorando.

—¿Y Bertrand? —preguntó tímida con la voz suave y acaramelada.

—Está en graves problemas: ha tenido una dura pelea con el orden en la oficina y ha perdido.

Louis comenzó a reírse y pronto su amiga dejó la expresión preocupada para sumarse.

—Se me ocurre una idea. Te ayudo con el baúl y nos vamos a verlo. Comemos algo y luego vamos a ordenar el caos que dejó en tu oficina. Tengo entendido que trató de ocultar todo lo que no sabía ordenar. Ha de haber esqueletos por los armarios y bajo las alfombras o más bien por tus archiveros.

Emily rio y se apresuró a dejar las cosas del viaje para salir del brazo de su amigo. Decidieron ir caminando para que ella pudiera contarle todo lo que podía de esos días. Casi sin darse cuenta, distraídos por la excitante narración que la joven hacía, se encontraron en la calle Ashby. Louis le mostró dónde vivía Bertrand. Era una larga hilera de viejas construcciones de ladrillo, todas iguales, que tenían una planta baja y un primer piso. Subieron las escaleras de entrada. Louis la llevó al primer piso, a un pasillo algo oscuro, pero aun así bastante aseado, al que daban dos puertas enfrentadas. En la de la izquierda, la invitó a llamar.

Con un revuelo de mariposas en el estómago, golpeó. Apareció al rato el rostro de Bertrand que miraba con los ojos entrecerrados hacia la penumbra del pasillo, el cabello despeinado, vestido solo con pantalón y camisa. En el momento en que la vio, todo sucedió con rapidez: el rostro se demudó, los ojos se abrieron por la sorpresa y la boca imitó el azoro. Estiró el brazo, ansioso, y la tomó de la mano para hacerla entrar. Louis los siguió.

—Hola, Calvert, verás, Emily acaba de llegar y pensamos que podíamos almorzar contigo para luego darte una ayuda con tu predicamento.

Bertrand lo miró confundido mientras tomaba una de sus cuatro sillas y se la ofrecía a la joven que, con gesto feliz, la rechazaba para aferrarse a la cintura masculina. Él le pasó un brazo por los hombros.

—Ese de la agencia —le recordó.

—Lo que Louis trata de decir es que nos ocuparemos del desorden que dejaste en mi oficina.

—Ey, Calvert, ¿sabías que nuestra intrépida compañera ha tenido su bautismo de fuego?

—¿Qué? —preguntó todavía anonadado por la presencia de ella en su cuarto y en sus brazos como lo había soñado cada noche de la última semana.

—Shh, Louis. —Su amigo desoyó el ruego y, con intención maliciosa, apuntó a la mano que ella escondía a su espalda.

—¿Qué ocultas? —quiso saber Bertrand serio. Tiró con suavidad del brazo para encontrarse con la mano vendada—. ¿Qué demonios pasó?

La joven volvió a contar todo lo sucedido en Ashcroft Field y terminó por confesarles de las lecciones del señor Jones. Por desgracia para ella, la curiosidad de Louis se centró más en el atuendo de las prácticas que en las habilidades adquiridas, lo que sin duda molestaba a Bertrand que no tardó en cortar en seco las preguntas.

—¿No hay nada que podamos comer? —Louis recordó la razón de que estuvieran allí.

El anfitrión se encogió de hombros y negó; terminaron por convenir almorzar en Essex y pasar después por la oficina. A pesar de que la presencia de Montrose le impedía estar a solas con ella, estaba contento otra vez: tenía a su amor cerca y no pensaba dejarlo ir de nuevo.

CAPÍTULO XIII

Los hombres alrededor de la mesa terminaron de acomodarse mientras la señora Walloski servía café en las tazas. Adam decidió comenzar por comentar en líneas generales el caso de Croydon y agradeció la eficiente intervención de los agentes que había permitido llevar a buen puerto la misión. Les comentó cómo cimentaba en esa asignación y en la del Ministerio Naval una elevación de la calidad de los casos que podía llevar la agencia de ahora en más. Luego giró hacia Bertrand. El agente comentó el cierre del caso Abramowitz, la aceptación de un seguimiento que sugería para Oliver y el estado del caso Trenton, detenido en la conversación que habían tenido con Harriet Powell.

—Fuimos con Montrose a ver qué podíamos sacar de una charla amable. Corroboramos que la señorita Powell vive sola y que no ha tenido visitas de niños o presencia infantil en la casa después de nuestra última aparición por Camden Town. Nos recibió con amabilidad y nos habló un poco de Abigail en las pocas semanas en que la vio. Según nos dijo, a la señorita Trenton la había llevado Sarah Conlon, a quien definió como una conocida, devota de los niños, con la que había colaborado para reunir fondos para las escuelas de Holloway. Se esforzó en todo momento por dejar en claro el tipo de vínculo “superficial” que tenía con la mujer de la que nos contó que sabía que era viuda reciente y que había tenido un hijo de corta edad. Lo más que se animó a agregar fue que quizás había sido esa la relación que unió a la joven Trenton con ella.

—Pero, por lo que dice, ustedes no le creen.

—En cierta forma, la señorita Powell desmintió sus palabras con un comentario bastante personal acerca de la vida de la señora Conlon. Según ella, la mujer solo tuvo a su pequeño Stephen al que adoraba y que había sido todo el regalo que recibiría de Dios ya que su esposo había sido un hombre “malo” que la había enfermado con su iniquidad. Nos costó un poco convencerla de que fuera más explícita, pero terminó de contarnos que Peter Conlon había olvidado sus votos de fidelidad y que, por su descenso a los infiernos, había vuelto con “la maldición de la peste de Cupido”, según sus exactas palabras.

La aclaración que Oliver susurró al oído de Emily —“sífilis”— tiñó sus mejillas de rojo.

—A raíz de ese problema —continuó Louis a una indicación de Bertrand—, la señora Conlon quedó incapacitada de tener más hijos. Francamente, ese tipo de comentarios no los haría Sarah Conlon a una mera desconocida: ninguno de los otros interrogados sabía de esto. El asunto es que Harriet Powell no quiso dar más datos a pesar de que le dejamos en claro que nuestro interés estaba centrado en averiguar sobre el tiempo en que Abigail faltó de su casa.

—¿Pudo ser Powell la responsable de la desaparición del niño?

—No lo creo —dijo Bertrand—. Aunque no descarto que nos haya dicho algunas mentiras: para mí tiene idea sobre el paradero de la Conlon con la que Abigail “pasaba mucho más tiempo que ella”. Por desgracia, no podemos saber adónde fue la mujer o cómo averiguar algo más en el tiempo que tenemos, ya que, si bien procede de Northumberland, quedó huérfana y sin familia siendo una niña, y la criaron unos amigos de sus padres en Londres. Tal vez podríamos hablar con Moore.

—Bien, sigamos por allí. Antes de concluir la reunión, queda un asunto —apuntó Adam mientras tomaba un sobre que había sido traído por entrega especial desde la Embajada del Reino de España—: Recomendados por el

enviado español a Croydon, se nos solicita escoltar y proteger a un enviado de su Majestad Isabel II de España que debe entregar unos documentos de carácter privado en Glasgow. ¿Interesados?

Para su más profundo asombro, los agentes permanecieron en silencio. Los enfocó uno por uno y los vio desviar la vista.

—¿Ninguno? ¿Usted, Primm?

El aludido, que se encontraba sentado de costado en la silla con las piernas cruzadas y un brazo colgando del respaldo, hizo un gesto displicente con la mano.

—Le agradecería que no me asignara esa misión, Baker. Me encuentro en este momento haciendo unas tramitaciones y debo estar en Londres para la segunda semana de mayo.

El comentario fue recibido con curiosidad por los demás, testigos del intercambio de miradas cómplices entre Jack y Emily.

—¿Usted rechaza un viaje con pocas exigencias de trabajo y muchas posibilidades de entretenimiento junto a un noble español de alto rango? ¿Qué sucede, Primm?

—Me temo que ya no soy el que era —fingió un tono dolido—. Eventos recientes me han convencido de la necesidad de dejar de ser el hombre irresponsable de antaño para asumir mi posición como... ¿cómo llamaría usted a mi futura situación, Emily?

—¿Paterfamilias? —sugirió ella.

Algunos de los hombres terminaron de comprender lo que sucedía cuando Baker y Calvert se pusieron de pie y lo felicitaron calurosamente. Jack recibía las congratulaciones con la sonrisa burlona habitual, pero sus ojos decían a las claras lo feliz que estaba.

—Así es, caeré bajo el yugo matrimonial y seré padre —aceptó, contento, vencido por las emociones—. Ya puede felicitar me, Emily: está confirmado.

La joven se apresuró a llegar junto a él, y Jack la abrazó.

—¿Cuándo será el enlace? —preguntó Bertrand.

—El 29. Todo será muy discreto.

Al cabo de un par de minutos, los miembros de la Agencia Essex volvieron a sus asientos en un estado algo más distendido, y Baker retomó el tema del viaje a Glasgow.

—En fin, estimo que, dadas las circunstancias, debo descartar a Primm, pero aún necesito a alguien para el viaje con el enviado español; mm, Calvert y Montrose —Bertrand se tensó levemente al oír su nombre—, no puedo sacarlos a ambos del caso Trenton. Será Montrose, entonces, ya que necesito a Calvert aquí, y creo que Oliver puede ir para adquirir experiencia. Yo los acompañaré. Cuando vuelva, Emily, quisiera entrevistar personal para otros dos puestos de agentes. Bien, por el momento eso es todo. Oliver, Montrose, saldremos el miércoles a primera hora. Emily ya les dará los pormenores.

Los agentes fueron poniéndose de pie y saliendo hacia la oficina de la joven; aprovecharon para bromear con el futuro esposo y padre que se dejó hacer con inusual buen talante. Emily aún sonreía por la noticia bajo la contemplación enamorada de Adam que, sin ocultar su fascinación, recorrió el rostro de piel tersa, la línea despejada del cuello, el contorno de los hombros y la curva del busto marcado por el chaleco escocés sin mangas que usaba sobre la blusa blanca con el breve escote en “V”.

Bertrand no perdía vista de la apreciación con la que Baker absorbía cada detalle de la joven, a la que este último siguió con una mirada intensa cuando ella se encaminó de vuelta a la mesa de reuniones para recoger las cosas, y decidió que era hora de enviar un mensaje. Llegó hasta ella y se ofreció a ayudarla con las carpetas. Comenzaron a conversar entre ellos con las

cabezas juntas en un aparte íntimo. Mientras ella hablaba con gesto relajado y feliz, Bertrand apoyó su mano sobre la femenina y le envió una mirada amorosa y posesiva. Perdida en las ensoñaciones sobre bodas y niños, Emily le retribuyó con una sonrisa afectuosa.

Bajo un efecto similar al de una descarga eléctrica, Adam retrocedió y se tambaleó levemente. El intercambio de miradas entre la pareja era por demás explícito de un afecto que iba más allá de la supuesta amistad que habían alegado. Algo en el interior de su pecho se cerró y se negó a seguir mirando. Se sintió engañado, estafado de alguna forma inexplicable, como si hubiera imaginado entre él y la joven algo real y compartido que descubriría en ese momento como una creación de su propio deseo. Cerró los ojos un momento y luego fue hacia su sillón. Sentado a resguardo detrás del escritorio, los vio salir.

Su primer pensamiento fue que debería haber hablado con ella ese fin de semana en Croydon, pero había estado dolorida y cansada por el poco sueño de los pasados cuatro días. Se había sentido tan confiado de que ella... Ese había sido su error, la absurda confianza de que solo él podía ofrecerle a la joven algo aceptable y remotamente cercano a lo que había tenido.

A pesar de que recordó cuando ella le había dicho en Croydon que tenía un par de secretos personales –y el de Calvert sin duda era uno de ellos–, no pudo soportar la idea; habían sido muchas noches y muchas horas del día pensando en sí mismo y ella como pareja, en un futuro hogar con sus hijos a quienes les heredaría la agencia. Se le ocurrió que, a pesar de lo que había visto, tenía que hablarle; quizá solo fuera una infatuación inocente, y ella terminara por entender que Calvert no podría darle lo que él.

Estiró la mano para alcanzar la campanilla, pero no pudo hacerla sonar. En su interior, sentía que no debía acometer esa tarea en un estado tan vulnerable, sus emociones tan expuestas, la necesidad de ella tan evidente. Sabía que lo mejor era darse tiempo; ganar control sobre sus reacciones. Aunque le doliese como una puñalada, los dejaría, pero le diría a Jones que la cuidara hasta que volviese.

Se negaba a creer que lo suyo fuera cobardía y miedo al rechazo; de todos modos, decidió que necesitaba salir. De camino a las escaleras, vio a los agentes y a Emily que rodeaban a Primm y le hacían preguntas y bromas sobre su futura vida de “hombre responsable”.

“Demonios”, se enojó; por fin había conseguido que la agencia fuera como una familia y él se sentía, en ese momento, excluido. Con una mueca triste negó y un nuevo pensamiento tomó lugar mientras bajaba las escaleras: ¿de qué otra forma iba a ser, se dijo, si quien nos une es la mujer que puede separarnos?

* * *

Al caer la tela que cubría los ventanucos de la habitación, unos débiles rayos de luz entraron en la cerrada estancia. Cuando la segunda tela siguió el mismo camino de la primera, se hizo posible distinguir en el cuarto algunos contornos difusos que sugerían el respaldo de una silla o la silueta de una jarra sobre una superficie.

Los sonidos de pasos, el ruido de alguien recogiendo las improvisadas cortinas llamaron la atención del hombre que había estado sumergido en la profunda oscuridad con los ojos abiertos, sin ver, solo percibiendo ruidos difusos fuera del capullo donde se sentía protegido, ajeno a los recuerdos. Ya estaba acostumbrado a saberse encerrado en su propio cuerpo, oyendo voces y adivinando movimientos, pero incapacitado de hablar o decir algo; y, aunque ahora ya podía captar un poco más del mundo a su alrededor, todavía prefería creerse inmerso en la oscura paz de la nada.

En su estado anterior, había oído e identificado voces y había sido mudo interlocutor de quienes habían estado acompañándolo, empeñados en hablarle como si estuviera con ellos. Podía recordar a Puños que le relataba con la voz

plena de orgullo cómo su alumno había aprendido a pelear en poco tiempo y se había desempeñado satisfactoriamente en la detención de un maleante. Rememoraba la voz joven de Sonrisas, aunque le había parecido que ya no tenía la espontánea alegría que lo distinguía, que le narraba que su discípulo era brillante y había aprendido a disparar con precisión. Después de alguno de los ataques más feroces, se había dejado llevar al sueño por la tranquila voz del Monje que le leía con grave tono cadencioso y hasta había creído oír la voz burlona del Dandi que le decía que tenía que recuperarse pronto o se perdería todo lo que estaba pasando en la agencia.

La escasa luz que se filtraba por las pequeñas aberturas no era suficiente para que identificara quién había entrado, pero debía de ser el ángel que lo cuidaba día y noche, solo que no podía decir cuál de sus voces era la que le hablaría en ese momento.

Una figura se acercó a la cama y se inclinó para observarlo. Como cada vez que lo hacía, le apoyó la palma con delicadeza en la frente para tomar la temperatura. Luego se sentó en la silla junto a él y se quedó un momento en silencio antes de preguntarle:

—¿Ha dormido bien, señor Balling?

Volteó hacia ella y la observó tratando de adivinar las facciones en la semipenumbra.

—Se me ocurrió que querría ver un poquito de luz —continuó al tiempo que apuntaba a las ventanas descubiertas—. Sé que no es mucho, pero ella dice que sus ojos han de estar aún delicados, y es mejor ir despacio. Se preocupa mucho por usted; también es muy buena conmigo, ¿sabe? Yo... quizá lo moleste con mi charla, pero no tengo con quien hablar y a veces necesito...

La joven se cortó incómoda; él le apretó la mano para instarla a seguir. Se imaginó que le sonreía antes de devolverle el apretón.

—Siempre he sido alguien poco visible... como esa jarra o ese vaso a los que solo se les presta atención cuando se los necesita. En una familia grande como la que tenía, los más pequeños éramos por fuerza invisibles. Por eso es tan raro que ella me notara. Aquí en la liga, y nada tengo que decir de nadie ya que las señoras han sido generosas conmigo, me sucede lo mismo. No destaco en nada, no tengo una apariencia llamativa, no soy particularmente ingeniosa o vivaz y mucho menos bonita; aun así, ella me vio.

La forma reverente en la que su ángel hablaba de esa otra mujer le llamó la atención.

—Es tan linda, tan buena y tan elegante; se mueve con gracia, es segura y femenina... y a usted lo aprecia tanto...

¿De quién estaba hablando?

—Hasta me invitaron a cenar con ellos y se dio cuenta de que yo no tenía sombrero o guantes que ponerme y se quitó los suyos, tan bonitos, para que estuviéramos iguales... como si eso pudiera ser posible.

La incredulidad en la voz femenina lo hizo sentir la necesidad de apretarle un poco la mano.

—Es gentil, inteligente y tiene amigos que la quieren y la respetan.

—Sí, sin duda tiene sus muchas virtudes, señorita Peters, pero déjeme decirle que también hace gala de inconcebibles defectos: por lo pronto, es una terrible cocinera —Roy oyó la voz distintiva de Sonrisas—. Ey, aquí no se ve nada, ¿traes luz?

La habitación se iluminó de pronto hasta hacerlo parpadear.

—Sí, deja de gritar, Louis, por favor —susurró una voz femenina—, molestarás al señor Balling. Ponlas allí, ¡lejos de sus ojos! Ah, señorita Peters, ¿cómo está usted?

Roy vio a la nueva luz que inundaba el cuarto cómo su pequeño ángel de voz triste cambiaba en un instante de actitud. Ante la sola vista de la recién llegada, se había puesto de pie y, con una reverencia, la había saludado adelantándose para tomar las lámparas que traía antes de que Sonrisas pudiera reaccionar.

“Emily Randolph”. Volvió a sentir el disgusto instantáneo que la mujer le provocaba con su sola presencia. Sin embargo, algo debía de haber sucedido en el tiempo en que su mente había estado lejos, porque la tensión comenzó a desaparecer al segundo mismo de que ella se inclinó sobre él, le corrió el cabello de la frente y se la acarició con suma gentileza.

Sus ojos se encontraron y, por una fracción de segundo, la joven pareció sorprendida al punto de quitar la mano y retroceder; luego, una sonrisa radiante se asomó a su boca y se extendió como la luz de un amanecer de verano iluminando los ojos dorados.

—¡Louis! ¡Mira! ¡El señor Balling está despierto!

La alegría de la joven se sentía real, pensó asombrado por el descubrimiento.

—Sí —dijo con timidez la más joven—; despertó hace un rato, estábamos charlando.

—Ya veo. —Emily sonrió al hombre que yacía en el camastro y se volvió hacia May. Mientras hablaban entre ellas, Roy dirigió una mirada perdida a Louis que le sonrió melancólico.

—Ah, Balling, mujeres. No sabemos qué hacer con ellas cuando las tenemos y menos cuando no.

Cuando finalizó su charla, Emily sugirió que se sentaran con el señor Balling “si eso no lo molestaba, por supuesto”.

—Traeré más sillas —se ofreció de inmediato la joven, y Louis se apresuró a acompañarla en respuesta al cabeceo discreto que le había dirigido su amiga.

—Nos había preocupado mucho, señor Balling. Temimos que fuera difícil recuperarlo en el estado de salud en que se encontraba. El doctor Parker dijo que debíamos ser pacientes, pero si no hubiera sido por la certeza de Lydia de que usted saldría bien de esta situación... Oh, no debe saber de quién le hablo, disculpe; me refiero a la señora Zachary.

Con una voz oscura y pastosa que difícilmente se entendía por lo ahogada que salía de su garganta reseca, Roy pronunció las primeras palabras.

—¿La Lydia de Puños?

—¡Ah!, ¿le habló el señor Jones de ella? —preguntó la joven con una mueca divertida—. Sí, es activo miembro principal del comité directivo de la Liga de la Templanza donde se encuentra usted ahora.

El gesto de irónica derrota del hombre al escuchar dónde se hallaba le dijo lo que opinaba sobre las idas y vueltas de la vida.

—Lo siento —se disculpó ella que le sonreía con dulzura—, pero era el único lugar al que podíamos traerlo. Si llevaba otro hombre herido más a mi departamento, Lydia me habría echado.

Emily se cortó ante la mirada cerrada del hombre por su comentario.

—No, no, quiero decir, después del señor Primm. Es decir... —Emily se detuvo y, tras tomar aire, comenzó a contarle lo sucedido en la agencia desde que él se había ido. El relato se cortaba cada tanto para preguntarle si estaba bien o si deseaba que lo dejara descansar, pero, por extraño que le pareciese al enfermo, se sintió relajado mientras la oía. Comprendió que la mujer debía de haberlo visitado antes pues estaba acostumbrado al tono de su voz y al ritmo con el que hablaba modulando claramente las palabras. Ni siquiera se dio cuenta del momento en que Sonrisas y la muchacha habían vuelto; lo notó

cuando Louis intervino en la narración de los hechos sucedidos desde que Adam le había pedido que se fuera de la agencia. Primm había tenido razón, habían ocurrido muchas cosas en Essex mientras él no había estado.

Asistió curiosamente entretenido, aunque ya algo fatigado, a las pullas que se dirigían los jóvenes: como respuesta a su ataque sobre sus habilidades culinarias, Emily trajo a colación la rara pronunciación del italiano de Louis, imitándolo con tanto acierto que hasta la pálida joven a su lado esbozó una sonrisa de labios apretados entre las carcajadas divertidas de su amigo.

La entrada del doctor Parker con Jones y Calvert interrumpió los comentarios risueños que Louis comenzaba a hacer sobre “el desparpajo de las mujeres de hoy en día”.

—¿Qué diantres creen que están haciendo? —les espetó el médico que se abría paso con indignada severidad entre los jóvenes—. A ver, ustedes, jovencitas, ¡fuera! Voy a revisar a mi paciente.

Los tres se pararon de golpe; se tropezaron con las sillas, se empujaron entre ellos hasta que se corrieron a un costado con expresiones de fingida contrición que no ocultaban su divertimento. Emily miró a Roy y le guiñó un ojo antes de que Louis la tomara del brazo y la llevara al pasillo seguidos por May, a la que Emily, a su vez, le había tomado la mano en una inconsciente cadena. El hombre la observó desde sus ojos entrecerrados y pensó que había tenido razón cuando le había dicho a su amigo que esa mujer era peligrosa; aunque también tuvo que admitir que Adam llevaba parte de razón: Emily Randolph tenía un don especial cuyos seductores efectos empezaba a sentir.

CAPÍTULO XIV

Gracias a Dios era viernes y solo quedaba un día más de trabajo en esa agobiante semana en la que toda la gente con problemas de Islington y alrededores había decidido averiguar por los servicios de la agencia. Desde que había concluido la reunión del lunes, el señor Baker había desaparecido – literalmente– y Emily solo lo vio el miércoles por la mañana cuando fue a despedir a Louis a la estación Euston.

Tanto a ella como a su amigo les había llamado la atención la parquedad con la que había respondido a las preguntas de Emily y las veces que se había alejado para hablar con Oliver o verificar el vagón agregado al tren para el enviado español.

Después de haber abrazado a Louis y haberle entregado a Oliver una bolsita de naranjas confitadas, se había acercado con cautela a su jefe para despedirse; él la había observado solo por un instante con una fría intensidad que la había confundido y, después de echarle una mirada que la joven había creído recriminatoria, le había dado la espalda para subir al coche.

Había vuelto a Essex triste, cansada de no comprender qué había hecho mal. Intentó hacer a un lado el pensamiento; sin embargo, su mente no dejó de volver una y otra vez sobre el asunto al punto de que comenzó a distraerse y a tumbar cosas o a dejarlas caer con inusual torpeza. Bertrand intervino en cuanto vio su desasosiego: la llevó discretamente al despacho de Baker y la interrogó con delicadeza. Ella no se resistió demasiado y, con los ojos húmedos, le contó lo sucedido esa mañana en la estación. No le cupo duda

alguna de que se trataba de la respuesta del hombre al mensaje que le había enviado. Para distraerla, la hizo sentar junto a él y le dio tanto trabajo como pudo.

Para el jueves por la mañana, Bertrand había perdido su habitual ecuanimidad y todo lo que pedía, murmurando entre dientes una y otra vez cuando creía que Emily no lo oía, era que los malditos problemas administrativos acabaran y él pudiera ir a hablar con el sargento Moore. Emily entendió que de eso a un ataque masculino en toda la regla quedaba poco margen, así que lo alentó a que fuera a la Policía Metropolitana mientras ella se encargaba de esos asuntos “menores” de papeles y personal. Bertrand la había mirado con tal destello de alivio en los ojos, que no había podido menos que echarse a reír, acompañada por él que la abrazó y la besó como recompensa por sus buenas acciones.

Minutos más tarde, Emily recibió con gran alegría la llegada de la nueva empleada autorizada por el señor Baker. A pesar de la extrema timidez de May y su tozudez en negarse a llamarla por su nombre, las dos se llevaban muy bien y, aunque la muchacha perdía mucho tiempo en hacer cosas simples como archivar o hacer las cuentas para ayudarla con los asientos contables, para el viernes a la tarde todo estaba encaminado y no dudaba de que el sábado acabaría con los últimos asuntos. Esperaba ese día con ansia en vista de que Bertrand le había dicho que pasarían el fin de semana juntos. ¡Si hasta le había prometido enseñarle a abrir unas esposas para practicar! Además, Nora y Jack los habían invitado a cenar el domingo, lo que le había producido una ilusión muy especial puesto que, según la bella mujer había escrito atrevidamente en la esquila que le había enviado, sería una “cena de parejas”.

* * *

Se había hecho tarde y, a pesar del dolor punzante que la había estado torturando, tenía que conseguir las medicinas para el tratamiento del señor Balling por lo que apresuró el paso rogando no encontrar la farmacia cerrada cuando llegara. Por suerte todo salió bien y, en cuestión de minutos, se encontraba en camino a la liga para visitar al señor Balling para quien había adquirido unas manzanas y naranjas preciosas en un puesto callejero.

Emily asomó la cabeza por la puerta entreabierta del cuarto y comprobó si podía pasar. El hombre estaba sentado en la cama, apoyado en varias almohadas y bien abrigado. Una lámpara a cierta distancia permitía ver la macilenta cara del agente, todavía demacrada, y las manos y los hombros huesudos que asomaban por el cuello de la camisa de dormir. Lo saludó con forzada alegría y le entregó la fruta. El hombre musitó un “gracias”, puso la bolsa de papel sobre la cama y la observó mientras se quitaba los anteojos y se frotaba los ojos para aliviar el cansancio.

—¿Día duro?

—Sí. Con el señor Baker en Glasgow y Bertrand manejando la agencia además de su caso, solo quedamos las mujeres para sostener el fuerte.

Emily lo miró con afabilidad y le ofreció prepararle una fruta. Se quitó los guantes, cortó una manzana en octavos y la dispuso sobre el papel antes de ofrecérsela.

—Parece más fatigada que de costumbre —comentó Roy entre bocado y bocado.

—La herida —levantó la mano un poco y frunció el ceño—. Entre otras cosas.

—Ya veo. May se fue hace un rato; está muy entusiasmada con el trabajo.

—La agencia está creciendo y demanda mucha colaboración. La suya nos vendrá muy bien cuando se recupere —señaló la joven, que se acomodó en la silla otra vez después de enjuagarse las manos.

—No volveré a la agencia.

—¿Qué? No lo estará diciendo en serio.

—Pues sí, nunca más en serio que ahora. —El hombre se llevó otro pedazo de fruta a la boca.

—No.

—¿No? —Dejó la manzana sobre el papel con el entrecejo fruncido.

—No puede hacerle esto al señor Baker, está muy dolido por su ausencia y se culpa por ella.

—¿Él? ¿Qué tiene que ver? Fue una decisión mía.

—Desconozco las razones, pero no debe hacer que el señor Baker pague por algún intercambio de palabras sin pensar que haya habido entre ustedes; por favor, señor Balling, tiene que volver. —La angustia en la voz de la joven incomodó al hombre.

—Usted no sabe nada; no entiende.

—Claro que no, ¿cómo se imagina que puedo entender a alguien que no es lo suficientemente hombre como para aceptar sus errores y tratar de enmendarlos? —estalló sin poder contenerse.

—Ese es el problema, ¡no puedo arreglarlos! —casi le gritó con el rostro contraído por un recuerdo demasiado doloroso.

—Entonces plantéese no repetirlos y déjelos atrás —le espetó, airada, poniéndose de pie—. Deja que algo irremediable lo carcoma, lo pudra hasta reducirlo a un estado no humano que no solo afecta a su persona, sino también a todos los que lo rodeamos y lo apreciamos. Sí, tiene razón, no entiendo.

—¡Traicioné a un amigo tiempo atrás por una mujer que no lo valía!

—¡Y ahora traiciona a otro! —exclamó Emily fuera de sí ante la obcecación masculina— ¡Qué cobardía! Jamás pensé, a pesar de toda su animadversión hacia mí, que era un cobarde y un desagradecido. Y no, no quiero creerlo, me niego. El señor Baker no se merece lo que usted le hace. Entre en razón de una vez, su amistad es valiosa para él; además cuenta con el afecto de todos nosotros, ¿qué más quiere? ¡¿Qué más hay?!

Roy se quedó en silencio, agotado por la violencia del cruce, y la miró con tal desvalimiento que ella apretó el puño de su mano sana y lo relajó varias veces para calmarse. Fue hasta la jarra y sirvió un vaso de agua que le ofreció con gesto hosco; él bebió varios sorbos y se lo devolvió, asombrándose cuando ella se lo llevó a la boca y bebió también. La vio dejar el vaso y darse vuelta para caminar un poco por la pequeña habitación. Ida y vuelta. Ida y vuelta.

—Señorita Randolph, entiéndame, ya no soy quien era y no sería de ayuda para Adam. Él necesita gente que lo apoye en su sueño, como los muchachos, como usted. Yo no soy necesario.

—¿Por qué le es tan difícil ver lo que sucede a su alrededor? Señor Balling, ¡usted es parte del sueño del señor Baker! Un sueño que él concibió como un edificio sostenido en fuertes pilares; uno de esos pilares, el central, es su mejor amigo. Dígame, ¿qué es lo que sucede cuando un pilar sobre el que se sustenta una construcción cede?

—No necesita que le responda.

—Yo no, pero usted necesita oírse decirlo. Si se va, hará todo lo contrario de lo que pretende: ¡el edificio se desmoronará!

Roy sabía que no era cierto, que él no era un pilar y que su madera estaba podrida; jamás podría sostener el sueño de su amigo, solo desearle de corazón que lo lograra con aquellos que tan bien lo apoyaban, como esa joven

determinada que lo defendía con intensidad. Y sin embargo, con todos sus errores y sus debilidades, pensó, en ese último tiempo en el encierro oscuro y cálido en el que había hallado refugio, algo dentro de él deseaba creer que tenía una razón para existir; para formar parte de todo lo que sucedía en Essex junto a los demás.

—No creo, no sé.

Emily suspiró.

—Eso está bien, comienza a dudar al fin. Señor Balling, dude, piense que hay otra posibilidad distinta a la de elegir una muerte terrible.

—Pero es que he hecho tanto daño —le susurró con un hilo de voz.

—Eso ya pasó; ¿qué hará ahora para compensar su error?

La miró y, como a su pesar, estiró una mano temblorosa a la que la joven se aferró echándose casi sobre él. Le mostró los ojos húmedos y los suyos se llenaron de lágrimas. No hubo forma de contenerlas; la enfermedad lo había hecho un pelele, se recriminó antes de sentir los brazos femeninos que lo rodeaban por los hombros y lo atraían hacia el pecho suave y el reconfortante aroma a rosas. Se dejó abrazar como un niño y lloró, lloró todo su desconsuelo y su miseria, su culpa y su dolor, y el abandono que lo afligía sintiendo cómo la mujer lo absorbía y lo instaba a compartir con ella la carga que lo agobiaba.

—Cuidado con su mano —le advirtió al separarse. La tomó en las suyas que no dejaban de temblar ostensiblemente—. ¿Y usted por qué ha llorado?

—Porque, aunque sin querer, yo también he hecho mucho daño y porque tengo miedo del que pueda hacer en el futuro.

—Adam se ha ido a Glasgow entonces. —Cambió él de tema ante la peculiar confesión.

—Sí. Es un caso sencillo, pero de muy alto nivel.

—Ah, los que le gustan a él —comentó con una mueca, secándose la cara con la manga de la camisa de dormir—. ¿Cómo anda?

La expresión de confusión cruzó tan rápido la mirada de miel que Roy no podía asegurar haberla visto. Pero no hubo respuesta y la entrada de Jones hizo imposible alguna pregunta más. Tras de él entró Calvert, avanzó hacia la cama y lo saludó mientras apoyaba una mano en el hombro de la joven.

—¿Cómo te sientes, Balling? —le preguntó. El hombre solo lo miró: llevaba la vista de la cara del agente a la mano posesiva sobre el hombro femenino. Sin duda, el Monje había entendido la pregunta implícita porque sin desviar la mirada de él abarcó los hombros de la joven a su lado con su brazo.

—Mejor, aunque mis malditas manos no dejan de temblar; me siento como un estropajo.

—Tranquilo, ve de a poco.

Jones se acercó a los pies de la cama y observó a la pareja con expresión dudosa. Algo se debatía en el interior del hombretón que pareció tomar una decisión difícil.

—Emily, ¿podría ir a ver a Lydia? Creo que necesitaba hablar con usted.

—Sí, por supuesto. Permiso.

Cuando la joven salió, Jones se volvió hacia Bertrand.

—¿Qué haces?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Monje, no me fastidies, ¿qué hay entre tú y la señorita Emily?

La forma intencionada en la que Jones había marcado las diferencias entre los dos lo molestó.

—Nos queremos.

—¡Demonios! —escupió Jones molesto.

—¿Por qué te interesa?

—¿Ella aceptó tus atenciones? —La mueca indefinible del hombrón logró alterar a Bertrand.

—¿Por qué no?

—Carajo, todo se complica. Monje, entiéndeme, Baker me pidió que te vigilara y la cuidara.

—Entonces recibió el mensaje, pero no quiso aceptarlo —comentó Bertrand volviendo a su habitual actitud impasible que cada vez le era más complicado sostener.

—¿Se lo mostraste como recién a mí? —preguntó Roy con una ceja en alto y la boca curvada.

Bertrand replicó la mueca de su compañero.

—¿Por qué demonios me meto yo en estos líos?

—Hazme un favor, Jones, cuando Baker te pregunte, dile que hable conmigo. Por el momento, todo lo que voy a decir es que la amo y ella me corresponde. Nada más les interesa.

—¿Estás seguro de que te corresponde?

—Si te respondo como mereces, tendremos problemas.

—Es que ese será también un problema con Lydia; sabes, a ella no le caes...

—Ya lo sé, se encargó de dejármelo en claro.

—¡Diablos! —Fue todo lo que dijo Jones negando una y otra vez—. Baker por un lado y Lydia por el otro. ¡Vaya que estoy bien jodido!

* * *

La agencia estaba inusualmente silenciosa esa mañana de sábado en franca contraposición con el ruido y el movimiento de la calle Essex. Después de entrar, Bertrand tuvo que esperar un momento hasta que su vista se acostumbró a la semioscuridad del interior. Estaba deseando ver a Emily a la que había abandonado a su suerte los dos últimos días, pensó culpable al acordarse de los gestos de dolor por el esfuerzo de usar la mano que ella trataba de ocultarle. Había sido bastante egoísta al dejarla a cargo de todo mientras él respiraba el aire fresco de la calle, por lo que estaba empeñado en compensarla de alguna forma.

Llegó al despacho de Baker e hizo sonar la campanilla.

—Ven, quiero contarte del caso Trenton.

Obediente, ella buscó una silla; Bertrand fue a ayudarla colocándola cerca de él.

—Después de la charla con la señorita Powell, Baker había dicho que intentáramos con la Policía Metropolitana por lo que fui con Primm a ver al sargento Moore y le comenté lo que habíamos hecho hasta este momento; a cambio, él nos proveyó una dirección de Sarah Conlon que no figuraba en la

lista que te mostré. Coincide con nosotros en lo peculiar del asunto del bebé y quedó en averiguar sobre el hijo para descartar o avanzar con nuestra idea del asesinato de Abigail para apropiarse de su bebé.

Ella asintió y él sacó una libreta de la que leyó una dirección: Gordon Place 13 en Kensington.

—Eso es muy cerca de los Jardines Reales —apuntó Emily segura—. Entre Campden Grove y Pitt.

—Según parece, estuvo viviendo allí antes de casarse con Conlon. Los investigadores encontraron ese domicilio por accidente. Uno de los médicos forenses escuchó hablar a Moore y a otro policía e identificó el nombre; recordó haber conocido a un colega que era el médico de cabecera de la señora Conlon, de soltera Perry, cuando niña y se comprometió a averiguarles el domicilio. El colega estaba en el extranjero, pero su enfermera se avino a darle la información que constaba en los registros de atención de los Perry.

—Vaya cadena de eventos —murmuró Emily.

—Fui a ver la casa y estaba deshabitada. Sin embargo, parece ser que a principios de abril, la señora Conlon se quedó dos o tres días.

—¿Acompañada?

—Nadie vio ni oyó nada que apoyara la idea de que tuvo algún tipo de compañía.

—Si fue ella, pudo haber dejado al bebé en otro lado.

Unos golpes en la puerta de comunicación interrumpieron la conversación. May asomó la cabeza y, después de disculparse, anunció a Jack que la tomó por los hombros y la apartó para poder entrar. Bertrand lo saludó desde su asiento.

—Vaya, esperaba encontrarlos en un tórrido abrazo y los veo a inconcebible distancia uno del otro. Sí que saben aprovechar el tiempo.

—¡Jack! Estamos trabajando.

—“Mucho trabajo y nada de diversión hacen de Jack un muchacho aburrido” —citó el viejo proverbio inglés que incluía su nombre con una expresión burlona.

La pareja no pudo evitar reírse mientras el agente colocaba una silla junto a la joven.

—¿Cómo está Nora? —le preguntó Emily, la risa bailándole aún en los labios que según Jack pudo comprobar, eran un imán claro para su compañero hechizado con la boca femenina y todo lo que la rodeaba.

—Radiantemente insoportable —contestó complacido—. Ya lo comprobarán en la tranquila velada familiar del domingo. ¡Ah, esto es terrible, vean a qué estado de aburrido sometimiento he sido llevado!

Volvieron a reír. Bertrand se permitió unos segundos de charla intrascendente con los dos. Después hablaron sobre la suspensión temporal del matrimonio de la pareja para esperar la vuelta de los agentes y la mejora de Balling. Luego, Bertrand le comentó lo que había estado hablando con Emily.

—Por eso estoy aquí —señaló él—. Ayer acompañé a Nora a ver a su abogado por asuntos financieros y el hermano del pomposo leguleyo le ofreció la compra de una casa desocupada, muy bien ubicada, a precio menor del valor real. Nora le preguntó dónde se encontraba la propiedad y la dirección que le dieron me llamó de inmediato la atención: Gordon Place.

—¿Nuestra Gordon Place?

—La misma. No quiero tenerlos en suspenso. —Hizo una pausa a propósito mientras se acomodaba en la silla—. Gordon Place 13.

—¿Qué? —exclamó asombrada Emily.

—Según dijo, la dueña está decidida a venderla con urgencia y la ha puesto a menor precio.

—Eso sugiere que tal vez Sarah Conlon nunca...

—... ha dejado Londres —terminó la frase Emily—. Pero la pregunta ahora es...

—... ¿dónde ha estado viviendo? —completó Bertrand.

—Ustedes asustan un poco, lo saben, ¿no? —inquirió Jack, observándolos con una ceja alzada.

La pareja giró la cabeza hacia él al mismo tiempo y lo miró con compartida extrañeza lo que lo convenció de su conexión no natural desde aquella vez de la lavandera asesinada.

—¿Cómo averiguar el domicilio?

—Fingiendo una compra —sugirió Bertrand—. Quizás la señora Arden pueda hacerles creer que está considerando adquirir la casa y que hará el depósito correspondiente en el banco de la propietaria.

—Y así sabremos dónde tiene la cuenta; buena idea —aceptó Jack.

—Si logramos obtener la información, podremos acotar la búsqueda. Sí, Emily, lo sé, es correr un albur, pero no hay nada más —se adelantó Bertrand al reclamo de la joven lo que aumentó la aprensión de Jack sobre el vínculo que los unía.

—Entonces eso es lo que hay que hacer —concedió ella.

—Hoy ya no —comentó Jack—, será mejor que pensemos el asunto y lo arreglamos el domingo.

La conversación viró a la salud de Balling. La pareja le contó que el agente iba mejorando, aunque le habían quedado secuelas de los ataques y todavía temblaba sin control o se despertaba con pesadillas; aun así, el pronóstico del médico era alentador. Emily se decidió a comentarles la charla con el agente sin abundar en detalles personales y los hombres coincidieron en que sería una buena medida reintegrarlo a la actividad en cuanto pudiera. De todas formas, apuntó Bertrand, todavía tenía que encontrarse con Baker y ese sería el punto decisivo a partir del cual se sabría cómo seguiría la vida de Roy Balling en adelante.

CAPÍTULO XV

A medida que avanzaba la primavera y los árboles se llenaban de brillantes hojas nuevas, igual que la gente de renovadas energías, el ritmo de la ciudad dejaba su lento paso invernal para sumergirse en el activo renacimiento que caracterizaba a la estación. Todo reverdecía: no solo la vegetación, sino también las emociones que se sentían a flor de piel, como si necesitaran salir del espacio corporal en el que se habían hallado confinadas por casi seis meses.

Las estrictas normas de comportamiento que debían seguirse en las relaciones comenzaban a perder un poco de su rigidez y, más hacia la época estival, desembocarían en formas de convivencia algo más relajadas, sobre todo en el lado de la calle en que Emily se encontraba ahora.

Sentada junto al gran ficus que acababa de regar, con la ventana abierta para que la planta pudiera absorber luz y calor, meditaba perdida en sus pensamientos sobre los sucesos del intenso fin de semana. Comenzó por recordar lo bien que la habían pasado el sábado después de cerrar la agencia e ir a comer algo para luego llegarse a la casa de Bertrand y recibir su primera lección sobre apertura de esposas. Había estado emocionada cuando él le había manifestado con cada gesto y cada atención lo mucho que le agradaba que ella estuviera a su lado. Le había parecido tan natural ordenarle la habitación y que él le sirviera té y le ofreciera alguna de las galletas que había comprado para ella mientras hablaban, que disfrutó el simple placer de su compañía. Algo similar le había sucedido a él que había exhibido una expresión relajada y feliz en todo momento. Habían pasado la tarde entretenidos en los tipos de esposas conocidos y las características de sus cerrojos, que él le había explicado con suprema paciencia, y luego ella había

practicado con los cuatro modelos que él tenía y con algunas cerraduras de cajas. Bertrand le había mostrado publicaciones y catálogos. Para jubilosa sorpresa de ella, le había prometido que también le enseñaría a abrir cajas fuertes, incluso las más modernas que no necesitaban de ganzúas.

Antes de las seis, después de tomar un refrigerio ligero y tardío, decidieron visitar a Roy Balling. Cuando llegaron a Packington, saludaron al portero y en el pasillo de la liga se encontraron con Lydia, acompañada por un silencioso Jones que intentó advertirles lo que se venía sobre ellos.

La pareja entró tomada del brazo sin ocultarse de la mujer que los observaba con gesto ceñudo. Hicieron caso omiso de la tensión reinante y saludaron.

—¿Dónde estaban? —preguntó Lydia sin ceremonias.

—Estudiando —respondió suavemente Emily.

—¿Cómo?

—Bertrand me estaba dando una clase sobre...

—¡Ja! —exclamó con tono triunfal Lydia—, me imagino qué clase de instrucción te estaría dando.

—No, no se lo imagina —intervino Bertrand con tono seco.

—Sí que lo hago, señor. —Hizo una pausa como si dudara de la calidad de “señor” de su interlocutor y luego siguió airada—. Y creo haberle dejado en claro la última vez que hablé con usted que no debía hacerse ilusiones respecto de Emily, ¿o no lo hice?

—No dejó lugar a dudas del interés en su bienestar —dijo entre dientes sin perder la compostura.

—¿Entonces? ¿Hay alguna razón por la que haya desestimado mis comentarios y se haya decidido a arruinar la buena reputación de una joven dama?

En un ejercicio de supremo autocontrol, Bertrand evitó responderle.

—Usted no está a la altura...

—Suficiente —Emily intervino con una firmeza que no daba lugar a réplicas—. Lydia, no puedo creer tu comportamiento. No tengo idea de qué supones que pasó esta tarde en casa de Bertrand, pero...

—¿En su casa? —gimió la mujer con los ojos abiertos.

—Todo su equipo y herramientas están allí.

—¡Dios mío! ¡Eso es terrible! ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Sola en el cuarto de un hombre soltero que tiene intenciones incorrectas hacia ti? Ay, por Dios, tu buen nombre, muchacha, tu honra.

—Puedo entender que no suene bien lo que acabo de decir y de que quizás haya sido una decisión temeraria de mi parte, pero te doy mi palabra de que no ha sucedido nada indecoroso, más bien lo contrario —intentó explicar con expresión tan serena como la tensa situación le permitía.

—¡Por el amor de Dios, Emily, escúchate! Tú, una joven de irreprochable familia y moral intachable has dejado en manos de este hombre tu reputación.

—Su reputación estuvo resguardada conmigo en todo momento. No soy el depravado que usted imagina; ella y yo nos queremos, acéptelo y refrene sus comentarios.

—Bertrand —susurró Emily.

—No voy a disculparme —le advirtió con ojos tormentosos; hasta dirigió una mirada determinada a Jones, testigo silencioso del intercambio, desafiándolo a que objetara sus palabras.

Puños le hizo un gesto de impotencia a Emily, ella le sonrió débilmente y se volvió hacia Lydia que se hallaba en tieso silencio, toda dignidad ofendida y agudo desagrado entrecerrándole los ojos.

—Lydia, debes creerme cuando te digo que Bertrand ha sido respetuoso y gentil conmigo.

—Hasta que consiga lo que quiere.

Bertrand siseó, pero no dijo nada.

—Eres muy injusta con él; es bueno, responsable e inteligente y lo quiero —terminó la sencilla defensa del hombre que, aun en su enojo, le dirigió una mirada cálida.

—Entiendo que en tu inocencia lo veas así, pero sé que este hombre no está a tu altura; ni siquiera Louis Montrose o el señor Baker lo están, aunque resultan preferibles; al menos ninguno de los dos ha matado a un compañero a sangre fría —concluyó la frase enviando una mirada desafiante a Bertrand que había girado de golpe la cabeza hacia ella, demudado, como si en ese momento lo hubiera impactado a él aquella bala maldita de aquel maldito día más de diez años atrás.

—¡Lydia! —exclamó Emily azorada por el indigno comentario.

—¡Lydia! —se escuchó el rugido de Jones al mismo tiempo y la mujer sintió lo sola que había quedado contra todos.

—¿No entienden? —intentó explicar—. ¿Qué clase de persona hace algo así? ¿Y qué no será capaz de hacerle a una joven indefensa que cayó en sus redes?

Bertrand no necesitó defenderse, si es que hubiera podido hacerlo.

—Esa acusación que has hecho sin conocimiento real de lo sucedido no es algo que habría esperado de ti. Me avergüenzas, Lydia —la reconvino Jones.

Pálido, Bertrand continuó sumido en silencio. Escuchaba a las personas hablar, pero no entendía lo que decían; había vuelto por un minuto al aciago instante en que Crudupp recibía la bala y se llevaba la mano con azorada lentitud a la herida en el costado izquierdo que ya había manchado de sangre su uniforme.

—Fue un accidente —musitó con un hilo de voz y hasta su acusadora se sintió lo suficientemente mal como para experimentar algo de arrepentimiento.

—¡Pues claro que sí! No hay más que decir, Monje, tranquilo. ¡Lydia, vámonos! —ladró Jones.

La actitud perentoria del agente sacudió a la mujer y provocó que lo mirara asombrada con un dejo de enojado respeto que la llevó a bajar la cabeza y salir detrás de él. Sin saber qué hacer, Emily le ofreció a Bertrand que la esperara mientras saludaba a Balling. Él se negó; iría a ver a Roy, luego la acompañaría a su casa.

La visita de la pareja no fue fácil, a pesar de todo el esfuerzo que ella hizo para conversar como si nada hubiera pasado. Roy había oído lo sucedido en el pasillo y miraba a su compañero con profunda compasión. Habría resultado una tarea ímproba cambiar lo que ya se había dicho y, cuando los dos dejaron al agente, el ánimo de Bertrand era lúgubre y se veía deprimido.

Caminaron sin hablar hasta Dame. Para el momento en que alcanzaron las escaleras de entrada, Emily había tomado una decisión de la que esperaba no arrepentirse. En el momento en que él se despedía, ella le buscó la mano y se la sujetó con fuerza.

—¿Podrías hacerme un favor? Tengo hambre y no podré hacer mucho con la mano lastimada. ¿Me prepararías algo antes de irte? —Bertrand le dirigió una mirada vacía, pero asintió.

En el departamento, él buscó una lámpara y la prendió. Luego se quitó la gorra y la dejó sobre el vajillero seguido por la mirada seria de la joven que confirmaba la decisión tomada al ver la naturalidad con la que se integraba en su vida. Le pidió que se acomodara mientras salía un momento.

En la planta baja, los suaves golpes en la puerta fueron respondidos de inmediato por una Lydia llorosa. A pesar del enojo hacia su amiga, no pudo evitar preguntarle si se sentía bien.

—Abe estaba muy enfadado, me retó por mi comportamiento con él —le explicó secándose una lágrima y cabeceó hacia el piso de arriba dando a entender que sabía que Calvert estaba allí.

—Tiene razón, has estado innecesariamente cruel con Bertrand. Ese episodio del pasado lo ha hecho muy sensible, ni siquiera puede ver un arma sin descomponerse y se niega a estar cerca de alguien armado. Imagínate su reacción cuando supo que Louis me enseñaba a disparar y cuando me vio hacerlo. —La joven hizo una pausa; suavizó la expresión antes de preguntar—. ¿Por qué lo tratas así?

—Tú no lo entiendes, ese hombre es peligroso porque será un lastre para ti —afirmó contundente—, nunca volverás a tu familia si dejas que él... Una joven honrada y noble como tú se atará para siempre a un hombre arruinado que no te dará aquello a lo que estás acostumbrada. Por él tu familia no podrá recibirte de nuevo; podrán perdonar unos meses con ese extraño trabajo que haces, pero no que lleves a alguien de tan bajo estrato al seno de una familia como la tuya. Sé que quieres volver, Emily, lo sé. No arruines la oportunidad por cualquiera de ellos. Sabes que no están a tu altura y jamás lo harán.

La afligida confusión que la embargó fue tan evidente que Lydia intentó seguir la argumentación segura de poder convencerla, pero la joven, indignada consigo misma por permitirse la duda, se recompuso y se lo impidió con un gesto. Con reservada dignidad, se puso de pie y le agradeció sus buenas intenciones. Antes de salir, se detuvo y giró la cabeza hacia la mujer que la observaba con triste afecto.

—Agradezco lo que haces, Lydia, pero, a partir de ahora, me encargaré de mis errores y mis aciertos. Eres una verdadera amiga, y desearía que continuáramos con nuestra amistad, pero significa que debes aceptar mis decisiones. Y eso incluye a Bertrand.

La mujer se la quedó mirando.

—Así será —dijo.

Apesadumbrada, Lydia la vio salir con grave y digna compostura y cerrar la puerta tras de ella.

* * *

Al volver con la convicción de lo que haría afianzada en su interior, se encontró las luces encendidas, la ventana abierta y a Bertrand colando el té. En una sartén, se freían unas lonjas de jamón con dos huevos y el pan de esa mañana se calentaba sobre la estufa. Se apoyó contra el marco de la puerta para observarlo: lo vio adusto, compenetrado en la simple acción de cocinar. Llevaba puesto un delantal mal abrochado en el cuello y trasuntaba una tristeza y una melancolía que la sacudieron como si fueran propias. Estaba herido y la necesitaba. Cambió de posición y el roce de la falda llamó la atención del hombre.

—¿Tienes familia, Bertrand?

Hubo una reacción de ligera sorpresa ante la pregunta inesperada, pero el cabeceo negativo fue inmediato.

—¿Quieres decir que toda tu familia soy yo? —susurró yendo hacia él con una expresión cálida—. Mm, cuánta responsabilidad.

Se puso tan cerca que podía sentir su respiración tibia entrando y saliendo ligeramente alterada. Le indicó con un gesto de la mano que dejara el colador, luego le tomó la muñeca y llevó el brazo a la espalda de ella para que se lo pasara por la cintura. Él obedeció con triste seriedad, pero, al menos, sus ojos no tenían la expresión vacía de un momento atrás.

—Será mejor que retire la sartén del fuego. —Intentó separarse, pero ella no se lo permitió: lo acompañó hacia la estufa. Aún con ella pegada al cuerpo, tomó los panes calientes con la mano libre y los colocó en un plato seguido por la mirada femenina. La observó con el entrecejo fruncido.

—¿No tenías hambre? —intentó soltarse de nuevo, pero sin éxito—. ¿Qué pasa, Emily?

—No me decido.

—¿Quieres otra cosa?

—No, tengo todo lo que quiero aquí, es solo que no sé si probar primero la comida... o a ti.

Después de sorprenderlo con la frase, le pasó el otro brazo alrededor del cuello, lo atrajo y le dio un beso suave y prolongado en la boca, permitiéndose acariciarle la nuca con la mano derecha. Percibió con cierto resquemor la rigidez, pero siguió y volvió a besarlo despacio, hasta demorarse en la forma de los labios masculinos.

—Tu casera terminará por tener razón si no me dejas.

Hizo caso omiso y volvió a besarle mientras paladeaba los labios que manifestaron un ligero temblor.

—Basta, Emily, compórtate.

—¿Seguro? —Oyó Bertrand antes de que ella comenzara a besarle la comisura de la boca, la mejilla, el contorno de la barbilla que comenzaba a sentirse excitantemente áspera, la piel tensa del cuello. No supo en qué momento la enlazó por el talle y la apretó contra él ni cuándo ocultó la cabeza en el hueco del cuello femenino para absorber su calor y su energía. Sentía la profunda necesidad, mezclada con desesperación, de tenerla fundida en su cuerpo, de tocar piel con piel. Un instante de lucidez impidió que continuara e hizo otro intento por soltarse, que ella impidió buscando de nuevo su boca.

—Emily —murmuró—, detente por tu bien.

—Te quiero —le susurró junto al oído antes de ofrecerle los labios.

No se esperó la mordida algo fuerte que recibieron antes de ser besados, pero la sacudida que sufrió su cuerpo fue placentera. Había desatado un huracán y apenas se tenía en pie mientras él le recorría el rostro y descendía por el cuello con besos encendidos. Con mano hábil, Bertrand le soltó los botones superiores del vestido de muselina hasta el inicio del valle entre los pechos dejando a su entero gozo la garganta y parte del hombro, los que recorrió con la misma seria dedicación que había ofrecido a su rostro. Ella lo dejó hacer, inclinando la cabeza para que tuviera fácil acceso. “Esto lo distraerá”, pensó, entendiendo que ella pronto perdería el hilo de sus ideas. Lo último que pudo recordar más tarde fueron las manos que la acariciaban mientras la besaba con pasión como si estuviera explorando caminos para llegar al mismo destino final de su rendición al placer del contacto.

La respiración se tornó irregular y los ojos se cerraron; detrás de los párpados veía chispas de colores. Una sensación eléctrica la recorrió y pronto fueron oleadas de ellas desprendiéndose desde el centro del vientre hacia las extremidades. Jadeó asustada cuando una de las manos masculinas bajó por

su cadera hacia el frente, hasta ubicarse por encima de la falda entre las piernas para presionar suavemente. La humedad entre los muslos la hizo gemir y supo que ese ruido había provocado que él apretara la otra mano en su nalga y la atrajera hacia él. Mientras la besaba, Bertrand se frotó contra ella lo que aumentó la extraña y atemorizante sensación en esa zona de la que tan poco sabía. Cuando él apretó su frente duro contra el pubis, ella no pudo resistir tal tensión y exhaló un breve sonido de temor.

El gemido detuvo la sangre de Bertrand en sus venas y comprendió de pronto hasta dónde se había dejado llevar. No podía separarse de golpe por lo que solo retrocedió lo suficiente: resultaba difícil estar tan cerca y contenerse, pero lo logró. Con la cabeza otra vez en el maravilloso refugio del cuello femenino, aspirando su aroma, Bertrand le habló con voz ahogada y grave.

—Hoy no es el mejor momento para esto. No debiste besarme, yo no debí dejarte.

—¿Creíste que podías detenerme?

—Fuiste tú la que me detuvo a mí —la corrigió con tono aún tenso.

—No quise hacerlo, es solo que me asusté, pensé que sería distinto.

—¿“Lo pensaste”? ¿Después de todo lo que te advirtió Lydia Zachary? Eres imprudente.

—No quería que te fueras.

—¿La cena fue una excusa? —le preguntó levantando apenas la cabeza para enfocarla y distraerse al instante con la mirada de miel dorada—. Esos ojos, ¡bendita sea! Eres mi perdición, Emily Randolph, lo sabes, ¿no?

—Ojalá tuviera más experiencia. Quería complacerte, que ya no pensaras en el pasado. No me gusta verte atormentado, Bertrand. Si puedo cambiar eso de alguna manera...

—Y esta fue la forma que elegiste. —Hizo una mueca—. Me estás diciendo que cada vez que esté mal, tú te entregarás a mí.

Emily se ruborizó por lo indecoroso y ridículo del razonamiento y miró su boca. Era tan seductor cuando sonreía, pensó hechizada por la expresión viril e infantil que exhibía. Un beso más.

—Quieta, Emily, no respondo de mí —le advirtió; se separó y le sujetó las muñecas.

—Quiero pedirte algo.

Él suspiró con pesadez.

—Quédate conmigo esta noche.

El sobresalto del hombre fue manifiesto, congelado frente a la mujer que le había pedido lo que más deseaba y lo que menos podía darle si quería cumplir su promesa de respetarla. Le soltó las muñecas.

—Te ruego que no sigas. ¿Quieres causarme más daño? ¿Te complace torturarme? —le preguntó con expresión de dolida desconfianza.

—¡Claro que no! —aseguró con tanto énfasis que terminó por aceptar que la mujer que amaba estaba demasiado inconsciente de lo que provocaba—. Es que sé que te necesito tanto como tú a mí.

Eso era de lo que hablaba Primm, recordó Bertrand, de esa capacidad de compartir un sentimiento como si estuvieran unidos por un hilo invisible.

—No podré responder a tu confianza, amor.

—Sucederá lo que deba suceder. —Se encogió de hombros.

—¿Estás segura? —quiso saber con un atisbo de cauteloso optimismo poco habitual en él. Por su mente había pasado como un rayo la idea de que si él la hacía suya, ella no se iría, no podría, ¿verdad? Quizás esa fuera la solución a lo que Emily le había planteado el día de la tormenta. Después de hacer el amor, eventualmente se casarían y ella sería suya hasta el fin—. ¿No es compasión?

—Sí y no. —Fue la corta respuesta a ambas preguntas.

—Piénsalo bien; debes entender las consecuencias de algo así —le ofreció con el corazón encogido.

—¿Desafiar las convenciones? Es terrible, ¿verdad? Asusta.

Bertrand contuvo el aliento. Ella siguió su razonamiento con la cabeza inclinada a un costado, el gesto dulce y concentrado.

—¿Seríamos capaces de enfrentar el escándalo de ir contra las normas de una sociedad tan rígida?

—¿Tú que crees?

—¿Lo harías?

—No soy yo quien perdería sus privilegios.

—¿Qué tan fuertes piensas que somos?

—Soy hombre, no tengo nada y nada pongo en juego; la gente no se fijará en mí, pero tú...

—¿Serías lo suficientemente fuerte para darme apoyo si lo necesitase?

—Te daría mi vida si me la pidieses.

Ella bajó los párpados ante la mirada atenta que parecía querer adivinar su pensamiento. Se mordió los labios en esa actitud de pitonisa que sabía adoptar y se balanceó mientras pensaba. Su respuesta fue pegarse al cuerpo del hombre y abrazarlo. Él exhaló con fuerza y la envolvió mientras le besaba la frente. Sin preocuparse por la cena ya fría, se encaminaron al dormitorio, tomados de la cintura.

—Espera —dijo ella y Bertrand se detuvo alarmado—, hay que asegurar la puerta y apagar las lámparas, ¿podrías ocuparte?

Él respiró liberado del peso en el pecho y fue hacia el pequeño hall. Emily aprovechó a entrar en la estancia para ver que estuviera ordenada. Estaba en tal estado de nerviosismo que no sabía lo que hacía; esa noche, todo cambiaría para ella y debería hacerse cargo de las consecuencias de esa decisión.

—Última oportunidad —se sintió obligado a decir Bertrand desde el umbral de la puerta—. Entiendes que no hay vuelta atrás si continuamos.

—¿Puedo quedarme con el lado derecho?

Él asintió y entró en los dominios femeninos con cierta aprensión. No era como otras veces con otras mujeres; esa vez se trataba de la persona que amaba y con la que quería pasar el resto de su vida. Ella le mostró donde dejar la ropa y se fue al cuarto de baño.

—Mañana tendré que ir a mi cuarto a cambiarme para la cena con Primm.

La puerta se entreabrió y la voz algo nerviosa de Emily llegó hasta sus oídos.

—Sería mejor que fuéramos juntos a tu casa y te esperara. Así tomaremos un solo coche desde allí.

—De acuerdo —aceptó dejando la chaqueta y el chaleco en la silla.

Una sensación de pacífico bienestar lo embargó; toda la aflicción por la discusión y las palabras de Lydia Zachary se habían ido desvaneciendo con solo estar junto a ella y hacer cosas tan simples y cotidianas como cocinar o desvestirse. Se forzó a evocar la imagen de Crudupp, pero el dolor que sentía al hacerlo, parecía estar a distancia, imposibilitado de afectarlo por la presencia bienhechora de la mujer que amaba.

Los pasos lo despertaron del ensueño que lo había dejado detenido a mitad del proceso de desabrocharse los botones del cuello de la camisa. La miró con afecto, y ella esquivó la vista, ruborosa.

—Puedes usar el baño.

—Tendrás que disculparme por la barba, pero no tengo mis cosas conmigo —se excusó mientras se frotaba la barbilla y ella iba a la silla para acomodar la chaqueta en el respaldo—. ¿Tienes una toalla?

—En el baño —respondió de espaldas—. ¿Podrías ayudarme con los botones antes?

Al dar la vuelta hacia él, Bertrand comprobó que las mejillas femeninas ardían surcadas por dos pinceladas de rubor. Asumió la mayor seriedad posible, desabotonó el frente del vestido y luego soltó la parte de atrás para que tuviera mayor movilidad. No la dejó, a pesar de sus protestas, hasta que se quitó el vestido, la jaula de crinolina, las faldas y el corsé. Abrazada a la última saya que él le había desatado, Emily se cubrió con ella la ligera camisa interior llena de puntillas y sus calzones de lino bordados, que él contempló con ojos admirativos, y esperó con aire melindroso a que entrara en el baño para dejarla caer y correr al armario en busca de un camisón. “Ahora conocerá de ti más de lo que te gustaría exhibir, no sé qué tanto te preocupas”, se recriminó avergonzada, mientras aguantaba una puntada en la mano herida. Sin saber qué locura se había apoderado de ella, y ruborizada a más no poder, se sacó la ropa interior y los calzones. Recogió las prendas y las dobló descuidadamente dentro del armario; dispondría de ellas al día siguiente.

—¿Lista? —La sobresaltó la voz masculina distancia.

En cuestión de segundos, corrió a la cama, separó las sábanas y se metió de un salto. Sentada, se tapó hasta el cuello y con dificultad pudo emitir un “sí” tembloroso. Bertrand salió en ropa interior y fue hacia la silla para dejar lo que llevaba en la mano. Emily concentró la atención en el cuerpo y en la forma en que los músculos de sus piernas se tensaban cuando caminaba hacia la ventana.

—Dejaré abierta la ventana, es mejor que entre aire.

Emily asintió en la semipenumbra en la que había caído la habitación al apagarse la última lámpara. Con solo los rayos de luna que habían entrado por la ventana, vio la silueta masculina que se acercaba hacia el lecho, los movimientos para quitarse la última prenda y sintió el peso del otro lado. Supo que se había acomodado bajo la sábana cuando dejó oír un grave sonido de placer.

—¿Dormirás sentada?

La oscuridad le dio confianza; soltó la sábana para deslizarse dentro del lecho, incómoda porque su camisón no bajaba del todo con ella. La sensación del calor masculino en el costado le puso la piel de gallina.

—Ten cuidado con tu herida. Quizá sea mejor que cambiemos de lugar, no quisiera lastimarte si me muevo de noche.

Bertrand entendió el avergonzado silencio que crecía con cada muestra de intimidad y se dispuso a ser paciente.

—Espero que no estés asintiendo o negando porque no puedo verte.

De algún lugar profundo y remoto, la joven logró sacar un sonido.

—Está bien así.

—De acuerdo. Ven. —Bertrand giró un poco de costado y extendió el brazo para que ella se acomodara. Boca arriba, ella se deslizó sobre la espalda y se acurrucó en el hueco cálido que le ofrecía, puso la mano vendada a resguardo sobre el vientre.

—Relájate, solo estaremos así un rato, es probable que nos quedemos dormidos —la tranquilizó. No tardó en ponerse a hablar de cosas intrascendentes para distraerla—. ¿Tuviste alguna noticia de Montrose?

—No, apenas una tarjeta postal diciendo que estaban pasándola muy bien. No es justo.

—¿A qué te refieres?

—A que yo, fatigada como estaba en Croydon, me tomé tiempo para escribirle una carta de siete carillas y él solo me envió una pequeña postal diciendo: “Estamos bien, divirtiéndonos”.

—Ya veo. ¿Cuándo vuelven? —preguntó mientras le acariciaba distraídamente un hombro.

—Deberían estar aquí el martes, pero no sé: el señor Baker no me ha enviado instrucciones.

—No te preocupes. —La mano se deslizó desde el hombro por el brazo y después de rozar la muñeca se dejó caer sobre la cadera femenina—. Son grandes y saben cuidarse.

—Espero que todo esté bien.

—Si te refieres a Baker —comentó pasando de la cadera hacia más atrás, apoyándose en la nalga; Emily se giró hacia él automáticamente sin darse cuenta del movimiento espontáneo, lo que le facilitó abarcarla mejor. La mano quedó dueña absoluta de la zona que comenzó a acariciar con suavidad —, ya debe de habersele pasado lo que fuera que tenía.

—¿Y si no fue así?

—Puedes hablar con él; debemos hablar los dos —sugirió mientras la mano se ubicaba en la parte posterior del muslo y empujaba la pierna hacia las suyas. Toda esa estrategia que estaba desarrollando en beneficio de ella le impidió darse cuenta de que la joven lo escrutaba con suma seriedad.

—Algo en tu frase me dice que su trato hacia mí puede estar vinculado contigo —comentó suspicaz.

—Me olvido de tu perspicacia —aceptó sin dejar de acariciar el cuerpo ya laxo que se entregaba.

—¿Te refieres a mis habilidades de bruja? —Puso la mano derecha en el pecho desnudo de él.

—Me refiero a tu desarrollada capacidad de observación —la corrigió.

Ella se acurrucó más contra él y lo dejó que siguiera con sus masajes como justo premio por las elogiosas palabras, olvidada de las razones del enojo de su jefe. Pronto él estuvo besándola y ella aceptando los besos con creciente pasión.

Los siguientes dos minutos fueron empleados para darle todo el gusto posible, la besaba en las porciones de piel que el severo camisón le permitía. Las sensaciones de calor y humedad volvieron con rapidez a ella que se sintió desfallecer con cada roce de la cadera masculina. El solo contacto de la piel desnuda contra sus piernas, desprotegidas de la tela del camisón, le provocaba esos jadeos, esos gemidos que parecían azuzar en él una respuesta encendida que aumentaba con cada beso y cada caricia. En el momento en que se ubicó entre sus piernas, sintió por primera vez toda la pasión y la dureza de un hombre. Se estremeció de temor y anticipación. Pero él no hizo más que rozarla y alejarse para dedicarse a acariciar su vientre por debajo de la tela de su ropa de dormir. La acarició un rato exasperantemente largo, según consideró, y luego volvió a rozarla con su miembro. La reacción

involuntaria de Emily fue subir las caderas para ir al encuentro y, en ese movimiento, creyó ver la sombra de una expresión complacida en la boca masculina.

—Sabes que puede dolerte, ¿verdad? —le susurró cerca del oído.

Ella se tensó; Bertrand se apresuró a asegurarle que haría todo lo posible porque no fuera así, por inevitable que fuera la primera vez.

—¿Qué debo hacer?

—Dime si lo que hago te agrada. Trata de disfrutar.

Él fue acariciándola, le depositó besos en todas partes, que ella aceptó con gemidos de placer. Cuando probó a colocar la mano entre las piernas, supo que eso no le era grato por el momento. Volvió a las caricias hasta que ella terminó por aceptar y hasta pedir que llegara a lugares más profundos y recónditos.

Estaba concentrado en el proceso y sentía como propio el goce de ella de tal manera que, cuando Emily le susurró que deseaba complacerlo también, apenas si la escuchó. Solo cuando ella lo acarició casi tan atrevidamente como él hacía, reaccionó exhalando un gruñido de satisfacción y avanzó hacia la mano femenina, lo que llevó a la joven a reiterar su movimiento entre las piernas de él.

—¿Qué haces? —apenas pudo balbucear.

—Mmm.

Fue todo lo que le entendió antes de que rozara su miembro y lo llevara a perder el control y a arremeter contra ella buscando la entrada.

No tardó en encontrarla. Sintió la duda, pero la acalló con palabras cariñosas y caricias ligeras y excitantes que le permitieron volver a entrar un poco más hasta encontrar la natural resistencia. En voz muy baja le dijo al

oído lo que sucedería la siguiente vez y, cuando ella asintió, la besó e ingresó de una con fuerza controlada. El grito quedó ahogado en la boca de Bertrand que se desesperó por mitigar su dolor con palabras suaves y besos. Sintió las uñas clavársele en la espalda, y el suave dolor lo excitó. Después de unos segundos de tensa quietud, se retiró y volvió a entrar, repitiendo el movimiento hasta llegar a la culminación con una exhalación grave.

Sabía que ella no había obtenido mayor placer, pero nada podía hacer al respecto esa vez. Con un cansancio pleno de satisfacción, se dejó caer de costado, jadeante, y estrechó a su silenciosa compañera. El silencio persistente lo alertó.

—¿Te lastimé mucho? —preguntó al buscarle los ojos en la semipenumbra—. Emily, respóndeme.

El sonido de un llanto suave que ella trataba torpemente de controlar lo desarmó.

—¿Qué te he hecho, amor?

—Nada.

—¿Por qué lloras entonces? Pasará, ya verás.

—No, no me hiciste daño. —Por fin logró decir cuando se calmó un poco—. No lo disfruté tanto como tú, pero estuvo bien. Es solo que...

—¿Que qué?

—Que es una sensación extraña y pavorosa, no exenta de dolor, pero también llena de poder y excitante... ¿Está bien que diga esto? —le preguntó y se la imaginó ruborizada.

—Solo cuando hablas conmigo —le respondió con un dejo de aliviada diversión.

—Bien, es excitante y parece que por un instante fuéramos uno sin dejar de ser quienes somos.

—¿Estuviste pensando todo eso?

—Cuando comenzó a doler, traté de pensar en otra cosa —confesó en un murmullo.

La respuesta y la idea consecuente no lo satisficieron demasiado, pero se prometió que la próxima vez sería mejor para ella. El cansancio los embargó y los dos se acomodaron, abrazados, para dormir. Sin importar nada más, se entregaron al sueño con compartida fatiga.

CAPÍTULO XVI

El calor que ingresaba esa mañana de mayo por la ventana de la agencia era tan placentero que Emily terminó por dejar la silla junto al ficus que acababa de regar para ponerse de pie e ir hasta la ventana con la intención de disfrutar del sol. La agencia abriría en media hora, todavía tenía unos minutos antes de acomodar la oficina para recibir al señor Baker cuando regresara.

Mientras gozaba del clima, volvió a evocar la madrugada del domingo después de la noche en que había decidido ser de Bertrand. Vencidos por el cansancio, los dos se habían dormido y nada había interrumpido su sueño hasta el día siguiente. Quizás había sido el trinar de un pájaro o algún ruido de la calle que ingresó por la ventana abierta de la habitación lo que la había despertado alrededor de las cuatro y ya no le había permitido volver a conciliar el sueño. A su espalda había podido sentir el calor del cuerpo masculino y la sensación le había provocado una contradictoria mezcla de temor y seguridad. Por un instante, el temor había preponderado: ¿qué sucedería si Lydia tenía razón y Bertrand no quería saber de ella después de la noche anterior? ¿Qué podía tener ella que atrajera al hombre a su lado cada día del resto de sus vidas? ¿Habría una vida juntos? Su familia podía buscarla y entonces, ¿qué sucedería con ellos?

Pensar en su padre le causó un espasmo de angustiosa vergüenza. Lo que acababa de hacer no era propio de una mujer decente; para ser sincera, ya no podía pensar en sí misma como tal, ¿no? ¿Tendría que enfrentar un destino como el de Abigail o Prudence Fenton?

La confusión en sus deseos y pensamientos la había agitado a tal punto que había sentido la necesidad de levantarse. Mientras iba al cuarto de baño, se había dado cuenta de un hecho fundamental: ella no era ni Abigail ni Prudence, víctimas de las circunstancias, era Hope Emily Winston-Davies y sabría enfrentar lo que viniera. Solo esperaba sentir la misma convicción, la misma fuerza cuando sucediera lo inevitable.

Después de asearse, había salido en puntas de pie hacia el armario de donde había sacado ropa interior, elegido un corsé ligero que se cerraba al frente –como la mayoría de los modelos franceses que usaba–, una de sus faldas escocesas, una blusa y un par de sayas. Con el montón de ropa apretado torpemente con su brazo sano contra el cuerpo, arrastrando a duras penas la jaula de crinolina, había intentado volver al baño para cambiarse.

—¿Puede saberse que estás haciendo de pie a esta hora, amor?

La voz grave y algo pastosa la había sobresaltado, y la montaña de ropa que cargaba se le había comenzado a caer. Cuando intentaba recoger una prenda, otra se le escapaba por entre los dedos o los brazos. Cuanto más nerviosa y avergonzada se ponía, más torpe se volvía. El gemido de dolor hizo correr a Bertrand en su ayuda.

—¿Te das cuenta de que aún no amaneció? ¿Por qué no vuelves a la cama?

Emily se había estremecido de solo pensar que Bertrand estaba a su lado, tan desnudo como ella, como si fuera lo más natural del mundo. Había agradecido que todavía estuviera bastante oscuro, se había mordido los labios y no había tardado en reconocer que se estaba comportando como una tonta.

—Vamos, tenemos unas horas más para descansar.

Con el rostro bañado por el sol, Emily sonrió al recordar esa frase. Lo que menos habían hecho al acostarse había sido descansar; su cuerpo podía dar testimonio de la acción apasionada que siguió al inocente abrazo que ella le

dio y con el que pensó que se dormirían juntos.

Por el momento que duró la seducción previa y el juego, olvidó los temores y se dedicó a seguir el consejo de Bertrand de disfrutar. Para cuando los dos se acariciaban sin control y se besaban con pasión, ella ya no podía coordinar dos ideas seguidas. Solo podía reconocer con la piel, los oídos, la nariz y hasta con la lengua una miríada de sensaciones que nublaban su cerebro: el hombre que la tomaba y la modelaba a gusto estaba igual de perdido en la pasión que ella. El aroma masculino, su sabor salado, la humedad de su piel, la tensión y el calor de su cuerpo, todo era captado por Emily que absorbía la información con el solo objetivo de aumentar su propio placer.

Aun con la aprensión inconsciente de la posibilidad del dolor, se había dejado penetrar deseosa de sentirlo fusionado a ella otra vez. La sorpresa al darse cuenta más tarde de que no recordaba haber sentido más que placer, había complacido a su compañero y la había tranquilizado.

Gracias a Dios que cualquiera que la viera en la agencia en ese momento con el rostro arrebolado lo achacaría al sol y no al recuerdo de esa mañana de domingo, pensó avergonzada. El calor que recibía era tan delicioso y energizante como lo que había experimentado con Bertrand. Le había permitido acariciarla de una forma tan indecorosamente íntima, lo había dejado tomarla con esa brusca firmeza con la que hacía todo y no había sentido más que alegría y deseo renovado; ¿en qué clase de mujer depravada se había convertido?

Dejó el sitio en la ventana y caminó hacia la siguiente planta. Esperó a que los ojos se habituaran a la luz interior y, mientras tanto, llevó a la memoria los hechos que siguieron al gozoso momento de la consumación como si los estuviera reviviendo.

Se despertaron una hora más tarde; bueno, en realidad ella lo hizo ya que él solo protestó diciendo algo ininteligible desde su posición semioculta en el hueco del cuello de Emily y luego volvió a dormirse. Aun cuando hubiera

querido levantarse y correr feliz por las calles de Islington, no pudo moverse de la cama; cada vez que lo intentaba, él gruñía una amenaza velada de esposarla a la columna y volvía a caer en el sueño abrazado a ella, su rostro cerca del suyo, el aliento cálido rozándole los pechos.

En ese momento compartido, Emily no quería que los pensamientos anteriores volvieran y como no podía descansar porque estaba llena de una extraña energía, se dedicó a acariciar el brazo que Bertrand le había puesto encima para evitar que ella siguiera moviéndose. Rozó la piel y jugó con el vello; luego tomó cada dedo y lo masajeó lenta y delicadamente.

—¿De dónde sacas tanta energía?

—No sé, nunca había experimentado esto antes.

—Eso lo sé yo —aseveró posesivo y la abrazó contra él con tanta fuerza que Emily protestó—. Lo siento, me olvido de que eres delicada como una porcelana.

—Eso no es cierto —se quejó—; me confundes con otra mujer.

Lo que acababa de decir repicó en su mente provocándole una ligera aflicción. Bertrand se puso boca arriba y la llevó con él acomodándola sobre su pecho.

—Ha habido algunas mujeres, nada serio, como habrás visto; pero no debes preocuparte, tú serás la única para mí de ahora en más.

Ella lo miró de costado.

—Lo verás, amor, ya lo verás— afirmó con serena convicción.

Suspendieron toda conversación y disfrutaron del momento que vivían. Poco antes de las seis, Bertrand ya no sabía qué hacer para que Emily dejara de moverse. La había dejado jugar con el vello de su pecho, que se sentara y le diera besos en la cara, acariciar su cuerpo hasta donde era seguro y no

podía emplear otra forma de distraerla como la de un rato antes porque no quería lastimarla. Por haber sido la primera vez, ya habían hecho más que suficiente.

—Eres bastante inquieta —le comentó al cabo de un rato de tratar, sin éxito, que se recostara—. Está bien, nos levantaremos si eso quieres. Esperaba que pudiéramos dormir algo más; a mi edad necesito recuperarme después de tanta actividad, pero contigo dando vueltas, me será imposible.

Ella rio con alegría echándose sobre él para darle un beso. Después saltó de la cama para tirarse de cabeza sobre el camisón que yacía en la silla cerca de la mesa de luz y se lo puso tan rápido como pudo. Bertrand siguió los movimientos tendido en el lecho con los brazos cruzados detrás de la cabeza, admirado del cuerpo femenino y de los gestos de modestia con expresión complacida. Ajena a ser el centro de la apreciación masculina, tomó la ropa sobre el secreter de camino al baño, le avisó que tardaría un tiempo en cambiarse que él podría aprovechar para dormir un rato si lo deseaba y no volvió a aparecer hasta media hora después. Cuando se acercó a la cama, Bertrand dormía con una respiración acompasada y suave. Al cubrirlo con la sábana, experimentó una sensación extraña de felicidad y anticipación, aunque, si le hubieran preguntado por qué, no habría sabido dar una respuesta precisa. Era una vaga, difuminada intuición que no quiso analizar por no volver a ideas pesimistas.

Dejó la habitación en puntas de pie y en las otras estancias, se dedicó a ordenar un poco. Cuando ya no había más por hacer, tomó la decisión de ir a comprar el periódico, el pan y algunos bollos para el desayuno de Bertrand en una pastelería pequeña pero bien provista de Linton y Coleman.

Volvió contenta, con una sensación de satisfacción y alegría que le batía en el pecho como un redoble de tambor. Mientras ascendía por las escaleras, tarea harto difícil si una quería levantar la falda para subir los escalones y tenía una mano herida y la otra ocupada, Emily no pudo dejar de preguntarse con consternación qué sucedería si Lydia se enteraba de lo sucedido. Cualquier pensamiento sobre ese asunto quedó relegado una vez que entró:

dejó las cosas sobre la mesa y, desde allí, pudo ver a través de la puerta de la cocina que el agua hervía en la estufa, silbando y dejando salir el vapor por la tapa y el pico.

Bertrand apareció de pronto solo con su pantalón, descalzo. Traía el cabello mojado y una toalla sobre los hombros. Se quedó un momento sorprendido al verla y luego fue apresurado a la cocina.

—Lo siento, dejé hervir el agua.

Emily lo siguió con una mirada embelesada que lo incomodó; no se consideraba atractivo como para que una mujer —cualquiera, pero en especial esa— lo observara con ojos más que apreciativos.

—No te encontré cuando desperté.

—Dormías, y no quise molestarte. Fui hasta la pastelería de Linton — explicó mientras iba hacia él para abrazarlo por la cintura y apoyar la cabeza en su pecho.

Suspiró encantada aspirando el masculino aroma combinado con su jabón de rosas. Él bajó la cabeza, le buscó la boca para darle un beso y se retiró al instante en que oyó la leve protesta femenina.

—Disculpa —se excusó mientras pasaba una mano por la mandíbula—, todavía no he podido afeitarme.

—Está bien —apuntó feliz de disfrutar ese momento tan íntimo—. Traje el periódico, en unos minutos te tendré algo para que desayunes.

Bertrand inspiró profundo hasta llenar los pulmones, más que satisfecho por la atención que recibía de ella. Pero no estaba en sus planes lastimarla cada vez que la besara —y planeaba hacer lo segundo seguido—, por lo que debería intentar afeitarse de alguna forma.

Después de luchar contra su barba por varios minutos con la navaja de bolsillo, terminó de quedar medianamente afeitado. El fuerte aroma del jabón de rosas lo envolvía y lo seguía adonde fuera. El pensamiento le extrajo una carcajada: terminaría pareciéndose al Dandi si seguía usando las cosas de su mujer. Ya olía como uno de esos petimetres de Hyde Park o Kensington, pensó con un estremecimiento y volvió a reírse con fuerza.

Emily lo imitó sin saber la razón. Sabía que esa sensación no sería eterna ya que solo reflejaba los efectos de esa primera cercanía, pero era justamente por eso que debían aprovecharla y disfrutarla, se le ocurrió mientras colaba el té. En los siguientes minutos, todo fue acomodado sobre la mesa y pronto los dos se hallaban comiendo con ganas los bollos frescos mientras conversaban de la cena de esa noche. Arreglaron cómo irían al departamento por la tarde para que él pudiera cambiarse y darse una afeitada decente. En ningún momento comentaron nada sobre el futuro en un acuerdo tácito de no oscurecer la felicidad del presente. Sabían que había varios asuntos que deberían definir, pero todavía no querían romper la magia que vivían. Finalmente convinieron en pasar por la liga y ver a Balling e incluso comentaron la posibilidad de preguntar al doctor Parker si su paciente podría salir a caminar un par de calles con ellos para disfrutar del clima de primavera.

La mañana pasó tranquila en un ambiente de paz doméstica que aquietó el espíritu de Bertrand de tal forma que llegó a convencerse de que solo Emily podía alejarlo de los recuerdos que lo atormentaban y darle una vida de serenidad y amor. Ella lo había hecho sentar en el sillón y le había ofrecido el periódico mientras se dedicaba a revolotear por la habitación y el baño ordenando todo. La única vez que él se había asomado al cuarto para ver qué hacía, la había encontrado observando con expresión entre curiosa y mortificada la sábana de la cama por lo que la dejó sola para que acomodara sus pensamientos.

Después de almorzar, descansaron un rato y luego salieron rumbo a la liga donde pasaron un par de horas charlando con May y Balling y hasta lograron que el agente aceptara caminar un poco por Packington con ellos tres. La ropa

le colgaba de manera poco favorecedora, y él se sentía muy débil, pero el entusiasmo de sus visitantes lo alentó a salir.

El sol brillaba y la temperatura era muy aceptable por lo que el breve paseo hasta la esquina y de vuelta al cuarto, no obstante ser cansador para el enfermo, le elevó el ánimo. Se sintió mejor y la depresión que habitualmente lo paralizaba y lo hundía, se había despejado un poco. No tardó Emily en improvisar una mesa de juego para pasar el rato con el mazo de cartas francesas que había llevado. Consiguieron sillas y Balling les estuvo enseñando a jugar al “pochen”, un juego de cartas que le habían explicado unos marineros alemanes. Al cabo de una hora, ofuscado, Balling terminó por arrojar las cartas sobre la mesa para diversión de sus compañeros porque “no se podía jugar contra una pareja en la que una leía la cara de los oponentes y el otro tenía un rostro impasible que no permitía adivinar nada”.

Después de tomar té juntos, Bertrand y Emily se despidieron explicándoles que debían prepararse para ir a cenar con “los Primm”. La joven saludó a Roy y le recordó por lo bajo que debían hablar de su vuelta a la agencia. Él asintió. Notó que la pareja se veía feliz y tranquila después del terrible momento del día anterior; esa joven Randolph era toda una hechicera, pensó sorprendido por el cambio del Monje. Aunque mejor era no preguntarse cómo lo había logrado.

Al abrirse un par de horas más tarde la puerta de la casa de Nora Arden, futura señora Primm, el mayordomo los hizo pasar sin demora. Tomó el pequeño bolso y el chal de Emily bajo la mirada atenta de Bertrand que observó el trato deferente que recibía del empleado: el hombre estaba entrenado para reconocer a una dama cuando la veía. Él le entregó el sombrero que reemplazaba a su tradicional gorra y llevándola del brazo, entraron en la sala. Bertrand –que solo conocía el recibidor de una visita anterior– no estaba preparado para enfrentarse al delicado lujo francés que exhibía la estancia y, si no hubiera sido por su natural impasibilidad, habría pasado por un campesino en la corte de Windsor, boquiabierto ante los numerosos detalles de femenina magnificencia.

Jack y Nora los esperaban en la sala: en cuanto el hombre los vio entrar, se puso de pie y avanzó hacia ellos con una cálida sonrisa de bienvenida. “Se siente como si hubiera vivido aquí toda la vida”, observó Bertrand, envidioso de la seguridad de su compañero al ver al hijo del prestamista que lo había obligado a vivir en la miseria desempeñarse en ese ámbito refinado con toda la soltura y la naturalidad que le faltaban a él. Como siempre, el Dandi vestía para la ocasión con gran gusto lo que lo hizo sentir tan fuera de lugar con su traje sencillo que apenas si pudo contener el deseo imperioso de dar la vuelta e irse.

Y para culminar la incomodidad que experimentaba, el objeto más hermoso de la colección, la futura señora Primm, lucía como un ángel del paraíso con un glorioso vestido de gasa celeste que le daba una cualidad casi feérica. Jack y su prometida eran en verdad una pareja deslumbrante y su hijo sería, sin duda alguna, otro ser áureo como ellos. Para su asombro, la anfitriona los recibió con gran cortesía y abrazó a Emily con indisimulado afecto. Por un instante, ambos se sintieron escrutados por los dueños de casa que los sometieron a una evaluación dedicada.

—Tienes razón, Jack —aceptó Nora con una voz muy suave.

El aludido sonrió de costado y levantó una ceja en su dirección. Luego se volvió a ellos.

—Disculpen este análisis descortés —se excusó riéndose—. Acabo de ganarle una discusión a mi futura esposa, y eso no tiene precio.

—¿De qué se trata? —preguntó Emily.

—Verá, le aseguré a Nora que ustedes dos eran una pareja perfecta por la forma en que se complementaban entre sí, y ella dijo que no creía que tal posibilidad existiese. Le aseguré que no me equivocaba, por lo que quedamos en que hoy resolveríamos quién tenía razón.

—Y tengo que admitir que, al verlos juntos, no cabe duda —comentó Nora con una mirada cargada de intención—. Ustedes son una pareja perfecta... ahora.

El arrebató de vergüenza tiñó las mejillas de la mujer más joven de manera impiadosa; Emily tuvo que forzarse en emplear todos los recursos sociales aprendidos para salir de una situación tan embarazosa. A su lado, Bertrand guardaba un silencio cerrado.

Jack se apresuró a ofrecerles algo de beber y pronto las mujeres estaban conversando juntas en el sillón mientras ellos se acercaban a la chimenea.

—Ya hablé con Nora, y no tiene problema en ayudarnos.

—Bien.

—¿Noticias de Montrose?

—Se divierte.

—¿Han visto a Balling?

—Sí.

—Y... —Jack echó una mirada extrañada a su compañero—, ¿cómo se encuentra?

—Mejor.

—Por favor, Calvert, no voy a pasarme toda la noche tratando de sacarte algo más que palabras sueltas. ¿Quieres decirme qué te pasa?

Bertrand aspiró y exhaló con fuerza mientras miraba el vaso que tenía en las manos sin tener idea de qué era el líquido en su interior.

—No sé qué voy a hacer.

—¿No es lo que querías?

—Sí, pero estoy comenzando a preocuparme. Ni ella ni yo podemos hablar del futuro por ahora y si siguiéramos juntos y tuviera que ofrecerle algo así —hizo un gesto breve con la mano abarcando el lugar—, un ambiente al que pertenece, en el que se desenvuelve con tanta naturalidad, jamás podría hacerlo. Me temo que, al aceptar hacerle el amor, he sido un maldito egoísta.

Jack se quedó cortado por la confesión del hombre de habitual parco y reservado. Lo vio llevarse una mano a los ojos para frotárselos con el índice y el pulgar en un gesto entre frustrado y cansado para luego enfocar su vista en él con una expresión cargada de culpabilidad.

—No tengo nada que ofrecerle.

—Eso no es cierto; tienes algo que ella quiere.

—Una vida sencilla de trabajo y nada más.

—No lo creo.

—Probablemente me haya aceptado por compasión —tiró la idea que lo atormentaba sorprendiendo a Jack. ¿Acaso no había dicho que se entregaría a él cada vez que lo necesitara?

—¡¿Qué dices?! Esa mujer te ama, Calvert; basta con verla cuando está contigo.

—No lo sé, es demasiado buena y generosa, ya ves cómo salta a ayudar a quien lo necesita sin pensarlo demasiado: con Montrose, fue aliviarle la distancia con los suyos y la necesidad de afecto familiar con su amistad; con Baker, ayudarlo a cumplir su sueño de la gran agencia de investigaciones y recuperar a su amigo perdido; contigo, evitar que te colgaran y... bueno, ya lo sabes, vas a casarte con la mujer que quieres y tendrás una familia porque ella intervino. Fíjate Balling, lo rescató de la muerte para que vuelva con

Baker; hasta a la muchacha Peters ha tratado de meterla en la agencia para reemplazar a la familia que perdió. Para que Jones no esté solo, lo ha relacionado con su casera. Y conmigo...

—¿Contigo?

—A mí busca salvarme de mí mismo, supongo. Pero en algún momento se dará cuenta.

—¿De qué? —preguntó algo perdido Jack.

—De lo que dijo Lydia Zachary, que soy un obstáculo para ella.

—¿Y qué si no fuera nada de lo que piensas? —le planteó—. ¿Si fuera que te necesita tanto como tú a ella?

—¿Qué quieres decir?

—Que no conoces realmente sus razones para estar contigo. Quizá si hablaran...

—¡No! —exclamó y agregó con amargura—. Podría enterarme de que tengo razón.

—O de que no. Sé que no te gusta apostar y menos aquí donde no hay certezas, pero estoy seguro de que ella es para ti. Si tú pudieras verlos desde afuera... La charada del comienzo sobre la pareja perfecta fue porque le conté a Nora cómo me asombraba la forma natural en que ustedes completaban sus oraciones y cómo se complementaban cuando analizaban algún caso. Nora dijo que eso solo no los hacía perfectos, pero ya escuchaste lo que comentó hace un momento. Observamos una conexión especial entre los dos, no creo que sea simple compasión de un lado y desesperación amorosa del otro.

Bertrand buscó los ojos de su compañero tratando de dilucidar si decía la verdad o solo buscaba confortarlo.

—Déjate de idioteces, Monje, piensas demasiado. Relájate y disfruta: ella parece dispuesta a hacerlo; antes de que te des cuenta, estarás felizmente casado con la mujer que amas.

Giró la cabeza hacia el sillón donde las mujeres conversaban animadamente. Era tan distinguida y capaz, tanto más de lo que él merecía que no pudo relajarse como le aconsejaba Primm, pero intentó al menos no presionarla ni presionarse. En ese momento preciso, el objeto de sus pensamientos, destinataria de sus emociones más profundas, levantó la cabeza y le dirigió la más radiante mirada que lo llevó a olvidar por un segundo cualquier prevención que hubiera cruzado su mente. Le sonrió levantando una comisura y su vista quedó prendida en esa combinación de almendra y miel dorada que eran sus ojos.

—Al parecer dejaste bien satisfecha a tu dama, Monje —comentó Jack volviendo a su natural lascivo—. Y quién te dice que, en circunstancias inesperadas como en la que yo me hallo metido ya, no tengas que salir corriendo a salvar el honor de tu doncella.

Bertrand lo miró evaluativo y luego retornó a la contemplación del rostro femenino que no podía evitar voltearse cada dos segundos a buscarlo. Quizá Primm tuviera razón. Ojalá.

CAPÍTULO XVII

Volvió al presente después de recordar lo último que había pensado esa noche después de despedirse de Bertrand: se sentía feliz, su presente era hermoso y se ocuparía de lo que pudiera devenir a su debido momento. Justamente en esa decisión estaba pensando, de pie junto al ficus de la sala de recepción de la agencia el lunes por la mañana cuando oyó la campanilla de la puerta. Minutos después, la señora Walloski subía las escaleras con la correspondencia en la mano. Uno de los sobres era una carta que le enviaba Louis y otro era un telegrama de Glasgow en el que el señor Baker avisaba que volverían a fin de esa semana ya que el enviado real de España hallaba la ciudad escocesa “extremadamente entretenida” y deseaba permanecer con su escolta unos días más.

“Malas noticias para Bertrand”, pensó con una mueca.

* * *

Se dedicó a atender a la gente que esa mañana en particular entró una detrás de otra sin darle ni un minuto de respiro. En algún momento de la ajetreada jornada, alcanzó a ver a alguien que le llamó la atención entre los que aguardaban: la actitud, el porte y los gestos condecían con el tipo de un investigador –ahora podía distinguirlos con facilidad– y, a pesar de la

expresión pétrea, pudo notar que el hombre miraba a su alrededor como si estuviera observando el entorno con algún propósito. Lamentablemente, cuando volvió a la sala más tarde, descubrió que ya no estaba.

No pudo seguir pensando en el hombre porque debió dedicar su atención a dos severos y dignos representantes del Ministerio de Guerra con un asunto de suma urgencia. Su expresión de contrariedad al saber que Baker estaba en una misión en Glasgow fue evidente. Emily apenas pudo convencerlos de convenir una cita para esa tarde a las seis con Bertrand.

Las consultas y pedidos continuaron hasta media tarde y, cuando atendía al último cliente, vio a Bertrand y a Jack que iban al despacho principal. Al entrar ella en la oficina, Jack comenzó a ponerse de pie: lo detuvo con un movimiento de la mano y una sonrisa. Fue hasta el escritorio con los papeles de las entrevistas; los dejó junto a la carpeta que tenía Bertrand frente a él. Antes de que pudiera separarse, él se levantó y la tomó de la cintura para acercarla y darle un beso rápido en la mejilla. Se ruborizó por el gesto íntimo delante de Jack, pero el Dandi solo esbozó una mueca simpática mientras se repantigaba en el sillón. Aún con la sensación de las manos de Bertrand que le entibiaban la cintura, comenzó un relato sobre las entrevistas y concluyó con la visita de los enviados del Ministerio de Guerra. Calvert se acodó sobre el escritorio con expresión reflexiva. Después de un momento, le entregó una nota que había sacado del bolsillo interior de la chaqueta. Emily la leyó y una corriente eléctrica la recorrió; Bertrand la observaba, asintió cuando la joven lo miró a los ojos, excitada.

—Ella lo tiene.

—¿Quién tiene qué? —inquirió Jack atento al peculiar intercambio.

—Sarah Conlon secuestró al hijo de Abigail —aclaró Emily y Bertrand explicó:

—Moore averiguó que Stephen, el hijo de Sarah y Guy Conlon, nació en julio de 1855 y, desde ese momento a la fecha, ninguno de los interrogados puede dar razón de su paradero, lo que daría sentido, basándonos en los comentarios de su amiga Harriet Powell, al hecho de que muy probablemente sea su cuerpo el que encontramos. Si bien no hay indicación del fallecimiento del niño, el que no exista registro de defunción o sepultura podría ser indicador de que el pequeño murió y su madre usó su cuerpo para hacer el eventual cambio. La edad aproximada y las características del bebé encontrado conciben con las del hijo de Conlon.

—Sí, hay una lógica macabra en la idea —aceptó Jack con una mueca—. Conoció a Abigail Trenton por esa época, sola, sin familia y a punto de dar a luz. La tomó bajo su protección, fingió ayudarla y la llevó a ese edificio aislado donde la instaló. Después de que el niño nació, creyéndola sin amparo alguno en vista del desinterés de la familia, la mató y se quedó con su hijo para reemplazar al perdido.

Emily se estremeció ante el horrible relato. De mutuo acuerdo, los varones decidieron cambiar el curso de la conversación.

—Al menos vamos consiguiendo más pistas —dijo Bertrand.

—¿Cómo fue la reunión con el abogado de Nora?

Jack le contó que se habían hecho pasar por amigos de Guy Conlon que se habían enterado de su muerte tras volver del extranjero y que habían preguntado al abogado si podía facilitarles la dirección de la viuda para hacerle llegar una nota de pésame. El director les había informado que la señora Conlon estaba mudándose a Saint John's Wood y, por el momento, las comunicaciones se las hacían a la oficina de correo de Finchley. Ellos habían ido hasta la calle y la habían recorrido a lo largo. Detectaron dos oficinas de correo: una en el cruce con la avenida Upper y la otra en la calle Circus.

Por la obsesiva afición de la mujer a los niños pequeños que había declarado la señora Powell, Bertrand había optado por la de Circus en vista de la proximidad de una escuela dominical, otra congregacionista y, en Blenheim Place, a corta distancia, un pequeño asilo para infantes.

—Pero aun si conocemos la oficina, ¿cómo saben cuándo pasará por allí? Pueden transcurrir días, quizás semanas. —Emily se corrigió de inmediato—. No, necesita el dinero para iniciar una nueva vida con el bebé; estará esperando una notificación del banco sobre la venta y verificará con frecuencia.

Bertrand asintió; ante el razonamiento compartido, Jack le dirigió una mirada burlona.

—Esta tarde fuimos a Circus —comenzó a explicar Jack—, donde los empleados identificaron a la Conlon como una cliente regular que retira sus envíos de la oficina y comentaron que era usual que pasara los miércoles a ver si tenía correspondencia. Bertrand obtuvo una descripción algo vaga de la mujer mientras yo le dejaba un sobre cerrado para justificar nuestras preguntas.

—Oh, pero eso es muy bueno. Solo hay que esperar que vaya a la oficina postal y seguirla.

—Sí, apostaremos a uno de los agentes.

—¿Cómo sabrá que es ella?

—Tendrá que usar su criterio; lo poco que sabemos es que tiene unos treinta años de edad, cabellos oscuros, piel blanca y baja estatura.

—¡Pero ha de haber cientos de mujeres en Londres que coinciden con esa descripción! —objetó Emily—. ¿No podría la señora Powell brindar algún dato distintivo? ¿O darnos un retrato?

—No creo que quiera hacerlo si con eso pone en problemas a su amiga —apuntó Bertrand escéptico—. Mucho menos si está involucrada de alguna forma.

—En fin, no será fácil identificarla; es una lástima que los agentes postales suelen ser insobornables —apuntó Jack.

—¿Y qué hay de la casa en venta? —sugirió de pronto Emily.

—¿A qué te refieres?

—¿Podríamos visitarla? Como interesados en su compra, quiero decir. Dijeron que se vendía amueblada.

Los ojos de ella brillaban y pronto los de él también lo hicieron en una comunicación sin palabras. Jack negó incapaz de creer que Calvert no viera la evidente conexión entre ambos.

—¿Para ver si todavía hay algún cuadro o algo de interés que nos permita reconocerla? —sugirió Bertrand con una mueca de costado. Ella asintió vigorosamente, y él no pudo evitar sonreírle con afecto.

—Si estoy de más, solo tienen que decirlo —bromeó Jack desde su asiento —, aunque te recuerdo, Calvert, que en breve tienes una entrevista con los del Ministerio de Guerra.

—Jack, ¿podría preguntarle a Nora si mañana me acompaña a visitar la casa de Conlon? Ella es quien figura como interesada.

—Desde luego. Arreglaré con el abogado también y le mandaré aviso esta noche con la hora en la que estará disponible. —Luego se volvió a Bertrand—. ¿Qué harás con los que vienen ahora?

—Escuchar y luego ver si podemos intervenir nosotros o si deben esperar a Baker. Me gustaría que estuvieras presente, Emily, y sería una buena idea que uno de los recaderos se quede hasta que termine la reunión en caso de

que tengamos que enviar un telegrama urgente a Glasgow.

Emily asintió y salió del despacho para aprontar todo.

* * *

La algarabía de la fiesta en las habitaciones del lujoso hotel Town House de Glasgow reservadas por el enviado real de España era tal que apenas se podía escuchar al que se tenía al lado. Una docena de hombres y mujeres se hallaban en ese momento sentados a la mesa en el improvisado comedor instalado, en beneficio de la privacidad de los distinguidos huéspedes y sus acompañantes, en una estancia usada habitualmente como recibidor de las habitaciones principales. Los hombres contaban historias subidas de tono, y las mujeres festejaban cada palabra con risas mientras bebían champagne y escuchaban la pequeña orquesta que amenizaba la velada.

Con todo el ruido y el escándalo, nadie oyó al pequeño botones que golpeó la puerta varias veces; solo se dieron cuenta de su presencia cuando se acercó a uno de los caballeros y lo tocó en el hombro. El hombre lo escuchó y, a continuación, apuntó con el dedo hacia Baker, Oliver y Louis. El pequeño se dirigió sin dudar hacia el mayor y le entregó el telegrama. Tras darle un rápido vistazo, Adam se excusó con el anfitrión y dejó la sala seguido por los agentes.

—Debo volver —les indicó en el pasillo—. Ustedes continuarán con la tarea hasta el jueves y ese día retornarán a Londres. Montrose, queda a cargo. Compórtense; recuerden que representan a la agencia.

—No se preocupe, señor Baker. Estaremos atentos.

Adam asintió con un cabeceo y entró a su cuarto. Se encontraba inmerso en una mezcla contradictoria de sentimientos ya que deseaba volver a la agencia y verla, pero se negaba a enfrentar la terrible realidad que había llegado a comprender después de varias noches sin dormir: si bien Emily sentía un respetuoso afecto por él, no lo quería de la forma en que él a ella. Si tan solo hubiera actuado antes, volvió a pensar una vez más, habría logrado cumplir su deseo. Se pasó una mano por los cabellos, desarreglándolos: de nada valía pensar en lo que no podía ser; tenía que lidiar con la situación y seguir adelante. Después de mucha cavilación, terminó por aceptar –con una sensación de profunda humillación y el alma apesadumbrada– que prefería tener a Emily a su lado, aunque amara a otro hombre, que dejar de verla.

* * *

La reunión con los hombres del ministerio fue breve y los agentes propusieron iniciar las investigaciones preliminares que necesitaban en el Departamento de Cartografía y Planimetría hasta tanto llegara Baker quien ya había sido convocado y había confirmado su arribo para el día siguiente. Antes de irse con los hombres, Bertrand se despidió de Emily; no creía que pudiera verla de nuevo ese día: quién sabía qué encontrarían en el ministerio y hasta qué hora deberían permanecer allí.

Con las notas tomadas durante la reunión, Emily decidió que haría un informe para el señor Baker quien, de acuerdo con el telegrama recibido una hora atrás, llegaba a Euston a las 13.27. Iría a buscarlo y le daría la información allí por si deseaba pasar primero por el ministerio. Esperaba que Nora y ella pudieran ver la casa Conlon por la mañana, ya que luego estaría muy ocupada reportándole a su jefe todo lo hecho durante su ausencia y comentándole sobre las cartas de solicitud y las referencias que había

recibido en respuesta a los avisos publicados. Solo para el día miércoles, tenían siete entrevistas confirmadas y, para el jueves, seis. La fama de la agencia había ido difundiéndose sin duda.

Mientras ella confeccionaba los informes, May revisó la agenda del día siguiente y se ocupó de que la oficina del señor Baker estuviera impecable. Terminaron tarde y decidieron ir juntas hasta la liga para que Emily pudiera saludar a Roy Balling.

Después de pasar un buen rato conversando con él, se despidió y, con paso ligero y feliz, por el estado actual de su vida, Emily emprendió la vuelta por la calle Windsor hacia Rheidol mientras pensaba en el afecto de sus amigos y en el amor de Bertrand que iluminaban su existencia. Caminaba distraída y, solo cuando estaba a punto de doblar la esquina hacia Dame, se dio cuenta de que era seguida. Una sensación de temor la embargó, pero trató de calmarse porque supuso que nada le sucedería en el corto trayecto que le faltaba, sobre todo porque a esa hora todavía había bastante gente en la calle y nadie se atrevería a hacerle algo ante tantos testigos. Apretó el paso. En dos minutos estaba subiendo las escaleras de la entrada. Desde la puerta se volvió para echar un vistazo discreto en derredor y, aunque no pudo distinguir nada sospechoso, el sentimiento de estar siendo observada no la abandonó. ¿Sería su imaginación o la vigilaban?

* * *

La estación estaba en plena actividad y la gente iba y venía por los andenes sin detenerse.

Había llegado veinte minutos antes del arribo del tren y se había sentado en uno de los bancos de hierro del andén. Mientras esperaba, repasó el retrato fotográfico que una hora antes había tomado prestado de la casa de Sarah

Conlon.

Había sido hecho en un estudio y reflejaba claramente el profundo vínculo de Sarah con su bebé: mientras su esposo observaba fijamente al fotógrafo con el niño en su falda, ella no podía quitar la mirada arrobada de su hijo. No se veía ningún gesto de afecto hacia el hombre al que ni siquiera rozaba, pero, aunque tampoco había contacto con el pequeño Conlon, la mirada femenina hablaba a las claras de la íntima unión que tenía con el pequeño.

Emily echó un vistazo rápido al reloj de la estación: las 13.15, todavía tenía tiempo.

Por la edad del bebé, el retrato era relativamente reciente –unos siete meses atrás– y en él la mujer lucía como de unos treinta y cinco años, de rasgos regulares, mediana estatura, algo regordeta, de apariencia cuidada y cabellos oscuros recogidos. Su esposo, por el contrario, era alto y delgado, lucía tenso y ya exhibía síntomas de la enfermedad en lo que se veía como la última etapa, de la que Emily había leído un poco en la biblioteca de la Escuela Universitaria de Londres en la calle Gower: el cabello ralo desparejo, marcas en la piel de la cara e incluso hasta una mancha oscura bajo el hueso de la mandíbula y otra en la mano que sostenía al bebé que se parecían a los dibujos de las pústulas que había visto en los libros. Era probable que él le hubiera contagiado a su esposa la enfermedad y alguno de los dos –o ambos– bien habría podido transmitírsela a su hijo, se le ocurrió después de permanecer un buen rato con la vista fija en la fotografía. Solo rogaba que, si Sarah Conlon estaba enferma según creía, el pequeño hijo de Abigail no hubiera sido contagiado.

El tren llegó puntual. Emily guardó el retrato con un suspiro de cansancio. Se puso de pie; tras ajustarse los lentes, observó cada puerta que se abría y a los pasajeros que descendían de los compartimentos. Pronto el andén se llenó de gente; la tranquilidad se alteró con las personas que buscaban a un changarín, saludaban a alguien o pedían permiso para pasar. A pesar del

movimiento, no le fue difícil identificar la figura alta, robusta y decidida que se abría paso con el bolso de viaje en la mano. Lucía seguro como siempre, pensó con una mezcla de prevención y alegría al volver a verlo.

El contento debía estar muy bien expresado en el rostro femenino porque, cuando Adam la reconoció, tras el asombro inicial, su corazón se saltó un latido y no pudo evitar sonreírle.

El feliz alivio que expresaba Emily al observar la actitud de siempre en él también fue evidente para el hombre que se dejó llevar por el momento y le tomó la mano derecha mientras la miraba con intensidad a los ojos. Ella se ruborizó por ser la destinataria del gesto y se soltó rápido.

—Señor Baker, bienvenido.

—Gracias, Emily. El placer de ver que ha venido a recibirme es... —Se cortó trabado por la imposibilidad de encontrar una palabra que definiera lo que experimentaba ante la generosidad de la joven que parecía haber olvidado su injustificable tratamiento de la semana anterior.

—Ya lo extrañábamos.

Él la observó un instante y le ofreció el brazo. Tomaron el primer coche disponible; antes de ordenar el destino al cochero, Emily le entregó el informe sobre la entrevista que Bertrand y Jack habían tenido con los funcionarios ministeriales. Tal y como ella supuso, el señor Baker le dio al cochero la dirección del Ministerio de Guerra y se acomodó en el asiento mientras la escuchaba contarle lo acontecido en la reunión. Cerró su breve discurso con un:

—Anoche fueron al ministerio y eso es todo cuanto sé.

—¿Esta mañana no volvieron a la agencia?

—No lo sé, señor Baker, lo lamento. Tuve que hacer una averiguación por el caso Trenton y luego vine a buscarlo; aún no he vuelto a la oficina.

Él asintió e hizo una veloz lectura del informe. Ella le comentó en pocas palabras lo que había pasado durante la semana pasada, aunque evitó hablar de los avances en el caso Trenton, que competían exclusivamente a Bertrand, y le mencionó las entrevistas. Se hizo un breve silencio antes de que Emily le preguntara:

—¿Les ha ido bien en Glasgow?

—Sí —respondió y la miró: absorbía cada detalle del rostro fresco y bonito. Como un relámpago, llegaron a su memoria las noches que había pasado con una de las mujeres que acompañaban al enviado español con la frustrante y frustrada intención de olvidar a la joven.

Se sintió indigno del intenso aprecio con el que lo trataba; estaba frustrado, enojado con él mismo por su estúpida acción de haber querido reemplazar el amor puro que sentía por esa joven honorable y buena con el alivio físico que proveía una cortesana y por la soberbia de haberse confiado de su propio mérito. También se ofuscó con ella porque sus ojos no le mostraban el amor que le había visto ofrecer a Calvert, solo un respetuoso afecto, siquiera parecido al cariño que le profesaba a Montrose. Ese afecto, ese cariño filial, no eran lo que él quería. Aspiró con fuerza y exhaló para calmarse; no la podía culpar más por eso.

—Señor Baker, se ha vuelto a enojar conmigo, no entiendo qué he hecho mal. Sé que no siempre he sido obediente y respetuosa. Si esa ha sido la razón, me disculpo sinceramente por ello.

La tristeza en la voz lo sacudió. No podía ver bien sus ojos por los lentes oscuros, pero toda ella parecía frágil y pequeña sentada frente a él: los hombros encorvados, las manos que transmitían la evidente angustia moviéndose nerviosas sobre la falda.

—No ha hecho nada. Estoy cansado y algo preocupado por este asunto del ministerio; eso es todo.

—No, no lo es, pero, si usted no desea decírmelo, debo aceptarlo.

Adam no pudo soportarlo; se echó hacia adelante en el asiento y le tomó la mano con ansiedad, lo que le provocó un sobresalto.

—Emily, perdóneme, no hay nada que haya hecho usted que haya podido molestarme de alguna manera. Déjeme confesarle la razón de mi actitud porque su aflicción me destroza por dentro: es solo que le profeso un gran... cariño —dijo con una mueca por la pobre elección de la palabra que no definía el profundo amor que sentía por ella—. Pero no puedo pedirle que considere mi afecto porque sé que su corazón no es libre. Eso me atormenta y me provoca sentimientos difíciles de explicar.

La expresión atónita de la joven habría podido ser graciosa si no fuera el reflejo de la profunda consternación que iba aflorando a medida que las palabras se arraigaban. Con movimientos lentos, soltó la mano apresada, la llevó a los lentes y se los quitó para dirigirle una franca mirada cargada de tristeza.

—Lo siento tanto, señor Baker, usted es... —Movi6 la mano derecha en el aire como buscando la palabra precisa—. Usted es tan especial para mí, no puede saber cuánto, pero no de la forma...

—No diga más.

Asintió y dejó que el hombre al que le debía tanto por el respeto, la consideración y la confianza que siempre había depositado en ella retuviera su mano y le mostrara por primera vez su emoción más profunda.

—No interferiré entre usted y... —Evitó mencionar al hombre que se interponía entre ellos—. Pero deseo que sepa que siempre podrá confiar en mí y contar conmigo.

—Y usted conmigo —aseguró ella con fervor.

—¿Podría hacerme un favor?

Aceptó confiada.

—Una vez le pedí que me considerara su amigo. Deseo que lo haga y me gustaría que me llamara, como a los demás, por mi nombre.

—No me atrevo, lo respeto a usted muchísimo y no estoy segura de que sea correcto —protestó con un mohín de niña juiciosa y obediente que lo excitó.

—Por favor, Emily —insistió acercándose hasta quedar a corta distancia.

—Solo si eso no molesta a Bertrand —señaló sin importarle mencionar al hombre que amaba delante del que había declarado amarla.

—De acuerdo —concedió distraído, perdido en la contemplación de los rasgos femeninos.

La miró anhelante unos segundos; contra su sentido común, volvió a tomarle la mano y la besó sobre el guante. Sintió su aroma, el calor y bastó eso para que al instante estuviera sentado a su lado y la abrazara apretadamente. Apenas se separó para mirarla a los ojos. Ese fue el último error que cometió antes de hacer un trágico movimiento: la besó con desesperación, profundamente, transmitiéndole toda la necesidad y toda la angustia de no tenerla. Su boca húmeda buscó los labios tiernos y los besó con pasión. No sintió resistencia, pero tampoco reacción. Ella lo dejaba, aunque era evidente que no podía ofrecerle la respuesta que él esperaba: Adam sintió que se congelaba por dentro y la soltó. Experimentó el profundo frío de la separación y, cuando la miró, dolido, a los bellos ojos, no vio rechazo ni reconvención, solo la más absoluta aflicción. Esa mirada fue suficiente para devolverlo a su asiento. No hubo disculpas ni palabras de explicación; él no pedía excusas por lo que sentía y ni siquiera por haberse dejado llevar; ella no demandaba aclaraciones por imponerle su pasión y seguía contemplándolo abatida.

Antes de bajar en el Ministerio de Guerra, Adam se detuvo, atribulado, dispuesto a decir algo. Ella negó con la cabeza y le sonrió débilmente.

—¿Desea que le lleve el bolso a la agencia?

—Sí, luego pasaré por él. No sé si la veré más tarde; mañana trataré de estar en la oficina temprano para ver cómo procedemos con las entrevistas.

La vio asentir, seria, y luego descendió del coche. Cerró la portezuela y la miró por la ventanilla.

—Le diré al cochero que la lleve a Essex. Hasta mañana, Emily.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO XVIII

El ama de llaves le entregó el mensaje el miércoles temprano en el minuto mismo en que ella pisaba los escalones de la agencia. La expresión de Emily se tornó seria a medida que leía el texto. El señor Baker le pedía que avisaran a Jones, que se encontraba como soporte de Calvert en Finchley, para que fuera sin demora al ministerio. También que le enviara al agente Fargg, que buscara al nuevo agente a prueba, Francis Spaulder, para que ayudara a Calvert y que ella se ocupara de las primeras entrevistas pues estimaba que podría llegar al mediodía. De inmediato, se puso en acción: tomó el anotador de su bolso de cintura y arrancó una hoja en la que comenzó a escribir.

—Señora Walloski, busque a Jim y dígame que debe entregar urgente al señor Spaulder este mensaje para que se presente sin pérdida de tiempo en Finchley y Circus en St. John's Wood. Luego, con la misma urgencia, debe darle este otro al señor Fargg.

—Sí, señorita Emily.

—Necesito ya mismo a Bob.

—Su madre avisó esta mañana que está enfermo.

Una expresión de contrariedad cruzó el rostro de Emily, pero se disipó al momento.

—Busque a algunas de las muchachas y que una de ellas le entregue la nota al señor Fargg. La primera entrevista es a las diez; mm, tendré tiempo de sobra para ir a avisar al señor Jones y volver cuando llegue el señor Spaulder.

Señora Walloski, usted se quedará aquí defendiendo la fortaleza. No creo que me demore, pero, si por algún motivo lo hago, dígales a las personas que vengan por la entrevista que se los atenderá mañana sin falta.

—Sí, señorita, quédese tranquila.

—No debería demorarme —repitió mientras salía guardando sus cosas en el bolso y la señora Walloski le detenía un coche—. Estaré en la oficina postal de Finchley y Circus.

* * *

Bajó del coche y se acercó al conductor para pagarle. El hombre la saludó llevándose una mano al ala del sombrero y fustigó al caballo para que avanzara. De pie en la vereda delante de la puerta de entrada de la oficina postal de St. John's Wood, Emily comenzó a mirar en derredor. La gente pasaba a su lado sin prestarle atención y, dentro de la oficina, solo había un par de personas que despachaban unas cartas. Se decidió a caminar un poco para ver si podía ubicar a Bertrand o a Jones. ¿Ya la estarían siguiendo?

De pronto oyó que una voz conocida gritaba: “¡Sobrina, aquí!” y giró para descubrir a un robusto pelirrojo que sacudía la mano desde la vereda de enfrente. Emily reaccionó y viendo a ambos lados de la calle, cruzó con una sonrisa.

—¡Tío! —exclamó en voz alta y aceptó el abrazo de Jones. La retuvo el tiempo suficiente para decirle al oído “venga”, luego la tomó del brazo y la llevó hacia la esquina. Allí dieron la vuelta y caminaron unos metros hasta hallar un callejón por el que entraron. Unos cuantos pasos más adelante doblaron de vuelta hacia Finchley por otra calleja estrechísima y algo oscura por la que debían circular casi de costado, sobre todo Emily a causa de sus

faldas. Hacia el final por donde se veía la calle Finchley, pudo distinguir la silueta de alguien recostado contra la pared que se desprendió del muro y se enderezó.

—¿Qué haces aquí? —susurró Bertrand entre dientes.

—Tengo un mensaje del señor Baker para el señor Jones; debe ir urgente al ministerio.

—¿Alguien me dará apoyo? —preguntó Bertrand sin dejar de mirar la entrada de la oficina postal.

—El señor Spaulder debe estar siendo avisado ahora; yo me quedaré aquí hasta que llegue.

Con expresión molesta, Bertrand miró a Jones que se encogió de hombros antes de irse.

—Ponte de frente a mí y observa la entrada.

—Sí —acató ella y se ubicó donde le había señalado, casi pegados, acomodándose mejor los lentes para vigilar la oficina.

Era obvio que Bertrand estaba molesto por su presencia. Le echó un vistazo de costado y lo vio observando la calle con los labios apretados que expresaban desaprobación.

—Bob está enfermo —murmuró sin quitar la vista de donde se le había ordenado.

—Ajá.

—Este asunto del ministerio parece complicado.

—Lo es.

—También debíamos buscar al señor Fargg —intentó comentar.

Esta vez no tuvo respuesta.

—Bertrand...

—Vigila en silencio.

Aguantó las lágrimas que ya afloraban y se quedó callada: él tenía razón: estaba allí para darle apoyo, no para molestarlo. Los minutos pasaron junto con la gente que iba y venía por la calle.

—Emily —le dijo al cabo de un buen rato—, debes dejar de hacer estas cosas. Te expones sin atender a los riesgos. Como la vez en que pasaste una noche en la calle vigilando a Stockard o en la persecución de Knives.

—Esta vez es distinto: tú estás aquí —argumentó. El hombre suspiró al tiempo que negaba.

—Lograrás que muera antes de tiempo si sigues con esta costumbre.

Para su sorpresa, él se inclinó y la besó en la boca.

—Eso no es serio, señor Calvert, estamos vigilando —lo retó en broma, aliviada por el cambio en el hombre que se recostó de nuevo en la pared con una mueca.

—Justo lo que no necesito, tener de compañero de vigilancia a la mujer que me excita con su sola presencia.

Emily exhaló más relajada si cabía y, con el rubor tiñéndole las mejillas por la palabra privada que él había usado, se puso a observar tan concienzudamente la oficina postal que Bertrand le advirtió que tendría dolor de cabeza si seguía frunciendo el ceño. Para calmarla, comenzó a darle algunas indicaciones sobre qué y cómo vigilar y a mostrarle lo que podía deducir de solo ver a las personas que pasaban. Entretenidos en su conversación, no se dieron cuenta del paso del tiempo. Bertrand sacó su reloj de bolsillo y vio que ya eran las diez y cuarto. Emily pensó en la señora

Walloski atendiendo al primer entrevistado cuando sintió la voz de Bertrand que le decía “atención”: en la oficina entraba una mujer bien vestida que se parecía a la Conlon del retrato que había conseguido.

—Creo que es ella.

—¿Qué hacemos ahora?

—Confirmarlo.

La tomó de la mano y después de cerciorarse de que podían salir desde donde estaban sin llamar demasiado la atención, la llevó con él y cruzaron la calle unos metros más allá de la oficina.

—Entra a preguntar algo y fíjate.

Se arregló un poco y se metió en la oficina postal. La mujer estaba de espaldas; Emily se acercó al mostrador en el que el otro empleado la atendió con diligencia. Le pidió unos sellos postales y, mientras se los preparaba, se dedicó a observar a la mujer. El aspecto general condecía con la foto, aunque se la veía más delgada; la estatura era la misma y los cabellos eran oscuros con algunas canas. Esperó a que girase y, como no lo hacía, decidió actuar. Tomó una moneda del bolso que dejó caer, se agachó ostentosamente empujándola un poco y luego se levantó. La mujer se dio vuelta ante el movimiento por lo que Emily pudo corroborar que era ella.

—Disculpe, se me cayó una moneda —le explicó con una sonrisa mientras le mostraba el chelín.

La mujer la miró sin ver y volvió a su correspondencia. Emily pagó los sellos y salió de la oficina. Fue hacia Bertrand que la esperaba junto a un farol desde el que divisaba la ventana de la oficina. “Es ella”. Aguardaron apenas unos minutos y, cuando salió, la siguieron hasta el segundo de una serie de edificios de buen aspecto que se hallaban a lo largo de la avenida Upper.

—Creo que puede haber problemas —señaló Bertrand tras echar un vistazo al interior—. Parece que tiene protección. Un tipo enorme, musculoso.

—¡El señor Spaulder! —se acordó de pronto Emily—. ¿Cómo le avisaremos que estamos aquí?

Bertrand miró en derredor y se lanzó hacia un niño vestido pobremente que pedía limosna.

—Emily, escríbele un mensaje y dile que puede hallarnos en Upper 26. Dick se hará cargo de la entrega. Bien, muchacho, ya sabes lo que debes hacer y, si cumples, habrá otra moneda igual a esa.

—Sí, señor —aceptó el chico enseguida; tomó el papel y se apuró a ir hacia la oficina postal.

—Busquemos un lugar desde donde podamos ver el edificio.

Esperaron largo rato. Cerca del mediodía, vio a Bertrand enderezarse de golpe.

—Allá va el hombre, no podemos seguir esperando a Spaulder: es nuestra oportunidad.

Bertrand no tardó demasiado en abrir la puerta y los dos se encontraron en el recibidor de un edificio de buen ver. Según comprobaron, no había más de tres pisos por lo que decidieron correr el albur de preguntar en los departamentos. Tenían poco tiempo antes de que el hombre volviera.

Recién en el tercer departamento al que llamaron, una niñita les contó sobre el pequeño Stephen que era un bebé muy dulce y bonito y que la señora Sarah, su mamá, a veces dejaba con ellos cuando tenía que salir. Luego apuntó con su dedito hacia el techo y les dijo “arriba”. Subieron y se detuvieron ante la puerta.

—Mantente a mi espalda en todo momento.

Ella acató la orden. Bertrand golpeó y esperó atento a cualquier ruido. No tardó en abrirse la puerta y apareció el rostro inquisitivo de Sarah Conlon con la vista hacia un punto muy por arriba de la cabeza de Bertrand. Sin duda esperaba ver a otro hombre porque su expresión tornó de la sorpresa al miedo. Su reacción inmediata fue la de cerrar, pero ya Bertrand llevaba el hombro contra la madera y entraba seguido de Emily que guardaba distancia para no obstaculizar los movimientos de su compañero. Bertrand fue por la mujer y la detuvo por el brazo mientras le decía a Emily que buscara al bebé. Bastó que la mujer oyera esas palabras para que intentara desasirse de la sujeción masculina como una poseída, al punto de hacer trastabillar al agente que dio dos pasos hacia atrás hasta chocarse contra un muro de carne sólido que lo obligó a dejarla ir. Apenas tuvo tiempo de girar y tirarse a un costado para esquivar el golpe que le enviaba el gigante, de vuelta, demasiado pronto para su gusto. Los dos se trenzaron en una extraña lucha en la que él evitaba por todos los medios que los golpes terribles que le lanzaba el hombretón con sus manazas en puños le dieran, considerando que cualquiera que lo alcanzara lo dejaría fuera de combate y a Emily en peligro.

Mientras eso sucedía ante la mirada entre asombrada y horrorizada de las mujeres, se oyeron pasos y apareció en la puerta Francis Spaulder que se lanzó sobre el gigante para ayudar a su compañero. La aparición de refuerzos despertó a Sarah Conlon de su estupor: tras mirar la puerta de una habitación a corta distancia, se arrojó hacia ella. Emily la interceptó, Sarah intentó evitarla, pero no contó con el entrenamiento de su oponente que acompañó cada movimiento como si estuvieran reflejándose en un espejo.

Frustrada por el obstáculo que planteaba la mujer, Sarah se volteó hacia una mesa cercana y del costurero abierto extrajo una tijera con la que se dispuso a abrirse camino. En ese momento, Emily tenía su atención dividida entre la mujer y la lucha de los hombres, nerviosa porque Bertrand ya había recibido del bestial gigante un golpe en la cabeza y otro en el abdomen, parecía atontado y se tambaleaba al igual que Spaulder quien había sido destinatario de un castigo similar. A pesar del estado en que se hallaban, los

dos parecían turnarse para no dar cuartel al hombrón hasta que, a un grito de Spaulder, cuando vio trastabillar al coloso, los dos se lanzaron sobre el tipo y lo derribaron. Una vez en el suelo, se le echaron encima con todo su peso para inmovilizarlo: Bertrand aprovechó para esposarlo y Spaulder lo desmayó de un golpe.

Distraída por el temor de que Bertrand saliera herido, apenas tuvo tiempo de reaccionar ante el ataque de la mujer. Por una fracción de milímetro, la tijera no se le clavó en el brazo; solo rasgó la manga a lo largo. Retrocedió de un salto, se dio la espalda contra la puerta lo que produjo un sonido duro, sordo que debió de despertar al bebé que dormía en el otro cuarto porque se oyó un llanto débil. Fue suficiente que Sarah Conlon oyese llorar al niño para transformarse en una fiera salvaje: sus mejillas se arrebolaron, tenía los dientes apretados, la mandíbula endurecida y los ojos le destellaban febriles. Con la tijera en alto, se abalanzó sobre Emily que oyó el grito desesperado de Bertrand en advertencia; dio un paso al costado opuesto como le había enseñado Jones, esquivó la caída de la tijera y con un pivote corto se puso a un lado llevando ambas manos a la muñeca, evitando tocar el guante que la protegía. Luchó con ella por unos segundos y creyó que ya debía darse por derrotada cuando alguien se la quitó de encima. En un estado bastante débil, Bertrand luchó por mantener sujeta a la mujer mientras Spaulder le avisaba desde su ubicación en la espalda del gigante que la policía debía de estar por llegar.

Emily giró hacia la puerta y la abrió con cuidado. En el cuarto vio una cama y una cuna en la que las sábanas se movían en alto. Encontró a un bebé de corta edad, rubio y de aspecto sano, que movía piernas y brazos en el aire. Al verla, gorgoreó y estiró aún más los brazos para que lo levantara. Indecisa, continuó la observación verificando el estado en que se encontraba y mientras lo hacía, escuchó la llegada de la policía que entraba preguntando qué pasaba para tener alborotados a los vecinos, algunos de los cuales se agolpaban en el pasillo y la puerta de entrada. Bertrand se ocupó de las explicaciones.

Ella se inclinó sobre el pequeño y lo llamó por el nombre; como si respondiera a su identidad primigenia, Cole estalló en una miríada de sonidos agudos, gorjeos y grititos, y formó diminutas burbujas con la saliva; no pudo resistirse a envolverlo en la pequeña sábana y levantarlo en brazos. El bebé apoyó la cabecita en el hombro; desde allí, hizo unos ruidos suaves. Con el niño en brazos, fue hacia la sala meciéndose. Bertrand no dejó de mirarla el tiempo que duró la explicación a los policías y luego se le aproximó; permanecieron allí por casi media hora mientras esperaban la llegada del sargento Moore a quien Bertrand había mencionado como al tanto de la investigación que habían llevado adelante.

Durante el tiempo que Emily acunó a Cole en sus brazos, la mirada de Sarah Conlon estuvo fija en el bebé; cada tanto se la oía sollozar y decir por lo bajo como una letanía: “Stephen, mi niño. Pequeño Stephen”. Emily tuvo que soportar la angustia que le implicaba verla forcejear de vez en cuando con las esposas en un intento fútil de soltarse y luchar contra el policía que la detenía en cada tentativa.

Por fin llegó el sargento quien, después de oír las explicaciones de Bertrand, los autorizó a que volvieran a la agencia y se llevaran al bebé para entregárselo a Josiah Trenton a cambio de un informe completo sobre la investigación. Ninguno de los miembros de la Agencia Essex olvidaría jamás los gritos desgarrados que la mujer dio cuando se llevaban al pequeño ni la sarta de incoherencias y maldiciones que siguieron. La desesperación animal de los lamentos los acompañaría todo el camino hasta la avenida Upper.

Durante el viaje en coche, Emily tuvo tiempo de observar con detenimiento a sus compañeros: Bertrand tenía dos cortes profundos en la mejilla y el pómulo izquierdos, que sangraban; su ojo derecho comenzaba a hincharse de manera alarmante. En cuanto a Spaulder, lucía un labio partido y el lado derecho de la cara se le inflamaba a pasos agigantados. Los dos se habían quejado al sentarse y, con cada salto del vehículo, llevaban una mano a la zona del abdomen o a las costillas. Se los veía bastante mal, pero al

menos estaban vivos, pensó Emily que recién había notado que la manga de su blusa exhibía un corte limpio del hombro a la muñeca producto de la lucha con la mujer. Lo cosería cuando volviera a casa más tarde.

Tardaron casi una hora en llegar a la agencia donde fueron recibidos por una imprecación procedente de la ventana abierta del piso superior. No tuvieron ni que hacer sonar la campanilla para que les abrieran la puerta. A paso lento y dificultoso, la comitiva que llevaba al hijo de Abigail Trenton a salvo subió las escaleras. Una vez arriba, Spaulder, que abría la marcha, ayudó como pudo a Emily a subir los últimos escalones seguida por Bertrand que ya arrastraba los pies al caminar.

—Pero ¿qué fue lo que pasó? —preguntó Adam asombrado al igual que el resto.

—¿Qué hacen aquí? —repreguntó con voz débil Bertrand—. Creí que estaban en el ministerio.

—Eso está en un impasse —explicó Adam haciendo un gesto a May para que se ocupara del bebé—. Vengan al despacho. ¡Señora Walloski!: un médico, pronto.

En cuanto May tomó al bebé, Emily se acercó a Bertrand y le ofreció el brazo. Jones ayudó a Spaulder. Todos entraron al despacho con el deseo de saber qué había sucedido para que volvieran en un estado tan deplorable. Jack acomodó los sillones para los hombres y, ante la mirada fija de su jefe, Emily se arrodilló al lado de Bertrand. Un par de veces se giró y le preguntó a Spaulder si necesitaba algo.

—¿Qué sucedió con Sarah Conlon?

Para evitar que Bertrand tuviera que esforzarse, Emily comenzó a narrar lo sucedido desde que Jones los había dejado. Con algunas correcciones o agregados de los agentes, terminó el relato con el pedido del sargento de que se le enviara un informe a cambio de permitir que se llevaran al bebé.

—Entonces fue ella quien mató a Abigail —afirmó Adam.

—Sí. E imagino que contó con la ayuda del tipo que la protegía para enterrar a la muchacha y a su propio hijo bajo el suelo y levantar los muros delante de las puertas —comentó Bertrand entre dientes con el ceño fruncido por un espasmo de dolor—. No creo que la señora Conlon esté en sus cabales como para explicar sus acciones. La policía hará bien en interrogar a la amiga que estimo que sabe más de lo que admite.

—La falta de heridas de defensa en Abigail da a entender que quien la atacó fue alguien conocido. Sarah Conlon era quien la estaba “ayudando” en los últimos meses de su embarazo. Lo más factible es que la señorita Powell supiera lo que su amiga estaba haciendo o lo sospechara al menos —apuntó Emily—. El sargento Moore tiene su nombre y estoy convencida de que a él, y en circunstancias en las que puede ser acusada de cómplice de secuestro y asesinato, le dirá todo lo que está faltando en nuestra información. Igualmente, no hay mucho qué hacer por la señora Conlon, está en la etapa terminal de su sífilis. Habrá que revisar con extremo cuidado al pequeño Cole para ver que no lo haya contagiado por contacto. Lo poco que vi parecía estar bien, pero estimo que debe informársele al señor Trenton sobre el estado de la mujer.

Adam asintió y se quedó observando seriamente a la joven por unos segundos al cabo de los cuales fue hacia ella con el ceño fruncido; la levantó por el codo sin demasiados miramientos, le tomó el brazo izquierdo y lo elevó despacio dejando a la vista de todos el corte en la manga que dejaba ver la blanca piel del brazo y el vendaje de su mano todo rasgado.

—Emily, ¿qué es esto? ¿Está herida?

—No; la señora Conlon me atacó con una tijera, pero no alcanzó a lastimarme.

La expresión de Adam se tornó ofuscada. Nada podía decirles a los agentes dado que su estado indicaba que se habían encontrado ocupados sometiendo al bruto que protegía a la mujer, pero que ella hubiera estado nuevamente en peligro lo había sacado de sí.

—Muéstreme su mano —le ordenó severo y examinó las vendas destrozadas por el filo de la hoja de la tijera. No había daño alguno y, con un bufido que expresaba su desasosiego, la soltó. Emily volvió a arrodillarse junto a Bertrand que le tomó la mano herida con la suya rígida e hinchada y la acarició torpemente enviándole una mirada tranquilizadora.

La llegada del médico aligeró un poco el ambiente. Emily fue despachada a la otra oficina mientras el doctor revisaba a los agentes y hacía las curaciones. Cuando terminó, fue el turno de ella para que le echara un vistazo a su mano y repusiera el vendaje. Mientras el médico la atendía, se enteró de que Spaulder tenía un par de costillas y el radio izquierdo fracturados, amén del lado derecho de su cara hinchado monstruosamente. Por su parte, Bertrand había tenido mucha suerte de no tener órganos dañados, una concusión o una hemorragia interna como resultado de los formidables golpes que había recibido. Lo único que el médico había comentado era que debía agradecer a su constitución sana que no le hubiera estallado algún órgano por la golpiza y que solo hubiera sacado una profunda fisura en la novena y décima costillas y los cortes en la cara. La conclusión final de todo el examen y curación practicados fue que el médico le comunicó a Adam que los agentes estaban “fuera del juego por no menos de un mes”.

En su oficina, Emily se ocupó de pagar al médico y despedirlo.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Adam.

—May y la señora Walloski lo llevaron abajo para darle de comer y cambiarlo.

Por un momento breve, Adam la miró en silencio antes de acercarse y abrazarla. Con cierta rigidez, considerando sobre todo el hecho de que Bertrand se hallaba a escasos metros de ellos, Emily recibió el gesto con pasividad y procuró que Baker la soltara.

—Quieta, Emily, solo un instante. Necesito saber que está bien y viva. No deja de jugar con su vida con una inconsciencia que me tiene en vilo todo el tiempo.

Al oír su voz cargada de preocupación, se permitió relajarse un poco entre los brazos.

—Señor Baker, por favor —le susurró con la voz ahogada por el pecho de él.

—Tiene razón —aceptó dejándola ir—, es solo que no puedo dejar de preocuparme.

—Se lo agradezco mucho, pero yo...

—No tiene que decir nada, lo sé.

Ella le sonrió con dulzura y extendió la mano derecha que él tomó sin vacilar.

—Quisiera que supiera cuánto lo aprecio y cuánto me honra su afecto.

Él asintió porque entendía el mensaje que se le daba.

—Tendré que acostumbrarme a ese aprecio filial que me dispensa. —Y agregó con una exhalación—: Porque no quiero alejarme de usted.

Emily sintió la profunda soledad del hombre y decidió que hablaría con Balling para que volviera cuanto antes.

—Baker. —Se oyó la voz de Jack.

—¿Qué sucede, Primm? —preguntó. Le había soltado la mano a la muchacha justo un segundo antes de que el agente se asomara con expresión inquisitiva.

—Hay que avisar a Trenton.

—Sí, tiene razón. Emily, por favor, llame a Jim y dele la dirección.

La tarde del rescate del pequeño Cole terminó con un abatido Josiah Trenton que se retiró de la agencia con su sobrino nieto en brazos, los ojos llenos de lágrimas por su sobrina asesinada pero cargados también de expectativa por la nueva vida que llevaba con él y que no dejaría morir la memoria de su querida Abby.

CAPÍTULO XIX

Con la autorización de Baker para retirarse, Spaulder se fue a su casa ayudado por Jones. Emily se llevó a Bertrand en coche a Dame sin decirle nada a nadie. No le costó demasiado convencerlo de quedarse con ella mientras necesitara cuidado. Ninguno quiso preocuparse en ese momento por lo que Lydia pudiera decir cuando lo supiera.

El Hansom se detuvo ante la puerta de entrada; Emily ayudó a Bertrand, que se mordía los labios o apretaba los dientes sin quejarse con cada movimiento que tenía que hacer. Recargado en los hombros de ella que lo sostenía por la cintura, subió los escalones de entrada y llegó a la puerta de ingreso con el gesto contraído y expresión de sufrimiento. Gimió audiblemente cuando se detuvieron delante de las escaleras internas; emprendieron un ascenso dificultoso y lento hasta el primer piso.

Lo llevó al sillón junto a la ventana, lo ayudó a quitarse la gorra y la chaqueta para que estuviera más cómodo y lo sentó. Luego fue a cerrar la puerta y a encender las lámparas.

—¿Necesitas algo?

—No, gra-cias.

—Descansa; me cambiaré, tomarás algo y te acostarás.

Él asintió y cerró los ojos mientras dejaba caer la cabeza contra el respaldo. Emily se ocupó de poner agua a calentar para un té y, luego, fue a la habitación a dejar todo listo para cuando fuera a recostarse.

Como lo creyó dormido, fue y vino por la casa en puntas de pie. Dispuso una taza para el té sobre la pequeña mesa de la cocina y tostó algo de pan al que le agregó manteca. Con un poco de dificultad, armó una bandeja y la llevó hasta la silla que había dejado junto a él.

—Te veías muy bien con el pequeño en brazos —dijo él con voz apenas audible.

—Come algo, luego te irás a dormir.

—Me siento como si me hubiera pisado una manada de elefantes —comentó con un rictus de dolor cuando se enderezó.

—Te ves como si una manada lo hubiera hecho —bromeó ella y obtuvo de él una mueca.

—No pensé que este caso terminaría así. La mujer estaba completamente fuera de sus cabales.

—Efecto de la enfermedad, supongo. Leí que la demencia es síntoma de la etapa terminal de la sífilis.

—Espero que tu casera no se entere de tus lecturas o también lo achacará a mi pésima influencia.

—Mm, será mejor no decírselo —comentó con gesto burlón—. Tienes que darme la llave de tu cuarto. Mañana iré a buscarte algo de ropa.

—No estaré mucho tiempo causándote molestias.

—Oh, no, me gusta que estés aquí para poder cuidarte.

—¿De qué te habló Baker cuando estuvieron en tu oficina?

—Me dijo que estaba preocupado por mí y que debía cuidarme más. Que mi tendencia a ponerme en situaciones riesgosas lo mantenía en vilo —le respondió con una media sonrisa.

—No es al único.

—Bertrand, he estado pensando que quizá sea tiempo de que el señor Balling vuelva. ¿Qué opinas?

—No sé, parece todavía muy débil para afrontar algunas cosas.

—En cierta forma concuerdo contigo: física y emocionalmente, aún necesita mejorar, pero él y el señor Baker están muy solos —comentó con la voz teñida de aflicción—. Y el apoyo mutuo sería benéfico para ambos.

—Quizás tengas razón. Deberías hablar con Balling a ver qué opina: dile que Baker lo necesita.

Bertrand terminó su té y, con la ayuda de Emily, se puso de pie exhalando gemidos varios. Fueron hasta la habitación; una vez que lo hubo sentado en la cama, se dedicó a quitarle el chaleco, a soltar el lazo y desabotonarle la camisa.

—Sabes lo mucho que significas para mí, ¿verdad?

—Tú también para mí, Bertrand —le respondió con expresión cálida mirándolo apenas desde arriba, compenetrada en la tarea de soltar los botones. Él afirmó con la cabeza y apoyó una mano en la cadera femenina. Después de un momento, intentó ponerse de pie; Emily quiso sostenerlo, pero él se lo impidió.

—Necesito pasar al baño antes de acostarme.

Ella lo esperó sentada en la cama donde él había estado. Todavía podía sentir el calor del cuerpo en la colcha y eso le evocó de inmediato su imagen lo que le provocó una sensación que la embargó por completo y se manifestó

en el aspecto fascinado de su expresión. No era la mera ansiedad física por un contacto, sino el disfrute de su presencia, de saberlo junto a ella como su compañero.

Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que él había vuelto a su lado. Solo cuando recibió un beso dulce en la boca, se enderezó de golpe y se puso de pie.

—Perdona, estaba pensando.

—Temo preguntar en quién —le dijo con una ceja levantada mientras volvía a erguirse ahogando un gemido de dolor.

La expresión de sereno embeleso con la que lo miró no dejó lugar a dudas de quién era el objeto de sus meditaciones. Por una fracción de segundo, su corazón se detuvo, congelado como todo él ante la belleza de la mirada de miel que derramaba sobre él el amor que sentía. Volvió a latir por voluntad propia solo por ella, se dijo.

Una vez acostado en la confortable cama, se permitió creer que eso que había allí entre ellos podría ser para toda la vida. Sin buscarla, volvió a su mente la imagen de ella con el niño y todo tuvo sentido. Si ella lo quería, haría lo que fuera necesario para que no lo dejara.

La esperó un rato viéndola ir y venir. Sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente; apenas notó cuando ella entró en la habitación. Para cuando se acostó a su lado, él dormía profundamente sumido en sueños de una existencia compartida con la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo.

* * *

Con cada día que pasaba, los integrantes de la Agencia Essex volvían lenta pero firmemente a su rutina habitual de trabajo administrativo y misiones de bajo perfil, pero con clientes de mejor posición que habían atraído artículos elogiosos en publicaciones más serias que El Investigador Independiente.

Las entrevistas pospuestas se habían reprogramado y el desfile de interesados y de nuevos postulantes que pedían que se los considerase para los puestos ofrecidos acababa de concluir. Con una exhalación fatigada, Emily entregó a Adam Baker las carpetas con las hojas de datos de cada hombre y las referencias presentadas y esperó instrucciones.

—¿Cómo se encuentra Calvert? —preguntó él con una punzada de malestar.

—Mejor, gracias.

—Se la ve cansada.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Bien —continuó él mientras se encaminaba a su sillón—, hemos tenido una buena repercusión a los anuncios y se han presentado postulantes con antecedentes interesantes.

—Podrá seleccionar lo mejor —comentó ella con una sonrisa—. Su objetivo se está cumpliendo; pronto la agencia será reconocida en todo el imperio.

Compartieron por un rato el momento de comunión que les recordaba su primer encuentro y debieron interrumpir el vínculo de camaradería que se había establecido cuando el ama de llaves entró trayendo algo para que comieran. Tomaron el refrigerio al tiempo que leían cada carpeta e intercambiaban impresiones sobre las personas que habían venido. Solo la llegada de Oliver y Louis pudo sacarlos de la concentración con la que trabajaban.

Después de saludarse con un abrazo afectuoso, los amigos no tardaron en irse con la excusa de llevar las bandejas. Emily aprovechó el momento para comentarle lo sucedido en el caso Trenton. Después de un breve instante, el muchacho preguntó:

—¿Cómo está Balling?

—Mejora día a día. Todavía tiene ataques por la abstinencia, pero el doctor Parker, May y Lydia lo confortan y lo acompañan todo el tiempo. Jack y Jones se han quedado con él cuando está fuera de sí y tiene convulsiones. Si bien está mejor de salud y los ataques se han ido espaciando, aún necesita recuperarse físicamente. Le he preguntado a Bertrand si cree que sería oportuno decirle a Baker sobre él, ¿tú qué opinas?

—Quizás debas preguntarle a Balling. Podríamos ir a verlo cuando salgas.

—Buena idea. ¿Tu viaje estuvo bien? Tengo entendido que se han divertido mucho en la misión —comentó con una ceja levantada.

—No sabes cuánto. Luego les contaré a ti y a Bertrand cuando vayamos a su casa esta noche.

—Mm, Louis, será mejor que vengas a mi departamento.

Emily se pegó a él y, con dos manchas de color en las mejillas, le habló en un susurro:

—Bertrand está en mi casa. No podía atenderlo bien si estaba lejos. Habría terminado agotada yendo y viniendo todos los días. Quizá podrías ayudarme y buscarle algo de ropa de recambio —le pidió mientras lo miraba algo avergonzada y se mordía el labio inferior.

—¿Qué ha dicho la señora Zachary?

—He tenido un momento difícil con ella hace unos días y no hemos vuelto a hablar. Trató muy mal a Bertrand: le echó en cara lo de su penosa experiencia en el ejército y le dijo que no era la clase de hombre para mí. Fue tan duro para él... El señor Jones le habló al respecto porque ella no ha vuelto a decirme nada.

—Oh, Emily —Louis le pasó un brazo por el hombro—, ha de haber sido terrible para Calvert. Y dime, ¿dónde pasas tú estos días?

El rostro profundamente enrojecido de su amiga le dio toda la información que necesitaba y se separó de golpe. Ella lo observó con expresión culpable. Él no tardó en notar la angustia que exhibía y su natural bondadoso lo instó a acercarse de nuevo. Le buscó la mano y la retuvo en la suya.

—Te ha chocado, lo sé, discúlpame, Louis —se excusó con la cabeza baja y la vista fija en el suelo.

—No, no debes decirme nada —la calmó; luego le levantó gentilmente la barbilla—. Soy tu amigo, ¿verdad? Comprendo.

—¿Sí?

—Ya, claro que lo hago —la tranquilizó con un suspiro contenido—. Bueno, entonces iremos a la liga y luego a tu casa, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias, Louis. Te extrañaba.

Él cabeceó en su dirección y salió dejándola con un gran desasosiego producto de la nueva captación que acababa de tener de su relación con Bertrand desde los ojos de los que la rodeaban. La duda y el miedo la golpearon. Recordó aquella vez con Roy Balling en la que ella le había manifestado su temor de poder hacer daño a aquellos que quería. ¿No le había sucedido ya con Louis y con Adam Baker? ¿Le pasaría también con Bertrand?

* * *

La visita a la liga no sucedió en un buen momento; se encontraron con Balling en medio de uno sus ataques y, de inmediato, se ofrecieron a ayudar: Lydia encargó a Louis que asistiera a Jones para controlar al paciente. Le pidió a Emily que ayudara a May y que luego fuera a esperar al doctor Parker. La conclusión del episodio no tardó en llegar en cuanto el médico se encargó de darle láudano; en cuestión de minutos, dormía profundamente y el doctor respondía a las inquietudes que le planteaban diciéndoles que era optimista con respecto a la recuperación del hombre ya que los ataques eran esporádicos, tenían menos fuerza y duraban menos. A instancias de Emily, llegó a estimar que confiaba en que, en un par de semanas, pudiera mantenerse en pie y domeñar la urgencia por beber que cada tanto lo asaltaba.

Algo más apaciguado, el grupo dejó la liga. De camino a su casa, Emily le preguntó al doctor Parker si podía atender otra consulta para esa noche. Caminaron en dos grupos: los hombres delante y las mujeres cerrando la marcha. Al llegar a la esquina, Lydia se detuvo.

—Emily, espera.

La joven se giró cauta, a la espera de una reconvención de su amiga a quien tendría que reconocerle que lo que había estado sucediendo esos días en su departamento era algo sobremanera indecoroso que podría dar pie a un gran escándalo del cual no saldría bien librada.

La mujer aspiró con fuerza y llevó la mano hasta la de Emily apretándosela con suavidad.

—¿Cómo está él?

Emily se sintió emocionada por la actitud; su única reacción fue la de abrazarla. La mujer aceptó el gesto y lo retribuyó con unas palmadas afectuosas.

—Está todo lo bien que se puede en esa circunstancia. Lo golpearon con violencia, tiene el cuerpo lleno de moretones y dos de sus costillas fisuradas. Si hubieras visto a ese bruto, Lydia, te habrías asustado: era un gigante; también lastimó severamente al señor Spaulder.

Lydia la tomó del brazo y la instó a seguir caminando hasta la entrada del edificio donde las esperaban los hombres.

—Me dijeron que la mujer que seguían, la que mató a la jovencita y robó al bebé, te atacó.

—No estaba en sus cabales desde hacía mucho, pero descuida, no pasó nada; el señor Jones me ha enseñado cómo debo actuar en una situación como esa.

La referencia al agente favorito de su amiga bastó para que aceptara las palabras con un gesto de medida aprobación. Después volvió a detenerse a pasos de los hombres y le ofreció en voz baja con la consternación y el embarazo pintados en el rostro:

—¿Por qué no vienes a dormir a casa?

—No sabes cuánto aprecio la paciencia y el afecto que me dispensas, eres en verdad una excelente amiga, pero no debes preocuparte por mí, Bertrand me quiere y yo a él.

—Sé que te quiere, no es eso lo que objeto, sino lo que implica para ti esta relación, Emily —le aclaró y se llamó a silencio mientras la miraba con una disculpa en los ojos grises—. Prometí que no intervendría a menos que me necesitaras. Eso es lo que quería decirte, que puedes contar conmigo.

Caminaron los diez pasos que les faltaban tomadas del brazo y entraron seguidas por los hombres. Sin detener la marcha, ascendieron la escalera e ingresaron al departamento.

El comedor estaba iluminado y se podía ver sobre la mesa un plato, una copa, cubiertos y una servilleta. Había una taza lista y un aroma tentador a sopa recién hecha llegaba de la cocina. En el sillón junto a la ventana, Bertrand dormía con un gesto de sufrimiento que le arrugaba la frente y la boca.

Emily se le acercó y lo miró preocupada. Le hizo una seña al doctor que se aproximó para examinar los cortes en la cara y el moretón en la mandíbula. Mientras ella le contaba lo sucedido, los agentes se acomodaron en las sillas. Lydia aprovechó para ir a la cocina a ver qué podía improvisar para que todos comieran.

El sonido suave de su voz lo despertó. Medio dormido, la vio a su lado e intentó incorporarse, pero se dejó caer a causa del repentino dolor. El quejido que produjo debió de ser bastante audible porque Lydia se asomó con gesto preocupado. Bertrand no pudo evitar manifestar su extrañeza por la presencia de la mujer.

Arrodillada a su lado, Emily le había tomado la mano y lo contemplaba con ojos alarmados: cerca de ella, él pudo reconocer al doctor Parker y a las figuras de sus compañeros un poco más allá.

—¿Qué sucede? —preguntó confundido como si no supiera si estaba en un sueño o no.

—¿Te duele mucho? ¿Te sientes mal?

—No, lo normal en estas circunstancias —intentó decir con ligereza y tuvo que contener un grito ante otro espasmo de dolor.

—Vaya, Monje, tú y Spaulder resultaron dos niñitas para luchar; si quieren les doy unas clases. —Oyó la voz de Jones que lo reprendía en broma mientras se ponía de pie para acercársele.

—Y no me parece bien que hayas ocupado mi sillón de convalecencia —agregó Jack burlón.

—No puede uno irse por unos días que ustedes se dejan golpear así — aportó divertido Louis tendiéndole la mano. Bertrand se la estrechó y tuvo que ahogar un nuevo gemido.

—A ver, todos ustedes, háganse a un lado, voy a revisar al hombre. Atrás.

Bertrand miró a Emily. Ella se apresuró a explicarle que el doctor Parker lo revisaría para ver que todo estuviera bien. Protestó, pero el médico lo calló bruscamente; con las cejas juntas sobre el ceño, mandó a Emily a la cocina para que le preparara algo de cenar. Los agentes se rieron abiertamente por la expresión ofendida de la joven que, con aire de dignidad ultrajada, giró y se encaminó hacia la cocina expresando en voz alta terribles palabras: “Está bien, pero deberá comer lo que yo cocine”.

Una media hora más tarde, todos cenaban lo que Lydia había preparado después de agradecerle a Emily que no hubiera cumplido con su amenaza. En cuanto a ella, había comido lo que Bertrand le había preparado con gran esfuerzo, según imaginó, conmovida por el gesto, y no había dejado que Louis probara nada de su plato diciéndole que no le correspondía alimentarse de tan glorioso néctar y ambrosía. El buen ánimo de todos era manifiesto después de saber que “el paciente evolucionaba como era normal en esos casos”. Durante la cena hablaron de cuanto tema se les ocurrió: comentaron sobre la recuperación de Balling; el viaje de Louis y Oliver, que Sonrisas contó con tanta gracia que los desmanes de los nobles españoles en Glasgow terminaron por resultar paradójicamente divertidos; la futura mudanza de May ese fin de semana al cuarto del altillo; la salida que harían ellas para buscar muebles y la necesidad de adquirir un sillón más para el departamento de Emily en consideración “de que ya se estaba pareciendo a un club de reunión de los miembros de la agencia y estaban faltando asientos”. Jack aportó burlón que quizás deberían llevar las reuniones de trabajo de Baker allí, y los demás concordaron en que Emily pronto tendría que mudarse para poder dar cabida a todos los nuevos integrantes, sobre todo a la creciente familia Primm.

A raíz de este último comentario, Jack les contó que la boda se realizaría en la capilla de Saint Joseph el sábado siguiente y que esperaba que ninguno de sus compañeros se fuera de Londres, se accidentara o se dejara golpear porque ya no volvería a correr la fecha otra vez. Bertrand prometió que, repuesto o no, acudiría a la iglesia para ver caer a uno de los “escapistas” más notorios. Jones y Louis aseveraron que, con tal de estar presentes, se cuidarían de enfrentar a tipos con puños como rocas que los doblaran en estatura y peso.

Después del té, Lydia se puso de pie invitando a todos a retirarse en vista de que al día siguiente Emily tenía que trabajar y ya era tarde. Antes de salir, cada uno de ellos se despidió amistosamente de Bertrand. Sin prestar atención a la expresión curiosa del grupo, Jones preguntó desembozadamente a su alumna cuándo retomarían las clases y ella propuso el domingo. Louis objetó que ese era el día de su clase de tiro a lo que Bertrand agregó que no se preocupara por las suyas puesto que podía dárselas en cualquier momento y circunstancia, incluso herido.

Emily acabó por reírse y arregló encontrarse con Jones temprano en la herrería para que pudiera darle su clase de defensa y luego ir al campo de tiro a practicar con su amigo. Los hombres aceptaron si cada uno de ellos podía estar presente en la clase del otro –“para cotejar métodos de enseñanza”–, y Lydia intervino preguntando con inusual timidez si ella también podía asistir a las clases de defensa en vista de los excelentes resultados que había tenido su amiga, lo que produjo que el señor Jones se ruborizara hasta la raíz de los cabellos para diversión de sus compañeros que comenzaron a hacerle bromas al “profesor”. La dueña de casa debió intervenir y calmar los ánimos, ya que temía que el hombretón pronto quisiera golpearlos a todos, incluso a Bertrand sin importar el estado en que este se encontraba.

Terminaron de despedirse. Solo Lydia y el doctor Parker se quedaron un momento más. La mujer se ofreció a ayudarla con el lavado y, aunque Emily le rogó que no se molestara, se hizo cargo de ordenar todo mientras el médico le comentaba sobre el estado del paciente: los golpes habían sido en extremo severos y, en vista de las marcas que tenía en todo el cuerpo, debía estar

agradecido de no haber sufrido hemorragias internas y estar con vida. Las fisuras en las costillas dolerían, pero curarían pronto. No quiso fajarlo en vista de los golpes en el torso y el abdomen, pero le recomendó que hiciera reposo absoluto no menos de una semana. Luego, le aseguró que lo vería el domingo por la tarde cuando quizás alguien le ofreciera una taza de ese excelente té que se tomaba allí con una buena porción del exquisito pastel de manzana que había probado la vez anterior.

Emily le aseguró que así sería y se rio de buena gana cuando el anciano le preguntó si debía anotarse en algún horario especial de la apretada agenda de ese día. Convinieron que los visitara por la tarde y, como el hombre se negó a cobrarle por sus servicios, Emily decidió que pronto el doctor recibiría una botella de buen jerez como agradecimiento por estar siempre dispuesto a brindarles su ayuda.

Después de que Lydia terminó con la cocina, se despidió con una actitud distante pero aun así cortés para con Calvert que él imitó. Un asombrado Bertrand no pudo contenerse de preguntar qué había sucedido con la mujer. El relato de Emily lo llevó a pensar que, al menos, su relación con ella no le había quitado a la joven la amistad de Lydia Zachary que ella tanto valoraba.

Cuando por fin pudieron acostarse, estuvieron un largo rato comentando la jornada. Ambos estaban con el ánimo distendido. Emily aprovechó para agradecerle con efusividad controlada la cena que le había preparado, aunque le pidió que no se preocupara por ella y que guardara reposo como el doctor le había indicado. Él se sintió complacido de haberla contentado y le anticipó que, si sus pobres esfuerzos culinarios le iban a valer besos como los de hacía un rato, no cejaría en su empeño de satisfacer su estómago a toda hora. La risa de ella lo entibió y, como no podía abrazarla, la hizo apoyarse contra su costado derecho.

La oyó suspirar y rozar la mejilla contra su hombro. Menos de dos minutos más tarde, la respiración suave y acompasada le sirvió de arrullo para sumirse en el sueño con una sonrisa satisfecha en los labios.

CAPÍTULO XX

Los días de primavera pasaron y el mes de junio llegó trayendo el verano. En las jornadas transcurridas desde aquel viernes de mayo en que Lydia y el personal de la Agencia Essex aceptaron la relación de Emily y Bertrand de una forma o de otra, un par de sucesos afianzaron el vínculo que se había desarrollado en la peculiar familia que todos conformaban.

El casamiento de Jack y Nora fue el primero; un acontecimiento reservado al núcleo cerrado de los miembros de Essex. Y por esa época también, sucedió el acercamiento entre Louis y May Peters, la que, desde que había empezado a trabajar en la agencia, había ganado independencia y se había mudado a un cuarto en la casa de Lydia. La influencia positiva de Emily sobre la joven la había llevado de ser una huérfana sin conciencia de su propio valor a una joven más segura, decidida a convertirse en alguien útil a la misión suprema de Adam Baker en la que había sido introducida por su mentora y amiga.

Y como justo corolario, no pudo faltar la reunión de los amigos distanciados.

Dos semanas antes del reencuentro, ya de alta, Roy se había mudado a un pequeño cuarto en el altillo junto al de May a instancias de Lydia y se hallaba en su situación actual rodeado por las mujeres que lo habían rescatado amén de contar con la presencia constante de Louis, Jones y Bertrand a quienes veía a diario considerando que sus ángeles protectores y él compartían el mismo edificio y sus compañeros no las dejaban mayormente solas. Para esa época, la casa de Emily había terminado de transformarse en el punto de reunión de todos y los fines de semana siempre había alguno –o más bien

varios— de los agentes rondando su departamento. Balling les había dicho muchas veces que debían dejar solos a Emily y a Calvert, quienes, al ser invadidos semanalmente por sus compañeros, terminaban por encogerse de hombros en un gesto compartido cuando él les decía que tenían que cerrar la puerta con llave y no dejar entrar a nadie para poder estar en paz. “Entrarían por la ventana”, había sido la respuesta resignada de Bertrand avalada por Emily.

La relación de la pareja, por su parte, había entrado en una fase más relajada y decorosa que nunca. Después de dos semanas de convalecencia sin siquiera tocarse de manera íntima a pesar de compartir cama todas las noches, él le había dejado en claro que no seguirían viviendo bajo un mismo techo hasta que llegara el momento que habían convenido para que ella formalizase su relación con él. Apegada a la palabra empeñada, Emily aceptó, aunque bastante a regañadientes, para la complacencia masculina.

Durante todo ese tiempo, como parte de los reacomodamientos que las diferentes relaciones personales iban sufriendo, el vínculo de Emily con su jefe se había estrechado hasta transformarse en uno de amistad fraternal en el que él continuaba prendado de su asistente, pero no decía nada, tal lo prometido, mientras ella le guardaba un gran respeto y un profundo cariño. La razón de que se hubiera producido ese peculiar estrechamiento en su vínculo había sido el obsequio que ella le había hecho.

No había resultado fácil convencer a Balling de que ya había llegado el momento de volver a la agencia para ver a Baker. Se necesitó de gran insistencia por parte de Emily y del ejercicio de mucho persistente convencimiento del lado de Bertrand para que el hombre aceptase no seguir posponiendo lo inevitable; el primer día de verano, acompañado por la pareja, volvió a la calle Essex luego de que Emily se hubiera asegurado de que Adam Baker estaría en su oficina retenido por Jones y Louis hasta que llegara Roy.

En el momento en que subían las escaleras, escoltados por una conmocionada señora Walloski que no paraba de llorar, llegó a la carrera Jack que se sumó para dar apoyo a la comitiva que encabezaba Roy Balling pálido, las manos más temblorosas de lo habitual, la mirada algo febril y un rictus de tensión en la boca. Con su mano en la de Emily, caminó hasta la entrada del despacho y, una vez ante la puerta, la dejó entrar en primer lugar. Bertrand y Jack lo flanquearon y esperaron: compartían el sentimiento de nerviosa anticipación que él sentía.

—Señor Baker, disculpe la interrupción, pero una persona desea verlo.

—La recibiré en un momento.

Tras un intercambio de miradas con Jones y Louis, se pusieron apresuradamente de pie y comenzaron a balbucear alguna excusa mientras salían disparados a la oficina adjunta.

—¿Qué sucede? —preguntó Adam confundido.

Ella irguió los hombros y habló en voz baja a medida que avanzaba hacia él.

—Afuera está el señor Balling.

Se puso de pie de pronto para ir hasta la puerta, pero Emily lo detuvo.

—Un momento. Debo advertirle que el señor Balling ha estado gravemente enfermo y aún está recuperándose. Quizá sea mejor que entre y lo escuche primero, sin presionarlo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Ahora sí, pero permita que él le explique. Está muy nervioso por este encuentro y necesita de toda su paciencia y consideración. Se halla muy débil y cree ser culpable de haberle fallado.

—Está bien, seguiré su consejo; pero después quiero escuchar la historia de su propia boca porque algo me dice que en todo esto está su mano. Hágalo pasar.

Adam se quedó de pie junto al escritorio, expectante, y desde allí fue testigo de la entrada de su viejo amigo escoltado por Primm y Calvert. Parecía haber envejecido diez años en poco tiempo y estaba en extremo delgado, el rostro aún macilento, aunque sus ojos se notaban brillantes y la expresión alerta. Lo vio avanzar con paso lento, pero seguro, erguido y tenso, los labios apretados y un aire de prevención ante la posible reacción de rechazo. Echó una mirada a Emily, que asintió alentándolo con una media sonrisa.

Baker caminó hacia su amigo con la mano extendida y le dio la bienvenida con gesto emocionado. Roy se apuró a estrecharla. Acto seguido se fundieron en un abrazo. Avergonzados por la exhibición que habían hecho, se separaron y se miraron en silencio. Bertrand hizo un gesto a Jack para dejarlos solos. Luego fue por Emily para tomarla del brazo y llevarla hacia su oficina. Mientras cerraba la puerta, los amigos pudieron ver el rostro de ella que, en puntas de pie, se asomaba por sobre el hombro de Calvert.

—Creo que no tenemos nada más que hacer aquí —señaló Jones una vez que todos se reunieron en la oficina de Emily.

—Tranquilo, Puños, es mejor esperar un poco para ver si Balling nos necesita —apuntó Bertrand—. Emily, haznos el favor de quedarte quieta, estás mareándonos con tus idas y vueltas.

—Lo siento —se excusó mientras trataba de tomar asiento en la silla junto a la pizarra ya que Jack ocupaba su lugar.

Su movimiento nervioso la llevó a chocar contra Louis, luego contra Jones; tuvo que ir en su rescate Bertrand para sacarla del medio y calmarla.

Durante unos veinte minutos, nadie emitió el más mínimo sonido. Fue en vano cualquier intento de saber qué estaba pasando dentro, pero no había aprensión entre los agentes, solo paciente espera a que las cosas entre los amigos se resolvieran por sí mismas. Lamentablemente para Emily, ese no era su caso ya que por su natural femenino dudaba de las reacciones de los varones, quizá por desconocerlas, según terminó razonando ante la tranquilidad masculina generalizada que la rodeaba.

La campanilla sonó tres veces y los sobresaltó. Emily se irguió y miró a cada uno, nerviosa.

—Ve a ver qué sucedió —la instó Louis.

Abrió la puerta con cuidado y entró en el despacho. La dejó abierta para que los hombres pudieran ver y escuchar. Apenas pudo dar dos o tres pasos antes de sentir los brazos de Adam que la rodeaban con fuerza. La conmoción del hombre era evidente, y su rostro, vuelto hacia los agentes, expresaba una gama de emociones que iban desde el más profundo alivio al mayor contento. La soltó cuando Balling se aproximó y le dijo: “Es mi turno, Adam”. Azorada y sin saber qué hacer, Emily pasó de los brazos de uno al otro. Adam llamó a los agentes.

—Roy se reintegrará el lunes. Deberé ver qué actividades llevará a cabo en consideración de que debe mejorar su condición física; sí, Roy, no discutas, necesitas reponerte para poder perseguir maleantes por las calles de Londres o vigilar a algún marido en condiciones difíciles —comentó con espíritu bromista que reflejaba su alivio—. Pero volverás a ser uno de nosotros.

Balling asintió concesivo y aceptó feliz las bromas de sus compañeros. Adam aprovechó el momento para obsequiarle una mirada de agradecimiento a Emily refrenándose a duras penas de volver a abrazarla y besarla. Si algo lamentaba, era que la mujer que había entendido a la perfección su sueño y que le había hecho el regalo de devolverle a su amigo no fuera la que compartiría con él el resto de su vida.

Imbuido del espíritu alegre de la reunión, Balling se apresuró a invitar a Adam a conocer su nueva dirección. Louis, secundado por Jones, organizó de inmediato un almuerzo para festejar la reunión de “Los Cinco” en casa de Emily quien miró resignada a Bertrand, despidiéndose de pasar a solas lo que quedaba del sábado. Él le dirigió una mueca de estoica aceptación.

El día concluyó para la pareja recién después de las siete de la noche, momento en el que decidieron, a pesar del cansancio, salir a caminar un rato para despejarse. Mientras iban por Essex, disfrutaron de la gente que paseaba y de los músicos callejeros que ponían las melodías para que las parejas jóvenes improvisaran lugares de baile en cualquier esquina, plaza o callejón sin importarles el calor o el fluir de personas. El sonido de una banda tocando una canción de moda en la plaza Milner atrajo la atención de ambos que se acercaron para disfrutar del concierto. Mientras la gente coreaba el estribillo de la canción, Emily se sintió observada, seguida por la mirada de alguien escondido en la multitud. La aprensión la hizo voltear a uno y otro lado buscando el origen de su resquemor lo que puso en alerta a Bertrand quien, de inmediato, quiso saber qué le sucedía. Le comentó nerviosa que creía que alguien la estaba vigilando, no por primera vez, y le contó de la oportunidad en que la habían seguido de camino a la liga igual que del hombre que había estado en la agencia y luego había desaparecido. Durante el relato, Bertrand no dejó de mirar en derredor con gesto tranquilo como si contemplara a la gente reunida en el lugar; tras un momento, con absoluta calma, le ofreció el brazo y caminaron por los límites de la plaza viendo todo lo que sucedía. Después de unos minutos, la llevó cerca de un poste de luz y desde allí le indicó a un hombre junto a la banda, a unos veinte metros, que parecía estar escuchando la música. Por desgracia para el individuo, Bertrand podía reconocer a un colega con suma facilidad.

—Sí, es él.

—Calma, es solo un agente —la tranquilizó Bertrand, que emprendía la marcha.

—Sí, pero ¿qué puede querer de mí?

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Creí que eran solo ideas mías. Al fin y al cabo, no conozco a nadie que quiera hacerme seguir.

Él aceptó la explicación y continuaron el camino sin apremios.

—Es mejor que volvamos a tu departamento.

—¿Nos sigue? —inquirió tensa.

—Sí.

La breve respuesta confirmatoria de sus miedos aumentó el nerviosismo de la joven que se apretó contra Bertrand. Él le palmeó el brazo para confortarla y anduvieron en silencio; cuando llegaron a la esquina de Dame y William, Emily le preguntó:

—¿Puedes quedarte conmigo?

Él titubeó apenas unos segundos antes de aceptar. Subieron y entraron al departamento.

—No te preocupes, el lunes hablaremos con Baker. —La observó con detenimiento por un instante y luego le acomodó un mechón de cabellos sueltos detrás de la oreja. La aprensión en los ojos claros le produjo una opresión en el pecho que necesitaba quitar de allí si deseaba seguir respirando. Lo siguiente que Emily supo era que la apretaba en sus brazos buscándole la boca con urgencia. Se entregó sin dudar hasta igualar la desesperación masculina con la suya y dejó que sus propias manos le acariciaran la espalda y la cintura. Bastó eso para que Bertrand reaccionara profundizando el beso y forzándola a abrir la boca para introducir la lengua en ella. Emily la rozó sin querer con la suya y todo se transformó en fuego. Bertrand sintió la intensa necesidad de unirse a su mujer sin pérdida de tiempo. La llevó hacia el sillón torpemente sin dejar de besarla con pasión; la deslizó apretada contra su cuerpo y, con el peso, la obligó a dejarse caer hacia

atrás hasta que la espalda dio contra los almohadones. Mientras le cubría el cuerpo con el suyo, los besos comenzaron a descender por el cuello hasta alcanzar el hueco de la garganta luego de que abrió con brusquedad los botones superiores del vestido para liberar la piel afiebrada; sin detenerse, su lengua recorrió el sendero entre los pechos mientras sobre la tela, abarcaba uno de ellos con la mano.

Los dos estaban fuera de sí, acariciándose y besándose sin control. Pronto Emily estaba tirándole de la ropa. Bertrand se separó el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta, el chaleco y la camisa, de modo que dejó al alcance de ella la piel aún levemente amoratada del pecho que Emily recorrió con mirada ansiosa hasta detenerse en el cuello fuerte y la mandíbula firme. Lo tomó por los hombros y tiró de él hasta que quedó sobre ella, excitándola con su peso, con la tensión del miembro contra ella. Bertrand se ocupó de soltarle la ropa: luchaba por descubrirle los pechos. Una vez que tuvo a su disposición los blancos domos de puntas rosadas y enhiestas los besó, lamió y mordisqueó excitado por la respuesta a las caricias. Emily no dejaba de sacudir la cabeza, y sus dedos se clavaban en la piel masculina dejando una marca roja. Necesitaba provocar la misma ansia que sentía y no dudó en bajar las manos por la espalda hasta meterlas por debajo de la cintura del pantalón. Rozó suavemente las nalgas y recibió la remezón de la descarga que sacudió el cuerpo masculino. Él le detuvo la mano y con un esfuerzo se separó. La levantó para poder ayudarla con el vestido. Durante todo el tiempo en que él se afanó en desvestirla, debió controlar a Emily que buscaba asistirlo con el pantalón.

No llegó a quitarle completamente ni la camisa ni los pantalones interiores que quedaron a medio camino sostenidos en las nalgas redondeadas porque ella por fin había logrado introducir la mano, lo que detuvo la acción de él. El apretón nervioso que le dio descolocó a su compañero que apenas tuvo tiempo de reprimirse, a punto estuvo de acabar todo allí. Temblando por el esfuerzo, consiguió bajarle la ropa interior hasta las rodillas e introducirse con rapidez y fuerza en ella. El jadeo ahogado seguido de un gemido de deseo que produjo casi lo sacó de su precario equilibrio, pero logró

concentrarse en el disfrute de ambos. Los dos se movieron al ritmo de los embates mirándose fijamente a los ojos mientras sentían cada contacto de las pieles. Emily supo que pronto llegaría a ese momento en que su vientre estallaba en llamas y su cuerpo respondía a la pasión final de él estremeciéndose hasta acabar y apretó las piernas urgiéndolo a llegar a la conclusión compartida. El solo movimiento bastó para que él se derramase dentro con un gemido grave que acabó en su nombre pronunciado con intensidad.

Lo dejó descansar un momento sobre ella y luego le mordisqueó el lóbulo y le besó el cuello. Él levantó la cabeza y la miró con ojos perdidos que fueron reflejando poco a poco los contornos de su rostro hasta reconstruir los rasgos satisfechos en el pequeño espacio de su pupila.

—Sería mejor que fuéramos a la cama —propuso ella lánguidamente—. Necesitamos descansar.

Él tardó en ponerse de pie, fatigado por la violencia del encuentro amoroso y dolorido aún por las heridas. La ayudó a enderezarse y le acomodó la camisa interior para cubrir sus pechos sosteniéndola mientras ella se levantaba su ropa interior. Él hizo otro tanto con los suyos y, luego de tomarla por la cintura, la llevó hacia el dormitorio donde terminaron de quitarse la ropa y se metieron en la cama, agotados al punto de que olvidaron por varias horas la angustia que había originado el apasionado encuentro.

Al día siguiente, la pareja se despertó tarde y desayunó a media mañana. Decidieron que ese día sería solo para ellos, por lo que, una vez listos, se fueron al departamento de Bertrand y pasaron varias horas practicando con las herramientas a abrir cerraduras y candados y hasta una pequeña caja fuerte que él había reparado para que ella practicara.

La tarde los encontró en Regent's Park en una visita al zoológico y a los jardines botánicos. Tomados del brazo, disfrutaban de la vista y la gente que circulaba a esa hora. Esa zona de Londres se encontraba algo más despoblada debido a que sus ricos habitantes habían dejado, en su gran mayoría, la

capital para pasar el verano en sus residencias del campo. De las damas y caballeros que solían poblar el parque quedaban pocos por allí en esa época, por lo que Emily se sintió más segura de no ser descubierta por alguien conocido.

De todas formas, el paseo no fue todo lo relajado que ella hubiera querido ya que esos lugares y la gente que circulaba le recordaban su vida anterior de una manera que le provocaba angustia. Volvió a ella la sensación de aprensión que había sentido el día anterior y un sentimiento pasajero de inquietud la embargó.

—No fue buena idea traerte, ¿verdad? —le preguntó Bertrand más serio que de costumbre.

Emily no desentonaba en ese ambiente excepto por el hecho de que iba del brazo de él. Calvert había observado durante el trayecto por el parque que algunas cabezas se habían vuelto hacia ellos, seguramente para comprobar qué hacía una joven dama del brazo de un hombre a todas luces por debajo de ella.

—No, no sé, es que siento algo extraño aquí —comentó apuntando hacia su pecho.

—Si te hace sentir mejor, podemos volver.

Mientras ambos buscaban la salida hacia la calle Albany, Bertrand no pudo dejar de notar que el hombre que los había seguido el día anterior estaba allí. Sin decirle nada a Emily, salieron por Cambridge Place y, tan rápido como le fue posible, encontró un Hansom. Durante el trayecto, pudo corroborar que el individuo que los vigilaba los seguía a discreta distancia. Con el corazón en un puño, decidió que se quedaría con ella esa noche también hasta que al día siguiente pudiera hablar con Baker. Si fuera necesario, movería a cada uno de sus amigos para que lo ayudaran a proteger a su compañera.

CAPÍTULO XXI

El lunes amaneció radiante, anticipatorio de un día de calor moderado. El sol brillaba en el cielo claro; desde temprano se oía en la calle el ruido de la gente y los carros afanados en la labor diaria. Esa mañana, Bertrand se había levantado temprano para ir hasta su cuarto a cambiarse y había convenido con Emily verse en la agencia a las nueve.

Por un impulso, había aprovechado a pasar primero por la casa de Baker para comentarle lo sucedido el fin de semana. Alarmado por las palabras del hombre, Adam se había ocupado de citar a los agentes mientras Bertrand iba hasta su domicilio.

Para cuando todos estuvieron alrededor de la mesa de reuniones, Emily se encontraba aún en el Savings Bank depositando un pago. Adam aprovechó el tiempo hasta que ella llegase discutiendo los casos en los que estaban sus hombres; al cabo de los informes de los agentes, y en vista de que su asistente aún no había arribado, comenzó a ponerlos al tanto de lo observado por ella y Calvert.

Un golpe cargado de urgencia sonó en la puerta y la señora Walloski entró con expresión alarmada sin esperar autorización. Le comentó que en la calle había un caballero principal que estaba preguntando por la señorita Randolph y que no había querido entrar a esperarla. Ella le había dicho que la señorita estaba cumpliendo con una diligencia, pero que llegaría en breve. El caballero solo se había quedado junto a la puerta sin volver a prestarle atención. El estado de la mujer y el relato que le había hecho Calvert pusieron en alerta a Adam; pronto él y los demás observaban desde las ventanas la calle donde se encontraba detenido un magnífico coche, elegante y finamente

diseñado, de líneas delicadas pero resistentes, que ostentaba lo que parecía un sencillo adorno de hojas de laurel entrelazadas en la puerta. Junto al vehículo se hallaba un caballero de respetable altura, vestido con sobria exquisitez, que exhibía un porte altivo y orgulloso que denotaba a las claras su privilegiada posición. Exudaba seguridad y una poco controlada soberbia, manifiesta en la forma en que observaba desde arriba todo a su alrededor con ojos fríos e inteligentes. Durante unos cuantos segundos, lo vieron pasearse junto al carruaje, indiferente al movimiento de la gente que pasaba a su lado, la que terminaba corriéndose deferentemente para no estorbarlo. De pronto, el hombre se detuvo en seco de espaldas a ellos, atraída su atención a la esquina de Queen's Head Lane. Con la columna erguida trasuntando gran tensión, esperó a la mujer joven que, con expresión de azorado descreimiento, caminaba hacia él apurando más y más el paso hasta casi correr.

Desde donde se hallaban, los agentes fueron testigos de la llegada de Emily y de su expresión atónita que se transformaba en una de profunda aflicción. El caballero y ella se enfrentaron sin tocarse e intercambiaron unas palabras en lo que parecía una conversación tensa. Emily se irguió de pronto con los ojos abiertos, pálida, y asintió varias veces. Se acercó a la puerta del coche que ya el caballero le estaba abriendo. La joven se recogió la falda y subió ayudada por él que no tardó en seguirla y cerrar de golpe. Apenas se asomó el hombre por la ventanilla para llamar al lacayo que estaba en el pescante junto al cochero: le indicó que bajara. Le entregó algo y le señaló la puerta de la agencia. El coche arrancó al instante mismo de volver el criado. Adam se giró hacia la señora Walloski.

—¿Quién era ese hombre?

—No me dio su nombre, señor Baker, pero me entregó esta tarjeta.

—Baje a ver si dejaron algo.

La señora Walloski descendió rauda las escaleras. Los agentes rodearon a Adam.

—“Sir Joshua Winston-Davies”.

—¿Quién es? —preguntó Jones mirando a uno y a otro perplejo.

—Ese nombre me suena —apuntó Jack.

—Es un abogado de renombre vinculado a temas de relaciones exteriores —aclaró Adam con el ceño fruncido mientras trataba de recordar lo que había oído sobre él—. En el Ministerio de Guerra decían que estuvo a cargo de la redacción del Acuerdo de París después de Crimea y, según entendí, hizo carrera participando en varios tratados y pactos internacionales. Es consejero de la Corona en estos asuntos.

—¿Y qué tiene que ver Emily con él? —quiso saber Louis.

—Se fue con él —dijo Jones rascándose la nuca—; debe de conocerlo muy bien.

—Algo malo ha de haber sucedido, ¿vieron la expresión de Emily? —acotó Louis confundido.

Durante el intercambio, Bertrand se mantuvo en un agobiado silencio. El rostro estaba serio y la expresión en su mirada era una peculiar mezcla de comprensión y dolorosa premonición. La señora Walloski apareció en ese momento llevando un sobre dirigido a Adam. Seguido por la mirada de Calvert, lo abrió y leyó el contenido. La expresión cambió: el asombro y la tristeza asomaron a sus ojos.

—Es su padre, ¿no es así? —afirmó con voz átona Bertrand. Adam le pasó el papel que el agente sostuvo sin leer.

La sorpresa por sus palabras fue general. Adam se ocupó de explicar: sir Joshua Winston-Davies comunicaba que, a partir de la recepción de esa nota, la señorita Randolph dejaría de prestar servicio como asistente del señor Baker. En la misma misiva, apuntaba con la mayor corrección que cualquier vínculo laboral o de otra índole que ella hubiera tenido con la agencia

quedaba desde ese momento concluido y que debían abstenerse de buscarla, mencionar o usar el nombre de la señorita Randolph en ninguna circunstancia si no deseaban enfrentar acciones legales.

—¿Cómo?! —exclamó airado Louis.

—Emily se ha ido —confirmó Bertrand con fría serenidad.

—No, claro que no —afirmó Louis—. Ella volverá. Debió de pasar algo urgente para que se fuera sin avisar. Tú viste su expresión; luego vendrá a explicarnos.

—No lo sé —comentó Jack con una mueca—, aunque sí concuerdo en que había urgencia en toda la charla. Si es su padre, como dices, algo malo ha de haber pasado.

—Y la señorita Emily no nos dejaría sin una buena razón —la defendió Fargg que salió de su habitual mutismo para asombro de todos.

Louis acompañó la frase de Fargg con un asentimiento seguro.

—Ella volverá —reiteró mirándolos uno por uno y enfocando finalmente a Bertrand que terminó por asentir, más para darle gusto que otra cosa, con un aire de entrega que resultaba doloroso—. Verás, Calvert, volverá.

* * *

—¿Realmente se encuentra tan mal? —preguntó con la voz estrangulada por la angustia.

—Los doctores dicen que está muy grave: la infección pulmonar ha avanzado y lleva inconsciente un par de días. Hoy apenas abrió los ojos para pedir por ti.

—¿Por qué no me ha buscado antes?

—Confiaba en que saldría adelante, que mejoraría. No quise ver lo mal que estaba, pero ayer ya no pude... —La voz del hombre se cortó por un momento; después de un instante de silencio, se recompuso y continuó—. Te necesita. Debes estar con ella. Debiste estar desde el comienzo.

—No sabía nada, padre. Usted nunca me avisó ni me buscó —le recriminó; hizo una pausa y luego inquirió con un hilo de voz—. ¿Tanto lo he defraudado?

—No me has defraudado. No —agregó con la vista más allá de la ventanilla del coche.

Emily rozó la mano del hombre que hizo un movimiento imperceptible. Los dos se miraron y por un momento sintieron la unión en la aflicción compartida, la mutua necesidad, el cariño profundo e imperecedero, a pesar de la necesidad de ambos y de la distancia de los últimos meses. Emily suspiró.

—Tendré que escribirle al señor Baker para avisarle.

—Ya me he ocupado. Le dejé una nota en el sobre que Jenkins pasó bajo la puerta —señaló serio sir Joshua—. Están al tanto de que no volverás a la agencia.

—¿No volveré?! —exclamó ella de pronto, alarmada—. Pero debo entregar estos comprobantes.

—Me encargaré de hacérselos llegar. Tu madre te necesita, Hope; y, aunque no sé cuánto tiempo se quedará con nosotros, debes estar a su lado. Quizá después de que ella... —La voz del hombre se ahogó por completo.

—Padre, me quedaré, claro que sí —le aseguró. Acercó la mano a la de él y la detuvo a escasos centímetros—. Juntos haremos todo lo necesario para que madre se recupere.

—No estoy tan seguro. No podremos. Cuando la veas...

—Lo haremos —le aseguró con una mirada firme y determinada, apoyando sin dudar su mano sobre la de él—. Juntos.

* * *

Agosto 1856.

Louis, Jack, Bertrand y Jones habían terminado de dar testimonio de su participación en la resolución de un caso de asesinato ante su viejo conocido el comisionado de la Policía Metropolitana, sir Roger Entfield. Se detuvieron en el pasillo de salida del edificio del juzgado policial. Sir Entfield se les acercó e intercambió algunas palabras con ellos sobre el asunto que su gente no había podido resolver y que uno de los acusados, orientado por él mismo, había llevado a la Agencia Essex para que lo ayudaran a probar su inocencia. Después de felicitarlos por su intervención, se dirigió a Bertrand para preguntarle por la señorita Randolph a quien hacía un tiempo no tenía el agrado de ver. La expresión lúgubre del agente y los gestos cortados de sus compañeros le dieron más información que si le hubieran hecho una narración completa. Solo Jack pudo decirle que hacía ya un mes y medio que la dama no trabajaba para la agencia.

Sir Roger no tardó en captar los sentimientos de malestar que embargaban a los hombres, sobre todo a Calvert, que parecía haber perdido la chispa que lo animaba y que, en ese momento, aunque continuaba tan profesional y correcto como siempre, exhibía una mirada vacía e inexpresiva.

Sin tener más que decir, el comisionado se despidió y los vio salir cabizbajos.

—¿No ha habido noticias de ella? —preguntó Jones amoscado.

Louis negó en actitud de derrota.

—Desde lo que supimos tras la nota que le envié a Calvert, nada. Solo lo que les conté de cuando fuimos a su casa y nos comunicaron que se habían ido de Londres.

Los tres agentes dirigieron una mirada preocupada a su colega que caminaba con las manos en los bolsillos sin emitir palabra como era habitual desde aquella vez en que habían vuelto con Montrose de la mansión de la calle Montpelier. Seguramente los cuatro estarían recordando cuando habían llegado a la agencia aquella tarde pocos días después de la partida de Emily y habían encontrado un sobre dirigido a él. Volvería a su memoria el alivio y la esperanza en el rostro serio de Calvert cuando vio su nombre, reconoció la letra y lo abrió, expresión que se había transformado casi de inmediato en adusta. Sin duda, estarían rememorando el texto parco, de palabras impersonales, con el que Emily le informaba a su compañero que no podía volver al trabajo porque su madre estaba gravemente enferma y la necesitaba como así también la indicación implícita de no esperar nada de ella: “no creo que pueda volver a escribirles ya que estaré de ahora en más abocada al cuidado de mi madre”. El saludo último para todos –a quienes había nombrado en forma general– y la expresión apenas cortés del final, en la que les enviaba sus mejores deseos, habían quedado sin duda impresos en la memoria colectiva. Solo la posdata –agregada como contra la voluntad de la escribiente– había tenido un toque personal que no había permitido al destinatario del mensaje derrumbarse por completo: “Con el afecto de”. Pero había sido peculiarmente extraño para él, e incluso para los demás, que quien le enviaba su afecto fuera alguien llamado “Hope Winston-Davies”. ¿Quién era esa mujer?

—¿Y de verdad nadie les quiso decir adónde se habían ido? —volvió a la carga Jones.

—No, al parecer los criados tenían orden de no revelar a nadie el paradero de la familia —contestó Louis apesadumbrado.

—Quién hubiera dicho que Emily era en realidad la única hija de sir Joshua Winston-Davies —comentó con un silbido admirativo Jack—. Lo que Nora me ha contado de la familia es impresionante.

—Si hubieras visto la casa... Es una mansión que ocupa casi una calle entera, frente a la Plaza Montpelier —acotó Louis—. Una construcción de gran elegancia, lujosa, con rejas, jardín y todo.

—La zona es de ricos, ¿no? La madre es dama de alcurnia, hija de un conde —aportó Jones.

Los hombres se miraron cabizbajos y observaron a Calvert que seguía sumergido en su silencio en apariencia ajeno a la charla, aunque lo sabían escuchando cada palabra que tuviera relación con ella. Comenzaron a intercambiar gestos; de pronto, Louis se detuvo y les pidió que esperasen para que pudiera atarse un cordón de la bota. Bertrand continuó tres pasos más y se paró junto a un farol. Jack y Jones rodearon a Louis.

—Debemos dejar de hablar de Emily —apuntó Jack—. Calvert está peor que antes.

—Es imposible sacarle una palabra —acotó Jones incómodo.

—Y los ratos libres entre trabajos se queda en su cuarto, en la cama. Las veces que fui a verlo lo encontré siempre así —contó Louis en voz baja—. No reacciona y no quiere hablar sobre el tema.

—Baker ya no sabe qué trabajo darle, dice que en todos se obsesiona de tal forma que se va a enfermar en cualquier momento —comentó Jones meneando la cabeza—. Le ha puesto a Whisky al lado para que tenga que ir

al ritmo más tranquilo de él, pero no.

—Vamos, tenemos que ir con Baker para reportarle lo sucedido con el testimonio —apuntó Jack haciendo un movimiento con la cabeza—. Y creo seriamente que, de ahora en más, debemos evitar todo comentario sobre Emily en presencia de Calvert.

* * *

Adam miraba fijamente a un punto del otro lado de su despacho, perdido en sus pensamientos. Roy lo acompañaba en silencio; le echaba de vez en cuando una mirada furtiva. Sabía lo que su amigo sufría por la ausencia de Emily, pero no podía hacer nada para apaciguarle el espíritu. Bastante tenía con Calvert todo el tiempo callado, hundido en su melancolía de la que salía para trabajar y a la que volvía al minuto en que se desconectaba de la labor diaria. Al menos, el cachorro de Montrose tenía un estúpido optimismo respecto de la vuelta de la joven y no molestaba a nadie con las expresiones de borregos apaleados que exhibían Adam y el Monje.

Debía admitir que, a diferencia de Calvert, que se ahogaba en su propia tristeza y se regodeaba en su soledad, Adam había pasado varios días hablándole de ella y lo mucho que la extrañaba, preguntándole en cada oportunidad qué sucedía con la joven que no quería volver con ellos y ni siquiera les escribía unas líneas. Quizá conmovido por el estado general de angustia de los dos hombres, se había sentido en la obligación de hacer algunas averiguaciones en la mansión. Sabía que cualquier información que les trajese a los dos enamorados la absorberían como las plantas del desierto el agua. Consultando paciente y persistentemente aquí y allá, había podido averiguar que la madre de Emily había estado al borde de la muerte y que había escapado de milagro de ella por los cuidados de su hija y de su esposo, que habían dejado sus obligaciones para encerrarse con ella y dedicarse en

cuerpo y alma a asistirle. También había podido saber adónde la habían llevado cuando se habían ido de Londres: poco después de la vuelta de Emily a la casa de los Winston-Davies, la mejoría de la mujer había sido suficiente como para viajar a la casa de campo que la familia tenía en algún lugar de Surrey. Habían pasado julio y agosto allí. Luego Roy había perdido el rastro. Al parecer, los proveedores de vinos de sir Joshua le habían contado que el rumor era que habrían emprendido un viaje y no se sabía cuándo volverían porque habían cancelado temporariamente sus pedidos habituales.

Lamentablemente, el tiempo había pasado y nada más se había sabido de la familia. Agosto había llegado a su fin y ya promediaba septiembre sin que hubiera novedades sobre la joven. Bertrand era una sombra de sí mismo. Adam había terminado por volverse huraño y hosco. La pobre May era la destinataria de sus enfados cada vez que hacía algo distinto de cómo Emily lo hacía. Estaba tan asustada que varias veces Louis la había tenido que consolar, lo que favorecía la relación entre ellos, sin duda, pero no aportaba nada a la que tenía con su jefe.

La Agencia Essex no se había detenido por la ausencia de la joven, pero sí la había sentido en profundidad. No había quien no sacara a relucir en algún momento un recuerdo o una frase de ella, la habilidad que le permitía leer a la gente y los lugares, la forma afectuosa y abierta de relacionarse con ellos, las atenciones que dispensaba a cada uno, el orden de su oficina y los cambios que había hecho en la agencia. Incluso recordaban con dolida ironía la vez que la habían emboscado para hablarle de las “veredas” en que se elegía estar y de los códigos o cuando los había pescado bebiendo y jugando cartas mientras mantenían una conversación no apta para sus oídos. Y allí no terminaba todo porque algunos de los agentes tenían mujeres que la apreciaban y querían saber algo de Emily, y ellos eran los que tenían que decirles que no había novedades. Parecía que la tierra se hubiese tragado a los Winston-Davies.

Por supuesto, cualquier comentario sobre ella se hacía siempre que Calvert no estuviera presente. Era un acuerdo tácito entre los hombres –acatado por las mujeres– que, delante del Monje, el nombre de la exasistente de Baker

estaba vedado y nadie debía mencionarlo en beneficio de mantener al abatido agente dentro de la escasa cordura que le quedaba.

* * *

El verano estaba por concluir, el fin de septiembre había traído el otoño y pronto las brisas cálidas fueron reemplazadas por vientos frescos y caída de hojas. El ritmo de la agencia se había estabilizado poco a poco; se había producido un impasse en la nueva existencia “sin-Emily” y algunos de ellos parecían creer que habían visto lo último de ella. Pasado el período optimista, habían aparecido comentarios que aludían a las excéntricas “diversiones de algunas jóvenes de clase alta aburridas”, expresiones más nacidas de la desilusión por el silencio de la joven que de verdaderos sentimientos contra ella.

Excepto por un par de casos que habían quedado sin solución y que habían sido pasados a la Policía Metropolitana –para gran disgusto del inspector Cotter que se había quejado amargamente de que se habían transformado “en el vertedero de los desechos de Essex”–, las misiones asignadas habían llegado a buen puerto y seguían alimentando las páginas de los diarios.

Naturalmente, pronto surgió la necesidad de hacer algunos cambios para estar más a la altura de las nuevas circunstancias y los círculos más encumbrados que ahora frecuentaban. Entre esos cambios, y para el asombro general, Jack había sugerido que todos ellos llevaran un uniforme que él mismo se encargó de diseñar. El fruto de su trabajo fue un traje de líneas sobrias –hasta severas– muy sentadoras a los distintos tipos, en tono oscuro, hecho con telas de mejor calidad y más resistentes que incluían abrigos idénticos de buen corte, capaces de soportar el agua y el frío, con distintivos botones con las letras AE grabadas en ellos.

Por ese tema, se hallaban todos ese día en la sala de los agentes probando los trajes que les acababan de entregar, cuando entró Louis, que jadeaba como resultado de una agitada carrera desde la calle Candem donde había adquirido el diario que apretaba fuertemente en la mano derecha.

—¿Qué sucede, Montrose? —preguntó Adam.

El brillo intenso de la mirada del joven agente y la sonrisa fiera les auguraron grandes novedades.

Jack dejó de observar el conjunto que el sastre le estaba probando a Oliver y volteó hacia Louis con expresión displicente. Louis miró a cada uno de los presentes con los ojos chispeantes y exclamó:

—¡La policía resolvió el caso del asesinato del hospital!

—¡¿Qué?! —exclamó Balling poniéndose de pie y acercándose a Louis—. ¿Cómo lo hicieron? Es imposible, nosotros no pudimos. El cuerpo llevaba escondido como dos años en el hueco de una de las paredes de la capilla del Barts —dijo en referencia a la capilla del hospital Saint Bartholomew, conocida como Saint Bartholomew the Less, llamada así para distinguirla de la iglesia adjunta al hospital llamada Saint Bartholomew the Great—. Cuando encontraron accidentalmente el cadáver, fue imposible establecer la filiación.

—Sí, lo sé, pero identificaron el cuerpo, descubrieron al asesino, lo atraparon y confesó.

—¿De dónde sacaron la información? —preguntó Bertrand interesado a pesar de sí mismo. Había llevado el caso con Baker y ninguno de los dos había podido avanzar más allá de la suposición de que el fallecido había sido paciente del hospital, de buen pasar y muerto de forma no natural.

—Eso es lo más raro. El diario dice que el inspector Cotter obtuvo los datos faltantes interrogando a unos pacientes que estuvieron internados allí en la misma época. Al parecer, con los datos de los registros del hospital pudo identificar a los vecinos de cama del muerto. Con ellos reconstruyó hacia

atrás los últimos momentos antes del accidente que lo había llevado a Saint Bartholomew. Luego buscaron en los registros policiales testigos de ese accidente y rastrearon y reconstruyeron los pasos del hombre hasta identificar a la familia que, a esta altura, ya lo había dado por desaparecido en condiciones inexplicables. Según pudieron establecer, el muerto había sido asesinado de un golpe violento que le destrozó el costado de la cabeza por un enfermero pagado por la esposa del fallecido que no solo sabía que estaba allí internado, sino que había sido la que había planificado el supuesto accidente que debía haber acabado con la vida de su esposo en un principio. También se supo que ella asistió al hospital poco después de que el hombre arribara sin que el resto de la familia lo supiese y no identificó a su marido a propósito para poder deshacerse de él con ayuda de un cómplice y quedarse con la fortuna.

—Cuando nosotros pedimos los registros de dos años atrás, nos dijeron que estaban perdidos —señaló Bertrand suspicaz.

—Pues, según el periódico, uno de los agentes de la Metropolitana sugirió, luego de echar un vistazo, que podían estar mal archivados; después de revisar, los encontraron mezclados con otros del año 1849.

—¿Quién era el hombre muerto? —inquirió Adam tenso mientras miraba a Bertrand que tenía el ceño fruncido y una mirada especulativa.

—Lord Alfred Parrish —soltó Louis y dejó ver el diario arrugado que llevaba en el puño derecho, que le fue arrebatado por Oliver y Jack que lo extendieron sobre la mesa.

—¡Tenía que ser! —exclamó Adam—. Calvert, no estábamos tan desencaminados, si hubiéramos contado con más información... Pero, ¿cómo diablos pudo descubrirlo Cotter? El trabajo que hicieron parece más nuestro que de ellos...

La expresión concentrada de Bertrand que negaba lentamente atrajo la atención de los agentes.

—Muy fácil —comenzó Louis con la misma sonrisa feroz del inicio bailándole en los labios.

Pero lo que fuera a decir quedó interrumpido por la voz grave de Bertrand que, con la dolida mirada fija en él, señaló sin tonalidad:

—Los ayudó.

Louis lanzó una carcajada dura mientras asentía en dirección de su compañero ante la prevención de los presentes.

—Sí, señores —exclamó feliz—. ¡Emily Randolph ha vuelto!

CAPÍTULO XXII

La joven mujer arreglaba con fatigada distracción las flores que acababa de cortar en el jardín para disponerlas en un florero de cristal de Baccarat tallado, filigranado en oro. A cierta distancia, sentada con los pies elevados sobre un banquillo, descansaba la señora de la casa envuelta en una abrigada manta. Llevaba los cabellos entrecanos recogidos con gracia en un rodete alto y la pálida complexión aunada al aspecto en extremo delicado le daba una apariencia casi fantasmal. Marion Winston-Davies lucía, a pesar de su aire general de fragilidad, bien, considerando que no hacía dos meses que su esposo y su hija la habían arrebatado de la muerte. Sobre todo ella. Se arrebujó en el chal que momentos antes Hope le había echado sobre los hombros, que había vuelto por fin a su lado y la acompañaba todos los días desde que su marido la había ido a buscar a su pedido.

Marion la observó con cariñosa preocupación. No veía muy bien a su hija, aun cuando los médicos le hubieran asegurado que ya había superado la crisis después de haber pasado un mes sin casi dormir o comer, sentada a su lado asistiéndola de día y de noche con el afán de hacer todo cuanto los doctores le habían indicado para intentar rescatarla del abrazo final de la muerte.

En esa oportunidad, había habido una determinación febril y tensa en la lucha que la joven había emprendido contra la enfermedad de su madre. Marion la había visto poner la mente y el cuerpo en la ardua labor de ayudarla a recuperarse. Ella había sobrevivido, aunque a costa de la salud de su hija que había ido debilitándose por la batalla en la que parecía haber transfundido su fuerza a su agonizante madre.

Durante todo esos días y noches de convalecencia, a pedido de la propia Marion que deseaba entender la razón del cambio espiritual y físico en su hija y necesitaba llenar las horas muertas del insomnio producto de su afección pulmonar, la joven le había contado de su vida en Islington. Urgida por la acuciante necesidad de recordar esos meses, le había relatado cada uno de los momentos de esa vida feliz con una voz llena de añoranza que Marion halló por demás apaciguadora. Por estos relatos, había descubierto que la que le hablaba no era su pequeña Hope, sino una mujer que había conocido el gusto de valerse por sí misma, la felicidad de la amistad sincera, el crecimiento de la admiración y el respeto hacia personas valiosas, el amor. Y junto con las buenas experiencias, la nueva Hope le contó también los tropiezos, las dudas, los temores y el dolor de la distancia con sus padres. Le habló de lo que había sucedido para que ella le escribiera aquella carta y de la honda necesidad que había tenido en todo momento de volver a ser aceptada por su padre.

En las noches sin fin en que Marion se debatía tratando de permanecer con los que amaba, la había escuchado hora tras hora hasta aprender a distinguir de quién hablaba en cada momento sin necesidad de saber el nombre. La voz del afecto respetuoso y la admiración incondicional estaba reservada a su jefe, la del afecto burlón para el confidente de los sentimientos, Jack; la del cariño fraternal más profundo para Louis, de quien hablaba siempre con un tono dulce lleno de alegría. Había muchas otras formas de afecto, incluso para Balling y Jones, para el joven Oliver y el callado Fargg, pero ninguna era igual a la voz serena y melancólica que empleaba para hablar de Bertrand Calvert, como si su vínculo refiriera a emociones mucho más arraigadas que guardaba atesoradas en lo recóndito de su corazón.

Supo la razón del cambio más profundo de su hija a través de lo que ella le contaba sobre el hombre, pero más aún de lo que no le decía. Nunca reveló su Hope nada de la pasión vivida con él, pero el tono profundo que se volvía moroso e intenso y adquiría una cadencia ensoñadora le expresaba los sentimientos que albergaba en el corazón. Después de oírla, Marion solo podía pensar que odiaba a ese desconocido porque sabía que era el único que

podría arrebatarle a su hija; su tranquilidad solo volvía cuando Joshua le aseguraba que ya había tomado medidas para no dejar la puerta abierta de nuevo.

Por su parte, la tensión y el nerviosismo con el que su esposa le demandaba febrilmente una y otra vez en sus delirios que cuidara a Hope, había producido un extraño efecto en sir Joshua. Sabía que la hija que se había marchado de la casa como extraordinario e inaudito gesto de rebelión no era la misma que había vuelto. Había una nueva fuerza en ella, una determinación firme en sus actos y una capacidad para tomar decisiones y hacerse cargo de las consecuencias que habían asombrado al hombre contra su propia voluntad.

En los largos momentos de vigilia junto a su esposa, Joshua rememoraba una y otra vez la discusión que había tenido con Marion unas semanas después de que Hope hubiera abandonado la casa. Justamente la frase “fue su decisión irse”, que él había expresado como defensa de su accionar, había desencadenado la primera y única discusión que habían tenido.

—Sabes muy bien que no es así —le había dicho ella que se controlaba para mantener una conversación civilizada—. Hope se fue porque tú la echaste; quién sabe dónde y en qué condiciones se encuentra ahora.

—Marion, en ningún momento quise dejar a Hope desprotegida, estaba seguro de que iría a Woking o a la casa de tu hermano; jamás se me hubiera ocurrido que desaparecería como lo hizo.

—¿No? ¿Jamás? ¡Joshua, por favor, no quieras mentirme ni mentirte! Conoces a tu hija, aunque jamás la comprendiste, lo que resulta por demás extraño puesto que ella es exactamente como tú. La moldeaste a tu imagen y semejanza cuando era niña y de joven. ¡Y ahora te atreves a decir que jamás se te hubiera ocurrido que ella haría lo que hizo! ¡Por Dios! Tiene tu mismo orgullo, tu misma obcecación ¡y hasta tu misma inteligencia! —La mujer se detuvo un momento para volver a recuperar la compostura—. Dime algo,

¿acaso la quisiste alguna vez? ¿La culpaste a ella porque no te di un hijo varón? ¿Por qué la rechazas ahora después de haber creado ese vínculo entre ustedes? ¿Por qué rechazas la devoción que siente por ti?

—¡Basta, Marion! Escúchate; ¿cómo puedes decir que no quiero a mi hija? Es solo que...

—¿Qué?

—No la rechazo como tú dices; no a ella.

—¿Qué es lo que rechazas entonces?

—Eso que hace.

—¡Joshua! “Eso que hace” es parte de ella: es ella.

—Es así y no puedo evitarlo. He tratado durante toda su vida que fuera alguien racional y lógico, tienes razón en eso, pero lo que hace, en lo que se ha transformado... Eso que ve y que nadie más logra entender; no puedo, no quiero aceptarlo.

—No puedo creer lo que dices. ¿Amas a tu hija y la rechazas porque tiene un don?

—¡Eso no es un don! Ya viste a qué llevó a Lucianne; su... su... esa monstruosidad no es natural. Su mirada siempre entra hasta lo más recóndito. —“Hurta en busca de las verdades más íntimas y oscuras, esas que solo pertenecen a la esfera privada de cada uno y no deben ver la luz”, pensó él para sí.

—¿Qué dices? ¡Lucianne se suicidó por su propio sentimiento de culpa! ¡Una adúltera descubierta por su esposo! Realmente, Joshua, no irás a repetir la estupidez que he oído a gente de pocas luces sobre la magia oscura de tu hija. Deberías ser el primero en comprender la capacidad extraordinaria que tiene.

—Pero no puedo hacerlo —se aferró él a sus sinrazones.

—¿Y por eso la dejarás sola y sin ayuda expuesta vaya uno a saber a qué peligros?

En esa oportunidad, Joshua Winston-Davies se había hundido en el sillón. El agobio se expresaba claramente en el rostro y en el temor de su mirada: “¿Qué había hecho por obcecación? ¿En manos de quien había dejado la vida inocente de su hija? Ella no era culpable de ser como era...”

—Mañana mismo me ocuparé de buscarla —recordó haber asegurado con voz cargada de culpa.

—Mañana ya puede ser muy tarde —había sido la grave respuesta de Marion antes de abandonar el estudio.

* * *

Terminó de acomodar las flores, distraída en un cúmulo de pensamientos sin orden ni concierto que poblaban su mente y que siempre culminaban en el mismo punto. Desde que se había levantado después de su convalecencia, se sentía perdida y sin objetivo. El mes de septiembre lo había pasado en Escocia tratando de sobrevivir a una crisis de fatiga que la había postrado en cama. Recién ahora había logrado ponerse de pie, y habían vuelto a Londres para retomar sus vidas. El único problema que enfrentaba era que lo que ella llamaba “su vida” carecía en absoluto de sentido o finalidad. Como su madre ya estaba mejor, había retomado el conocido ritmo de su hogar en el que cada paso que daba estaba pautado por años de hacer lo mismo, atendida por criados anónimos, sin tener que levantar ni un dedo o siquiera elevar la voz para ser obedecida al instante. Aunque algunas sutiles diferencias se habían colado en su existencia procedentes de su vida anterior: se levantaba muy temprano, arreglaba su propio cuarto, se vestía mayormente sola y bajaba a la

cocina para tomar el desayuno, aunque fuera sistemáticamente echada de allí y ubicada en el gran salón comedor con las protestas del mayordomo y del ama de llaves que le decían una y otra vez que ese no era lugar para ella.

Pero ¿cuál era su lugar? “¿En qué vereda estoy, Jack?”, solía preguntarse con lágrimas en los ojos cuando se sentaba a la mesa del comedor para desayunar sola.

Después, todo empeoraba y el día se transformaba en una nada sin expectativas. Debía bordar –lo que nunca había hecho bien–, recibir la visita de su familia a quien debía contarle la historia que su padre le había preparado para justificar su ausencia durante tantos meses, tomar el té, responder la correspondencia de su madre, pasear con ella por el jardín, quizá practicar un poco de piano para entretenerla y luego prepararse para la cena. Lamentablemente, no era solo su cabeza, sino también su cuerpo el que seguía confinado en los límites de la casa en vista de que aún no se le permitía salir por su estado general de debilidad al que, según agregaba gravemente el médico, su ánimo melancólico no ayudaba a mejorar.

Sabía que sus padres estaban preocupados por ella y se dio cuenta de que había sido idea de sir Joshua que todas las tardes a las cinco se reunieran en el estudio privado del caballero para distraerla jugando al ajedrez como en los viejos tiempos. Pero, al parecer, eso tampoco había funcionado ya que ella se perdía muchas veces en la observación prolongada del tablero o de alguna de las piezas de cedro y marfil a las que se quedaba acariciando, pensativa, haciendo que su padre esperara a que volviera a concentrarse con una paciencia que no le era propia.

Así las cosas, el viernes de la primera semana de septiembre, Emily se encontraba mirando distraídamente el extraño arreglo que había hecho con las flores cuando la puerta de la sala privada se abrió y el dueño de casa entró seguido de un caballero. De inmediato, la joven reconoció al hombre y su primer movimiento –del todo inconsciente– fue el de volverse para no ser vista.

—Marion, querida, permíteme presentarte a sir Roger Entfield.

La mujer extendió una mano que sir Roger se apresuró a besar ligeramente.

—Es un placer conocerla, señora Winston-Davies.

El hombre mayor se giró después hacia Emily que permanecía de espaldas.

—Permítame que le presente a mi hija —dijo con tono severo. Emily no tuvo más remedio que volverse.

—Señorita Winston-Davies, nos volvemos a ver. ¿Cómo está usted?

—Bien, sir Entfield, gracias —contestó con una reverencia—. ¿Y usted?

—Pero... ¿se conocen? —preguntó Marion.

—Claro que sí. La señorita y yo tuvimos oportunidad de intercambiar interesantes conceptos sobre un asunto de delicada naturaleza. Me asombraron sobremanera sus razonamientos y su preparación legal.

Emily no se atrevía a levantar la mirada de la alfombra: se sabía observada por los ojos escrutadores de su padre y los azorados de su madre.

—Hope, no hace falta que sigas con esto. Sir Roger ha venido a solicitarme algo que te involucra y debió contarme cómo se conocieron. —La voz paterna se sentía rígida y admonitoria—. Al parecer quedó impresionado por tu desempeño.

—Muy impresionado —aclaró el hombre con una sonrisa que logró que Emily levantara la vista.

—Ha venido a solicitar tu colaboración en otro asunto “de delicada naturaleza”.

—¿Usted está de acuerdo, padre?

—Sí.

Sir Roger le ofreció el brazo para acompañarla hasta el sillón.

—Señorita Winston-Davies, recientemente nos han hecho llegar un par de casos que no pudieron ser resueltos por quien los investigaba y el inspector Cotter... ¿Lo recuerda?

Ella asintió elevando apenas una de las comisuras.

—Bien, el inspector se encuentra algo presionado por la opinión pública, pero más aun por mí, para resolverlos. Al parecer, un periódico popular, del que luego se hicieron eco otras publicaciones algo más serias, tuvo el desacierto de comentar que, si la reconocida agencia de investigaciones que tenía el caso lo había abandonado, la policía no tendría oportunidad alguna.

Sir Roger asistió al cambio que se produjo en la joven. Una expresión de interés había aparecido en el rostro afilado y pálido.

—Como verá, me encuentro en una situación algo difícil. Como comisionado de policía debo procurar que los agentes de la Metropolitana trabajen en beneficio de la población para bajar el índice de criminalidad y produzca la mayor cantidad posible de resolución de casos. Pero, si la gente y los delincuentes descreen de que los policías sean capaces de tener buenos resultados y les pierden la confianza... Por este motivo, le he planteado al inspector Cotter mi idea de que usted colabore con él, al menos en estos dos casos. Estuvo de acuerdo porque necesitamos mejorar la prensa de la institución.

La ceja levantada de la joven provocó una mueca en sir Roger que continuó el discurso con expresión burlona.

—Por desgracia, se nos presenta la circunstancia de que una mujer que colabora en la resolución de un caso criminal es algo que se puede prestar a mofa para nosotros si los diarios se enteran. Y debo concordar con el planteo de Cotter de que terminaría siendo más perjudicial aun para el cuerpo de policía.

—En efecto —concordó Emily.

—Por eso se me ocurrió que usted podría ayudarnos... como expresarlo... en las sombras.

Emily le dirigió una mirada escrutadora que sostuvo por un momento. El análisis que hizo sir Roger le dijo que la necesitaban, pero que no llegarían tan lejos como para irritar a algunos personajes importantes y misóginos que todavía abundaban en el ámbito policial y político. Su aceptación implicaba que ella tendría que ir con pies de plomo pues no le darían el trato deferencial que le habían dispensado en la agencia.

—¿Qué recibiría a cambio?

—¡Hope! —la amonestó su padre con severidad.

—Sir Joshua, permítame escuchar.

—Mientras usted hablaba, me preguntaba qué podía obtener yo a cambio de colaborar con la Policía Metropolitana “en las sombras” y me he dado cuenta de lo mucho que ustedes pueden ofrecerme.

—¿En verdad lo cree así? —preguntó con extrañeza el caballero.

—Estoy convencida —aseveró tranquila—. Me gustaría que se me permitiera aprender sobre procedimientos policiales.

—¡Por Dios, Hope! Recuerda con quien hablas, te lo ruego —la reprendió a viva voz su padre, que se sentó erguido en el borde de la silla.

—No creo que haya problemas —aceptó enseguida Entfield sin atender al malestar del anfitrión—. Hablaré con Cotter y le conseguiré acceso a todas las áreas, aunque será con una condición: siempre deberá estar acompañada por un agente, solo asistirá si se estima que no hay riesgo para su persona o su sensibilidad y, por supuesto, lo hará cuando no haya quien pueda conectarla con su familia o con nosotros.

La excitación puso en las mejillas femeninas dos brochazos de rubor que dieron al rostro un aspecto encantador. Sir Joshua no pudo evitar sentir la diferencia con la apagada Hope de los días anteriores y experimentó la sensación de haber hecho lo correcto al dar su consentimiento por más escandalosa y fuera de lugar que resultara la situación. Dirigió la vista hacia su esposa. Los dos compartieron una mirada que lo decía todo: si Hope necesitaba eso para sentirse mejor, eso tendría.

* * *

Cotter, el sargento Moore y Emily se hallaban reunidos en la oficina del inspector revisando la información que tenían sobre el segundo caso derivado por la Agencia Essex. En un impasse en el que habían caído por falta de ideas sobre cómo continuar, Emily se distrajo con el recuerdo de las dificultades que había enfrentado poco tiempo atrás para llevar adelante sus tareas como “asesora en las sombras”.

Según recordaba, la primera vez que había estado en la Policía Metropolitana, contrariamente a lo que sir Entfield le había dicho, Patrick Cotter la había recibido con expresión de claro disgusto que vio replicada en cada rostro masculino del cuerpo de policías con los que “trabajaría”. No necesitó palabras para saber qué era lo que pensaban esos hombrones de que una mujer fuera llamada para ayudarlos. En especial una como ella. Si la situación en la agencia con sus compañeros había sido complicada al

principio, se imaginaba lo que tendría que enfrentar allí. Por ese motivo, no bien había comprendido la circunstancia en que se hallaba, había tenido que tomar una de sus decisiones: se pondría bajo las órdenes directas de Cotter tanto para protegerse como para no herir susceptibilidades masculinas. Al cabo de la charla inicial a solas que ella le pidió, Cotter salió exultante habiendo aceptado las amables promesas de fidelidad y respeto de la señorita Winston-Davies hacia él, que había acompañado con unas confianzas –solo para su conocimiento y reconocida discreción, por supuesto–, sobre las razones de que ya no fuera la señorita Randolph y ahora resultara ser la hija del reconocido abogado sir Winston-Davies.

En síntesis, que con paternal intención, Cotter se había avenido a tomarla bajo su protección y servirle como maestro en el aprendizaje de los procedimientos policiales básicos mientras escuchaba las sugerencias que ella pudiera hacer sobre los casos. Así fue como Emily terminó aquella primera semana en la Metropolitana pensando en cuán complacidos estarían tres hombres en su vida de que ella hubiera aprendido su inigualable capacidad diplomática para manejarse en el cerrado y masculino ambiente de la policía londinense sin roces notorios.

Las siguientes semanas pusieron a prueba la capacidad diplomática de la joven por completo y, aun con encontronazos varios, había logrado aprender a deslizarse entre los agentes y dentro del sistema con aceiteada habilidad para que supieran que estaba allí sin ser mayormente notada. Lo que aprendió en el tiempo del primer caso, conocimiento compartido en interesantes charlas privadas con sir Roger Entfield, fue de enorme ayuda para que pudiera establecer para el caballero un detalle de las dificultades intrínsecas de la institución, que actuaban, las más de las veces, como serios obstáculos para avanzar en las investigaciones de la propia fuerza. No pasó mucho tiempo antes de que Cotter, aunque aún renuientemente, la aceptara al punto de permitirle entrar en algunas áreas “duras” de la labor policial.

Como culminación de su período de afianzamiento, la resolución del crimen de Saint Bartholomew resultó un gran éxito para la Metropolitana, pero sobre todo para ella; los policías entendieron que la única intención de la

joven mujer era aprender sin llevarse el crédito por la labor ajena: el artículo del diario en el que ni su nombre ni su persona eran mencionados le valió miradas menos hoscas y hasta algún que otro gesto cortés de los duros hombres.

El segundo caso ya fue otra cosa.

* * *

—¡Estamos estancados! —exclamó Cotter golpeando la mesa con el puño cerrado ante la mirada cansada de Moore y de Emily que habían revisado una y otra vez los pocos datos que tenían.

—Quizás debamos... —comenzó a susurrar ella con la mente perdida en la enorme fatiga que sentía y se quedó en silencio.

Los hombres la miraron. Moore intervino con gentileza.

—¿Qué es lo que decía, señorita?

Emily lo enfocó por unos segundos para molestia del inspector, irritado por la imposibilidad de resolver el asunto que los ocupaba y necesitado de descargar su rabia en alguien.

—Se me ocurre que podríamos tratar de obtener información de las averiguaciones hechas por los agentes de Essex.

—¿Qué?! —exclamó el inspector.

—Lo que quiero decir —se apresuró a explicar ante la mirada de alarma del sargento— es que, tal vez, nos ayudaría contar con las averiguaciones que ellos hicieron; nos permitiría saber qué curso de investigación tomaron y

hasta dónde llegaron para supervisar sus actuaciones y así ver en qué... fallaron.

La sonrisa torcida de Cotter le dijo que su elección de palabras había sido la adecuada.

—Sabríamos si usarlas o no; podríamos plantearnos otras alternativas que no vieron y tener éxito donde ellos no.

—Puedo ir a hablar con Baker y ver si me dan... —comenzó a decir Moore, pero su ofrecimiento fue interrumpido en seco.

—No. Conseguiré una autorización para que tenga que entregarnos toda la información de que dispone. Señorita Winston-Davies, ¿qué es lo que tenemos que pedirles?

Emily se angustió al interpretar cuál era la intención del hombre: primero, molestar a Baker como venganza por lo del caso Pressing en el que había estado involucrado Jack; y segundo, aunque no menos importante, comprobar la lealtad de ella para con él. Se sintió perdida: no deseaba traicionarlos, pero debía considerar su promesa a sir Roger y a Cotter mismo. Respetar la palabra que empeñaba se estaba volviendo todo un problema en su vida.

—La carpeta del caso y todo el material empleado o recabado en las investigaciones. Y deberían hablar con los agentes que intervinieron —susurró sintiéndose miserable.

—Sí. —Cotter disfrutaba de antemano lo que su aparición con la orden iba a provocar en la agencia. Luego se puso serio de golpe y le dirigió una mirada aprobatoria que a ella le supo amarga—. Si les entregaron algo, tendrán que dárnoslo también: papeles, objetos, lo que sea.

—Objetarán que pertenecen al cliente y que no pueden traicionar su confianza —apuntó Moore que recibió un vistazo duro de su jefe, quien, de inmediato, se volvió a la joven.

Emily tragó con dificultad antes de contestar.

—No podrán si hay instrucción de un juez. De todas formas, se puede plantear que el caso pasó a manos de la policía a pedido de la agencia y, por ende, cedió sus derechos y los de su cliente. Aun así, no estaría mal anticipar la acción a la familia Cavendish para evitar reacciones adversas y resquemores por parte de ellos —desde ya, la mala prensa consecuente— y que vean, además, que la policía se ocupa del caso.

Cotter concordó con la joven.

—Moore, encárguese de las órdenes.

—¿Qué necesito pedir? —preguntó confundido el hombre.

La expresión de desconcierto de Cotter fue bastante divertida para las otras dos personas, pero cualquier posibilidad de reírse, aunque fuera interiormente, quedó cortada por el pedido que el hombre hizo a Emily con tono cortés.

—Señorita Winston-Davies, ¿quizás usted pueda asesorar al sargento en este aspecto? Confío en que, dada su experiencia, sabe qué pedir y cómo.

Emily se atragantó; tras bajar los hombros, asintió agobiada. En cualquier momento, alguien entraría por la puerta y le entregaría una bolsa con treinta relucientes monedas de plata, imaginó triste mientras cruzaba miradas afligidas con el sargento Moore que entendía su predicamento.

—Inspector Cotter, por favor. —Lo detuvo antes de que este dejara la oficina—. Haré lo que me pide esta vez, pero le ruego que, en el futuro, todo lo que tenga que ver con la Agencia Essex lo lleve adelante otra persona. Usted sabe que trabajé allí y no me parece correcto que...

Cotter tuvo el suficiente sentido común para comprender; con un cabeceo afirmativo y una mano en alto la interrumpió. A pesar de sus pequeñas mezquindades, el hombre tenía algún mínimo rasgo de caballerosidad, se

consoló Emily sin mayor éxito.

* * *

—¡No puedo creer lo que el maldito bastardo hizo! —exclamó fuera de sí Roy.

—Desgraciado hijo de una ramera —apuntó Jones como apoyo.

Adam releía la orden con la que les acababan de retirar la carpeta del caso Cavendish con los informes de entrevistas y seguimientos, además de la caja privada de lord Cavendish en la que todavía tenían los objetos que la familia les había dado. Louis se removía incómodo por alguna idea que lo rondaba, mientras Jack no dejaba de balancear la pierna que colgaba de la mesa de reuniones donde estaba medio sentado barajando alguna idea similar. En los sillones estaban Bertrand y Oliver; un poco más allá Fargg que asistía en silencio a la escena.

—¡Y encima nos citaron para dar testimonio! —estalló irritado Roy—. Todos estuvimos involucrados de alguna forma en la investigación. Maldito Cotter.

—Esta no parece idea suya —comentó por lo bajo Adam y cruzó una mirada con Bertrand y Louis que al instante desviaron la vista.

—Hasta han convencido a la familia para que apoyen la acción. La carta que trajeron con ellos firmada por el mismo Cavendish: eso sí que estuvo bien pensado —señaló Jack que sospechaba a quién correspondía la acción efectiva.

—Moore me comentó que lord Cavendish había aceptado que el inspector y un “asistente” hablaran con los miembros de la familia —apuntó Adam.

—Algo que a nosotros no se nos permitió —protestó entre dientes Roy.

—Y contraatacaron legalmente nuestras objeciones, venían bien preparados —musitó Bertrand con la vista fija en la alfombra, aunque saliendo de su mutismo habitual.

Los hombres se sumieron en un denso silencio hasta que Louis puso en palabras lo que pensaban.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué trabaja con ellos?

Nadie le respondió ni se atrevió a mencionar el nombre de la persona a la que se refería. No que hiciera falta. Se lo veía dolido por lo que interpretaba como una traición a ellos y a la agencia. Su idea era compartida por los demás. De todas formas, para lo que en realidad quería saber, ninguno de los agentes tenía respuesta.

—Lo único que me consuela es que no podrán abrir la caja —apuntó Oliver al recordar que el único que había podido vencer la intrincada cerradura había sido Calvert.

—No esté tan seguro, Oliver —lo corrigió Adam con una sonrisa triste—. Hemos creado un monstruo con la suma de nuestras propias habilidades... Y ahora está al servicio de la policía.

CAPÍTULO XXIII

El fin de octubre y el principio de noviembre no solo trajeron consigo el otoño que se asentó en la ciudad definitivamente, sino también un extraño duelo al que buena parte de los habitantes de Londres asistían fascinados y por el que se habían hecho infinidad de apuestas tanto en los distinguidos clubes de caballeros como en las populares tabernas de los barrios más humildes. Todo había sido una extraordinaria invención de Abe Dolman, periodista estrella de crónicas policiales que día a día llevaba a los lectores de *El Investigador Independiente* un detalle paralelo –en hojas contrapuestas de la misma página central– de dos casos resonantes en los que medían fuerzas los reconocidos miembros de la Agencia Essex y los esforzados representantes de la fuerza policíaca.

En el que refería a la policía, la fuerza se encontraba abocada a los pasos finales que darían la solución al extraño caso de la desaparición de lord Stephen Cavendish de su residencia privada –específicamente de su gabinete oriental cerrado a cal y canto– en Belgravia Square un año atrás y que la reconocida agencia de investigadores no había podido solucionar.

Respecto de la agencia, algunos de sus agentes estaban resolviendo el caso del osado robo de los doblones españoles del Museo Real de Numismática una semana atrás y en ese asunto, la rapidez era la clave para evitar la fuga de las valiosas monedas del país.

La rivalidad así presentada había dado lugar a una peculiar competencia explotada por Dolman y que ambos grupos negaba, aunque no pudieran sustraerse por la presión del mismo público. ¿Quién resolvería primero su caso?

En relación con el primer asunto, una Emily bastante recuperada se encontraba en ese momento en los pasillos que llevaban a la oficina del inspector Cotter hacia la que se dirigía con paso firme en respuesta a una citación del oficial quien le había anticipado en la nota enviada que tenía “novedades interesantes”.

Al llegar frente a la puerta, se detuvo un momento: dentro de la oficina se oían voces masculinas por lo que esperó educadamente en el pasillo.

—¿Y cómo se enteró de que la entrega sería hoy? —preguntó una voz aflautada.

—Uno de mis compañeros lo escuchó por casualidad mientras comía en la taberna El Bergantín. Había un grupo de marinos almorzando y dos de ellos, oficiales según parecía, comentaban a un costado que su salida se demoraría esa noche porque tenían que esperar la llegada de las monedas.

—¿Está seguro de que se referían a los doblones robados?

—Sí, estaban en el asunto, muy al tanto de los detalles; dijeron que en su barco viajaría de incógnito el representante de negocios del ducado que los de Essex habían identificado como uno de los sospechosos y al que estaban rastreando.

—¿Compartirán la información con ellos?

—Naaa, el inspector no los puede ni ver.

—¿Sabe el nombre del barco?

—El Ardent II; sale de puerto hoy a las nueve de la noche con rumbo al continente.

—Esto me servirá muy bien. Le daré lo suyo en cuanto me autoricen el dinero, no se preocupe.

Al oír los movimientos de los hombres que se preparaban para salir, Emily buscó desesperada un lugar donde ocultarse. Vio una puerta a un par de metros y se abalanzó sobre ella para abrirla y entrar. Desde allí esperó a que los hombres dejaran la oficina y, por una hendidura, los observó. Uno de ellos era un agente de policía algo pasado de peso y el acompañante era un hombrecito más bajo que ella, de aspecto anodino y sin nada fuera de lo ordinario excepto por un tic nervioso que le sacudía el cuerpo cada tanto. Vestía de oscuro, llevaba un sombrero hongo calado sobre los ojos y sus ropas se veían algo usadas aunque limpias. Después de mirar a ambos lados, los dos caminaron por el pasillo hacia la salida y se perdieron en el hall de entrada del edificio. Emily dejó su escondite con destino a la oficina del inspector intrigada por lo que acababa de escuchar. “De esta forma consigue información Dolman”. Suspiró y se concentró en el problema que le había surgido por oír conversaciones ajenas: acababa de obtener datos importantes sobre el caso que llevaba la agencia y sentía su deber –como una suerte de compensación por los interrogatorios a los que fueron sometidos los agentes– hacérselas llegar. Pero allí residía la dificultad principal: su padre le había extraído la promesa de que no volvería a contactar a ninguno de los agentes y la palabra empeñada –sobre todo a su padre– era de gran valor para ella. Tenía que ver la forma de darles el aviso de la huida del hombre.

Perdida en las cavilaciones, no oyó a Cotter hasta que estuvo detrás de ella. Se sobresaltó, culpable, por lo que estaba pensando hacer. “Oh, por favor”, gimió internamente, todavía tenía que reunirse con el inspector. Quién sabía a qué hora concluirían y no podía suspender la reunión en vista de que la excitación del hombre le hablaba de algún descubrimiento importante para el avance del caso de lord Cavendish. Estaban a poco de encontrar una relación entre la desaparición de él de la faz de la tierra y la aparición, una semana antes de que el anciano se desvaneciera en el aire, de una cuenta bien provista en el Banco de Londres a nombre de Briggs, el cochero de toda la vida de la familia, que se había jubilado tan solo quince días antes de la desaparición de su patrón en un extraño –y muy sospechoso– encadenamiento de eventos.

En fin, se dijo, tendría que ver cómo hacerles llegar la información después de concluir su encuentro con Cotter.

* * *

—¿Estás seguro? —preguntó por tercera vez Louis a un Fargg ya harto que asintió con sequedad—. ¿Y cómo supiste tú eso?

—Tengo quien me informe —respondió lacónico el hombre.

—¿La descripción coincide?

—En todo.

—¿Cómo es que no pudimos encontrar esta pista antes?

—Solo se me ocurrió después de leer el último artículo de El Investigador Independiente con lo que estaba haciendo la Metropolitana —fue la larga frase del agente que se encogió de hombros al concluirla.

—¿Fuiste a verificar?

El hombre asintió una vez.

—¿Qué crees que debemos hacer con esta información? El caso ya no es nuestro y la policía —“Emily” imaginó Fargg que Montrose pensaba— no se ha portado bien con nosotros como para que la ayudemos. Acuérdate de los “testimonios” que debimos dar y que resultaron más interrogatorios que otra cosa.

Fargg volvió a asentir con una mueca de disgusto. A continuación, repitió el encogimiento de hombros y le dijo: “Lo dejo en tus manos”.

—Le diré a Baker y que él decida.

¿Qué otra cosa podía hacer?, se preguntó mordiéndose el labio inferior por unos segundos con la idea de buscar a Emily para contárselo, idea que pareció desechar con algún recuerdo que le hizo fruncir el ceño. Luego pareció decidirse y echó a andar rumbo a la agencia para ver a Baker.

* * *

Mientras en lo interior se sentía a punto de estallar, en lo exterior lucía compuesta y serena, aunque para un observador entrenado la mandíbula se viera un poco demasiado apretada, las cejas se curvaran hacia el ceño y los ojos tras los lentes lanzaran chispas de irritación mal reprimida. No había podido escaparse de Cotter y ahora se encontraba en un coche con él que se había ofrecido a llevarla a su casa si antes le permitía pasar por la Corte Policial en King's Cross y la esperaba unos minutos para que él pudiera retirar un oficio. Emily no había encontrado cómo excusarse sin delatar sus intenciones y estaba en ese momento sentada junto al inspector que se veía contento por el desarrollo de los eventos en el caso Cavendish.

—Pronto tendremos este caso terminado y nos habremos reivindicado con el comisionado. Sí, ya sé, todavía nos falta encontrar al hombre, pero si esta pista se confirma, habremos dado un paso gigantesco. Tenía usted razón cuando decía que debíamos ver lo investigado por Baker y su gente.

Una imagen distintiva de Bertrand y Louis vino de pronto a la memoria de Emily al recordar los informes que había usado para elaborar su teoría de que la misteriosa desaparición no era tal, sino más bien una clase de enroque de piezas como en el ajedrez. Evocó con facilidad los rasgos distintivos de la escritura masculina y firme de Bertrand y los contornos ligeros y rápidos típicos de Louis. Si no hubiera sido por algo que Bertrand había sugerido en

el informe sobre lo extraño de que faltaran ciertos objetos y no otros en la caja que siempre tenía a su lado lord Cavendish, quizás no hubiera pensado en ver el caso de la manera que los llevó por buen camino. La sugerencia, como comentario al pasar –algo que extrañó a la joven porque Bertrand no cometía errores tan evidentes al considerar las pistas de un caso–, de que el valor de los objetos faltantes de la caja privada era más personal que monetario le había dado pie para plantearse que lord Alfred podía no haber desaparecido misteriosamente como se sugería, sino que salir de escena había sido una decisión personal que había planificado con ayuda. Verificar los estados bancarios de cada una de las personas que rodeaban al noble y los de él mismo antes y después había sido una tarea larga y tediosa, pero había dado sus frutos: el cochero se había beneficiado de ingresos poco acordes a su trabajo de cuarenta años y había desaparecido de los lugares habituales después de jubilarse. Además, dos días antes de la misteriosa desaparición, el caballero había hecho una extracción cuantiosa cuyo destino no se veía reflejado en ningún movimiento bancario posterior ni había aparecido como efectivo en la casa registrada hasta los sótanos por la propia familia, su cuarto o el mentado gabinete. Bueno, por lo menos ahora Cotter podría comenzar por el rastreo del cochero poniendo a los mejores sabuesos tras la pista.

El coche se detuvo frente al edificio de la Corte Policial, y el inspector le prometió que tardaría lo menos posible. Emily exhaló con suavidad. Miró distraídamente por la ventanilla.

Sin saber muy bien por qué, se irguió de pronto en el asiento del coche y se quedó inmóvil. La imagen de un hombre de cabellos oscuros y ojos pardos se instaló en su mente. De inmediato asomó la cabeza y el corazón se le detuvo. Tras abrir la puerta de golpe, se tiró del coche caminando apremiada detrás de una figura masculina. El hombre sintió la presencia y se volteó.

—¿Emily? —atinó a decir con los ojos abiertos por la sorpresa y avanzó hacia ella como atontado.

Ella lo miró a los ojos esbozando una sonrisa triste llena de afecto. Le pidió que la acompañase a cierta distancia del coche donde pudieran conversar un momento; él la siguió, callado.

—Louis, tengo algo muy urgente que decirte y muy poco tiempo. Cotter saldrá en unos minutos y...

—¿Está aquí contigo? —le preguntó molesto mirando en derredor.

—Sí, escúchame.

—¿Por qué no has vuelto con nosotros? —la interrumpió—. Sé que tu madre ha mejorado.

Emily no le respondió.

—Presta atención a lo que voy a decirte. El hombre que robó los doblones de oro se irá esta noche en el Ardent II rumbo al continente. Al parecer es...

—¿Por qué haces esto? Ahora trabajas con la policía —le recriminó con tono ofendido.

—Por favor, Louis, Cotter puede salir y verme contigo. Si dice algo... —miró hacia la entrada del edificio de la corte con aprensión.

—¿Qué pasa si lo hace?

—Louis, no entiendes. Te lo ruego, déjame terminar de hablar antes de que él vuelva. El que se llevará las monedas es el representante de negocios del ducado que ustedes consideraban sospechoso. El barco sale a las nueve de esta noche.

—Emily, tienes que volver con nosotros; conmigo y con...

La voz de Louis se perdió en el ruido de los coches que pasaban. Emily se sintió angustiada de golpe. Sin poder contenerse, se echó en brazos de su amigo y lo abrazó con fuerza buscando alimentarse de su energía. Él se aferró a ella y la estrechó.

—Lo siento, en verdad lo siento. Di mi palabra a mi padre, no puedo hablar con ustedes ni volver a verlos. Hacer esto ya es faltar a mi promesa.

—¿No volverás nunca?

—Perdóname, Louis. —Como si saliera desde un lugar secreto y profundo agregó—. Los extraño.

—Emily. —Louis la tomó por los hombros y la separó para enfocar los ojos que apenas podía ver detrás de las lentes—. Te necesitamos; sobre todo él. Vuelve.

Ella luchó por separarse apoyando las manos en su pecho; cuando lo consiguió, retrocedió con la boca apretada, se dio vuelta y se encaminó al coche. Louis la siguió y la detuvo por el brazo.

—Espera. Yo también tengo algo para ti, recuerda esta dirección: Goldsmiths' Garden cerca de la estación Kilburn.

—¿Lord Cavendish o su cochero? —le preguntó con una media sonrisa afligida absorbiendo cada rasgo del rostro para rememorarlos cuando estuviera de nuevo a solas con sus recuerdos.

—Eso lo sabes tú...

Un grupo de hombres atravesó las puertas del edificio de la corte. Ella se sobresaltó, aunque Cotter no estaba entre ellos. Louis la ayudó a subir al coche y se quedó junto a la ventanilla baja.

—¿Cómo están todos?

—Trabajamos bastante; la agencia va bien.

—Me alegro. Te daría saludos, pero se supone que nunca te vi —observó con una mueca irónica—. ¿Y May?

—Mejora cada día —le respondió con una media sonrisa y una chispa en los ojos amables—. Ella está muy bien, pero, ¿sabes?, a mí me falta mi mejor amiga.

Emily se apresuró a cambiar el tema para evitar que el nudo en la garganta se cerrara más.

—Sigo practicando tiro con mi padre una vez por semana. Se asombró mucho de la habilidad que adquiriré contigo.

—¿Le hablaste de nosotros? —quiso saber con un destello esperanzado en los ojos.

—No.

—Ya veo, para él nunca existimos. —Hizo una pausa—. Dime, Emily, ¿existimos para ti o también nos has borrado de tu vida?

La joven se inclinó y sacó la cara por la ventanilla para acercarla a la de él. Le besó la frente y el joven vio las lágrimas que comenzaban a correr por sus mejillas. Con una sensación de ahogo en el pecho, le dio un beso y se separó. Retrocedió sin importarle chocarse con la gente que aun circulaba por la calle, imposibilitado de dejar de verla como ella hacía con él desde el coche. Cotter apareció segundos después; sin mirar alrededor, abrió la puerta del vehículo y subió, acomodándose al lado de Emily. Louis lo oyó decir antes de partir:

—Disculpe la tardanza, señorita Winston-Davies. Ya estoy listo, la llevaré a su casa.

* * *

La oscuridad en el cuarto era total. Ni siquiera se había molestado en encender el brasero; de todas formas, el ambiente no podía estar más frío que su propia alma, pensó vencido. Jamás se le hubiera ocurrido que podría sentirse peor que después del episodio con Crudupp, pero así era.

Tirado boca arriba en la cama, un brazo cruzado sobre los ojos, se dedicó a invocar –como hacía cada noche– la presencia imaginaria de ella dando vueltas por la habitación, preparándole el té o alcanzándole alguna de las herramientas. La recordó inclinada sobre las esposas, el gesto concentrado, mordiéndose el labio cuando hallaba difícil algo, la expresión determinada y testaruda cada vez que fallaba y volvía a intentar.

Luego venía lo peor. Las imágenes se transformaban: ella estaba desnuda en sus brazos, y él podía distinguir claramente las curvas de su cuerpo, los rasgos delicados de su cara, el rubor de sus mejillas cuando le daba placer algo que él le hacía, los ojos ambarinos que lo miraban con amor... O al menos eso había creído. Porque después de evocar una y otra vez esa mirada enamorada, se sucedía siempre el mismo interrogante: ¿el sentimiento había sido real o él había visto lo que deseaba? ¿Por qué no le había vuelto a escribir ni una vez en esos cuatro meses que habían estado separados? ¿Por qué no le había dejado ningún mensaje? ¿Sabía que él averiguaría dónde vivía e iría a buscarla? ¿Era como sugería Roy cuando se enojaba que “se había divertido con ellos”? ¿Con él?

Por alguna razón sin sentido, se sentía incapaz de recuperarse de ese golpe. Si todo había sido la diversión de una joven dama aburrida experimentando la vida de las clases trabajadoras, él tendría que plantearse que algo muy malo debía haber hecho en su existencia para que hubiera sido castigado de esa forma. Una languidez generalizada, producto del desánimo con el que convivía desde hacía cuatro meses, lo volvió a embargar y su cuerpo se hundió más en el colchón. Sabía que apenas podría dormir de a

ratos, despertando una y otra vez con sueños que lo dejaban más vacío, si eso fuera posible, y más desesperado. En algunos de esos sueños, lograba hacerle el amor de una forma extraña y distante que lo asustaba: se despertaba cargado con un ansia difícil de soportar. No le deseaba a ella el mismo sufrimiento que experimentaba él, aunque seguramente no lo sintiera si, como decía Balling, “todo había sido una burla más de una damita ociosa”.

CAPÍTULO XXIV

Adam se encontraba en la cocina de la agencia descansando un momento de las actividades del día. Habían tenido una noche agitada con la persecución por los muelles hasta atrapar al encargado de negocios que había intentado huir en el Ardent II con los doblones. Ahora se relajaba compartiendo con los agentes el almuerzo que les había preparado el ama de llaves.

—Gracias a Dios por la información que conseguiste, Montrose —apuntó Roy antes de pinchar un trozo de carne y metérselo en la boca.

—Sí, fue un verdadero golpe de suerte —apuntó Jack—. ¿Cómo la obtuviste?

El silencio prolongado provocó que las cabezas de los agentes se volvieran hacia el joven.

—Un informante —dejó caer con expresión tensa que profundizó las miradas especulativas.

Oliver entró con los diarios del día. Antes de siquiera saludar, se acercó a la olla donde la señora Walloski tenía el guiso y olisqueó con expresión deleitada. La mujer se rio y, cuando el joven se sentó a la mesa, le puso delante un plato lleno.

—Al parecer fue un empate —empezó diciendo mientras tomaba la cuchara y la hundía en el guiso humeante. Masticó a conciencia; después de tragar continuó hablando entre cucharada y cucharada.

—¿Qué quieres decir?

—Que nosotros resolvimos lo del robo, y Cotter encontró a lord Cavendish.

Los agentes intercambiaron miradas con excepción de Louis que volvió a atraer la atención por su actitud concentrada en el plato de comida.

—Vaya, no esperaba una solución tan rápida de ese caso —apenas comentó Adam—. No veo cómo pudo ella... él...

—Acá lo dicen y no nos deja bien parados: parece que Cotter —todos entendieron “Emily”— obtuvo información de dos de los reportes que nosotros hicimos, y siguieron a partir de allí con una teoría diferente: lord Cavendish sí había desaparecido, pero no como resultado de un secuestro o un ataque o de su familia enterrándolo en el fondo del jardín, sino que había hecho un trato con el cochero de la casa y cambió roles con él. Lo del gabinete cerrado por dentro y la llave junto a la caja de marfil de lord Cavendish se trató sencillamente de una llave duplicada dejada a propósito y de una puerta cerrada por fuera, ni más ni menos, cuando el noble se fue.

—Muy astuto —apuntó Adam—. ¿Y cómo lo descubrió Emi... Cotter?

—Revisó las cuentas de banco de todos los relacionados con la casa de Belgrave Square. Solo en la del cochero había un depósito por una cantidad más que interesante que casualmente coincidía con un retiro de dinero idéntico que lord Cavendish había hecho antes de desaparecer. Pero eso no fue todo. El diario dice que además hubo un aporte anónimo por el que pudieron rastrear el paradero del empleado y allí “Cotter” corroboró su suposición de que el cochero era en realidad el viejo Cavendish que le había pagado al verdadero para que se fuera del país y él pudiera tomar su lugar y vivir en paz lejos de su familia que no tiene la mejor de las reputaciones.

—Bien hecho —señaló Jones sin importarle apoyar a su discípula delante de todos.

—Y hay más —acotó misterioso Oliver antes de echarse en la boca dos cucharadas de guiso al hilo.

—Habla de una vez, mocoso —lo increpó Roy en nombre de todos.

—Esta es a nuestro favor de alguna forma. Dolman deja caer en el último párrafo que la misteriosa señorita R., que trabajaba con la Agencia Essex, fue vista acompañando en varias oportunidades al comisionado de policía y al inspector Cotter por lo que “el reportero no puede dejar de preguntarse si la misteriosa dama de descollante intervención en casos reportados con anterioridad por esta publicación no estuvo detrás de la solución asombrosa de los dos casos asesorando a la Policía Metropolitana”.

—Bueno, sí es una a favor —aprobó Jack—. Y me siento menos mal por el hecho de que hayan tenido éxito si quien resolvió los casos es alguien entrenado por nosotros.

Adam asintió.

—¿Qué sucederá ahora? —quiso saber Jones—. ¿Estaremos siempre compitiendo con... Cotter?

—Quien sabe. De todas formas, tenemos suficiente actividad como para no estar preocupados por lo que ellos hagan. Terminemos el almuerzo, señores, y vayamos a mi oficina. Revisaremos lo que se ha hecho hasta ahora, y les asignaré un par de asuntos.

Cuando iban hacia la puerta, Jack detuvo a Louis antes de que pudiera escapársele.

—Vamos, Montrose, confiesa, ¿quién te dio el dato?

—A ti no te importa —le respondió el joven con expresión hosca.

—Si te cierras de esa forma, solo puede ser por Emily. ¿La viste?

Louis se resistió durante un rato a la espera de que Jack cediese, pero él parecía tranquilo y dueño del tiempo como si no tuvieran una reunión con Baker arriba. Finalmente asintió y trató de pasarlo para subir al despacho. Él se lo impidió.

—¿La viste? —volvió a preguntarle algo molesto—. Mira, Montrose, tengo a una esposa en avanzado estado de preñez que me atosiga día tras día pidiéndome noticias de su amiga. Se enteró de que estuvo muy enferma y quiere saber cómo se encuentra. Solo dime si está bien para poder tranquilizarla.

—¿Emily estuvo enferma? —inquirió asombrado Louis—. No sabía.

—Un conocido de Nora le contó que, después de que la madre de Emily se recuperó, ella cayó en cama. Te imaginas los descuidos en los que debe de haber incurrido para atender a su madre. Parece que estuvo un mes confinada, muy mal.

La puerta de la cocina se abrió y el rostro preocupado de Bertrand se dejó ver.

—Montrose —lo urgió con tono grave.

Louis se removió incómodo, pero no tuvo más remedio que responder.

—Sí, nos encontramos por casualidad. Estaba delgada y algo pálida, pero bien aunque...

—¿Aunque qué?

—Ella me dijo lo del Ardent II —comentó tratando de esquivar la respuesta.

—Por favor, Montrose —le pidió Jack al ver el tormento en los ojos de Calvert.

—Y yo fui quien le dijo dónde encontrar al cochero; bueno, no sabía que era Cavendish.

—¿Por qué haces esto? —lo increpó Bertrand.

—Porque no querrás oír lo que me dijo —terminó por responderle entre dientes.

—Prefiero saberlo de una vez por todas —apuntó con serena resignación—. Es mucho peor vivir así, esperando, deseando.

—Pues no esperes más. ¡No volverá! —Louis vio cómo sus palabras terminaban de derribar a su compañero y agregó enseguida para defenderla—. Le dio su palabra a su padre, y ya sabes cómo es ella con ese tema. Ese hombre sin duda la manipuló cuando estuvo más débil, le extrajo una promesa que se ve forzada a cumplir.

—Seguro que sí —se apresuró a decir Jack—. No me olvidó de la amenaza que nos envió en su “muy atenta” carta.

—Calvert, yo... Ella sí nos extraña —intentó débilmente Louis antes de taparse la cara.

Bertrand levantó la mano y lo palmeó distraídamente en el hombro. Se sentía golpeado a traición por el destino que le jugaba una broma cruel: le había puesto ante él la posibilidad de superar el pasado y, después de darle esperanza en el futuro, se la había arrebatado. ¿Cómo enfrentaría ahora los días venideros?

* * *

La mirada orgullosa de sir Joshua que contemplaba satisfecho a su hija rodeada por sus primos y amigos de ellos no pasó desapercibida a su esposa que se hallaba en ese momento observándolos desde su sillón de la sala privada del primer piso. En los últimos tiempos, se había producido un cambio positivo en su esposo que tenía su contraparte en otro negativo para su hija. A medida que su rígido esposo aprendía a expresarse de forma más cordial hacia Hope, ella se volvía más distante y fría; parecía que la joven hubiera sido drenada de su espíritu decidido y benevolente. Una sombra de severidad y alienación –que muchos podrían tomar equivocadamente por orgullo o soberbia– la acompañaba en todo momento.

Por lo que Marion podía observar, ese aire remoto y desapegado resultaba muy atractivo para propios y ajenos, ya que la expresión reservada e imperturbable que su hija exhibía era considerado muy à la mode en esos días.

Pero esa extraña atracción que ejercía Hope no solo sobre sus primos, sino también sobre otros caballeros y damas de los eventos que frecuentaba, causaba un profundo resquemor a su madre que presentía lo que su hija estaba haciendo: ocultaba en lo más oscuro y hondo de sí misma todo lo que ella era en realidad para devenir en ese personaje que su esposo quería, en desmedro de su salud mental y física. La hija que continuaba a su lado y que satisfacía cada capricho de ellos era una sombra de la que ella amaba; no era menos obediente que la anterior, ni menos buena o capaz, pero sí era definitivamente un ser desapasionado, introvertido e indiferente ante cualquier emoción o suceso. A veces se le daba por creer que esa Hope no sentía ni el calor ni el frío, ni el dolor ni la alegría y tampoco podía recibir el renovado afecto que sus padres le brindaban. ¿Cómo era posible que Joshua no viera en lo que se estaba transformando su hija?

La campanilla de la puerta sonó. No tardó en entrar Borden con un sobre en una bandeja. Su esposo se enderezó con expresión atenta, quizás estimando que podía ser alguna notificación para él, pero el mayordomo siguió hasta el lugar donde estaba sentada Hope departiendo con los invitados. Le entregó la nota y ella se puso de pie excusándose por un

momento. Fue hasta una mesa y abrió el sobre para extraer el contenido que leyó con expresión indiferente. El mínimo arqueado de cejas que siguió a la lectura de la nota antes de volver a la actitud impasible le bastó a sus padres para prestar atención. La vieron guardar el sobre en el bolsillo, retornar al grupo y continuar la conversación sobre la próxima exhibición de globos aéreos que habría en Hyde Park.

La noche llegó, y los tres Winston-Davies asistieron a la reposición de L'elisir d'amore en el Covent Garden. A la salida de la función, mientras aguardaban el coche, un grupo de chiquillos emergió de un callejón cercano. Se empujaban unos a otros entre gritos y avanzaron hasta chocar contra Emily, lo que la llevó contra una pared. Hubo algún tironeo, pero enseguida se alejaron insultándose entre ellos y riendo. Tras verificar que nada le hubiera sucedido a su hija, y después de que esta aseguró que no le habían robado nada, volvieron a la casa en el coche. Sir Joshua y su esposa comentaron molestos el extraño suceso, seguidos por la mirada impávida de Emily que parecía ajena a lo que había acontecido. Una vez en el recibidor, el mayordomo la ayudó a quitarse la capa con una mirada de estupefacción ante la extraña mancha roja que teñía un costado. La joven hizo un gesto a Borden para que callara y se la pidió.

Sin que su expresión se alterase, pidió disculpas indicando que debía retirarse a su cuarto porque la tensión del momento vivido la había dejado agotada. Se despidió y, con la capa doblada en su brazo, subió las escaleras para entrar a la habitación y esperar a su doncella.

Una hora más tarde, se encontraba sentada en la cama mirando los dos papeles que había recibido ese día: “Lo que quitaste te será quitado.”, decía el primero. “La sangre derramada te será cobrada”, anunciaba el segundo que habían deslizado en su bolsillo.

¿Qué quería decir eso?, se preguntó. Quizá la broma de mal gusto de alguien con un retorcido sentido del humor. Sin darle más atención al asunto, guardó los dos papeles en una caja que cerró con llave y se fue a dormir.

* * *

Diciembre llegó a la ciudad. El frío que había aumentado notablemente obligó a todos a abrigarse hasta para la más simple actividad al aire libre. Sobre todo si esa actividad consistía en un paseo en coche por los parques, pensó Marion preocupada por que su hija estuviera bien abrigada para dar una vuelta por Hyde Park con sus primos y el señor Pierce. El ruido de un coche que se detenía frente a la mansión frenando de golpe y las voces alteradas de sus sobrinas que llamaban a Borden la distrajeron. Su esposo ya se había parado y se hallaba a pocos pasos de la entrada cuando la puerta se abrió y Jonathan entró con Emily en los brazos, seguido por sus hermanas y su amigo Pierce que traía el sombrero destrozado de la joven y su abrigo roto y sucio en las manos.

—¡Dios mío! —exclamó asustada Marion que se llevó una mano al pecho—. ¿Qué ha sucedido?

—Tranquila, tía Marion, Hope está bien —intentó calmarla su sobrino sin éxito en vista del estado en que se hallaba la joven.

—Hija, ¿qué pasó? —preguntó sir Joshua con una mezcla de confusión y temor en el rostro mientras se ocupaba de despejar el sillón para que su sobrino dejara a Hope—. Borden, llame de inmediato al médico.

—Padre, estoy bien; no me pasó nada. Por favor, está poniendo nerviosa a mamá.

Con manos temblorosas, la mujer ya se encontraba revisando el cabello despeinado y algunos rasguños leves en la cara.

—Si no hubiera sido por toda la ropa que lleva puesta, se habría lastimado más —comentó poco oportunamente el menor de los Randolph.

—Explícanos qué fue lo que pasó, Jonathan —demandó cortante sir Joshua.

—Estábamos paseando en el coche cuando nos encontramos con lady Huntington. Mis hermanas pidieron que nos detuviéramos para saludarla. Descendieron con Peter, mientras Pierce y yo aprovechamos para desmontar un momento y estirar las piernas. Hope se quedó en el coche. En el momento en que estábamos junto al vehículo hablando con ella, los caballos se encabitaron y se lanzaron hacia adelante. Corrí y salté al coche logrando controlarlos, pero el movimiento al frenarlos despidió a Hope del vehículo y cayó en tierra en las laderas del sur del parque. Rodó varios metros antes de que pudiéramos alcanzarla. Algunos paseantes la asistieron hasta que llegamos.

Los gemidos ahogados de Marion y su palidez asustaron a todos. Cuando llegó el doctor Markham, debió sedarla. Recién después de atender a la madre, pudo revisar a Emily que, para tranquilidad de su padre, no tenía ninguna herida de consideración y lo más que iba a sucederle, según señaló el médico, era que al día siguiente sintiera los dolores de la caída y le aparecieran algunos moretones. Lo que sí causaba abierto resquemor a sir Joshua era que su hija lucía mentalmente distante, ajena a lo que le había pasado, como si todo el incidente no le importase en lo más mínimo.

Como resultado de ese segundo episodio, comenzó a sentirse alarmado. Dos accidentes uno tan cerca del otro podían ser algo fortuito, quiso convencerse, pero no pudo dejar de sentirse invadido por el temor de que alguien quisiera hacerle daño a su hija lo que, sin duda, también provocaría un daño irreparable a su frágil esposa. Sería de tontos confiarse en que lo acontecido fuera una mera coincidencia por lo que decidió en ese mismo instante hablar con sir Entfield al respecto, en la convicción de que él sabría orientarlo.

* * *

Había terminado de bañarse y el calor del agua con esencia de melisa sumado a la taza de tilo que le había hecho tomar su padre le habían producido una languidez y un sopor que la mantenían en un estado atontado. Todavía no sentía dolor en el cuerpo y se dejó caer en la cama sin preocuparse por nada. Del cajón de la coqueta mesa de luz, extrajo la tercera nota que alguien había metido en el cinturón de su vestido en algún momento de la confusión por el accidente. Estiró el papel y lo levantó a la altura de los ojos: “Haz hecho sufrir y sufrirás”.

Un bostezo la obligó a taparse la boca. La necesidad de extenderse en la cama la siguió inevitablemente. Se levantó apenas para volver a guardar el papel con los otros y apagar la lámpara. Volvió a dejarse caer como un peso muerto sobre el colchón: la mente embotada al punto de no interesarle nada más que su necesidad de quedarse quieta, disfrutando del silencio nocturno solo interrumpido por el chisporroteo de los leños en la chimenea. La semioscuridad circundante la invitaba a dejarse llevar; pronto se relajó lo suficiente como para no ejercer control sobre los pensamientos que quisieran visitarla. ¿Qué había quitado y a quién? ¿Cuándo había derramado sangre? Sin duda había hecho sufrir, lo sabía, pero ella también sufría, “había sufrido”, la corrigió su mente para volver a enmendarse: sufría. Sentía que el sueño avanzaba sobre ella. Lo siguiente que ocupó su cabeza fue el recuerdo de un día de verano en su otra vida, esa que nunca había existido, la que había sido un sueño. Mm, podía sentir otra vez el suave calor de junio en su piel aún húmeda y la exquisita sensación de un cansancio placentero como el que experimentaba ahora. A su lado estaba Bertrand, boca arriba, recuperando la respiración al igual que ella, la vista perdida en el techo del cuarto en el que acababan de hacer el amor. El piar de los pájaros y un inconfundible aroma a jazmines teñían la evocación que se desenfocaba y se enfocaba hasta que se perdió. Frunció el ceño en un esfuerzo por tenerla de vuelta y consiguió ver las líneas del contorno de una cadera estrecha y más arriba los brazos y la curva de unos hombros fuertes. Divisó con cierta dificultad la mandíbula masculina relajada. Lo vio girar la cabeza para

mirarla con ojos satisfechos y complacidos, llenos de cariño. La oscuridad aumentó a su alrededor; ella se dejó hundir en la mirada dulce que le enviaba su amor sin condiciones.

“Sueña conmigo como yo lo haré contigo”.

* * *

—¡Esto no puede ser! —reclamó sir Joshua por tercera vez en lo que iba de la conversación—. Cuando hablé con usted hace dos semanas, me dijo que opinaba como yo, me recomendó que estuviera alerta y que no dejara que mi hija saliera sola. La he mantenido en casa alejada de todo y de todos como si fuera una prisionera ¡y ahora esto!

Sir Roger miró al hombre y luego a la joven que estaba sentada a corta distancia de ellos con expresión imperturbable. En nada se parecía a la joven Randolph o incluso a la Hope Winston-Davies que había colaborado con ellos poco más de un mes atrás. Frente a él, sobre el escritorio, había una serie de pequeñas hojas de papel. El último recibido por la dama decía: “No habrá lugar donde puedas esconderte” y así había sido ya que el día anterior, la hija de sir Joshua había sido víctima de un peculiar incidente en la biblioteca de la casa donde todas las tardes se reunían padre e hija a jugar ajedrez. Cuando se sentaron para una partida, la mesa había tocado la biblioteca y un libro había caído del estante, golpeado al caballero y dispersado las piezas. Del libro abierto sobre el tablero, asomaba un papel que contenía la frase que sir Roger acababa de leer.

El comisionado de policía frunció el entrecejo y se acercó al dueño de casa para hablar sin que ella los oyera, aunque la joven no hacía el más mínimo esfuerzo por enterarse de nada.

—Creo que podría hacerle una sugerencia sobre este asunto, pero no sé si usted está dispuesto a considerarla realmente.

Sir Joshua lo miró de reojo y le dijo furioso:

—Alguien ha entrado a mi casa —¡a mi propia casa!— para amenazar a mi hija después de haberla atacado varias veces dejándole esas infames notas. ¡Es inaudito! —Hizo un esfuerzo por calmarse y prosiguió—. Escucharé lo que tenga que decirme.

—Sería una buena idea que contrate a alguien para que brinde protección a la señorita e investigue.

Sir Joshua retrocedió y sus ojos escudriñaron los de Entfield.

—¿Se refiere a la policía?

—Poco personal y mucho trabajo. No, no podrían abocarse seriamente a la tarea; en realidad, le sería mejor contar con gente que le reporte en forma directa. —Sir Roger hizo una pausa y desvió por enésima vez su mirada hacia Emily—. Permítame hacerle una pregunta personal, por favor, ¿le sucede algo a la señorita Winston-Davies?

—En lo que respecta a su enfermedad, se ha recuperado por completo, pero me temo que, desde hace un tiempo, su mente ya no es la misma.

—Sí, la veo remota; ni siquiera está interesada en resolver esta situación que la afecta.

—Ya no es la de antes y temo que otra vez he cometido un error de apreciación —confesó el hombre arrepintiéndose de inmediato por haber dejado ver su debilidad—. Usted me decía que sería una buena medida contratar a alguien para investigar y protegerla.

—En efecto, eso creo.

—¿Tiene a alguien que pueda recomendarme?

Los ojos de sir Roger enfocaron al caballero: le anticipaban la franqueza de la respuesta que le diría.

—Sí, sé quiénes pueden ayudarlo. Son muy buenos, los he visto trabajar personalmente.

Winston-Davies dio dos pasos hacia atrás y negó con firmeza.

—No, no. No puedo.

—Son excelentes profesionales y dispensaron a su hija los cuidados y la protección que necesitó cuando estuvo por sus propios medios —lo atacó sir Roger con precisa dureza—. ¿Quién más puede ofrecerle esto?

El hombre se apoyó contra la pared como si la sola consideración del asunto lo destrozara.

—No puedo hacerlo, ella querrá... Hope... —terminó de decir con un hilo de voz observando a su hija que tenía la vista perdida en la distancia—. Ellos no querrán...

—Le sugiero que hable con Baker y le plantee la situación. Valore lo que está en juego y después decida.

Sir Roger lo saludó con un cabeceo y fue hasta Emily para despedirse. La joven lo miró algo distraída y le sonrió poniéndose de pie. Él le besó la mano, y ella hizo una reverencia perfecta; luego se enderezó con una gracia que destacaba su delgada figura, erguida y refinada, vestida con un elegante atuendo de lana con ribetes de piel. Los ojos del hombre enviaron una mirada cómplice a la dama que, aun detrás de su máscara de exquisita indiferencia, pudo percibir un mensaje de aliento.

* * *

—Mañana tenemos reunión a las once —avisó Jones a sus compañeros mientras compartían unas cervezas en El León Rojo.

—Yo le avisaré a Calvert —ofreció Louis.

—Hace bastante que no lo veo. ¿Sigue igual? —preguntó Oliver secándose la boca.

—Al menos no empeoró —apuntó Fargg.

—Eso dices tú —soltó Roy—. Desde hace un mes se ha vuelto un peligro.

—Es cierto —aseveró Jones—. Cuando me toca trabajar con él, termino con dolor de estómago. Nunca sé qué locura va a hacer.

—Ha recolectado en un mes más heridas, golpes y cicatrices que las que tuvo jamás en su vida —aportó Jack.

—Y pensar que era tan centrado —comentó Oliver.

—No llegará a viejo si sigue así —dijo Roy.

—Ey, Primm, ¿cómo está tu esposa? —cambió de tema Louis.

—Molesta e incómoda, pero ya falta poco.

—¿Y tú? ¿Qué dices? ¿Estás listo para ser padre?

La carcajada general fue bien aceptada por el futuro progenitor que se encogió de hombros al mejor estilo Calvert.

—¿Se imaginan al atildado Dandi cambiando pañales, limpiando vómito o dando de comer a su hijo?

—Bueno, no será tan así —se apresuró a decir Jack algo inquieto por la descripción—, para eso están las mujeres, ¿o no?

—Eso crees tú, pobre ingenuo. Muchachos, prepárense, esta paternidad va a ser muy divertida, ¡aunque no para él! —exclamó Roy acompañado de inmediato por las carcajadas estentóreas de sus compañeros—. Bueno, venga el agua, ¡brindemos por la inminente paternidad de nuestro compañero y amigo, Jack el Dandi Primm!

Las jarras chocaron en el aire derramando el contenido espumoso y los hombres bebieron en cordial camaradería.

CAPÍTULO XXV

La mañana se había despertado con un cielo encapotado premonitorio de tormenta de nieve. El frío inminente del invierno ya se hacía sentir. La chimenea del despacho estaba encendida desde temprano. May había llegado una hora antes para dejar ordenada la mesa de reuniones y armar las carpetas.

La puerta del despacho se abrió. Adam entró con paso firme. Se quitó el abrigo que ella se apresuró a recoger y colgar en el perchero, y él le agradeció con una sonrisa mecánica. Una vez acomodado en su sillón, se concentró en los papeles del escritorio. Revisó los temas de la reunión y releyó los casos activos para poder trabajar con los responsables de cada uno; luego pasó a la correspondencia. May entró desde la oficina de Emily, como seguían llamándola, y le dejó los periódicos del día.

Fue pasando sobre tras sobre para evaluar los más urgentes y separó dos que abrió con el abrecartas; pero, antes de extraer los papeles del interior, los dejó sobre la mesa con el ceño fruncido. La mano fue rápida hacia uno que había pasado en la primera inspección y lo separó tan asombrado como intrigado: el remitente era sir Winston-Davies. Rompió sin más el sobre y sacó la nota. La leyó una vez completa y debió dejarla un momento sobre el escritorio para analizar el contenido. Hizo otra lectura más detenida y luego tomó el reloj de bolsillo para mirar la hora: faltaban solo veinte minutos para la reunión; en lo que debía esperar a que llegaran los hombres, aprovecharía ese tiempo para pensar sobre el tema.

Los agentes lo encontraron sumido en sus meditaciones, la cabeza baja, los ojos cerrados, las yemas de los dedos de una mano golpeteando contra las otras, ajeno a todo lo que lo rodeaba. May y la señora Walloski entraron a

servirles el café y se retiraron. Dieron las once. Adam volvió de donde hubiere estado para encontrarse con que sus hombres lo esperaban en silencio.

Caminó hacia ellos con expresión inescrutable y se ubicó en la cabecera. Apoyó ambas manos en el borde de la mesa mientras les dirigía una mirada grave que causó una aprensión generalizada.

—Señores, se ha presentado un caso de suma urgencia que requiere de nuestra intervención. La naturaleza del asunto nos afecta a cada uno de nosotros en forma personal, por eso es que, si bien los necesito a todos, debo dejar a su criterio la decisión de si me acompañarán o no en esta misión.

—¿De qué se trata, jefe? —se animó a preguntar Jones.

—De sir Winston-Davies.

Las protestas, exabruptos y bufidos dejaron en claro lo que el noble representaba para ellos.

—¡Esperen! —los acalló Bertrand y volvió hacia Adam una mirada alarmada—. Quizá no sea por él.

—Exactamente. Es Emily.

La expresión de los hombres cambió de repente. Louis saltó de la silla.

—Esta mañana he recibido una carta de sir Winston-Davies solicitando nuestros servicios para vigilar y proteger a su hija.

La rigidez de Bertrand fue evidente en la expresión tirante del rostro, aun cuando no abandonó su postura casi echada contra el respaldo de la silla.

—¿Quién puede querer hacerle daño? —inquirió Oliver, confundido.

—Eso es lo que sir Winston-Davies se pregunta. Su hija ha recibido una serie de anónimos amenazantes de los que, al parecer, no le había notificado. Ella tuvo que confesarle lo que sucedía porque él estaba presente al recibir el cuarto envío. El hombre se siente atemorizado porque el último se lo dejaron en la casa, en uno de los estantes de la biblioteca.

—¿Entraron a su casa a dejarlo? —se admiró Jones.

—Sí. Y en dos oportunidades hubo ataques contra ella disfrazados de accidentes.

El desasosiego que las palabras provocaron en Bertrand y Louis fue manifiesto. Los demás agentes no pudieron evitar exclamar su asombro.

—¿Está bien? —logró preguntar Bertrand.

—Sí, milagrosamente bien después del segundo. Pero hay más, esta noche se realizará una fiesta en el palacio que ocupa el servicio de relaciones exteriores francés en Londres, un “Baile de las Embajadas” —especificó Adam releendo la carta—, y los Winston-Davies asistirán.

—¿No sería mejor que ella se quedara en su casa? —inquirió Jack.

—Por lo que parece, Emily fue especialmente invitada por varios de los caballeros con los que estuvimos en Croydon. Como se espera la asistencia de la Reina...

El silbido admirativo de Oliver relajó por un momento la tensión en el cuarto.

—Como sir Winston-Davies asistirá, no puede dejar de llevarlas. En fin, nos solicita estar allí para brindar protección a Emily.

—¿Por qué a nosotros? —quiso saber Bertrand.

Adam aspiró y exhaló; se tomó su tiempo para responder.

—Teme que la quieran matar. —Escuchó las aspiraciones de los hombres alrededor de la mesa y continuó—. Las amenazas son muy claras; y nos hace el pedido por recomendación de sir Entfield.

—¡El comisionado! —exclamó Jack.

—Aprecia mucho a Emily por lo que parece. Bueno, señores, este es el caso. Aunque hay algo que debo dejar en claro antes; sir Winston-Davies es taxativo al respecto: si aceptamos, seguimos sin poder acercarnos a ella o dejarnos ver.

—¿Qué?!

—¡Maldito cretino!

—¿Quién demonios se cree?!

—Calma, por favor, ¡calma! —demandó Adam levantando la voz—. Estas son las condiciones.

—¿Y cómo cree que vamos a cuidarla si no podemos acercarnos? —demandó saber Louis exasperado.

—Ya he pensado en eso. Tendrá que conseguirnos acceso a los jardines y zonas de servicio del palacio. Pondré a Jacobs y a Poole, que ella no conoce, para cuidarla. Ustedes —Adam apuntó a los dos agentes— se presentarán sin demora con sir Winston-Davies y convendrán con él cómo entrar al baile. No aceptarán menos que estar a corta distancia de ella todo el tiempo, ¿entendido? Nada de otros cuartos o detrás de las columnas. A su lado todo el tiempo.

Los hombres asintieron secamente y se pusieron de pie.

—Le dirán a sir Winston-Davies que deseo hablar con él personalmente antes del baile y que pasaré a las —consultó su reloj—... dos de la tarde. No se separen de la señorita Winston-Davies en ningún momento.

—Sí, señor —dijeron a dúo y, después de anotar la dirección de Montpelier, salieron rápidamente.

—Y ahora la pregunta: ¿quiénes de ustedes me asistirán?

Las miradas que cruzaron los agentes convergieron naturalmente en Bertrand; esperaban su respuesta para actuar en consecuencia. Adam lo enfocó con expresión interrogante, Bertrand solo asintió una vez. De inmediato, todos replicaron el asentimiento.

—Bien. Necesito que dos de ustedes vayan a ver a sir Roger y obtengan la información que él tiene sobre este asunto. ¿Primm y Balling? De acuerdo. Suspendan hasta nuevo aviso los casos que lleven adelante. Montrose y Calvert, quiero que revisen las misiones en las que participó Emily. Jones y Oliver, dense una vuelta por la casa de Winston-Davies y echen un vistazo a los alrededores. Releven la zona, pero recuerden que ella no debe verlos en ningún momento. Sígala a distancia si sale. Fargg, nosotros iremos a entrevistarnos con sir Winston-Davies para que nos consiga permiso para estar en los jardines de la embajada y para poder revisar con anterioridad el lugar. Nos volveremos a encontrar aquí a las cinco de la tarde.

Se pusieron de pie.

—Perfecto —señaló frotándose las manos—. Preparen sus trajes para esta noche, señores: tendremos baile.

* * *

El imponente palacio de la embajada del Imperio francés estallaba de gente distinguida y elegante, procedente de todos los rincones conocidos del mundo. El lugar era imponente y fastuoso con sus dorados a la hoja, sus cuadros y estatuas, los cristales tallados en lámparas y puertas, las escaleras

de mármol travertino y los soberbios cortinados de raso áureo que reflejaban la luz de decenas de arañas de fino bronce dorado. Solo el majestuoso salón de recibo circular donde se realizaría el evento principal, rodeado de altísimos ventanales en un tercio del círculo, tenía la impronta del palacio de un rey. La exhibición de tapices Gobelins, Beauvais y Aubusson en las paredes que representaban escenas pastorales galantes del siglo anterior, sumados a las obras de arte, daban al espacio la grandeza palaciega asociada a esas construcciones.

La magnificencia de los atuendos y la variedad de los trajes —en muchos casos típicos de las distintas naciones y, por ende, multicolores— atraían la atención del grupo de agentes que en ese momento se paseaban por el jardín de un lado a otro para aplacar el frío, esperando a que Baker les indicara el momento en que Emily llegaría. Habían pasado las dos horas anteriores recorriendo el lugar por fuera y por dentro, acompañados por personal de la embajada que se avino a franquearles el paso a cuanta habitación les requirieron con inusitada deferencia, lo que hacía obvio inferir que sir Winston-Davies era una figura prominente y muy respetada en el ámbito internacional para haber conseguido en tan poco tiempo un acceso irrestricto a un lugar considerado territorio extranjero.

Baker atravesó el espacio desde la puerta de servicio hasta el sendero de piedra que formaba parte del típico jardín francés que rodeaba el palacio de la embajada para acercarse al grupo de hombres que iban y venían cerca de los ventanales.

—Señores —los saludó Adam—. Terrible frío para estar aquí fuera, lo lamento. Como ya habrán comprobado, no somos los únicos custodiando a alguien esta noche. Varios personajes muy importantes tienen sus propios guardaespaldas.

—Sí, nos hemos cruzado con algunos —comentó Fargg palmeándose los brazos para entrar en calor.

—Al menos hemos conseguido una ubicación muy buena para vigilar lo que sucede fuera y dentro del salón. Desde aquí tenemos una vista inmejorable de la escalera de entrada y del salón de baile.

—Parece que sir Winston-Davies es un peso pesado en lo suyo —comentó Jones admirado.

—Así es. Bien, acérquense —los convocó Adam y los hombres formaron un círculo alrededor—. Oliver, ¿a qué hora le dijo Poole que estarían llegando?

—A las diez, señor.

El joven exhaló y formó una nube de vapor.

—De acuerdo con lo que convine con sir Winston-Davies, Jacobs y Poole no se separarán de Emily, y nosotros estaremos atentos a cualquier movimiento sospechoso a su alrededor. Si ven algo, infórmenmelo de inmediato. ¿Alguna pregunta o comentario?

Los hombres negaron y se pusieron en parejas como ya habían establecido: Jones y Montrose, Oliver y Calvert, Primm y Fargg, con Adam que iría y vendría entre ellos. Uno de cada pareja vigilaría primero el salón mientras el otro hacía lo propio con los jardines. Luego cambiarían sus lugares.

La orquesta comenzó a afinar los instrumentos: los agentes se pusieron en alerta.

A las diez en punto, Louis, Jack y Bertrand se subieron los cuellos de los abrigos y se instalaron discretamente cerca de los ventanales para la primera vigilancia. Se estaba mucho mejor cerca del salón del que emanaba calor suficiente para paliar un poco el frío exterior. No tardaron demasiado en identificar entre los numerosos invitados que iban llegando a sir Joshua, que ingresaba llevando del brazo a una dama de innegable elegancia, fragilidad y belleza cuyos rasgos tenían reminiscencias de los de Emily. Detrás de ellos,

del brazo de un caballero de buena apostura y clásica belleza masculina, venía la señorita Hope Winston-Davies, según lo anunciado por el ujier, escoltada a prudencial distancia por los agentes.

La entrada de la joven fue seguida por varias personas en el salón de baile, pero ninguna de ellas la contemplaba con la misma intensidad que los hombres del otro lado de los ventanales.

Hope Winston-Davies lucía esa noche francamente impactante, decidió Jack. Nunca sería una etérea belleza como Nora, pero había en la joven mujer una cualidad terrenal que resultaba muy atractiva y seductora. Los ojos almendrados eran el imán que atraía inevitablemente la atención hacia ella. Una vez posada la vista en ese par de ambarinas bellezas, la mirada debía descender sin remedio hasta esa boca sensual y cálida que invitaba a saborearla con apropiada pasión. Aunque esa noche, después de verla de cerca, Jack tuvo que admitir que la mujer que había descendido con elegancia sin par los peldaños, erguida como una reina, no era precisamente la Emily sensible que todos recordaban y que los había seducido con su generosa disposición y su inteligencia. Había en ella un algo de remoto y reservado que, aunado al exquisito y lujoso atuendo de terciopelo de color azul claro con bordados de pequeñas flores en hilos de seda rojos y dorados, y al peinado del que apenas caían pequeños bucles cuidadosamente armados, le daba un aire majestuoso pero del todo frío e indiferente.

Jack echó un vistazo al hombre a su lado: vio la expresión de dolor que se instalaba en los ojos tristes. Luego volteó hacia Montrose que lucía casi tan mal como Bertrand, pero que, al menos, había reencauzado sus afectos. Baker era otra historia: su expresión era de absoluta y hechizada fascinación. Jack lo observó deslizar la mirada por la joven con indisimulada ansia. Como todos ellos, él también contemplaba la grácil curva del cuello, de los hombros descubiertos y, sin duda, se perdía en el escote que en forma de pico descendía hasta el inicio de los pechos. Jack supo adónde irían a continuación las miradas de los tres enamorados: se centrarían en el vértice del escote donde, sobre la curva de los blancos pechos, reposaba un rubí magnífico engarzado en montura de plata y descenderían por el entallado cuerpo hasta la

cintura marcada por un cinturete de raso azul noche. Los brazos descubiertos desde los codos permitían ver otra porción de la suave piel. Jack no dudaba de que la suntuosa sobrefalda de raso bordada resultaría el comentario obligado de las damas al día siguiente ni de que el atuendo de la señorita Winston-Davies sería el blanco de los artículos de moda y de las columnas de sociedad.

La joven y su acompañante –con Poole y Jacobs detrás– llegaron al pie de la breve escalera. Un par de caballeros se acercaron de inmediato. Adam dijo sus nombres en voz alta para el resto: el duque de Nozzera y lord Griffith. Los dos le hicieron una reverencia; ella les respondió con otra de delicada gracia. De inmediato, su acompañante perdió a la joven en manos del duque italiano al que se veía ejerciendo todo su encanto continental en único beneficio de la dama, quien, a pesar de la atención preferencial de que era objeto, se detuvo un momento y se volvió para buscar a su acompañante y a lord Griffith. Los dos caballeros se apresuraron a acercarse, el segundo con una sonrisa desafiante en dirección del italiano. Con pasos tranquilos y mesurados, los cuatro fueron adentrándose en el salón, saludando a la gente hasta llegar a cierta distancia de donde estaban los agentes que debieron retroceder hacia las sombras para no ser vistos.

Los acordes que invitaban al primer vals sonaron. Con una agilidad asombrosa, lord Griffith se anticipó a todos los caballeros al tomar del codo a la joven solicitándole el baile. Ella asintió con un cortés cabeceo y fueron hacia un claro en el salón: ella se detuvo, acomodó la falda del vestido y recogió hábilmente la tela de la sobrefalda para elevarla junto con el ruedo. Lord Griffith y ella se pararon de frente a corta distancia cuando la música comenzó. Avanzaron uno hacia el otro para iniciar los giros de la danza.

La naturalidad y la elegancia con las que se desplazaban las figuras por el salón provocaron un espasmo de angustioso dolor en el pecho de Bertrand que se dio vuelta y se alejó en dirección de los jardines. Segundos después, Oliver ocupaba su lugar.

El baile continuó; en la siguiente hora, la señorita Winston-Davies fue vista bailando con todos los caballeros con los que mantenía una educada conversación sin alterar su aire de impasibilidad. La última pieza de la primera parte la encontró en brazos de su padre que, con una sonrisa algo forzada, no dejaba de observarla y de buscar a los agentes con la vista. La música cesó, y padre e hija fueron hacia los ventanales, cerca de unos bustos.

—Algo está mal con Emily —murmuró Louis.

—Se la ve ajena —señaló Jack.

—Como muerta —la definió con dureza Baker; los hombres asintieron. De pronto, el movimiento agitado y los gritos de algunas mujeres atrajeron la atención de los agentes.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Hubo un desbande en todas direcciones, pero, antes de actuar, Baker buscó con la mirada a Poole y a Jacobs. El fuego se había iniciado en un cortinado al lado de donde estaban Winston-Davies con su hija y, un poco más allá, un pequeño grupo de invitados.

—Allí está Jacobs —apuntó enseguida Jack. Todos lo vieron cubrir a la joven y retirarla del lugar mientras Poole intentaba apagar el fuego con la ayuda de un par de criados.

—¡Baker! —gritó Calvert a lo lejos—. ¡Se escapa!

Con esas palabras y el brazo extendido mostrándole la dirección, Bertrand echó a correr en persecución de un hombre que, a toda carrera, intentaba huir por el jardín hacia la salida de servicio.

—¡Jones! ¡Fargg! ¡Conmigo! —gritó Adam—. ¡Primm, ustedes aquí!

Los tres hombres comenzaron a correr tras Bertrand que iba al frente acortando el espacio que lo separaba del fugitivo en una carrera endemoniada.

—¡Va hacia ese coche! —gritó Baker y Fargg fue hacia el vehículo.

A pocos metros del coche, el hombre que huía trastabilló y eso le dio a Bertrand el margen necesario para saltar sobre él y derribarlo de cara contra el piso. Lo sujetó con fuerza para que no se moviera. Cuando Baker llegó a su lado, lo soltó apenas para poder darle vuelta. Tuvo que esquivar el navajazo que quiso asestarle desde su torcida posición. Baker lo apuntó con la pistola y el perseguido dejó de luchar al instante. Cuando lo terminaron de voltear, pudieron ver los rasgos desencajados de Charles Knives Townsend, el hombre que Emily había ayudado a encarcelar. Bertrand sintió subir por la garganta un grito de rabia y lo ahogó con fuerza, pero, al instante de hacerlo, cerró el puño y le asestó un golpe y luego otro y otro más sin poder controlarse.

—¡Jones! —gritó Baker. Solo con la fuerza de los dos juntos pudieron sacarlo de encima del criminal que yacía como un muñeco sangrante en el suelo. Adam buscó las esposas en la chaqueta de Bertrand y se las puso al delincuente, aunque ya no pudiera hacer gran cosa después de la golpiza recibida.

—Espero que tenga otro juego —se escuchó la voz seca de Fargg que se acercaba con un tipo al que le sujetaba los brazos a la espalda. Baker se giró y Jones dijo:

—Fargg y yo fuimos hacia el coche y encontramos a esta rata lista para escapar. No va a creer quién es —se burló sin soltar a Bertrand.

—¡McColl! —exclamó Adam.

—Una rata nunca deja de ser una rata —escupió Jones sin olvidar las veces que el exportero de la agencia había vendido datos de sus casos al periodista de El Investigador Independiente. Cuando Bertrand le aseguró que estaba bien, lo dejó ir.

—Bueno, estos dos van a la agencia. Vamos a interrogarlos con calma y dedicación —instruyó Baker.

—Vaya, como me gusta a mí —comentó Jones con una sonrisa dura mirando a McColl que se encogió de terror ante la amenaza.

—Vayan con ellos y espérennos. Iré a ver a Primm —indicó Adam.

—Sería mejor que alguno se quede con ella —sugirió Bertrand que se pasaba una mano de nudillos ensangrentados por el cabello para arreglarlo un poco y se volvía a poner la gorra.

—Poole y Jacobs seguirán con Emily.

Bertrand asintió y siguió a sus compañeros que llevaban a los empujones al escocés y a Knives al coche.

Adam buscó al resto que esperaban a que volviera de hablar con Poole para emprender el camino de vuelta a la agencia. En el viaje, se ocupó de contarles a quiénes habían atrapado y la tarea que tenían a continuación: hacerlos confesar de qué iba todo eso y a quién respondían.

* * *

El reloj acababa de dar las dos de la madrugada. Sir Joshua miraba a su hija y a los dos agentes que ella había hecho entrar en la sala y había acomodado junto a la chimenea alegando que debían de estar helados parados

en el pasillo con las corrientes de aire que había. Se estaba sintiendo al borde de un precipicio en el que iba a caer en cualquier momento. Su esposa se había acostado para recuperarse del ataque de nervios provocado por el incidente en el baile de la embajada. Su hija, por su parte, actuaba como si todo se tratase de un evento más en la vida de cualquiera. Ni siquiera había reaccionado cuando el fuego se le había acercado peligrosamente al vestido y se había salvado de que la falda se incendiase gracias a la acción de uno de los agentes que ahora se hallaban compartiendo con ellos la sala privada.

Ya en el estudio, Hope se había dedicado a atender a los hombres a los que les había servido té y les había sonreído como si se hallaran en una reunión social. La culpa estaba corroyendo a sir Joshua quien se sentía responsable por la huida de Hope meses atrás y ahora se responsabilizaba de la desapegada actitud de ella para con todo y con todos, pero, más que nada, para con ella misma.

Sir Joshua la vio volver hacia su asiento; justo antes de sentarse, pareció recordar algo y metió dos dedos entre el cinturón y el vestido para extraer un papel que le extendió. La palidez y el azoro en el rostro del caballero expresaron a Jacobs y a Poole todo lo que pasaba en el interior del hombre.

—¿Cuándo? ¿Dónde la encontraste?

—En el bolsillo de mi abrigo, durante el viaje.

—Pero... —Cualquier cosa que el hombre fuera a decir se cortó al leer la nota—. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no me diste antes esta nota?

—Lo olvidé. —El rostro de horror de su padre llegó a tocar algún punto sensible en lo profundo de ella porque de inmediato agregó—: Lo siento, padre.

Sir Joshua abrió el papel que tenía arrugado en la mano y lo leyó en voz alta:

—“Este es solo un anticipo del final. La marea no ocultó tu obra de iniquidad, expiarás tu pecado en el fuego del infierno.”. Hope, ¿sabes qué quiere decir esto?

Ella respondió impasible:

—Que moriré quemada.

El caballero tuvo que reprimir un grito de terror; hasta los agentes reaccionaron asombrados por el desapego con el que había hablado.

—Hope, hija —atinó a decir él con una súplica silenciosa para que volviera del alejado lugar en que su mente residía.

—No se preocupe, padre, todos debemos morir algún día, ¿verdad?

Sobrepasado por los hechos, sir Joshua tomó una decisión y se acercó a los agentes.

—Tengo que hablar con Baker urgentemente. —Ellos asintieron echando miradas preocupadas a la joven dama en el sillón con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados—. Búsquenlo y díganle que es perentorio que traiga a sus agentes aquí cuanto antes; esto es un asunto de vida o muerte.

CAPÍTULO XXVI

A las diez en punto, dos coches de alquiler se detuvieron delante de la mansión de los Winston-Davies en la calle Montpelier en el distrito de Knightsbridge. De ellos descendieron nueve hombres uniformados que portaban idéntica actitud grave y determinada. Una vez que estuvieron todos juntos en la vereda frente a la gran entrada de rejas de la mansión, observaron que, sin duda por el frío extremo que estaba haciendo en ese momento, el lugar estaba vacío de gente, excepto por una berlina detenida a metros de la entrada cuyo cochero esperaba en el interior del coche, envuelto en mantas, a que sus ocupantes volvieran.

Avanzaron en grupo hacia la entrada principal; Adam hizo sonar la campanilla.

—¿Señor Baker? —preguntó un criado con seriedad tras abrir. Adam asintió—. Pasen al recibidor, avisaré a sir Joshua que han llegado.

Atravesaron una magnífica entrada interior de inusuales medidas, con pesados cortinados a los lados, y se detuvieron en el recibidor viendo a su alrededor con ojos dilatados por el asombro. El hogar de los Winston-Davies era magnífico, sobrio y despojado, pero por ello mismo mucho más impactante que el de muchas mansiones de moda atiborradas de objetos y posesiones que demostraran rango y dinero. La estancia en la que se hallaban era de grandes proporciones. En ella se destacaba una gigantesca escalinata de cedro de exquisita confección cuyas barandas estaban bellamente talladas todo a lo largo del piso y medio de alto que tenía. Parecía venir de lo más elevado, con un rellano amplio en la mitad, y descendía en una curva grácil hacia la planta inferior. Las inmensas ventanas que acompañaban la escalera

en la subida estaban tan limpias que parecía que no había nada en los marcos, solo una espectacular vista del jardín de la casa. Todo brillaba, olía a cera y a lavanda, y estaba lustrado al punto de que las luces se reflejaban en la madera impecable de la escalinata y de los paneles que revestían las paredes. Habría podido realizarse una fiesta en ese recibidor, pensó Oliver tragando con dificultad al recordar que él le había ofrecido un miserable dulce a la heredera de todo eso.

El joven agente no era el único conmocionado por el espectáculo que ofrecía el hall de recepción. Cada uno a su manera sintió lo mismo que él al recordar la sencillez de sus cuartos o de sus ofrecimientos y contrastarlos con ese lujo que decía a las claras quiénes eran sus dueños.

A pesar de estar inmersos en sus observaciones, los agentes alcanzaron a oír voces apagadas que provenían de lo alto de la escalinata. Desde donde se hallaban, tenían una vista completa del comienzo de la escalera en la planta alta y no tuvieron dificultad en ver al grupo de jóvenes bien vestidos que se arracimaba delante del primer escalón. Los observaron descender hablando y riéndose. Detrás de ellos, pudieron distinguir al hombre que el día anterior había acompañado a Emily al baile de la embajada y a ella que avanzaba erguida con la mente en algún lugar lejano.

El caballero a su lado le ofreció el brazo. Ella lo aceptó sin cambiar ni un ápice la actitud. En la planta baja, la mirada de los hombres había sido atraída por su presencia: traía un hermoso vestido de fina lana con diseño escocés que les hizo recordar las faldas y los chalecos que solía vestir cuando trabajaba en la agencia. Aunque ese vestido, observaron, era de exquisito estilo: solo los adornos y orlas de piel en el bajo de la falda debían haber costado varios de sus sueldos.

La señorita Winston-Davies –ninguno podía pensar en esa vestal refinada y distante como Emily– llevaba el largo cabello peinado en dos trenzas que le habían recogido formando en cada costado de su nuca un rodete sujeto con lazos de terciopelo rojo con perlas. Llevaba un colgante y una pulsera de oro con diminutos zafiros que chocaba con otra que ostentaba pequeños rubíes

incrustados que hacían juego con la trama en fondo azul con cuadros rojos y verdes de su vestido. El discreto contorno de piel en el cuello, los puños y el dobladillo daban el elegante remate final a su atuendo.

Del brazo del señor Pierce, la dama fue bajando la señorial escalera que resultaba el marco perfecto para su majestuosa actitud. Los ojos apreciativos de los hombres siguieron la figura conocida ceñida en el bello vestido hasta que se detuvo unos escalones más arriba del rellano en el que se había parado el bullicioso grupo de jóvenes.

—Oh, vamos, Hope, no puedes decir que no: debes acompañarnos a dar un paseo. Madre no nos permitirá ir si no vamos con alguien mayor, ella confía en ti y nos dejará.

—James vendrá con nosotros —comentó una de las jóvenes con intención para que aceptara.

—Sabes que no puedo salir, Beatrice; padre no me deja. Además, hace demasiado frío afuera para pasear. —Se oyó la distinguida voz, fría, sin matices ni inflexiones.

Cuando la joven habló, los agentes sintieron un sonido ahogado procedente de Calvert, de pie, que miraba a la mujer, y, al instante, Primm y Montrose se pusieron a ambos lados de él, un poco por delante para ocultarlo sin taparle la visión. Con el movimiento, la presencia de los hombres se hizo visible al grupo que los observó de arriba abajo con descortés curiosidad.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué hacen aquí? —preguntó algo rudamente el muchacho joven—. ¿Los conoces, Hope?

La aludida bajó los dos escalones que le faltaban para llegar al rellano. Giró para ver desde allí al grupo de atuendos oscuros que la observaba, sombreros y gorra en mano, con los ojos serios y expresiones tensas. La mirada vacía de ella los abarcó por un instante lo que, de algún modo, detuvo

la respiración de los agentes. Volvió a girar con movimientos suaves para responder a su primo, pero se quedó inmóvil sin que ningún sonido saliera de su boca.

—¿Hope? —preguntó Jonathan acercándosele—. ¿Te sucede algo, prima?

Comenzó a respirar con agitación y cerró los ojos un instante apretando en un puño la mano; cuando los volvió a abrir, giró de nuevo, se aferró al barandal, enfocó la mirada en la entrada y los vio aún allí. Aspiró con fuerza antes de inclinarse un poco por sobre la baranda y se estremeció. Sus ojos se redondearon por la sorpresa; tras levantar la falda y esquivar a los jóvenes, comenzó a bajar los escalones sin atender a las voces que le daban. Alcanzó la base de la escalera y, sin interrumpir el paso, fue hacia los agentes. Cuando pareció asegurarse de lo real de sus presencias, echó un par de miradas aprensivas en dirección al estudio de su padre para luego volver a ellos. La expectación de los hombres frente a la muchacha era tan fuerte como la suya. Tuvo que aspirar y exhalar con fuerza para calmarse.

—Emily —escuchó la voz de Adam Baker que la llamaba por su nombre, el real. Algo inanimado y rígido en su interior cuyo peso la ahogaba se resquebrajó. Se giró hacia él y no tardó en tomarle las manos que le ofrecía para apretárselas con afecto—. Tranquila, su padre nos llamó.

—Señor Baker —susurró emocionada sin prestar atención a su primo que salió disparado en busca de sir Joshua seguido por James—. ¿Será posible?

Sin soltarlo, volteó y vio a Oliver junto a Balling que la observaban en el mismo silencio emocionado de los demás.

—Señor Balling, ¿cómo está? ¿Se encuentra bien?

El hombre asintió y no pudo emitir palabra. Ella soltó una mano y acarició su mejilla.

—Señor Oliver, qué gusto volver a verlo —saludó al joven que, ruborizado, no supo qué hacer cuando ella le extendió la mano. Un codazo de Balling lo puso en movimiento e hizo una reverencia que extrajo la primera sonrisa real de ella en meses.

—¡Jack! —exclamó con una expresión feliz en el rostro—. ¿Ya es padre?

—Anteanoche. De un muchacho rubio de ojos claros que llegó un poco antes de lo esperado —le respondió sonriente avanzando hacia ella; la tomó de los hombros, se la quitó a Adam para atraerla hacia él y darle un beso en la mejilla—. Nora pregunta siempre por usted.

—¿Está bien?

Él asintió y se hizo a un lado para que pudiera saludar a los otros.

—Señor Fargg, siempre es un gusto verlo. —Le sonrió al hombre que se llevó dos dedos a la altura de la cabeza y la saludó, contento—. ¿Señor Jones?

El hombrón se adelantó y se quedó congelado delante de ella. Emily fue hacia él para darle un abrazo rápido que inundó de placer al agente.

—¿Y Lydia? —le preguntó amable.

—Bien, señorita Emily. La extraña como todos nosotros.

La expresión de la joven se nubló por un momento, pero se recuperó enseguida para mirar de frente a Louis que esperaba impaciente su turno. El rostro de los dos se contrajo. Él con un gemido y ella con un sollozo ahogado se echaron una en brazos del otro. Louis no la habría dejado ir si Fargg no le hubiera hecho un gesto apuntando a Calvert que se hallaba más atrás con una expresión de dolorosa expectación. Renuente, la soltó y, luego de tomarla de los hombros, la giró hacia su compañero.

La transfiguración en la expresión femenina trajo sonrisas a cada uno de los agentes, incluido Adam. Bertrand la miraba sin hacer el más mínimo movimiento como si temiera que con un gesto pudiera espantarla. Ansioso por saber si su vida cambiaría o acabaría allí, se decidió por fin a tenderle la mano.

La respuesta de la joven fue exclamar con voz grave su nombre y arrojarse a los brazos que él apenas tuvo tiempo de abrir para recibirla. La apretó en ellos y, con los ojos abiertos por la incredulidad de tenerla contra su pecho, miró a sus compañeros para confirmar lo real de la presencia femenina. Un par de ellos escondían lágrimas; los otros sonreían abiertamente. Con manos temblorosas por los nervios, enmarcó la cara de ella y, echándole la cabeza hacia atrás, la besó.

Pasos firmes y decididos resonaron en el piso de madera; Jones, Fargg, Louis y Jack se pusieron delante de la pareja.

—¿Hope? —llamó con voz severa sir Joshua escoltado por sus sobrinos.

Baker se adelantó y con voz fuerte dijo:

—Aquí nos tiene, sir Winston-Davies.

—Bien, vamos a mi estudio.

Antes de avanzar, Adam llamó a Jacobs, le habló al oído y el agente se fue. Baker siguió a sir Joshua y los hombres fueron encolumnándose detrás de él sin mirar al grupo de jóvenes azoradas que se habían quedado sin habla al ver a su prima tratando con tanta confianza y cariño a esos desconocidos; incluso había besado a uno de ellos sin vergüenza alguna delante de todos.

Jack se quedó último y tiró de Emily para soltarla del abrazo de Bertrand.

—Vamos, después siguen —les dijo con su media sonrisa. Los empujó delante de él aprovechando para guiñar un ojo a las señoritas Randolph que no pudieron dejar de sentirse halagadas por el gesto del hermoso hombre que

Hope tendría que presentarles sí o sí más tarde.

* * *

Marion Winston-Davies asistió a la entrada de la procesión de hombres en el estudio de su esposo con evidente inquietud. Él le había contado lo sucedido la noche anterior y la decisión que tuvo que tomar, aun cuando haber dejado entrar a esa gente significara un riesgo serio para la relación con su hija. De todas formas, no esperaba lo que sus ojos estaban viendo en ese momento.

Los hombres de atuendos sobrios se pararon frente a ella e hicieron una reverencia corta ante la dueña de casa. Marion se sorprendió por el gesto educado aunado a la severa presencia de los agentes que se quedaron de pie sin siquiera moverse. Esos eran los hombres que habían cuidado de Hope, pensó entre agradecida y temerosa a la vez por la imponente suma de masculinidad ante ella.

Sir Joshua apenas miró a su esposa; de inmediato, pidió disculpas un momento ya que tenía que hablar con sus sobrinos para evitar que lo que estaba sucediendo se supiera en horas por Londres. Marion observó a cada uno de los hombres que continuaban de pie, en actitud firme y calmada. Fue testigo de la entrada de su hija seguida por Borden que echó un vistazo al grupo y, después de asentir en dirección de la joven, salió.

—Por favor, señor Baker, tome asiento —le indicó Emily con una actitud feliz que su madre hacía tiempo no le veía—. Ustedes acomódense por aquí, allá tiene una silla, señor Fargg, por favor acérquela. Sean tan amables de sentarse.

Los hombres se soltaron los abrigos que dejaron entrever trajes oscuros con brillantes botones plateados. Se removieron algo incómodos ante la presencia de Marion con excepción de Baker y Primm que se ubicaron en los asientos adoptando una postura tranquila. Solo Bertrand permaneció de pie detrás de los respaldos: seguía con la vista cada paso de Emily por la sala.

—Madre, permítame que le presente al señor Adam Baker: él fue mi jefe en la Agencia Essex —señaló Emily con patente afecto en la voz. Adam se puso de pie y le hizo una corta reverencia antes de volver a sentarse.

—Un gusto, señora Winston-Davies.

—Y él es... —comenzó a decir Emily apuntando a Roy Balling.

Su madre la interrumpió con un gesto mínimo de la mano.

—El señor Balling, supongo.

La sorpresa de Roy fue captada por Emily que se cubrió la boca con la mano para evitar ofenderlo con una sonrisa.

—No, señor Balling, no tema; la única con extraordinarias dotes de observación es mi hija. Yo solo fui la destinataria de sus relatos durante mis días de enfermedad. Fueron estos tan vívidos y descriptivos que creo que puedo identificar a cada uno de ustedes sin temor a equivocarme.

Balling asintió más relajado; los agentes se sintieron halagados por el hecho de saber que Emily había hablado de ellos en algún momento, sobre todo Louis que supo que su amiga no los había echado al olvido durante la separación.

—Y usted es el señor Oliver.

El joven miró a la mujer, avergonzado, y esta le sonrió levemente.

—No tengo cáscaras de naranja confitadas para ofrecerle, pero espero que le agraden otros dulces.

Emily no pudo evitar sonreír ante la mirada horrorizada que el joven le dirigió. Marion se enfocó en el siguiente.

—Usted ha de ser el silencioso y eficiente señor Fargg, admirador del orden.

Él asintió incómodo aunque halagado por la forma en que Emily lo había descrito.

—Veo que su reputación es cierta —apuntó no sin cierta ironía Marion que recibió una reprensión silenciosa de su hija—. Y, si no me equivoco, usted ha de ser el señor Jones.

El aludido cabeceó y se apresuró a mirar al siguiente para evitar cualquier comentario sobre él.

—Tu profesor de... ¿cómo lo llamaste, Hope?

—Estrategias de defensa personal, madre —apuntó ella divertida.

—Ah, sí, no sé muy bien qué es eso, pero tengo entendido que le resultó muy útil a mi hija.

Jones se ruborizó hasta la raíz de los cabellos bajo la mirada burlona de los demás. Los ojos castaños de Marion se posaron entonces en el encantador hombre de cabellos rubios que la miraba de frente.

—Señor Primm, su apodo le sienta perfectamente —comentó después de una discreta mirada apreciativa—. Y usted ha de ser el amigo de Hope.

Louis se puso de pie como Baker e hizo una reverencia cortés.

—Sí, madre; él es Louis.

—El joven que le enseñó esa peculiar afición que practica. Mi esposo está admirado de la habilidad de mi hija con las armas. Lo considera a usted un excelente instructor. No es algo que yo considere atractivo en una dama, pero, si Joshua lo acepta, está bien para mí.

Louis le sonrió ampliamente. Emily vio a su madre sonreír en respuesta sin poder evitarlo, la dama se asombró después de haberlo hecho. La mirada de Marion se elevó por encima de la cabeza de Louis y se posó, finalmente, en Bertrand que hasta ese instante había estado observando a su hija con declarada posesividad. Los ojos femeninos se volvieron duros y los agentes fueron testigos del rechazo de la mujer en su actitud. Bertrand se mantuvo calmado y la miró con educación. El duelo se interrumpió cuando Emily dijo:

—Y él es Bertrand, madre.

En su tono de voz se sentía una fuerza y una intensidad que hicieron parpadear a Marion antes de volver a enfocar la vista en el hombre. No era ni la mitad de atractivo que Jack Primm o que Louis Montrose, pero había algo en él de masculino y viril —también melancólico— que los otros no tenían y que resultaba seductor.

—Señor Calvert.

—Señora. —Hizo una reverencia breve en su dirección.

Su voz era la que se correspondía exactamente con él, se dijo turbada por la intensidad que trasuntaba; no hizo ni un solo comentario sobre el hombre del que su hija estaba tan enamorada.

Borden entró en ese momento empujando un carro y, tras de él, dos criadas que portaban bandejas. Emily les indicó que ella se ocuparía de servir. Antes de retirarse, Borden informó a su señora que sir Joshua pedía que lo esperaran unos minutos más, que concluiría en breve la conversación con sus sobrinos. Marion asintió y el mayordomo se retiró.

Con ánimo ligero, Emily comenzó a entregar las tazas mientras recitaba feliz:

—Señor Baker, su té bien cargado, con azúcar y mucha leche. Para usted café negro con azúcar, señor Balling, ¿no es así? —confirmó—. Señor Jones, café solo con una gota de leche. Aquí tiene, señor Fargg, su café amargo. Señor Oliver, té con leche muy dulce, ¿verdad? —le dijo al tiempo que se lo entregaba—. ¿Jack? ¿Té con limón y una cucharada de azúcar?

Cada agente recibió su bebida y le sonrió con afecto. Marion apenas podía creer el cambio instantáneo que había experimentado Hope con solo haberlos visto y la suavidad que adquirirían los hombres al contacto con ella. Sintió el fuerte vínculo que existía entre todos ellos.

—Louis, tu té con dos gotas de leche y una cucharada de azúcar... ¿Madre?

Marion negó, y Emily se dirigió hacia la bandeja para tomar una taza y servir té al que agregó un chorro de leche que apenas revolvió. Con la taza en la mano, se dirigió a Bertrand que la tomó y comenzó a beberla reposando su vista ávida en ella. En ese momento, sir Joshua ingresó a su despacho y vio con algo de molestia la escena de los agentes que lo esperaban sentados mientras tomaban té como si la suya fuera solo una visita de cortesía, pero sabía que no podía pensar en nimiedades cuando la vida de su hija estaba en peligro.

—¿Le sirvo algo, padre? —Oyó la voz vibrante y se volvió a mirarla confundido.

—No —apenas pudo balbucear y buscó con la mirada a su esposa que le hizo un gesto casi imperceptible de compartido asombro—. Bien, creo que ya podemos hablar de lo que nos ocupa. Hope, ve a buscar tu caja, por favor.

Emily salió del despacho y volvió unos minutos después con una caja de madera adornada con lotos nacarados sobre fondo rojo que hizo además de entregar a su padre, pero que él rechazó.

—Como le decía —comenzó Adam, mientras Emily retiraba las tazas ayudada por un silencioso Bertrand que parecía imposibilitado de mantenerse lejos de ella—, quería informarle que la noche de ayer detuvimos a los hombres que fueron responsables del incendio en el baile.

Sir Joshua se sorprendió, pero enseguida volvió a su compostura habitual. Entfield tenía razón, esos hombres eran buenos en su trabajo.

—Una de las líneas de investigación que nos planteamos, cuando recibí su carta, fue la de que alguien vinculado a los casos en que intervino la señorita Winston-Davies había quedado resentido por su trabajo. Justamente, las dos personas detenidas que ahora están a disposición de la policía fueron directamente perjudicadas en su accionar delictivo por la acción de Em... de la señorita Winston-Davies. Uno de ellos es un expleado, que uno de mis agentes y ella descubrieron pasando información privada a un diario. El otro fue herido por su hija durante una persecución, lo que facilitó su detención.

“¿Herido?”, oyeron murmurar a sir Joshua y escucharon cómo Marion aspiraba bruscamente.

—¿ McColl? —se asombró Emily—. ¿Y Townsend?

—Exactamente; Knives y el escocés fueron quienes dejaron los anónimos. Supimos que habían sido convocados por alguien más cuyo nombre desconocen, pero del que nos dieron la descripción y el lugar de los encuentros. Poole y Jacobs se están encargando de las averiguaciones en este momento. Ese hombre les pagó por armar las situaciones y para dejar los anónimos. McColl lo describió como “fino”, pero “con los fundillos gastados”: infiero que alguien que detentó una buena posición en la sociedad y la perdió.

—Muy bien. —Sir Joshua aprobó la eficiente acción del grupo.

—Emily —se oyó la voz grave de Bertrand que no prestó atención al disgusto en la mirada de los padres—, ¿podrías mostrarme los anónimos?

—Bien, mientras tanto, sir Joshua, agradeceré que nos haga un relato pormenorizado de las distintas instancias en que estos anónimos fueron dejados —pidió Baker para distraer la atención del hombre.

Ella le entregó la caja a Bertrand y, siguiendo la costumbre, se apresuró a buscar papel y pluma para tomar nota a medida que su padre relataba cada situación con su habitual claridad, producto de años de intervenciones diplomáticas e informes. Cuando terminó de escribir, extendió el papel a Baker que lo leyó y se lo pasó a Calvert. Él lo miró con una mueca y se lo dio a Louis y a Jack que lo fueron pasando a sus compañeros, alarmados todos por las amenazas fatales proferidas contra ella. Se acercó a Bertrand que examinaba los papeles uno por uno con cuidado.

—¿Viste algo en ellos? —preguntó a Emily.

—No, lo siento, todavía no los revisé.

—Los veremos ahora.

Se separaron del grupo y se pararon junto a una mesa cerca de la ventana. Fueron sacando cada papel y, después de que él los examinaba a contraluz, se los pasaba a la espera de que ella cumpliera los pasos de su análisis. En esa instancia, juntaban las cabezas y se los veía hablar entre ellos. Cuando concluyeron con el quinto papel, recién se dieron cuenta del silencio respetuoso —en el caso de sus padres, pleno de resquemor— de los presentes. Guardaron los papeles en la caja y volvieron con el resto.

—No hay demasiado —apuntó Bertrand—. Los papeles son comunes, pero, por el peso, la trama y el diseño son de los que se proveen en los hoteles para uso de los clientes.

—Al menos en ciertos hoteles —señaló Emily y él asintió—. Aunque estos no tienen identificación del establecimiento, sí portan ciertas características y un aroma distintivo que Bertrand reconoció.

—A tabaco Spital y a agua... Puerto y río —aclaró él—. Lo que nos dice esto es que, si Jacobs y Poole encuentran alguna información en las proximidades del río donde señalaron McColl y Knives, se podría buscar los hoteles que usen esta papelería.

—¿Y el sobre? —preguntó Adam.

—No fue timbrado —indicó Bertrand—, por lo que no sabemos de donde proviene. Es del mismo papel que las notas; sin duda fue entregado por un mensajero a pie.

—Llamaré a Borden para que hablen con él —aportó sir Joshua—, quizás pueda decirles algo más de quien lo trajo.

—Volveremos a mirar los papeles con calma más tarde —señaló Bertrand, lo que alertó a los Winston-Davies con el comentario.

—Nuestro plan es no dejar a la señorita Winston-Davies sin protección — se apresuró a explicar Adam —, por lo que estableceremos turnos de vigilancia. El primero lo cubrirán Jones, Montrose y Calvert. Mañana los reemplazarán Primm, Fargg y Oliver. Roy y yo seguiremos investigando.

Los hombres se pusieron de pie como uno solo. Emily se les acercó y les agradeció que hubieran ido a ayudarla “a pesar de todo”. Hubo negativas, palmadas en el hombro de la joven y apretones de mano varios —gestos y libertades fuera de lugar según entendieron los dueños de casa—; todos saludaron respetuosamente a Marion y a sir Joshua antes de dirigirse a la salida.

La conclusión del caballero fue sencilla: si todo salía bien como deseaba, si su hija era salvada por Baker y sus hombres, tendría problemas con ellos al concluir el asunto.

CAPÍTULO XXVII

Acababan de dar las cuatro de la tarde, y el frío arreciaba en el exterior. El cielo nublado había provocado que la oscuridad llegase más temprano que de costumbre y había obligado a que las luces se encendieran mucho antes. En la sala privada de los Winston-Davies, las lámparas estaban encendidas al igual que las dos chimeneas, lo que hacía que el ambiente se sintiera luminoso, cálido y confortable. Si el frío aumentaba como todos esperaban, probablemente nevaría al día siguiente.

La cena había sido anunciada para las seis; las personas reunidas en la acogedora estancia se encontraban divididas: los dueños de casa cerca de una de las chimeneas echando vistazos preocupados al grupo que conversaba junto al otro hogar.

—Me alegro de que Lydia esté bien; me gustaría volver a verla.

—No creo que tu padre te lo permita —apuntó Louis.

—Creo que todo esto me ha servido bien, aunque no lo creas. Había perdido mi fuerza, pero la he recuperado —dijo tomando discretamente la mano de Bertrand—. Si salgo con bien de esto, solo tengo que tomar una decisión como antes.

La mirada de Bertrand le dijo que contaba con eso.

—¿Y cómo se encuentra May?

—Ah, tiene cortito a su amigo, señorita Emily: están comprometidos —se burló Jones.

—¡Louis, me parece maravilloso! —exclamó ella feliz tomándole ambas manos.

—En fin, volvamos a nuestro asunto —dijo Jones—. La vida de la señorita Emily está en peligro, y no hemos encontrado nada en esos papeles.

—Lo único que se me ocurrió sobre el último anónimo fue que moriría quemada.

Bertrand se removió inquieto.

—Emily, no voy a dejar que te pase nada; si algo te sucediera, me sucedería también a mí.

La joven manifestó su asombro. Los agentes dirigieron una mirada preocupada a su compañero: lo creían capaz de hacer algo drástico dada la actitud de despreocupación por su propia vida que había demostrado durante todo el tiempo que había estado separado de la mujer que amaba.

—No hará falta nada de eso —lo cortó Louis tajante—. Repasemos: según dijiste, Calvert, la presencia de Knives y McColl indicaría que quien está detrás de Emily tiene que ver con alguno de sus casos.

—Eso parece. Me inclino a pensar que sus intervenciones encubierta ayudando a Cotter —Bertrand hizo una pausa y los agentes le dirigieron miradas acusadoras que aceptó en contrito silencio— no necesitan ser incluidas en nuestro análisis puesto que son muy recientes y pocos saben de su participación.

—Entonces solo queda que reveamos los casos de la agencia en los que intervino.

—Pero, si fuera así, ¿no tendrían que buscarnos también a nosotros? Entiendo que la rata escocesa se las cargue contra Emily por cobarde, incapaz de pelear con un hombre, pero en lo demás...

—Eso es cierto. —Bertrand aceptó las palabras de Jones—. En el caso de Knives, sabemos que él se involucró por venganza, pero no dijo nada de los demás.

—Veamos —retomó Louis—: El primer caso en que ella intervino fue el de Paxton y el caso del alfanje robado.

—Lo que quiere decir que, si alguien de ese caso busca lastimar a la señorita Emily, también tendría que atacarte a ti, Montrose.

—Quizás eventualmente lo hagan. O sepan que dañando a Emily nos dañan a nosotros —reflexionó Bertrand—. Lo cierto es que hay que ver qué pasó con... ¿quién era el culpable de los robos?

—Richard Paxton —aportó Louis.

—Imagino que Baker ya está corroborando eso —comentó Bertrand mientras se frotaba los ojos.

—Bueno, el segundo caso en que intervino fue el de Primm y el chantaje a los amantes de madame Eglantine o Nora Arden, pero aquí no hay dudas, la culpable está en un asilo y la madre está bajo el encanto del Dandi cuidando a su hijo. —El comentario de Louis provocó sonrisas.

—Luego pasó lo de Fenton, pero en ese asunto ya no quedan muchos vivos como para querer vengarse —apuntó Bertrand—. Sé que Prudence Fenton fue enviada a los Estados Unidos con su hija y que Fenton sigue sus negocios sin preocuparse demasiado. No creo que la madre le tenga particular rabia a Emily. En cuanto al caso Trenton, la señora Conlon fue ejecutada el mes pasado. No recuerdo que haya habido ningún familiar o conocido de ella que pudiera vengarse.

—¿Qué hay de los Trenton? —preguntó Jones.

—Esos son de los que no se molestan en hacer nada —comentó Louis disgustado—. No ayudaron a la hija, no reclamaron al seductor —de hecho, siguen como socios—, no aceptaron al nieto; bah, unos tibios.

—Lo único cierto que sabemos es que todo el asunto se resume en un rencor exacerbado contra ella. No sé, aquí hay algo que se nos escapa — señaló Bertrand moviendo los hombros para aflojarlos—. Ese último anónimo... ¿A qué se referirá con marea?

—Agua... fuego —probó ella con las palabras.

—¿Has tenido que ver con alguna situación en la que hubiera agua y fuego?

—No que yo recuerde —respondió con el ceño fruncido.

—¿Y cuál puede ser la “obra de iniquidad”? —quiso saber Louis impactado por las palabras.

—Es un término muy duro el que eligió; como “expiar” y “pecado” — apuntó Bertrand—. ¿Qué cosa tan terrible pudiste hacer tú?

Los rasgos femeninos se oscurecieron. Emily no se animó a contarles de su vergonzosa participación en el descubrimiento del adulterio de su tía; de todos modos, eso había pasado hacía mucho.

—¿Qué implica exactamente esa palabra? —buscó precisar Louis.

—Hablar de iniquidad es referirse a una maldad relacionada con una gran injusticia —explicó Emily con expresión fatigada y un bostezo que ocultó apenas tras la mano.

—Bueno, creo que ya es hora de dejar descansar nuestras cabezas — indicó Jones.

—Consultaremos este tema con la almohada —apuntó Louis estirándose—. Bueno, al menos lo harás tú, Emily: a nosotros nos espera una larga noche de vigilancia.

* * *

La cena transcurrió en un clima de inusual tensión —dada la indignación de los anfitriones por tener que compartir mesa con los agentes—y, al final de la velada, Emily necesitaba algo para el dolor de cabeza que el repasar una y otra vez los casos no le había provocado en la misma medida.

Una vez concluida la comida, sir Joshua subió con ellos para mostrarles un cuarto casi frente al de Emily que les habían preparado, además de haber dispuesto un sillón para quien se quedara en el pasillo cerca de la puerta de la habitación de la joven. El padre de Emily estuvo presente cuando los agentes entraron en la estancia femenina para revisar cada ventana y cada puerta, asegurarse de que nadie estuviera escondido y de que todos los accesos se encontrasen cerrados. Luego se despidió de su hija —que había despachado a la doncella y se había encerrado en su cuarto— y se retiró a sus aposentos.

—De acuerdo, propongo algo —dijo Louis una vez vio desaparecer la figura de sir Winston-Davies al final del pasillo—. Para vigilar mejor, uno de nosotros se quedará dentro del cuarto y los otros afuera.

Bertrand le echó una mirada sorprendida. Jones, otra decididamente estupefacta.

—Vamos, Puños, no seas mojigato. Calvert se ocupará de vigilar adentro, y nosotros lo haremos por turnos en el pasillo —le explicó mientras subrayaba algunas palabras con un levantamiento de cejas.

—¿Dices que vigilará como tú cuando “solo vas de visita” al departamento de May? —le replicó con intención.

—Eh... Sí. Lo entendiste bien.

—Solo falta saber si la señorita Emily quiere ese tipo de vigilancia — planteó Jones severo.

—Le preguntaremos —Louis lo apartó con una mano y golpeó la puerta.

Después de unos segundos, ella se asomó.

—Oye, Emily, se nos ocurrió... —Se oyó el murmullo entre dientes de Jones diciendo “esta idea es solo tuya, Montrose”—. Decía que se nos ocurrió que lo mejor sería que haya uno de nosotros en tu cuarto para cuidarte por la noche; ¿qué dices?

Ella se ruborizó por completo, pero, desde detrás de la puerta asomó un brazo desnudo hasta el hombro y una mano tomó a Bertrand de la solapa del traje tirando de él sin que opusiera resistencia.

—Sí, buena idea, Louis, gracias. A usted también, señor Jones —completó en un susurro y cerró la puerta detrás del agente.

—¿Ves? Ahora ve a dormir que yo te despierto en cuatro horas.

Jones se fue murmurando. Louis tomó el sillón para alejarlo del cuarto. Mientras tanto, en el interior de la habitación, la pareja se hallaba enlazada en ansioso abrazo, besándose con pasión. Tenían casi seis meses de separación que recuperar y no iban a perder tiempo.

Ella estaba en ropa interior. Él no tardó en quitarse la chaqueta y el chaleco con la ayuda nerviosa que ella le prestaba.

—Hermoso traje... Buena tela —dijo Emily antes de que la atrapara y la besara con dedicación.

Luego siguieron la camisa, el pantalón de él y los pantalones interiores de ella. El frenesí con el que casi se arrancaban las prendas los llevó a golpearse varias veces contra los muebles y tirar algunos objetos en el proceso, pero a ninguno le importó, concentrados como estaban en llegar al punto de sentirse fusionados otra vez. La última prenda cayó al suelo. Dieron un giro y otro sin dejar de besarse hasta dar con la cama. Cayeron en ella abrazados y se miraron un instante.

—No vuelvas a dejarme nunca más —dijo él, y ella le echó los brazos alrededor del cuello.

Después de la primera vez en que hicieron el amor con cierta urgencia salvaje, hubo una breve pausa y una segunda oportunidad en que se tomaron tiempo para reconocerse, explorarse, unirse en cuerpo y alma.

El intenso acoplamiento primero dio lugar a un segundo encuentro de caricias dulces y lánguidas, de contemplación del otro, de recorridas lentas reabsorbiendo cada detalle. No hubo la intensidad ni la rabia del primero que hasta tuvo un cierto tinte de ajuste de cuentas por el silencio al que él había sido sometido sin explicaciones. Fue sosegado, tranquilo, con tiempo para detenerse a expresarse su amor con palabras; los embates violentos y urgidos de la primera vez dieron paso a movimientos acompasados entre ambos como la marea que baña una orilla con ritmo pausado y recurrente.

Terminaron abrazados, incapaces de dejar ir todavía la magia de la comunión que apresaban entre los cuerpos y alimentaban con su calor combinado. Los brazos de él la rodeaban mientras los de ella ceñían su cintura.

—Lamento no haber hablado contigo —le susurró con la cara apoyada en el pecho de él, oyendo el latir regular de su corazón—. No podía.

—Lo sé, Montrose dijo que le habías prometido a tu padre no hacerlo, pero Emily, podrías haberme escrito al menos una vez, explicármelo; no tienes idea de lo que he pasado estos meses sin saber qué sucedía.

—¿Crees que no quería? Pero para qué escribirte si no había posibilidad de estar juntos de nuevo. Yo también estuve incompleta sin ti todo este tiempo. Me hiciste tanta falta. Hasta cuando colaboré con sir Roger sentía que mis ideas no se completaban, que siempre les faltaba algo.

—Eso no te impidió resolver los casos —apuntó él frotando la mejilla contra su cabello.

—¿Sabes por qué los acepté? Porque eran de ustedes.

—¿Y querías probar algo? —agregó malicioso.

—No, quería sentir que los tenía conmigo.

Él movió un poco la cabeza para observarla, y ella le devolvió una mirada franca desde su rincón protegido.

—¿Sabes lo que llegué a hacer? —le preguntó con una voz tímida y algo aguda.

—¿Qué Cotter nos quitara los informes y nos interrogara? Sí, lo sé, y créeme que ninguno de nosotros pensó muy bien de ti por ello.

Ella salió de su refugio y se incorporó.

—Es que sus escritos eran la única forma. No sabes la cantidad de veces que leí tu reporte; era como si estuviéramos hablando. Fue tu comentario sobre los objetos de valor sentimental los que me pusieron en el camino correcto.

—Eso y el soplo de Montrose.

Ella se sentó en la cama con las piernas cruzadas tapándose los pechos en un gesto contradictorio de pudor que gustó a Bertrand: acababan de hacer el amor dos veces, y él podía reconstruir de memoria cada curva de los pechos, de las caderas, de las piernas.

—Fue un intercambio de información. Ustedes atraparon a su hombre en el Ardent II—corrigió ella con el largo cabello enredado que le caía alrededor.

—Te ha crecido —murmuró él acariciándolo.

—Es un estorbo —comentó ella e inclinó la cabeza para que él tuviera más fácil acceso.

Se quedaron un momento compartiendo caricias: las de él en sus cabellos, las de ella en su pecho, los dedos jugueteando con el vello que siempre la había fascinado, las yemas haciendo dibujos caprichosos sobre la piel.

—¿Qué sucederá ahora?

Él suspiró profundamente y se levantó sobre un codo.

—No te dejaremos hasta que estés a salvo. Yo no te dejaré.

—¿Y luego?

Bertrand terminó por incorporarse y se sentó cerca de ella. Había una profunda intensidad en sus ojos, una necesidad desgarradora que Emily reflejaba en su propia mirada. Él bajó por un momento la cabeza y luego volvió a enfocar la mirada en los ojos dorados. Aspiró y, tomándole una mano que apretó con fuerza, le dijo:

—Cásate conmigo.

Bertrand esperaba un sobresalto, una reacción de indignación, rechazo y hasta enojo, pero se encontró con una expresión reposada y una consideración breve del pedido.

—Si salgo con vida de la situación en que me encuentro, seré tu esposa.

—¿Lo prometes? —dudó él aún conmocionado por la rapidez del consentimiento.

—Te doy mi palabra de Emily Hope Winston-Davies.

—Con la de Emily Randolph es suficiente —murmuró y la abrazó con fuerza llevándola consigo al colchón—. Necesitamos dormir un poco. Tengo que recuperar fuerzas si quiero resolver este asunto y llevarte a la iglesia más cercana.

Ella rio contenta y se dejó cubrir por las sábanas y las mantas arrebujiándose en ellas. Bertrand se acomodó enseguida, tomándole una mano. En breve, los dos dormían profundamente.

El suave abrir de la puerta de entrada puso en alerta a Bertrand que se tensó al instante dispuesto para la lucha.

—Ey, Calvert. —Oyó el susurro de Jones—. Hombre, levántate, ya es hora.

—Shh —lo calló desde la cama—. La despertarás.

—Sí, bueno, pero vístete, son las cinco y ya empiezan a levantarse —le explicó desde la puerta.

Bertrand se desprendió suavemente de Emily que dormía con tranquilidad, su respiración le levantaba apenas el pecho. Se deslizó fuera de la cama para no despertarla y fue hasta la chimenea a avivar el fuego. Estaba helando y, con rapidez, buscó su ropa. Cuando terminó de cerrar la chaqueta, sintió la presencia femenina. Lo miraba lánguidamente, con el sueño aún instalado, mientras se cerraba la bata.

—Puedes lavarte la cara y arreglarte allí —lo invitó con un gesto delicado. Él asintió y fue rápido para lavarse y peinarse. Ya se afeitaría en el otro cuarto. Cuando salió, ella lo esperaba con el chaleco en las manos y una expresión divertida: “Olvidaste esto”.

Bertrand fue hacia ella soltándose la chaqueta mientras negaba con la cabeza.

—Tú me distraes —la acusó con una mueca de burla y le dio un beso en la punta de la nariz.

Ella se rio bajo, lo ayudó a cerrar el chaleco y luego a ponerse la chaqueta. En el cruce de los dedos cerrando botones, las manos se encontraron, los brazos siguieron y pronto se estaban besando. Así los halló Jones que entreabrió la puerta y atrapó a la pareja cuando él le mordía el cuello y ella le acariciaba el cabello.

—¡Calvert! ¡Hombre! ¿Qué tengo que hacer para que salgas de aquí de una vez?

—¿Lucir como ella? —propuso el aludido con recuperado buen humor.

Emily se ruborizó por haber sido atrapada, pero sonrió.

—Vete, ya es tarde. Buenos días, señor Jones.

—Buenos días.

Bertrand fue hasta la puerta y, desde allí, giró para mirarla una vez más con profunda seriedad.

—Recuerda tu promesa, Emily.

—Lo haré.

* * *

Gracias a los resultados de los interrogatorios a Knives y al escocés, Adam estaba ahora en la calle Rotherite verificando la información que le habían dado para encontrar al hombre que los había contratado.

De las averiguaciones hechas por Jacobs y Poole, habían podido circunscribir la zona entre la calle King y Swan Lane y ahora barrían el área siguiendo la idea de Bertrand y Emily sobre los hoteles. Encontraron dos que cumplían con el requisito correspondiente y se dividieron: Roy, Jones y Calvert fueron al hotel Norfolk cerca de Swan, y Montrose y Adam al Eden en la calle Paradise.

Los primeros no tardaron en comprobar que nadie con la descripción aportada por Knives había estado en el Norfolk por más de un día, al menos, y pronto se hallaban rumbo a Paradise. Cruzaron la calle Neptune y, al llegar a Church, vieron llegar corriendo hacia ellos a un hombre alto y delgado, de apariencia deslucida y desprolija, que tenía una expresión de terror en los ojos. Detrás de él venían Montrose y Baker que lo perseguían y daban voces para que lo detuvieran. No hizo falta mucho más para que Bertrand corriera hacia él y lo enfrentara, de modo que lo obligó a detenerse. El hombre estaba asustado y, sin pensar en que estaba en inferioridad de condiciones, le tiró un golpe a la cara que el agente esquivó agachándose al grito de “tuyo, Jones” y permitiendo que su compañero le propinara un puñetazo por encima de él.

El hombre tambaleó impactado por el tremendo golpe y cayó de costado. Al instante, cinco agentes lo rodeaban y lo sujetaban con fuerza. Intentó gritar y pedir ayuda a la gente que pasaba, pero bastó una mirada dura del hombre más alto del grupo para que las personas pensarán mejor su intervención en un asunto ajeno a sus intereses.

—Es Richard Paxton —lo presentó Louis.

Bertrand se acercó a esposar al aterrorizado hombre para llevarlo a la agencia. Una vez en el despacho de Adam, lo sentaron y Jones se ubicó frente a él procediendo a quitarse lentamente la chaqueta y a arremangarse la camisa.

—¿Qué...? ¿Qué van a hacerme? —balbuceó Paxton embargado por el miedo. El hombretón lucía algo brutal, y su expresión de satisfacción no ayudaba a calmarle el ánimo al aprehendido. Adam se adelantó y se inclinó sobre él.

—Volvemos a vernos, Paxton. Y en las mismas circunstancias. Parece que no aprende. Bien, en esta oportunidad también queremos respuestas.

El pobre tipo se estremeció y Jones golpeó el puño en la palma de su mano.

—¿Fue usted quien planeó los ataques a la señorita Winston-Davies? —preguntó Bertrand.

—Yo... No sé de qué...

—Uh, mala respuesta, amigo —apuntó Louis con fingida simpatía—. Esto le va a doler.

Jones se acercó y le dio un puñetazo medido que lo sacudió. El hombre volvió a su posición con los ojos desorbitados y un hilillo de sangre en la boca.

—Establezcamos un punto de partida en nuestra charla —propuso Adam—. Sabemos que contrató a Knives Townsend y a McColl: ellos lo confesaron en esta misma silla, así que ahórrenos pérdidas de tiempo y responda a lo que se le pregunta clara y sencillamente.

—O si no... —intervino Louis aumentando el terror de Paxton que asintió de inmediato horrorizado por esa perversa mezcla de supuesta amabilidad y brutalidad animal que encarnaban los dos hombres.

—Entonces —retomó imperturbable Bertrand—, ¿fue usted?

—No.

—Pero sabe quién fue.

—No exactamente —comenzó Paxton y vio avanzar a Jones que cerraba un puño.

—Se le dijo responder clara y sencillamente, amigo —le recordó Louis negando como consternado por la actitud del hombre.

—¡No! ¡Esperen! Lo que quiero decir es que no sé su nombre ni quién es, pero les puedo decir dónde nos reuníamos: una taberna en Clare Hall Place, en Southwark. Entiendan, necesitaba dinero para vivir; desde que usted me descubrió, mi hermano me echó de casa y no pude recuperarme. No estoy acostumbrado a vivir así —lloriqueó bajando la cabeza.

—Conozco gente que debe dejar su posición de privilegio y busca trabajo —comentó Roy ácido.

—Yo nunca hice nada; no sé trabajar —se lamentó.

—¿Cuál era su papel en este asunto entonces? —preguntó Bertrand.

—El hombre me contrató para que les diera las notas a los sujetos y ayudara a armar las entregas.

—Describanos al hombre —le ordenó.

—Es de buena posición económica.

—Ya, eso es un poco amplio —acotó Louis con un resoplido—. Sea más específico o mi compañero lo tendrá que ayudar.

—No, no, por favor; el hombre es alto como usted —describió apuntando a Louis—; debe de tener unos cincuenta años, robusto, de cabello gris y ojos oscuros.

—¿Alguna marca o cicatriz?

—No recuerdo, no sé.

Jones avanzó y lo tomó por la solapa de la raída chaqueta dispuesto a asestarle un recordatorio.

—¡Piedad! ¡No! Yo, él... Me pareció ver que en la frente tenía una marca, no sé, corta, de color rojo oscuro. Hosco, huraño, habla poco y su voz tiene... No, es la forma en que habla... Muy lenta, como si tuviera algún problema para decir las palabras.

—¿Ve cómo puede colaborar cuando se lo propone? —le dijo Roy.

—¿Algo en su andar? ¿En la forma en que viste? —siguió Bertrand.

—No, nada que llame la atención.

—Bien, eso es todo por el momento —dictaminó Adam.

—¿Qué... qué van a hacer conmigo? —preguntó titubeante.

—¿Con usted? Pues algo se nos ocurrirá. Verá —señaló Adam con calma—, usted participó en un plan deliberado para asustar y lastimar a nuestra compañera y eso, me temo, no es un punto a su favor.

—Sí, es cierto —se sumó Louis pasando de amable a siniestro—. La acecharon, la asaltaron, le provocaron accidentes que pudieron ser fatales, se metieron en su casa y asustaron a su familia. Ts, ts, eso es algo que no nos gustó para nada.

—Y sobre todo —intervino Roy—, se ensañaron con una mujer que es mucho más valiente que cualquiera de ustedes, maricas, pero no deja de ser alguien más débil que, como hombres, debemos proteger.

Con cada palabra que oía, Paxton se encogía más y más en la silla. Veía en qué iba a dar a parar toda esa hostilidad y no le causaba particular tranquilidad saberlo.

—Súmele a eso —aportó Adam desde la esquina del escritorio donde se hallaba sentado balanceando indolentemente una pierna— que ella es una de nosotros en más de un sentido.

Aun en su miedo, el hombre se permitió una expresión interrogante que dio pie a Bertrand para responderle con tono acerado mientras se acercaba amenazante.

—Ella es mi mujer.

El hombre emitió una especie de aullido y cayó de rodillas en el piso sin poder quitar la vista del agente que lo agarraba por la ropa y lo ponía de pie. Bertrand soltó lo que quedaba del aterrorizada Paxton que fue atrapado al vuelo por Jones.

—Lléveselo. Ya sabe cómo proceder con él —dijo Adam.

—¿Y ahora? —preguntó Roy.

—No hemos avanzado mucho que digamos. Con esa descripción nada más, vamos a estar largo rato haciendo preguntas en Southwark —comentó Adam frotándose la nuca.

—¿No se te ocurre nada, Calvert? —quiso saber Louis.

—Hay algo que ronda mi cabeza, pero no sé, es vago; no puedo hallarle sentido... Nunca me había pasado esto.

—Estás demasiado involucrado, se entiende —lo tranquilizó Roy—. De todos modos, tenemos que hacer algo ya o terminaré por volverme loco. Oye, Adam, me ofrezco para dar una vuelta por Southwark.

—Está bien, ve con Jones. Nos encontraremos aquí a las cuatro.

* * *

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó el hombrecito a su interlocutor.

—Pues claro, yo mismo oí a sir Roger hablar con Baker.

—¿Los Winston-Davies, eh? Mm, interesante —manifestó con voz aguda—. El rastro de la señorita Randolph se pierde donde se inicia el de la dama, algo por demás sugerente ¡Y dices que los Essex están en casa de sir Joshua! Ahí está la conexión.

—¿Te sirve el dato?

—Es muy bueno. Toma, aquí tienes lo de la otra vez y un adelanto por esto; si confirmo lo que pienso, tendrás más.

—Excelente; ¿qué harás ahora? —preguntó el policía contando su dinero.

—Dar una vuelta por Kensington y vigilar un poco. Avísame si te enteras de algo más.

—Tranquilo —respondió mientras se guardaba su pago en el bolsillo del ajustado uniforme—, serás el primero en saberlo.

CAPÍTULO XXVIII

Desde su ubicación cerca de la chimenea, Fargg contemplaba cómo se deslizaban los copos de nieve por el lado externo del vidrio de la ventana para asentarse en el marco donde se acumulaban en un mullido colchón blanco. La nieve había comenzado a caer antes del almuerzo y ahora se densificaba más y más creando una cortina que impedía ver la calle.

Cerca de él, sentados en los sillones, estaban Primm y Oliver que jugaban cartas mientras la señorita Emily leía. Todo se veía tranquilo; la recorrida que habían hecho más temprano había corroborado que la situación estaba en orden.

En ese preciso instante, la paz de la que disfrutaba se quebró con el ruidoso ingreso de las primas de la señorita Emily que venían acompañadas por sus hermanos. Los agentes que estaban en los sillones se pusieron de pie, recogieron las cartas y fueron hasta donde estaba él. Desde allí observaron con tranquilidad tratando de hacer su presencia lo más invisible posible.

—Oh, Hope, ¿cómo te encuentras?

—¿Estás bien, prima? —preguntó Jonathan mirando de reojo a los agentes —. ¿Cómo va todo?

—Bien, no ha sucedido nada todavía.

—¡Ay, por favor! Espero que nada pase. Tengo pesadillas con eso.

—¿Cómo están los tíos?

—Papá y mamá están muy bien; te envían recuerdos. Ya sabes que a ellos no les gusta salir. Ay, Hope, casi lo olvidaba. ¿Sabes quién te envía saludos? No lo adivinarás... ¡El tío Edward!

—¿Sí? —preguntó reprimiendo un estremecimiento.

—Por supuesto. Yo no miento —apuntó digna la muchacha.

—Solo exageras cada vez que puedes —la provocó su hermana.

—¿Cómo está? —Emily atrajo su atención antes de que comenzaran una de sus discusiones.

—Muy bien, recuperado. El tiempo que pasó en ese sanatorio parece haberle hecho bien.

—Nos preguntó por ti, comentó que hacía mucho que no te veía y quiso saber si estabas en casa; quizás quiera pasar a verlas a ti y a tía Marion.

La tos seca de Borden los interrumpió.

—¿Desea que se sirva el té, señorita Hope?

—Sí, gracias, señor Borden.

Pronto todos estaban bebiendo y comiendo sándwiches excepto Emily que se dedicó a servir las infusiones mientras le daba vueltas a una idea que rondaba su cabeza. Después de un rato de conversación con sus primos, volvió a ponerse de pie y se acercó a los agentes para ofrecerles otra taza.

—¿Un poco más de té? ¿No desea tomar algo, señor Fargg? —El agente volvió a rechazar la oferta.

—No, gracias —respondieron Jack y Oliver con voces opacas.

Emily los miró y, acercándose a ellos, les dijo por lo bajo:

—Se me ha ocurrido una idea sobre el último anónimo.

Las expresiones abotargadas de los dos agentes y sus ojos desenfocados le llamaron la atención.

—Emily —susurró Jack apretando los ojos y entreabriéndolos en un intento de enfocarla—, cui... dado...

Con sorpresa, Fargg y ella fueron testigos de cómo se desplomaba el cuerpo. El agente no alcanzó a ayudar a Oliver que se tambaleó pesadamente y fue a dar junto a su compañero.

—¿Qué demonios? —maldijo Fargg mientras se daban vuelta y veían en los sillones a los jóvenes inconscientes.

Fargg tomó a Emily de la mano y, arrastrándola, la sacó de la sala en busca de sir Joshua.

—¡Padre! ¡Ayuda! —comenzó a gritar ella de inmediato. Al instante el caballero apareció en lo alto de la escalera. El ruido de golpes secos y duros seguidos de vidrios destrozados los alertó y mientras su padre bajaba las escaleras, vieron entrar por una ventana baja del frente a tres hombres con las bocas tapadas por pañuelos que se encaminaban en dirección de ellos.

—¡Atenta! —alcanzó a gritar Fargg.

En cuestión de segundos, el agente luchaba a puñetazo limpio con uno de los hombres y su padre saltaba con inusitada agilidad sobre otro mientras el tercero avanzaba hacia ella. Trató de respirar con tranquilidad y esperó. No podía huir porque la seguirían; al fin y al cabo venían por ella, por lo que se plantó decidida a hacerles la tarea tan difícil como pudiera.

Sir Joshua fue testigo desesperado de cómo uno de los hombres la amenazaba con un arma y un cuarto aparecía por detrás, la tomaba por la cintura y la levantaba para salir con ella por la puerta principal. Con ayuda de los empleados, que comenzaban a llegar atraídos por el escándalo de la pelea

y por la acción conjunta de los dos hombres, el tercer atacante fue reducido y vigilado por los sirvientes. Fargg y sir Joshua corrieron enloquecidos hacia la entrada, pero solo alcanzaron a ver el coche que se encaminaba a toda velocidad rumbo a Brompton.

A los gritos, sir Joshua pidió caballos, pero, para cuando tuvieron las monturas dispuestas, la nieve que seguía cayendo pesadamente había tapado el rastro del coche y no dejaba ver el camino.

Volvieron presas del desánimo. Fargg pidió otro caballo para ir a buscar a Baker a la agencia. “Lo único que espero es que la señorita resista hasta que la encontremos”.

* * *

—¡Vamos, Primm, maldita sea, despierta! —oyó Jack tras sentir un cachetazo.

Todavía embotado, sacudió la cabeza e intentó abrir los ojos.

—¡Está reaccionando! —Montrose gritó a su lado.

Jack trató de hablar, pero no pudo.

—¡Algo para que beba! ¡Pronto! —identificó la voz de Bertrand y, al segundo, tenía un vaso tocando sus labios. Bebió un sorbo del brandy que le habían servido e hizo un esfuerzo por abrir los ojos.

—¿Qué fue... lo que sucedió?

—Se llevaron a Emily, Primm, vamos, despierta, necesitamos tu ayuda —le reclamó tenso Montrose.

Después de unos segundos, Jack logró recuperarse lo suficiente para sentarse; se descubrió en el suelo junto a la chimenea con Oliver a su lado que recibía el mismo tratamiento. Con la ayuda de Jones y Montrose, fue levantado y ubicado en uno de los sillones. Varios criados ayudaban a los jóvenes que despertaban igualmente atontados y desconcertados. Detrás de los agentes, pudo distinguir la presencia de Bertrand con una expresión terrible en el rostro y a los padres de Emily. Sir Joshua abrazaba a su esposa; se lo veía golpeado, con la ropa rota y desacomodada.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—Tú eres quien debe decírnoslo —lo increpó Bertrand.

—Yo... Estábamos bebiendo té y de pronto me sentí mareado. Emily estaba con nosotros, me dijo que creía saber qué pasaba o algo así.

—Primm, concéntrate, ¿qué fue lo que te dijo exactamente?

—Que tenía una idea sobre lo que pasaba.

—¿Qué más?

—Solo eso.

Bertrand se separó y se pasó una mano por el cabello sin poder ocultar la desesperación. Sir Joshua le hizo gesto de que llevaría a su esposa a la sala contigua. Asintió y volvió a inclinarse sobre Jack.

—¿Qué estaba pasando en la sala en ese momento?

La voz apagada de Oliver los interrumpió.

—Ella hablaba con sus primos. —Bertrand se echó encima del joven agente—. Le decían que los padres y un tío le enviaban saludos.

El joven hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Sigue, Oliver, vamos —lo apuró Louis.

—Hablaron del tío, ella parecía extrañada, insistió en saber si él le enviaba saludos.

—Eso no nos ayuda mucho —dijo Jones.

—¿Me pueden decir qué pasó? —preguntó Jack más despierto—. ¿Dónde está Fargg?

—Fue a buscar a Baker. A ustedes y a los primos los drogaron, luego atacaron a Fargg y a Emily. Eran hombres con el rostro cubierto. Sir Joshua escuchó los gritos y bajó para encontrarse a los tipos que peleaban con Fargg. Intentó detener a uno y, aunque Emily se defendió, otro se la llevó en un coche. Trataron de seguirlos, pero la nieve impide hallar cualquier rastro —le contó Louis en pocas palabras.

Jack y Oliver miraron a Bertrand que parecía a punto de estallar.

—Si ustedes están acá es porque vinieron a reemplazarnos —señaló Oliver mirando a Primm.

—Entonces son las seis —apuntó Jack—. El ataque debió ser a las cuatro y media.

Las miradas de temor que intercambiaron los agentes daban a entender que cualquiera que fuera el secuestrador ya había tenido tiempo suficiente para matar a Emily.

Bertrand retrocedió dos pasos; con expresión descompuesta exclamó: “¡No!” y se dejó caer en un sillón, hundiendo la cara entre las manos.

—No, no me resigno a eso. Quizás Emily esté viva en algún lugar y lo que, sin duda, no necesita es que nos dejemos vencer. Vamos, Calvert, concéntrate, precisa tu ayuda. Ustedes piensan como uno, ¿recuerdas?

—No se me ocurre nada. —Levantó la cabeza y dejó ver las lágrimas que aún le corrían por el rostro—. Si supiera más de ella...

—¿Qué quieres saber? —preguntó Louis tratando de quitarse esa horrible sensación de pérdida que tenía cuando pensaba que Emily podía estar muerta—. Quizás yo lo sepa. Ella me contó un poco de su vida para explicarme la discusión con su padre y la salida de su casa.

—¿Te contó de algo que le hubiera pasado como resultado de su intervención?

Louis se quedó pensativo un rato.

—Sí, justamente la razón de que su padre la echara fue que ella usó su habilidad con alguien de la familia. Me acuerdo que dijo que había descubierto que uno de sus parientes engañaba a su esposo o esposa.

—¿Y? —preguntó Jack.

—No sé, es lo único que recuerdo.

Bertrand se puso de pie de golpe.

—Debo hablar ya mismo con sir Joshua.

Sin siquiera llamar a la puerta, los agentes entraron en el despacho privado del dueño de casa que, en ese momento, acompañaba a su esposa a la que el doctor acababa de darle láudano.

—Sir Joshua —llamó Bertrand con urgencia en la voz—, necesito hablar con usted.

El hombre que los miró con expresión derrotada sorprendió a los agentes. El médico ya le había curado las heridas y se había cambiado, pero su aire era el de alguien entregado al que no había nada que pudieran hacer para ponerlo en pie: todo orgullo y toda soberbia desvanecidos.

—¿Qué sucede?

—Necesito información sobre un asunto familiar en el que intervino Emily antes de conocernos.

Sir Joshua enfocó sus ojos de mirada apagada en los tristes ojos oscuros en los que vio brillar una desesperación controlada a duras penas. El sollozo pleno de angustia de Marion Winston-Davies sacudió a los hombres.

—Por favor, debemos tener respuestas para saber si la idea de Calvert es correcta —intervino Louis—. Emily dijo que creía saber quién era la persona detrás de todo antes de que se la llevaran.

—¿Creen que todavía vive? —Marion hizo la pregunta que ni ellos mismos podían contestarse.

—Eso es lo que me mantiene todavía en este mundo —le respondió con seria convicción Bertrand; ella asintió.

—El matrimonio de mi prima Lucianne y Edward Holmberg pasaba por momentos difíciles, y él estaba algo distanciado de ella —comenzó a explicar Marion apagadamente—. Lucianne pensó, bastante tontamente, que podría provocarle celos para llamar su atención de nuevo. Decidió flirtear con un amigo de su esposo, segura de que los rumores le llegarían a Edward y, después de una discusión, todo se aclararía y seguirían felices como al principio, pero el hombre que eligió no tenía buena reputación ni correctas intenciones y decidió tomar lo que ella decía ofrecerle. Lucianne quedó atrapada en una relación perversa en la que el amigo de Edward la utilizaba para su gusto. Pronto mi prima comenzó a mostrar signos inequívocos de fragilidad mental por la culpa y el temor. Mi cuñada, esposa de mi hermano Thomas, comenzó a sospechar de ella y decidió averiguar qué estaba pasando. Involucró a Hope en su morbosa obsesión por desenmascarar a Lucianne diciéndole que quería ayudarla y que solo cuando ella contara lo que la atormentaba, podría comenzar a recuperarse. Hope le creyó y una noche después de la cena, mi cuñada nos reunió en la sala de su casa.

Estábamos nosotros, ella con Thomas y Lucianne con Edward. Empezó a hacer algunas preguntas capciosas para que Hope la observara. Mi hija pronto estuvo señalando punto por punto todas las incorrecciones en que Lucianne había incurrido. Edward estaba devastado. Dejó a Lucianne allí con nosotros en un estado de culpa y remordimiento que la llevó una semana después a suicidarse arrojándose al Támesis. Descubrieron su cuerpo a causa de las mareas cruzadas que lo acercaron a un puente... El Lambeth, creo.

Bertrand respetó unos segundos la pausa que Marion había hecho y luego le preguntó:

—¿Qué pasó con el esposo?

—Reapareció tres semanas más tarde y, cuando supo lo sucedido, tuvo una crisis. Debió ser internado. Solo después de una larga estadía, pudo recuperarse. En cuanto a Hope, se recluyó en la casa, agobiada por la responsabilidad de su participación que, aunque inocente, desencadenó una tragedia.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—¿Qué es de la vida actual del señor Holmberg? —quiso saber Bertrand.

—¿De él? —dudó Marion y se volvió a su esposo—. ¿Joshua?

—Se dedica a la exportación de paños de calidad para los mercados incipientes de América.

—¿Cuál es su relación con Emily?

—No creo que se hayan vuelto a ver desde esa noche horrible —señaló Marion.

—¿Dónde tiene sus almacenes el señor Holmberg? —inquirió Bertrand para tratar de controlar la excitación que le provocaba la idea que tomaba forma en su mente.

—Tiene dos barracas que dan al río, muy cerca de los Surrey Docks, sobre la calle Rotherhithe.

Los cuatro se pusieron de pie excitados por haber conseguido una razón para seguir la búsqueda.

—¿Dónde vive?

—Aquí cerca, en la calle Pont, en Belgravia. ¿Tiene alguna idea de dónde puede estar Hope? —preguntó sir Joshua esperanzado.

—Es solo una posibilidad. La verificaremos.

—Manténgame informado, por favor —les rogó con un nudo en la garganta.

Antes de que salieran, Marion retuvo la mano de Bertrand. Su mirada acongojada se enfocó en él.

—Por favor, tráigala de vuelta.

—Ese es mi mayor deseo, señora —le respondió apretando la mano temblorosa y salió detrás de sus compañeros.

En la puerta de entrada, los agentes miraron a Bertrand listos para sus instrucciones.

—“La marea no ocultó tu obra de iniquidad...” ¿recuerdan eso? Aquí está la conexión con Holmberg, la forma en que pudo ser encontrado el cuerpo de su esposa por las mareas cruzadas del río. Jones, tú y Oliver esperen a Baker y cuéntenle lo que nos dijeron. Primm, Montrose y yo iremos hasta la casa de Holmberg para ver si lo encontramos. Si no reciben una nota nuestra, en caso de que no esté allí, iremos directamente a la calle Rotherhithe.

—De acuerdo. Los veremos allí.

* * *

Tal y como se había figurado, había una conexión entre la señorita Randolph y la señorita Winston-Davies. Abe Dolman estaba exultante con el descubrimiento y se veía escribiendo el artículo glorioso que contaría las aventuras de la joven dama noble y aventurera, devenida agente Essex, que no solo aumentaría la circulación del periódico, sino también su fama como periodista. Pronto podría elegir qué y dónde escribir. Pero había un pequeño contratiempo en su propósito: la señorita Winston-Davies estaba siendo secuestrada en ese momento, llevada por un hombre de aspecto dudoso y entrada a la fuerza en un coche. La nieve que caía no dejaba ver demasiado los particulares del secuestro por lo que Dolman decidió acercarse al vehículo. En consideración de que la fuente de su futura fama estaba en peligro, tomó la determinación de no dejarla ir y, como un sabueso, se prendió a su presa con los dientes; bueno, en ese caso con las manos, agarrándose de la parte trasera del coche y acurrucándose en el pequeño espacio del equipaje.

Así viajó, incómodo y azotado por el viento y la nieve, por lo que le pareció un interminable recorrido de calles, avenidas y puentes. Después de una eternidad, el coche fue reduciendo el paso hasta detenerse. Dolman se dejó caer como un fardo al suelo, gateando torpemente hacia el primer lugar que le pareció un escondite: unos toneles apilados a corta distancia del coche, bajo un alero; desde allí pudo ver que el cochero y el hombre bajaban a la dama, inconsciente. El raptor se la cargó al hombro y entró en una barraca. En la puerta del lugar, los esperaba un hombre envuelto en un costoso abrigo de pieles que detuvo al que cargaba a la joven y, tras tomar una lámpara de la mano del cochero, la acercó al rostro de la mujer desmayada. La sonrisa torcida que mostró sacudió a Dolman que comenzó a entender la situación:

no la habían secuestrado para pedir rescate. “Mi Dios”, pensó, “esto va a ser más malo de lo que creí; cuando se enteren los de Essex va a haber una confrontación histórica pero, un momento, ¿cómo van a saberlo?”

Dolman dudó: si se alejaba, perdía el rastro de la joven, pero, si se quedaba allí fuera no podría hacer nada, ni siquiera se veía un alma en esa calle que lo pudiera ayudar. Se alejó agachado hasta unos toneles un poco más allá de las cajas y luego gateó junto a la pared, en la nieve, hasta la esquina. Estaba en la calle Clarence y pudo ver con dificultad el río frente a él. Cruzó la calle con cuidado de que no lo vieran desde la barraca y leyó a duras penas el cartel medio tapado por la nieve: “Ro... ithe”. “¿Ro... ithe?”, dudó y de pronto exclamó “¡Rotherhithe!”. Se encontraba a un paso de los Surrey Docks. “¡Muy bien hecho, Abe!”, se congratuló.

Continuó hasta la Swan Lane y, desde la esquina, divisó una luz que luchaba por hacerse ver en la cortina de nieve que caía sobre la ciudad. Con pasos torpes, llegó hasta la puerta del Hotel Norfolk y entró. Si quería continuar su tarea, primero tenía que tomar algo que le diera fuerzas.

CAPÍTULO XXIX

El cuerpo tendido de lado sobre el suelo de madera se removi6 inquieto y se sacudi6. Con un grito fuerte, Emily despert6 y se encontr6 mirando por entre los ojos abiertos la oscuridad que la circundaba. Se llev6 una mano a la boca y se la mordi6 apenas para evitar gritar de nuevo. Sentía los escalofríos que la recorrían como corrientes intermitentes de electricidad y la conciencia del frío absoluto que la invadía. Mientras trataba de calmarse, tom6 conciencia de la banda de metal en una de sus muñecas y con la mano libre la toc6, rodeándola hasta sentir el eslab6n que la unía a una cadena. Se enderez6 torpemente, se liber6 con dificultad de la tela de su falda. Arrodillada, con los temblores que le provocaba el frío del lugar y las náuseas causadas por el miedo, tante6 la cadena que ascendía hacia el techo con manos heladas. Sostenida en ella, se puso de pie y observ6 que daba la vuelta a lo que parecía ser una viga.

Parada y sin atreverse a dar ni un paso, esper6 a que su vista se acostumbrara un poco a la negrura. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Durante el viaje, los bandazos del vehículo la habían hecho caer varias veces y, en la última caída, recordaba haberse golpeado la cabeza contra la puerta y haberse desmayado.

Solt6 la cadena y se dej6 caer otra vez en el suelo, llorando nerviosamente. ¿Por qué cada vez que las cosas parecían ordenarse, algo sucedía para separarla de Bertrand?

Poco a poco, algo más acostumbrada, comenz6 a distinguir unos bultos a su alrededor. Parecían objetos sólidos y grandes; gateando, se aproxim6 al más cercano para tanteearlo e identific6 una caja de grandes dimensiones.

Reconoció varias más apiladas, todas cerradas. Durante unos minutos fue en distintas direcciones para volver siempre al centro del que había partido, así tuvo una idea aproximada del lugar en que se hallaba; parecía ser una barraca o un depósito de grandes dimensiones. Aguzando el oído, creyó reconocer el ruido del agua. ¿Dónde estaba? Depósitos, cajas, agua... ¿Sería acaso algún lugar junto al Támesis?

Vio un atisbo de luz por una hendidura en la distancia que decidió que era una ventana. Intentó tirar de la cadena para acercarse, pero le fue imposible. Se apoyó derrotada contra una de las pilas; ya no toleraba más el frío que le atravesaba el cuerpo con cuchillos de hielo. No sentía las manos y, aunque su vestido era de gruesa lana, no era el atuendo apropiado para ese lugar en ese momento.

Con un ataque de llanto, se dejó caer de rodillas y se quedó sintiéndose profundamente miserable y sola, a punto de cumplir con el destino de su último anónimo. De la conversación con sus primos había llegado a creer que en lo que le sucedía podía estar involucrado su tío Edward y no había podido dejar de sentir un terror profundo recordando aquella noche en casa de su tía Jane: la mirada de pavor de tía Lucianne ante cada hecho que ella señalaba y que la hacía parecer una presa acorralada; el desconcierto y la furia del tío Edward; las miradas horrorizadas de sus padres y sus tíos al oír la desmenuzarse paso a paso las falsedades en las palabras y los gestos de la pobre mujer. Otra remezón de llanto la invadió y se mezcló con los retortijones en el vientre causados por el frío y el miedo, lo que terminó por dejarla agotada. Había querido disculparse con su tía y con su esposo, explicarles que tía Jane le había pedido que interviniese para ayudarla, pero ella misma sabía que lo que había hecho por estupidez no le sería comprendido ni perdonado.

Luego había sucedido el trágico suicidio de su tía durante una de sus depresiones, ahogada en el Támesis. Habían tardado días en encontrarla: las dos mareas del río habían llevado el cuerpo bajo el puente y el barro removido lo había ocultado de la policía. “La marea no ocultó tu obra de iniquidad, expiarás tu pecado en el fuego del infierno”, recordó en ese momento como lo había hecho esa tarde al asociar el extraño interés de su tío

en ella después de tanto tiempo con las palabras de la nota y los extraños incidentes. Y para que no quedara duda de la asociación, minuto a minuto el movimiento de las aguas se hacía más y más audible como si fuera la perfecta música de fondo.

La puerta se abrió de golpe y una luz cegadora inundó el lugar. Por entre los dedos, vio las figuras borrosas en el umbral de la puerta.

—Le dije que no podía soltarse. —Era el hombre del coche.

—Está bien, vete y prepara todo. —Emily supo al instante de quién se trataba.

Edward Holmberg esperó a que su secuaz se fuera, entró en el cuarto y entornó la hoja. Levantó la lámpara para verla mejor; Emily pudo distinguir con claridad el rictus de desprecio y crueldad en la boca masculina y la expresión de victoria en los ojos—. Por fin, llegó el momento que esperé estos años.

—Tío, por favor, escúcheme.

—¡Silencio! —gritó fuera de sí—. Maldita bruja, no importa lo que digas, no escaparás de tu destino.

—Se lo ruego —imploró Emily—; tan solo déjeme decirle...

—No, no te permitiré que niegues lo que hiciste.

—No pretendo negar mi intervención, no podría —le dijo con voz controlada con esfuerzo—. Solo quiero que sepa que, cuando tía Jane me pidió que lo hiciera, solo me dijo que sería por el bien de...

—¿Por el bien de mi Lucianne?! Cómo te atreves a decir semejante estupidez, maldita poseída, ¡tú y tu brujería terminaron con la vida de mi amada esposa! —volvió a gritar desaforado.

—Tío Edward, no niego mi responsabilidad, pero quiero que entienda que fue sin intención de causar daño, no entendía lo que pasaba, no sabía que tía Lucianne estaba enferma.

—¡Basta! No me interesa nada de lo que digas. Tú y tus hechicerías, “tus actos de circo”, como los llamó tu propio padre, terminan acá. Morirás como corresponde a una bruja maldita como tú, ¡quemada!

—¡Tío, no! —gritó desesperada a la espalda del hombre antes de quedar nuevamente en la oscuridad—. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Cayó al suelo y doblándose, escondió la cara entre las manos. No tenía lágrimas para llorar y solo le quedaba el anatema de seguir preguntándose si ella había sido en realidad la responsable de la muerte de Lucianne y, por lo tanto, debía pagarlo.

* * *

Ahora que la nieve había cesado de caer, el coche que traía a Adam y a los agentes se abrió paso a un ritmo un poco más rápido por la calle Albion. Al llegar a Swan, hizo detener el vehículo, le pagó el viaje al cochero y le pidió que los esperase. Los agentes descendieron y avanzaron apenas unos pasos por Swan mientras esperaban las órdenes de su jefe. Adam se les sumó y comenzaba a instruirlos sobre cómo se dividirían para barrer la calle Rotherhithe cuando una voz aguda atrajo su atención.

Vio venir hacia ellos a un hombrecito de corta estatura, sombrero hongo calado hasta las cejas, enfundado en un viejo sobretodo que había pertenecido a alguien mucho más alto porque lo arrastraba por la nieve.

—¡Baker! ¡Baker!

Dolman llegó hasta el grupo y se detuvo sosteniéndose de Jones.

—Sabía que vendría a buscarla.

No pudo decir nada más porque sintió que los hombres se abalanzaban sobre él y lo empujaban contra una pared. Con gesto de terror, los detuvo con una mano en alto.

—¡Esperen! Sé dónde está la Randolph. Vengan conmigo, ¡rápido! —los exhortó a seguirlo y, luego de escurrírseles, se echó a correr hacia Rotherhithe. Al llegar a la esquina, se dio de lleno contra unas personas que avanzaban al trote y quedó desparramado en el suelo mientras los que chocaron se esforzaban por mantenerse en pie.

—¡Qué demonios! —exclamó Jack intentando sostenerse de Louis.

Jones echó una mano al hombrecito caído y lo paró.

—Este dice que sabe dónde está la señorita Emily.

—¿Dolman? —preguntó Bertrand identificando al periodista.

—Sí, allí, ¡vamos! —se apresuró a decir después de darse cuenta de que quien lo había reconocido era el agente con el que la Randolph tenía una relación.

—¿Qué les pasó? —inquirió Adam al ver que los agentes venían a pie.

—Nos bajamos en la calle Princess y venimos buscando las barracas —explicó Louis jadeando.

Atraídos por una oleada de aire tibio que los envolvió en mitad de la noche invernal, todos se detuvieron en seco. Voltearon en dirección del inesperado calor y pudieron ver desde donde estaban, a media calle de Clarence, lenguas de fuego saliendo de la planta baja de un gran barracón de madera que daba al río. Bertrand soltó un grito herido y se echó a correr desesperado mientras

Louis imprecaba sonoramente y lo seguía poniéndose a la par. Vieron a través del humo y las llamaradas que salían por la puerta a unos hombres que corrían hacia los Docks Surrey. Adam se hizo cargo de la situación y con voz estentórea ordenó:

—Primm, Roy, con Calvert y Montrose; los demás, ¡tras ellos!

Antes de que comenzaran a rodear a prudente distancia la entrada de la barraca para ver cómo entrar, Roy les mostró una pequeña puerta. Se juntaron frente a la entrada de madera y hierro cerrada con candado. Bertrand se soltó el abrigo y tomó del interior de la chaqueta su equipo. Las manos le temblaban y el estuche se cayó; al segundo, Louis se lo alcanzaba y Jack le decía: “Tranquilo, tú puedes, cálmate”.

El candado no ofreció genuina resistencia y, en cuestión de segundos, los cuatro estaban adentro en un lateral del amplio barracón que ardía como una fogata de las que cada 5 de noviembre recordaban a Guy Fawkes y su intento de quemar el Parlamento de Londres. Desde donde se hallaban, gritaron el nombre de Emily hasta quedar sin voz. Intentaron avanzar y revisar el lugar, pero debieron replegarse hacia un lado donde se veía una escalera precaria de madera que subía al primer piso.

—No puede verse nada aquí abajo; ya está todo en llamas —señaló a los gritos Louis, entre toses y ahogos, mientras observaban cómo en un instante el fuego los rodeaba y les cerraba el paso hacia la salida.

El rostro desesperado de Bertrand miraba la dantesca escena; a su mente solo podía acudir el recuerdo de las palabras del anónimo. El corazón se le estrujó en el pecho. Sintió la mano de Jack que tiraba de su brazo y a sus compañeros que lo observaban con expresiones acongojadas, tosiendo, las caras tiznadas pero determinadas.

—Solo nos queda un camino —apuntó hacia arriba mientras sacaba un pañuelo y se lo ponía en la boca imitado por los hombres. Comenzaron a trepar la escalera; al llegar a la planta superior, el fuego empezaba a devorar

los primeros escalones y ascendía vorazmente tras ellos.

Se encontraron frente a dos puertas: Bertrand envió a Louis y a Roy a la de la izquierda; Jack y él entraron por la de la derecha. Gracias a la luz que el descomunal incendio proveía, pudieron distinguir que el cuarto estaba lleno de cajas de madera apiladas que formaban paredes. Comenzaron a gritar el nombre de Emily y a recorrer los pasillos que formaban las cajas. Oyeron pasos. Roy entró al cuarto con Louis que cerró tras de él la puerta trabándola y sumiendo el espacio en la semioscuridad.

—El fuego está aquí, comenzó a arder el otro cuarto —explicó a media voz a causa del ardor en su garganta—. No tardará en llegar.

—No estaba allí —aseguró Roy desesperado y luego gritó tenso—. ¡¿Dónde demonios está?!

Entre el ruido del crepitar de las llamas que devoraba todo a su paso, la caída de cosas y los estallidos de los vidrios de la planta baja apenas si podían escucharse entre ellos. Por eso los sorprendió oír unos golpes insistentes y ver caer, a poca distancia de donde estaban, dos cajas que se estrellaron contra el piso desparramando el contenido. De inmediato fueron rodeando el laberinto de cajas y llegaron a un pequeño claro en el centro de la habitación donde vieron una silueta difuminada en la penumbra.

—¿Bertrand? —Oyeron la voz y se arrojaron como uno solo hacia la mujer—. ¿Louis, eres tú? ¡Jack! ¡Señor Balling! ¡Oh, por Dios, están aquí!

Los hombres la tomaron por los hombros, por la mano, atraparon la falda de su vestido mientras ella no podía dejar de temblar como una azogada repitiendo sus nombres.

—Roy, aquí no se ve nada —dijo de pronto Bertrand—, intenta abrir esas ventanas de madera. Jack, prueba con aquellas. Ven, Emily, vamos.

—No puedo, estoy encadenada.

Louis no tardó en palpar brazos y manos hasta encontrar la banda de hierro que rodeaba la muñeca.

—La mano derecha tiene una cadena que va hacia arriba —le señaló a Bertrand.

Una de las ventanas de madera cedió a los embates de Jack y algo de la débil luz exterior les permitió ver. Jack fue hasta Roy y lo ayudó con la otra hoja. Los cuatro hombres se acercaron y observaron nerviosos los eslabones de metal. Con los ojos entrecerrados, siguieron con la vista el recorrido del otro lado y pronto Louis llamaba a Bertrand.

—Trae tu equipo, Calvert.

Mientras tanto, Roy rodeaba con sus brazos a Emily para darle calor.

—Apúrense, ya está entrando el humo, el piso se calienta y pronto las llamas nos visitarán —les advirtió Jack mirando con resquemor la puerta que se oscurecía progresivamente y comenzaba a dejar pasar débiles puntas de fuego y humo.

La cadena se soltó y se deslizó hasta caer junto a ella. Al instante, Bertrand la pasaba por la argolla de la muñequera metálica y la dejaba caer; luego, llevándola hasta la ventana, revisó la banda: pudo detectar la unión que hizo saltar a fuerza de desesperación.

—Ya está aquí —Roy anunció la primera gran llamarada que mordió la puerta reduciéndola a carbón en cuestión de segundos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Louis mirando a todos lados. Como si un solo pensamiento los coordinase, los hombres miraron hacia las aberturas.

—No hay otra forma —aseveró Bertrand.

—No —gimió Roy—. No sé nadar.

—Aprenderás hoy —apuntó seco Jack y se asomó para ver hacia abajo—. El salto no será muy largo, pero hay que tener cuidado, abajo a la izquierda están las escaleras de Hannover.

—Emily, ¿sabes nadar? —preguntó Bertrand.

Ella asintió varias veces. Los restos de la puerta estallaron en pedazos con la fuerza del fuego que la empujaba y los cinco debieron agacharse para evitar que las astillas y las brasas los impactaran. Se pusieron de pie más cerca de las aberturas; Jack miró a Emily y negó con la cabeza.

—Calvert, tenemos un problema; ella no puede nadar así —hizo un gesto que la abarcaba por completo—. La falda no le dejarán mover las piernas, el agua tirará de ella hacia el fondo y se hundirá.

Emily temblaba ante la sola idea de saltar al Támesis y poco le preocupaba su atuendo, pero tuvo que aceptar que para los hombres ameritaba mucha y muy profunda consideración.

—Saquen las navajas —dijo con tono seco Bertrand y la expresión determinada de los hombres cuchillo en mano le extrajo a Emily un grito de pavor.

—¿Qué?! No ¡¡No!! —alcanzó a protestar antes de que ellos se pusieran a cortar su ropa. Louis se puso detrás de ella y cortó cada lazo, ojal y cinta que encontró mientras le sujetaba los brazos. Jack y Roy se dedicaron a atacar con perfecta sincronía la falda desde la cintura y Bertrand se ensañó con el cuello y el frente del vestido. Apenas segundos después, Emily estaba en camisa y crinolina con Bertrand y Louis destrozando la última con cortes urgentes y precisos. Jack se había ocupado de cada una de las sayas con un “déjenmelo a mí” y Roy las había ido echando a un lado a medida que él se las entregaba. Emily comenzó a tiritar de frío y a cubrirse espantada cada parte del cuerpo que iba quedando al desnudo hasta que solo tuvo puesta la camisola a la cadera y los pantalones interiores cerrados en los tobillos. Los hombres la miraron una fracción de segundo y guardaron las navajas.

—¿Mejor? —preguntó Bertrand a Jack que asintió—. Abrigos y sacos afuera.

Se quitaron los abrigos y las chaquetas —de la que Bertrand extrajo su estuche para ponerlo a seguro en la cintura de su pantalón—, sombreros y gorra, se descalzaron y se asomaron por las ventanas arrastrando con ellos a Emily en un claro estado de terror. Bertrand se inclinó y le quitó los zapatos.

—Primm y Montrose, con Roy. Emily, tú conmigo —instruyó y se dividieron cada uno en una abertura. Detrás de Jack, Roy se aupó y pasó una pierna quedando a horcajadas en el marco. Emily exhaló con fuerza y se apuró a hacer lo que Bertrand le decía al sentir en la espalda el calor del fuego que avanzaba.

—¿Ves esa saliente? —le preguntó Bertrand apuntando a una de las tres vigas anchas y gruesas a corta distancia que avanzaban perpendiculares sobre el río—. Vamos a ir por ahí y luego a saltar, ¿entiendes?

Ella asintió sin poder ocultar su espanto. Miró apenas al costado y vio a Jack balancearse sobre la viga con los brazos abiertos a los costados para no caer. Detrás, como un equilibrista ebrio, iba Roy con expresión de pavor; a él lo seguía Louis concentrado en no dar un paso en falso mientras sostenía a su compañero con una mano en su espalda y el otro brazo levantado.

Bertrand se paró en el madero. Emily lo siguió; experimentó de pronto el frío intenso de la noche y el viento helado que mecía y elevaba sus largos cabellos sueltos a su alrededor. Al menos no nevaba.

—Haz lo que yo hago —la instruyó tenso.

—No veo.

Sintió una mano que tanteaba delante de ella hasta sujetarla por la tela de la camisola. Fueron avanzando casi de costado, paso a paso, unos veinte metros hasta la punta que daba sobre el río.

—Voy a saltar —le avisó Bertrand—. Cuenta hasta cinco y ve detrás de mí.

Lo vio pararse erguido y luego de escudriñar las aguas oscuras más abajo que recibían los reflejos de los faroles de las calles y de los barcos de los muelles cercanos, se inclinó y se echó hacia adelante. Jack acababa de hacer lo mismo y pronto se oyeron las entradas de los cuerpos en el agua. Alcanzó a distinguir la cabeza de los hombres que asomaban y respiró aliviada.

—Vamos, Roy, te espero aquí —gritó Jack.

—Emily, ¡salta! —ordenó Bertrand.

Apenas giró la cabeza hacia Louis justo cuando empujaba a Balling con un: “¡Allí te va, Primm!”. Luego volteó hacia ella y se miraron.

—¿Todo bien, Emily? —le preguntó enderezándose y volviendo a encorvarse buscando el equilibrio sobre la viga.

—Sí, algo así.

—No te preocupes, saldremos de esta.

Las voraces llamaradas que asomaban por las ventanas detrás de ellos iluminaban ahora el agua y los rostros tensos de Bertrand y Jack, que sujetaba a Roy por el cuello; tenían los ojos clavados en ellos y en las lenguas ígneas que salían por las aberturas siguiendo desesperados el avance del fuego sobre las maderas.

—No hay más tiempo —se desesperó Bertrand—. ¡Emily, por Dios, salta!

—¡Montrose! ¡¿Qué crees que haces?! —lo increpó Jack desde el agua viendo cómo el fuego comenzaba a comer las vigas sobre las que estaban parados y pronto alcanzaría a la pareja.

—Emily —la llamó Louis y le sonrió para relajar el horror en el rostro femenino—. ¿Lista?

—Francamente...

La carcajada tensa de Louis puso aún más nerviosos a los hombres más abajo.

—Vamos a demostrarles como saltan los que saben. A la cuenta de tres...

Los dos se posicionaron en el extremo de la viga y se irguieron torpemente.

—¿Con giro y vuelta o sencillo? —se animó a bromear Emily sin poder disimular el miedo.

—Dejémoslo simple por esta vez —contestó Louis, serio de pronto—. Uno —los dos se inclinaron sujetándose del borde de la madera con los dedos de los pies—, dos —estiraron los brazos con un movimiento preciso— y ¡tres!

La caída fue pareja y la zambullida perfecta. En cuestión de un momento, las cabezas aparecieron en la superficie del río. Emily se encontró sujeta por la mano fuerte de Bertrand que la arrastraba con él. El impacto de la temperatura helada del agua después del calor de las llamas fue un choque duro para la joven que sintió como la atravesaban diminutas y afiladas agujas de hielo por el cuerpo. Pronto se hallaba nadando al lado de Bertrand y uniéndose a Jack y a Louis que llevaban a un despavorido Roy boca arriba hacia las escaleras de Church, pasando por el túnel del Támesis, mientras esquivaban barcas de carga estacionadas.

A medida que avanzaban hacia los escalones de Church después de rodear la torreta del túnel, observaron luces y a un grupo de personas que se hallaban reunidas en el borde escrutando las aguas. Había antorchas y lámparas y resultó fácil distinguir a Adam Baker, a los agentes y a algunos policías con Cotter a la cabeza. Fue el primero que se acercó al borde cuando uno de sus

hombres avisó su presencia. Bertrand palpó el borde de los escalones y tiró de ella para que se apoyara. La sostuvo mientras trastabillaba y se resbalaba en el limo que los recubría y, luego que sintió que la levantaban, se ocupó de ver hacia atrás y ayudar a los otros a subir a Roy. Cuando los tres pudieron por fin tocar suelo firme, sus compañeros se abalanzaron sobre ellos para cubrirlos con mantas. Bertrand se irguió, desembarazándose de los brazos ansiosos, y con pasos torpes y vacilantes, avanzó buscando a Emily. Louis y Jack lo siguieron. La encontraron rodeada por Cotter y los policías que la envolvían en mantas, la frotaban y le ofrecían brandy para que recuperase el calor. Los oyó decir en voz baja “está helada, descalza y tiene los labios azules” y le bastó eso para empezar a apartar hombres y tratar de llegar a ella.

—Es... estoy bien... gra... gracias, ins-ins-pec-tor... , se-señores... — tartamudeó sacudida no solo por el frío, sino por las friegas vigorosas que recibía del sargento Moore.

—Emily —la llamó Bertrand—. ¿Estás...?

—Me... me... mejor, Bert... offff —fue todo lo que pudo decir exhalando con fuerza, sacudida por el dedicado secado de que era objeto.

—Está bien —dijo él tan firme como los temblores se lo permitían—. Yo me ocupo.

Abrió las mantas que le habían dado a Emily y se metió en ellas. Los dos se quedaron abrazados, tiritando. Pronto el brandy empezó a circular.

—Emily, ¿está usted bien? —Se escuchó la voz de Adam y el rostro preocupado se acercó a ella—. Por un momento creí...

—S-sí... yo tam-también... se-señor... B-ba-ker —le respondió con un intento de sonrisa y la mano extendida para tomar la de él.

Adam aceptó la mano helada que le tendía y se dedicó a darle calor mientras se iba organizando la vuelta. Le alcanzó un poco de brandy y esperó a que lo tomara.

—¿Qué p-pasó... con... los que huían? —pudo preguntar Bertrand sin dejar de temblar. Emily le pasó el jarro de brandy que vació de un trago.

—Los alcanzamos en Kingburn y los detuvimos. Mientras los perseguíamos, Dolman se ocupó de buscar a la policía y de avisar a sir Joshua. Apresarán a Holmberg de un momento a otro.

—Quién hu-hu-biera... di-cho... que el t-tipo... ese... nos iba... a terminar de ser... de gran ayu-ayuda —tartamudeó Jack estornudando con fuerza, coreado por el resto de los nadadores lo que ameritó una nueva ronda.

—¿Có-co-como está... el señor Ba-Balling? —quiso saber Emily apretada con fuerza a Bertrand, su mano en la de Adam y los ojos asomando por entre las mantas, enfocados en Jack y Louis.

—Lo dejé con Jones. Cuando salga de la conmoción, veremos. Jamás creí ver a Roy flotando en el río por voluntad propia —acotó burlón Adam.

—Ni tan-t-to..., Ba-ker..., tu-tu-ve que empu-jarlo —señaló Louis limpiando gotas de su nariz.

—Solo así —comentó riéndose secamente Adam.

—Me gustaría saber qué fue todo eso del salto. —Se oyó la voz admonitoria y fuerte de Jones aproximándose con Oliver y Fargg que se acercaban con un apagado Roy envuelto en mantas, los rostros sudorosos y manchados como exacta contraparte de las caras húmedas y pálidas de los nadadores.

—S-sí, nos-nos gusta-ría s-saberlo —apoyó Bertrand transmitiéndoles a Louis y a Emily la fuerza de su irritación.

—Em... estaba nerviosa —explicó Louis de corrido, alerta ante el enojo de su compañero.

—Te-tenía miedo; Lou-louis me ayudó —lo apoyó y soportó estoica un apretón con finalidad correctiva.

—Bueno, aquí están los coches para llevarnos a la agencia. Ya hablé con Cotter y nos permitirá que se recompongan primero; mañana hablarán con ustedes.

—Así es, esperaremos hasta que la señorita Winston-Davies se encuentre mejor, ¿le parece? —ofreció Cotter a Emily que le sonrió y se apresuró a agradecer el gesto. Tras aflojar un poco el abrazo, ella y Bertrand iniciaron la marcha hacia los coches, deteniéndose cada vez que algún policía le decía algo o le deseaba una pronta mejoría. Ella agradeció a todos con educada cortesía, a pesar del deplorable estado en que se encontraba y, cuando por fin alcanzaron el vehículo, los otros agentes ya estaban esperándolos para subir.

La llegada de un par de berlinas de buen porte los detuvo. Del segundo vehículo, cuya puerta se abrió de golpe, bajó un excitado sir Joshua que buscó con mirada desesperada a su hija. Verla y correr hacia ella fue todo uno: Bertrand la soltó; ella fue hacia su padre para echarse en sus brazos. La exclamación de alivio del hombre fue bien audible y, antes de que ella pudiera reaccionar, ya tenía a su primo Jonathan poniéndole su abrigo de piel para cubrir su escasez de ropa y darle calor. Entre los dos la arrastraron hacia la berlina y la subieron sin darle más tiempo que para voltear hacia los agentes con los ojos abiertos por el asombro. Bertrand dio varios pasos en su dirección y le pareció que decía: “Recuerda tu promesa”.

—¡Maldito viejo! —exclamó Jones contrariado.

—Es un ca-cabrón, ni las gra-cias —apuntó Roy escupiendo a un lado como muestra de su enojo.

Adam trató de calmar los ánimos encrespados.

—Necesita atención médica urgente y él le dará la mejor. Nosotros también. Vamos.

Los hombres subieron a los coches y volvieron a la agencia en un silencio hosco. Bertrand se preguntaba lo mismo que Montrose con el que había intercambiado una mirada alarmada: “¿Volverían a perder a Emily?”.

CAPÍTULO XXX

Había pasado una semana del incidente en los muelles, y ya se encontraba recuperada por completo de la difícil experiencia. A pesar de las condiciones extremas en las que había estado, no había tenido consecuencias de salud y ahora estaba sentada en el estudio de su padre junto a un buen fuego, anotando en un cuaderno las cosas que había hecho y las que le faltaba hacer mientras lo esperaba. Sir Joshua ingresó a la cálida estancia y, antes de acomodarse en la mesa de ajedrez, le apoyó la mano en el hombro. Ella elevó la vista hacia él y le sonrió.

Cada tarde de los últimos cinco días la había pasado siguiendo la perfecta rutina de la casa para tranquilidad de sus progenitores. Lo necesitaban, pensó ella al recordar las trágicas veinticuatro horas posteriores a su intento de asesinato cuando sir Joshua había reunido a la familia y les había hablado de todo lo sucedido sin ambages. En esa reunión, sus padres habían dejado en claro a quien responsabilizaban por los problemas acontecidos a su hija. Jane Randolph fue acusada abiertamente de haber usada a Hope a fin de vengarse de Lucianne y, para sorpresa de la mujer, su esposo no la había defendido. El tío Thomas había apoyado a su cuñado y le había pedido disculpas a Hope por el accionar de su esposa, que se había ido diciendo que ella no había hecho nada por lo que mereciera excusarse. Emily también pidió disculpas por haber sido parte de lo sucedido. Su primo Jonathan apuntó con magnánima indiferencia que su única culpa había sido la de ser “bastante tonta” al haberse dejado engañar por su madre.

El desplazamiento del alfil atrajo la atención de Emily de vuelta al juego. Ahora estaba allí, con sus padres, en su casa y había terminado de darle forma a la dura decisión que moldearía su vida futura. Movié la torre en el

tablero y se recostó en la silla. ¿Había tomado la decisión correcta?

* * *

—¡Ya han pasado cinco días desde que volvió a su casa y no he tenido noticias de ella! —exclamó Bertrand que golpeó la mesa con el puño en una muestra de violencia ajena a su personalidad.

—Cálmate —intentó apaciguarlo Roy—. Estará recuperándose del chapuzón; yo todavía lo hago.

—No —apuntó Louis tan molesto como Bertrand—. He ido dos veces a verla y no me dejaron pasar alegando eso, pero una de las criadas me contó que “la señorita Hope ha estado yendo y viniendo todos los días a diversos lugares y ha pedido que le preparen los baúles. Parece que hará algún viaje.”.

La imitación de la voz de la criada mezclada con el tono enojado habría resultado divertida si Louis y Bertrand no lucieran tan desesperadamente furiosos.

—Escucha, Calvert —intervino Jack—, no debes pensar lo peor, es probable que Emily...

—Es probable que Emily ¿qué? —lo cortó secamente—. ¿Es probable que su padre la haya convencido de nuevo? ¿Es probable que esté preparándose otra vez para irse? ¿O acaso es probable que se olvidara de que me dio su palabra de casarse conmigo si se resolvía el asunto de los anónimos?

—Bueno, son varias preguntas para responder —señaló Jack pasándose una mano por el cabello como una forma de ganar tiempo, mientras miraba a los otros en busca de ayuda.

—Calvert tiene razón —lo apoyó Louis.

—Montrose, no eches más leña al fuego —le aconsejó Jones asumiendo por primera vez el rol de moderador.

—Eso del viaje es una suposición de la criada —aportó Jack en pro de apaciguar la cólera de sus compañeros.

—Más bien es una posibilidad —lo corrigió Bertrand—. La cadena de hechos pasados apoya esa teoría: su padre se la lleva del muelle; Baker recibe un sobre con cinco veces el importe de los servicios regulares de la agencia, una pequeña fortuna, por cierto, y esta vez ni siquiera una carta amenazándonos, como si no hiciera falta; ella no se comunica en días, hace trámites mañana y tarde, pide que le preparen los baúles; ¿crees por ventura que hay otra razón para eso que desligarse de nosotros e irse a algún lugar lejos?

—Debe de haberla. Calvert, entra en razón, hay que averiguar primero qué es lo que pasa, pero debes esperar a que ella...

—¡No! No volveré a soportar lo de los seis meses pasados.

—Exacto —aportó Louis con los labios apretados—. Y la única forma de averiguar qué nuevo ardid trama sir Joshua es hacer lo que dice Primm: ir a la fuente.

—De acuerdo. Y será ahora.

—Vamos —lo instó Louis que se puso el abrigo y se calzó el sombrero.

—Compañeros —dijo Jack a los otros con un suspiro resignado—, es mejor que vayamos con ellos para evitar que acaben en el fondo del río con los peces.

—¿Todavía hay peces en el Támesis? —inquirió Jones inocentemente abrochándose el abrigo y corriendo detrás de Balling y Primm con el sombrero en la mano.

* * *

Habían acabado de cenar. Su padre la había convencido de jugar otra partida de ajedrez en la planta baja donde las chimeneas brindaban un ambiente cálido. Marion los observaba con afectuosa disposición; sonreía feliz por el cambio en ambos y por ver a Hope de nuevo segura y feliz. Hacía cinco días que vivían en un estado de paz idílico, abonado por la tranquilidad de saber que Edward había sido detenido y encarcelado a la espera del juicio.

Borden ingresó a la sala con el servicio de té; se disponía a servir cuando se oyó la campanilla de la puerta. El mayordomo salió y, poco después, el ruido de voces elevadas les llegó desde el hall recibidor.

—¿Pero qué sucede? —alcanzó a decir sir Joshua un segundo antes de que se abriera la puerta de la sala y Borden entrara agitado para anunciar que “unos señores desean ver a la señorita Hope”.

En el umbral de la puerta se encontraban los agentes, dos de ellos con expresiones tormentosas, que entraron en la sala con gorra y sombreros en mano e hicieron una reverencia a las damas. Marion sintió un nudo de aprensión en el pecho y comprobó con una mirada que su esposo estaba pálido.

—¿Qué quiere decir esto, señores? —inquirió sir Joshua con toda la calma que pudo reunir en tan escaso tiempo hasta adquirir, de a poco, el adecuado tono de indignación que encubriera sus temores.

—Buenas noches, sir Winston-Davies, señora —saludo Bertrand que dio un paso decidido hacia adelante y vio con dura fijeza a Emily que le devolvió una mirada dulce y le sonrió abiertamente, lo que lo desarmó un poco—. Lamento irrumpir de esta forma intempestiva a estas horas de la noche, pero tengo urgente necesidad de hablar con Emily.

—¡Lo suyo es un atrevimiento sin nombre! —expresó con arrogancia sir Joshua—. No solo las horas de su visita son inadecuadas, ni que hablar de su entrada por la fuerza, sino que lo peor es su infundada pretensión de que mi hija tenga algo que hablar con usted.

—Padre, un momento —intervino Emily que fue hacia Bertrand—. ¿Qué te tomó tanto tiempo?

La pregunta hecha con un dejo de exasperación los dejó perplejos.

—¿Que qué me tomó tanto tiempo?

—Hace cuatro días que te espero —le espetó mientras lo retaba con la mirada, pero cambió de inmediato la expresión—. ¿Estás bien? ¿Te has recuperado? ¿Y tú, Louis? ¿Jack, usted? ¿Señor Balling?

Fue mirando a cada uno con expresiva preocupación y recibió asombrados asentimientos confirmando el buen estado de salud de cada uno.

—Ajá —dijo y volvió a la mirada de reto—; entonces no hay excusa.

—Emily, ¿de que diabl... estás hablando? —quiso saber Louis.

—Estoy hablando de que si ustedes dos creen que es correcto castigarme por no haberles escrito la otra vez no respondiéndolo cuando sí lo hago... —dejó en el aire la conclusión de la frase ante la expresión estupefacta de los hombres.

—¿Nos escribiste? —inquirió Bertrand.

—Claro. Te envié una carta a la agencia y otra a tu domicilio cuando no respondiste la primera ni viniste a verme. También una a Louis.

—No recibimos nada —le respondió su amigo.

—¿No? Entiendo. Creí que era una forma de castigo por mi comportamiento anterior.

La mirada de Bertrand se desplazó al instante hacia el hombre sentado frente al tablero de ajedrez que ostentaba una expresión orgullosa y meneó la cabeza. Emily vio el gesto.

—Pasen —los invitó y les ofreció asiento—. Les serviré té. ¿O acaso prefieren algo más fuerte?

Llamó a Borden que entró antes de que la campanilla dejara de vibrar como si hubiera estado tras la puerta para proveer refuerzos. Mientras el hombre traía más tazas, té más caliente, copas y brandy, Emily fue hasta donde estaba Bertrand para sentarse a su lado. Él le tomó la mano, y ella lo dejó: exhibió el gesto ante sus padres.

—Padre, ¿podría decirme qué sucedió con las cartas que dejé para enviar?

—En el primer cajón de mi escritorio.

—¿Podría inquirir por qué?

—Estimé, como lo hice antes, que tu lugar está con tu familia y que todo lazo anterior debía ser cortado. Eres una dama, y tu vínculo con gente inferior solo te reportaría rechazo y te rebajaría.

Jones tuvo que sostener a Louis por el brazo y sentarlo antes de que hiciera algo inconveniente. Bertrand bajó un instante la cabeza e intentó soltar la mano de Emily, pero ella no lo dejó.

—Padre, lamento que esa sea su opinión; en la carta, justamente le pedía a Bertrand que viniera para que habláramos con usted de la proposición que me hizo y yo acepté.

El sobresalto de los padres fue patente para todos los que estaban en la sala. Jack se acomodó en el sillón y sonrió: siempre disfrutaba de una buena patada en el trasero de los progenitores que trataban de domeñar a sus hijos.

—Hope, no puedes estar hablando en serio —susurró Marion.

—Todo depende de si Bertrand ratifica la proposición.

Él tragó con dificultad, los viejos temores lo invadieron de nuevo, pero se irguió y asintió.

—Es solo...

Emily lo observó consternada.

—Es solo que debes ser consciente de a todo lo que renuncias por ello —aclaró él con mirada triste.

—Ah, por un momento me asustaste —apuntó con expresión aliviada—. Claro que sé a qué renuncio y qué obtendré a cambio. Te tendré a ti y a todos ellos.

Los agentes sonrieron y la expresión de afecto incondicional en sus ojos igualó a la de Emily.

—Bien, entonces —Bertrand cuadró los hombros—, dime cuándo estarás lista para irnos.

Emily miró a sus padres al responder, pero sir Joshua se alejó hacia el escritorio de donde retiró los sobres que luego entregó con gesto envarado a su hija mientras esta hablaba.

—En la carta te pedía que vinieras para hablar con mi padre y comentarle lo que íbamos a hacer. Te contaba que pasaría esta semana ocupándome de organizar mis asuntos financieros y buscando un lugar donde vivir para nosotros y que debía preparar todas mis pertenencias para que me fueran enviadas a la dirección que estableciéramos para nuestra vida futura.

—Podrías enviar tus cosas a mi cuarto —le propuso y frunció el ceño ante la reacción de hilaridad femenina.

—Mis cosas no caben allí, Bertrand —comentó con dulzura, mientras escuchaba la risa ahogada de los hombres—. Por eso estaba buscando otro lugar.

—Hope. —Se escuchó la voz de Marion—. Hija, ¿lo has pensado bien?

—Sí, madre.

—Joshua, por favor —suplicó la mujer. Él se acercó al grupo y, con actitud digna observó a la pareja; detuvo apenas la vista en las manos tomadas, disgustado. Con gesto adusto, les dijo:

—Hope, no cometeré el mismo error otra vez. Esta decisión errónea tuya es solo una consecuencia de mi primera equivocación, y así lo asumo. Eres nuestra única hija; eso no cambiará: esta casa nunca tendrá las puertas cerradas para ti, pero entiende que tu decisión hace imposible un vínculo cercano entre nosotros.

—Sí, padre, lo entiendo —aceptó—. ¿Podré verlos?

—Oh, Joshua —gimió Marion retorciendo el pañuelo entre los dedos.

—Por supuesto. Espero que lo hagas.

Los agentes asistieron algo sorprendidos a la desapasionada escena.

—Pasarás las noches en esta casa hasta que... —comenzó a afirmar sir Joshua sin que lo dejasen terminar su frase.

—No, vendrá conmigo —aseveró Bertrand. Ella asintió su acuerdo.

—¿Ni siquiera esta noche? —preguntó dolida Marion. Bertrand fue el centro de las dos miradas femeninas.

—No quiero perderte de vista —le susurró cerca del oído, mirando al caballero con desconfianza.

—Quizás si usted se queda... —ofreció Marion ante la expresión de horrorizado disgusto de su esposo—. Joshua, nos queda una sola noche.

El hombre aceptó con brusquedad, se acercó a su esposa, le ofreció el brazo y dijo al aire:

—Nos disculparán, vamos a retirarnos.

Los hombres se pusieron de pie e hicieron una reverencia a Marion.

—Por favor, ¡qué momento! —exclamó Jones que se dejó caer en la silla.

—Vaya temperamento frío —susurró Roy incrédulo.

—Debimos imaginarnos que tu padre estaba metido en esto —apuntó Louis con una mueca—. Bien, dame mi carta, la leeré luego.

Emily le extendió el sobre y se quedó con las otras dos.

—Leeré las mías esta noche —dijo Bertrand.

—¿Y qué harán ahora? ¿Dónde vivirán hasta que consigan una casa?

—Pues —comenzó Emily con mirada culpable—, en realidad, ya tenemos dónde mudarnos.

—Emily, ¿qué hiciste?

—Compré una casa en Cannonbury —respondió encogiéndose levemente.

—¿Cómo? No habrás usado dinero de tu padre, ¿verdad?

—No, lo hice con dinero propio.

—¿Tú tienes dinero? —preguntó Louis curioso—. ¿De dónde lo sacaste?

—Lo heredé de mi abuela Emily.

—¿Tenías ese dinero cuando comenzaste a trabajar en la agencia? —le preguntó Bertrand con sospecha.

—Bueno, debo admitir que...

—¡Emily! ¡Nos hiciste creer que no tenías nada! —la retó Louis.

—Lo siento, quería saber si podía subsistir por mis propios medios. Y lo hice —concluyó con cándido contento, plena de orgullo—. En fin, si me quieres a mí, Bertrand, tendrás que aceptar nuestra nueva casa.

—Tu nueva casa, dirás. No es mía ni lo será —afirmó tozudo—. Emily no vamos a vivir del dinero de esa herencia. Yo me ocuparé de ti y tú tendrás que adaptarte a lo que yo pueda darte.

—Pero Bertrand, la casa y el dinero serán tuyos... Nuestros —se corrigió al ver la expresión cerrada de su prometido que echaba miradas desesperadas a los otros hombres en busca de apoyo.

—¿De él? —preguntó perdido Jones.

—Cuando un hombre y una mujer se casan, los bienes de ella pasan bajo control del esposo —le aclaró en un murmullo Louis y luego lo codeó, guiñándole un ojo—. Como te pasará a ti cuando te cases con Lydia Zachary.

—Y, ¿de cuánto dinero estamos hablando? —preguntó resignadamente Bertrand.

—¿Después de la compra de la casa? —le dijo con la inocencia pintada en el rostro, lo que produjo una nueva alarma en Bertrand y expresiones interesadas en los demás—. Según mis cálculos, sin contar joyas, muebles, blanco y guardarropa, algo así como tres mil doscientas libras.

—Diablos —expresó Jones el sentir general. Después de un par de minutos, Bertrand logró hablar.

—¿Dónde queda la casa?

—En Cannonbury, cerca de la plaza.

—Eso está a poca distancia de la agencia —señaló con ligero asombro.

—Claro, tienes que estar cerca del trabajo, ¿no? Está a pasos de Sable.

—Ey, por allí es donde vivo yo —exclamó Louis.

—Sí —afirmó ella con una sonrisa traviesa.

—Espero que hayas considerado que necesitaremos bastante espacio —le comentó serio su amigo, olvidado de cualquier otra consideración de orgullo masculino que pudiera tener Calvert.

—No te preocupes, es perfecta; te encantará. Tiene un jardín precioso, varias habitaciones y un comedor enorme.

—Excelente —aseveró Louis sonriéndole feliz mientras Roy meneaba la cabeza y miraba a Bertrand que ya comenzaba a encogerse de hombros resignado a cargar con todo si con eso Emily y él estaban juntos.

—Bueno —cortó Roy la charla—, recuerda Calvert que mañana tenemos reunión al mediodía en la agencia. Vamos, ya es tarde y ellos tendrán cosas que hablar en privado. A ti también te vemos en Essex, ¿no, muchacha?

—Si el señor Baker no tiene problema —observó ella, modosa.

—¿Adam? Claro que no, te ha estado esperando desde que te fuiste. — Roy se detuvo cuando se dio cuenta de lo mucho que había dicho.

—Nos vemos mañana —se despidió Jack con una palmada en el hombro de Bertrand y un beso en la mano de Emily mientras apuraba a Jones y a Louis.

Roy saludó con la mano. Louis le dio un abrazo antes de decirle en voz baja:

—Despídete con un beso, Emily.

Ella besó su mejilla obediente y le ofreció la suya.

—No sé cómo Calvert puede estar calmado ante el atrevimiento de este cachorro —comentó disgustado Jones; Balling asintió indignado.

Jack sonrió y con aire entendido les dijo:

—Porque sabe a quién pertenece en realidad el corazón de su dama.

EPÍLOGO

Diciembre de 1856.

El grupo de hombres reunido en la entrada de la iglesia de Saint Stephen era numeroso, se veía tranquilo y conversaba de buen humor. Lucían severamente elegantes en sus trajes oscuros de fiesta, apropiados para la celebración que tendría lugar en breve... si es que el novio y su padrino se presentaban en vista de que llevaban, para extrañeza de los presentes, más de quince minutos de demora.

Pasada media hora, los hombres comenzaron a impacientarse y a echar miradas inquietas a ambas esquinas de la calle por donde no se veía circular más que a algunos peatones ocasionales.

—¿Qué les habrá sucedido? —preguntó Jones.

—Es raro, hace una hora Calvert ya estaba listo y Montrose lo acompañaba —comentó Oliver que había pasado por el domicilio del novio para averiguar si necesitaba algo.

—Emily espera adentro. Se estará poniendo nerviosa —señaló Adam echando miradas en derredor.

—Está con las mujeres, ellas se encargarán —minimizó Jack, calmado, acomodándose su corbata de lazo y el alfiler de oro que la sujetaba.

Un rumor de pasos rápidos que venían por la calleja lateral de la iglesia en dirección hacia ellos se aceleró progresivamente y, en segundos, los hombres vieron aparecer por la esquina del edificio a la novia sosteniendo con una

mano su exquisito vestido de bodas de terciopelo verde con la falda y el talle bordados con hilos dorados, y con la otra, su capa de paño con piel que se entreabría cada tanto por los movimientos rápidos que hacía. La joven se detuvo abruptamente al verlos y los enfocó uno por uno buscando con la mirada a alguien; cuando no lo halló, retomó su camino a paso veloz seguida por un niño pequeño de no más de nueve años, de apariencia sencilla, que le decía “¡en Norfolk!, ¡en Norfolk, señorita!”. Los agentes la vieron alejarse raudamente para tomar por Cannonbury hacia Essex y, sin siquiera dudar, se echaron a correr detrás de ella. La veloz marcha se detuvo abruptamente cuando vieron aparecer en la esquina a Bertrand y a Louis en un estado lamentable. Emily corrió hacia ellos. De cerca, los agentes pudieron ver que Louis traía la chaqueta en el brazo, el cabello revuelto, el cuello suelto, el pantalón rasgado a medio muslo, las manos y las caras sucias, un par de cortes menores en el cuello y un pómulo, mientras que Bertrand se hallaba en estado similar, pero tenía un corte superficial por la línea de la barbilla, otro en la frente y uno más profundo en el hombro amén de moretones varios.

—¿Qué fue lo que pasó? —demandó ella inquieta, mientras trataba de restañar la sangre que salía del corte en el hombro con los pañuelos que los agentes le alcanzaban.

—Un carro chocó con un ómnibus y nuestro coche no alcanzó a evitarlos; nos fuimos de costado, Montrose cayó sobre mí y yo sobre el vidrio —le explicó con una exclamación de dolor cuando ella le abrió los bordes de la camisa rasgada y rozó con un pañuelo los costados sangrantes de la herida—. Estoy bien, no es para tanto.

—No, estás herido y Louis también. Buscaremos un médico y haremos que los atiendan.

—No —aseveró con serena obcecación—. Tu padre se “esmeró” en conseguirnos una licencia especial así que primero nos casaremos y luego harás de mí lo que quieras —logró sonreírle con cierta picardía después de decir las últimas palabras en un vano intento por tranquilizarla—. Y dejarás que May se ocupe de hacer lo que desee con Montrose.

—Bien. En marcha. Tenemos que casarnos rápido para que te atiendan — señaló factualmente con el gesto tan empecinado como el de él—. Sostén los pañuelos allí. ¡Louis! ¡Vamos!, estamos muy demorados.

Pronto el peculiar grupo estuvo delante del altar ante un desconcertado párroco de aspecto incómodo, casi al borde del susto, que no podía quitar los ojos del estado del novio y del testigo. Jack y May se ocuparon rápidamente de recomponer a Louis al tiempo que Emily arreglaba como podía a Bertrand; le colocó un paño limpio que le consiguió Lydia sobre el corte que aún sangraba un poco y luego lo ayudó a cerrarse el chaleco y la chaqueta, pasándole una mano por el desarreglado cabello en un intento de acomodar su apariencia lo mejor que pudo ante la mirada afectuosa de él que seguía con una semisonrisa complacida cada movimiento. Luego, se quitó la capa con un gesto digno de una reina, lo que dejó ver el bellissimo vestido que había elegido para la boda —el que extrajo varios silbidos admirativos de los agentes y miradas estupefactas del novio, del padrino y del párroco—, los guantes de fino encaje belga y el cuidado arreglo de sus cabellos peinados en una perfecta trenza adornada con perlas y recogida en la nuca. Después de acomodarse junto a Bertrand, miró al religioso con la decisión brillándole en los hermosos ojos.

—Por favor, reverendo, debo llevar a mi futuro esposo y a mi amigo a un médico pronto, ¿podría darse prisa?

Los hombres comenzaron a toser para ocultar las risas que les subían por las gargantas ante el estupor del reverendo y de su asistente mientras los mencionados se ponían en posición junto a la joven en un intento por mantenerse erguidos, aunque hicieran algunas muecas de dolor en el proceso. Durante toda la ceremonia, el párroco los observó de reojo, seguramente preguntándose por la forma en la que el novio y el padrino habían llegado ante el altar, el estado general de su apariencia y, sobre todo, por el grupo de hombres de aspecto severo y duro que los rodeaban. Debió de haber elucubrado —según razonó Adam más tarde entre las carcajadas divertidas de todos— que los dos habían sido llevados por la fuerza e intimidados a cumplir con sus obligaciones, porque se había pasado la ceremonia meneando la

cabeza y mirándola con compasión, descreído de que la joven dama tan fastuosamente vestida y tan linda tuviera que casarse con un hombre renuente al que había que arrastrar al altar. Ni siquiera el beso cálido que Bertrand le dio a Emily concluida la boda ni las felicitaciones calurosas de todos terminaron de convencerlo de la voluntaria participación del ahora esposo y de su padrino.

Al momento mismo de concluir el beso, Emily se apuró en agradecer al reverendo cortésmente, cumplimentar las formalidades de la licencia y el registro, y recibir los buenos deseos y cariños de todos. Uno por uno, los agentes la abrazaron y le dieron un beso en la mejilla delante del flamante esposo que observó ceñudo la acción de sus compañeros mientras recibía los besos de las mujeres, lo que debió abonar la duda en la mente del pobre reverendo de que probablemente había una peculiar razón para que el esposo hubiera estado tratando de escapar a una boda con la exquisita dama de increíbles ojos dorados que estaba frente a él que era besada afectuosamente por cada uno de los hombres.

El resto de la tarde del día de bodas fue para la pareja tan raro como su comienzo. Terminaron todos en el dispensario de Islington en la iglesia de Saint Mary donde Louis y Bertrand fueron atendidos y cosidos. Luego, todos se encaminaron a la casa de té en Tyndale Place a comer algo, ya que la reserva para almorzar en un restaurant se había vencido.

—Vaya día extraño —murmuró Louis tratando de acomodarse en el asiento sin gemir, ayudado por la mano gentil de May que le acariciaba el hombro y los cabellos con delicadeza.

—Ni que lo digas —apuntó Oliver sonriente, mientras se deleitaba con una porción de torta.

—Lo más difícil de este día para ti —tomó Jack la palabra al ver a Bertrand con una sonrisa burlona— será la noche.

Bertrand lo miró de reojo, se acomodó el cabestrillo que le habían hecho en el dispensario y su asentimiento a las palabras de su compañero se cortó en seco por un fuerte tirón en el cuello que le extrajo un quejido de dolor. Louis hizo una mueca en su dirección y, riéndose, meneó la cabeza lentamente.

—No sabes lo que te espera —le comentó misterioso—, May me contó sobre el atuendo de tu esposa para esta noche.

—¡Louis! —le reclamó la joven por lo bajo, ruborizada.

—¿A ti te lo contaron? —alcanzó a preguntar Bertrand amoscado antes de sentir otro espasmo muscular que lo redujo a silencio.

—¿Y qué tiene de raro? —hizo un gesto a Primm para sumarlo a la broma.

—Vamos, Calvert, hemos visto a tu esposa en su ropa más íntima; sobre todo Jones mientras la entrenaba. —Allí se escuchó el ataque de tos y la voz ahogada del agente que logró recuperarse para murmurar “llevaba mucha más que en el muelle”—; ya no hay secretos para nosotros.

—Suficiente. —Los detuvo con firmeza Bertrand e hizo un gesto de incomodidad al moverse en la silla—. Ya me será bastante difícil mi noche de bodas en esta condición para que se diviertan a mi costa.

Los provocadores se rieron a carcajadas.

—Y hablando de tu esposa, ¿dónde está Emily? —inquirió Louis. Bertrand miró en derredor y, segundos después, se puso de pie para ir a buscarla al servicio de damas.

—Ha de haber sido una decisión dura, sin duda —decía Lydia del otro lado de la puerta.

—En cierta forma, pero no tanto —murmuró la voz suave de su esposa.

—¿Cómo puedes decir eso? Has dejado a tus padres, tu familia y tu posición social por un hombre tan distinto de ti.

—No creas, Lydia; no somos distintos y nos queremos.

—Espero que siempre sea así.

—Ay, Lydia, tú no entiendes, he tenido tanta suerte, ¡tanta! Comprendí tanto en tan poco tiempo. ¿Sabes? He sido afortunada porque, después de haber pasado una existencia solitaria y protegida, mi vida por fin tuvo hermosos momentos vitales y significativos: cuando conocí a Adam Baker y me dio la oportunidad de ser yo misma; cuando Louis y tú me obsequiaron con su amistad sincera iluminando con bondad y paciencia la confusión y la soledad de mi nueva existencia; cuando aprendí a ver la vida desde la vida misma; y, por sobre todos estos instantes, cuando encontré a Bertrand. Él me completa, le da sentido a mi vida: no somos distintos, somos uno. Yo... en fin —se rio algo emocionada—. Mi única aspiración es hacerlo feliz y serlo yo también en el proceso.

Hubo un silencio; luego Bertrand oyó que Emily le pedía a su amiga un momento para recomponerse antes de volver con los invitados. Después de la mala imagen que le había dado al reverendo que los había casado apurándolo como si Bertrand hubiera sido un novio renuente, no quería aparecer llorosa ante todos aparentando estar arrepentida por lo que había hecho.

La puerta se abrió. Bertrand vio que la mujer sostenía la mano de Emily y le comentaba sonriente que irradiaba tal contento que nadie podría creer eso. Luego de que se fue, esperó un momento para golpear con suavidad mirando a ambos lados. Emily salió al momento y se quedó en el umbral al darse cuenta de quién llamaba. Con un último vistazo a su alrededor, él la tomó por la cintura con el brazo libre empujándola con su cuerpo hasta quedar dentro del cuarto; la giró para recostarla contra la puerta que había cerrado detrás de él y se apoyó sobre ella. Se miraron unos segundos con los ojos abiertos; con una sonrisa titubeante que acompañó con una mordida tímida de los labios rosados y brillantes, ella le echó los brazos al cuello para acercarlo.

La invitación fue aceptada al instante y las bocas se unieron en un beso cargado de deseo. El cuerpo masculino se apretaba contra el de ella sin importar los tirones y dolores que experimentaba. Emily comenzó a sentir esa electrificante urgencia de unirse con él que siempre aparecía en esos momentos. Después de varios besos y algunas mordidas suaves e incitantes en su boca y su cuello, Bertrand se retiró, reacio, hacia atrás.

—Haremos todo por ser felices, te lo prometo, Emily. Y sí —la besó levemente en los labios entreabiertos y húmedos—, tú también le das sentido a mi vida, eres mi exacta mitad.

Algo perdida todavía en la pasión del momento, apenas pudo atinar a asentir ciegamente antes de tirar de las solapas de su chaqueta para retomar los besos donde habían quedado. Él no perdió tiempo en otras consideraciones y se sumergió al igual que ella en la pasión. No sintieron hasta después de un momento los movimientos de alguien que trataba de abrir la puerta y oyeron la voz de Nora que decía: “sin duda están aquí”. Con expresión adormilada, Bertrand tiró de ella para liberar la puerta. Una cabeza rubia asomó por la hendidura entreabierta. La sonrisa comprensiva de la mujer los sacó del trance.

Cuando salieron al pasillo, vieron a Jack con un brazo alrededor de los hombros de su esposa, que los esperaba. Con malicia, le guiñó un ojo a Bertrand.

—A juzgar por el aspecto que traen, compañero, retiro lo dicho. Creo que te las arreglarás muy bien esta noche.